

Lucy Maud Montgomery

Ana, la de la Isla



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

ANA, LA DE LA ISLA

LUCY MAUD MONTGOMERY

PUBLICADO: 1915
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

CAPÍTULO I

LA SOMBRA DEL CAMBIO

—«La cosecha ha terminado y el verano se ha ido» —recitó Ana Shirley, con la vista perdida en los campos segados. Ella y Diana Barry habían estado recogiendo manzanas en el huerto de Tejas Verdes, pero ahora descansaban de sus faenas en un rincón soleado, por donde flotaban ligeras flotillas de vilanos al son de un viento que aún olía a verano, impregnado del incienso de los helechos del Bosque Encantado.

Pero todo cuanto las rodeaba hablaba de otoño. El mar rugía sordo a lo lejos, los campos estaban yermos y resecos, festoneados de vara de oro; el valle del arroyo, al pie de Tejas Verdes, rebosaba de ásteres de un violeta etéreo, y el Lago de las Aguas Rutilantes era azul... azul... azul; no el azul mudable de la primavera, ni el pálido azul celeste del verano, sino un azul claro, firme y sereno, como si el agua hubiera trascendido todos los estados de ánimo y los tiempos de la emoción y se hubiera instalado en una quietud que ningún sueño veleidoso turbaba jamás.

—Ha sido un buen verano —dijo Diana, dándole vueltas al anillo nuevo que lucía en la mano izquierda con una sonrisa—. Y la boda de la señorita Lavanda vino a coronarlo, en cierto modo. Supongo que el señor y la señora Irving estarán ya en la costa del Pacífico.

—Parece que llevan fuera el tiempo suficiente para dar la vuelta al mundo —suspiró Ana.

—No puedo creer que solo haga una semana que se casaron. Todo ha cambiado. La señorita Lavanda y los Irving se han ido, el señor y la señora Allan también... ¡qué solitaria parece la rectoría con todos los postigos cerrados! Pasé por delante anoche y me pareció como si todo el mundo que vivía allí hubiera muerto.

—No tendremos jamás otro pastor tan bueno como el señor Allan —dijo Diana con lúgubre convicción—. Me temo que tendremos suplentes de toda laya este invierno, y muchos domingos sin predicar. Y con vosotros dos marchándoos también, todo estará de lo más aburrido.

—Fred estará aquí —insinuó Ana con picardía.

—¿Cuándo se muda la señora Lynde? —preguntó Diana, como si no hubiera oído el comentario de Ana.

—Mañana. Me alegra que venga, aunque será otro cambio más. Marilla y yo vaciamos ayer el cuarto de invitados. ¿Sabes?, no me gustó nada hacerlo. Era una tontería, claro está, pero me parecía como si cometiéramos un sacrilegio. Ese viejo cuarto de invitados siempre ha sido para mí algo así como un santuario. Cuando era niña lo consideraba la estancia más maravillosa del mundo. Ya recuerdas el deseo abrasador que tenía de dormir en una cama de cuarto de invitados, pero no en el de Tejas Verdes. ¡Oh, no, allí jamás! Hubiera sido demasiado terrible: no habría podido pegar ojo del respeto que me imponía. Nunca atravesaba ese cuarto cuando Marilla me mandaba a buscar algo; no, lo cruzaba de puntillas y conteniendo el aliento, como en una iglesia, y sentía un alivio enorme al salir. Los retratos de George Whitefield y del duque de Wellington colgaban allí, uno a cada lado del espejo, y me fruncían el ceño muy severamente todo el tiempo que estaba dentro, sobre todo si me atrevía a espiarme en el espejo, que era el único de la casa que no distorsionaba mi cara. Siempre me pregunté cómo se atrevía Marilla a limpiar ese cuarto. Y ahora no solo está limpio, sino completamente desnudo. George Whitefield y el duque han sido relegados al pasillo de arriba. «Así pasa la gloria de este mundo» —concluyó Ana, con una risa en la que se percibía una levísima nota de pesar. Nunca es grato ver profanados los viejos santuarios, aunque ya los hayamos superado.

—¡Qué sola voy a quedarme cuando te vayas! —se lamentó Diana por centésima vez—. ¡Y pensar que te marchas la semana que viene!

—Pero de momento seguimos juntas —dijo Ana con alegría—. No hay que dejar que la semana que viene nos robe la alegría de esta. Yo también detesto la idea de marcharme; mi casa y yo somos muy buenas amigas. ¡Hablar de soledad! La que debería quejarse soy yo. Tú te quedas aquí con todas tus amigas de siempre... ¡y con Fred! Mientras que yo estaré sola entre desconocidos, sin conocer un alma.

—Salvo a Gilbert... y a Charlie Sloane —dijo Diana, remedando las cursilerías y las picardías de Ana.

—Charlie Sloane será un gran consuelo, desde luego —convino Ana con sarcasmo; y ambas irresponsables jovencitas se echaron a reír. Diana sabía exactamente lo que Ana pensaba de Charlie Sloane; pero, a pesar de varias confidencias, no sabía con certeza qué pensaba Ana de Gilbert Blythe. La verdad es que la propia Ana tampoco lo sabía.

—Lo mismo da que los chicos estén alojados en el otro extremo de Kingsport —continuó Ana—. Me alegra ir a Redmond, y estoy segura de que me gustará al cabo de un tiempo. Pero sé que las primeras semanas no. No tendré ni siquiera el consuelo de esperar la visita de fin de semana a casa, como cuando fui a la Escuela Normal. La Navidad me parecerá a años luz.

—Todo está cambiando, o va a cambiar —dijo Diana con tristeza—. Tengo la sensación de que las cosas nunca volverán a ser como antes, Ana.

—Hemos llegado a un cruce de caminos, supongo —dijo Ana pensativa—. Tenía que llegar. ¿Crees tú, Diana, que ser mayores es tan agradable como imaginábamos de niñas?

—No sé... hay cosas agradables —respondió Diana, acariciando de nuevo el anillo con aquella sonrisita que siempre dejaba a Ana con la extraña sensación de estar al margen de algo, sin experiencia—. Pero también hay muchas cosas desconcertantes. A veces siento que ser mayor me da miedo sin más, y entonces daría cualquier cosa por ser otra vez una niña pequeña.

—Supongo que con el tiempo nos acostumbraremos a ser mayores —dijo Ana con buen ánimo—. Dentro de poco habrá muchas menos cosas inesperadas, aunque, al fin y al cabo, creo que son las cosas inesperadas las que dan sabor a la vida. Tenemos dieciocho años, Diana. En otros dos seremos veinteañeras. Cuando tenía diez años me parecía que los veinte eran una

edad muy avanzada. En un abrir y cerrar de ojos serás una matrona seria y madura, y yo seré la simpática solterona tía Ana, que viene de visita en vacaciones. Siempre me guardarás un rincón, ¿verdad que sí, Diana querida? No el cuarto de invitados, claro está; las solteras no pueden aspirar a cuartos de invitados, y yo seré tan «umilde» como Uriah Heep, y me conformaré de lo más contenta con un cuartucho encima del porche o al lado del salón.

— ¡Qué tonterías dices, Ana! —rió Diana—. Ya te casarás con alguien espléndido, guapo y rico, y ningún cuarto de invitados de Avonlea será lo bastante lujoso para ti, y desdeñarás a todos los amigos de tu juventud.

— Eso sería una lástima; tengo una nariz muy bonita, pero me temo que respingármela la estropearía —dijo Ana, dándose una palmadita en aquel órgano bien proporcionado—. No poseo tantos rasgos agraciados como para permitirme estropear los que tengo; así pues, aunque me casara con el rey de los isleños caníbales, te prometo que no te miraré por encima del hombro, Diana.

Con otra carcajada alegre, las chicas se separaron: Diana volvió a la Ladera del Huerto y Ana fue andando hasta Correos. Allí la esperaba una carta, y cuando Gilbert Blythe la alcanzó en el puente sobre el Lago de las Aguas Rutilantes, ella resplandecía de emoción.

— ¡Priscilla Grant también va a Redmond! —exclamó—. ¿No es maravilloso? Yo lo esperaba, pero ella creía que su padre no lo consentiría. Al final ha dado su permiso, y vamos a alojarnos juntas. Con una amiga como Priscilla a mi lado, me siento capaz de plantar cara a un ejército en plena batalla, o a todos los profesores de Redmond en una falange.

— Creo que nos gustará Kingsport —dijo Gilbert—. Dicen que es una ciudad muy bonita y antigua, y que tiene el parque natural más hermoso del mundo. He oído que el paisaje es magnífico.

— Me pregunto si será... si puede ser más bello que esto —murmuró Ana, mirando a su alrededor con los ojos llenos de amor y arrobo de quienes sienten que «casa» ha de ser siempre el lugar más querido del mundo, por muy bellos que sean los países extraños bajo estrellas ajenas.

Estaban apoyados en el puente del viejo estanque, bebiendo el encantamiento del crepúsculo, justo en el lugar donde Ana había trepado desde su

barca que se hundía el día en que Elaine descendió hasta Camelot. El fino tinte purpúreo del ocaso aún teñía el cielo occidental, pero la luna iba saliendo y el agua yacía como un gran sueño plateado en su luz. El recuerdo tejía un hechizo dulce y sutil sobre los dos jóvenes.

—Estás muy callada, Ana —dijo Gilbert al fin.

—Tengo miedo de hablar o de moverme, no sea que toda esta belleza maravillosa se desvanezca como un silencio roto —susurró Ana.

Gilbert posó de pronto su mano sobre la mano blanca y esbelta que descansaba en la barandilla del puente. Sus ojos avellana se oscurecieron hasta la sombra; sus labios, aún de muchacho, se abrieron para decir algo del sueño y la esperanza que le estremecían el alma. Pero Ana retiró la mano de un tirón y se volvió bruscamente. El hechizo del crepúsculo se había roto para ella.

—Tengo que irme a casa —exclamó con una despreocupación algo forzada—. Marilla tenía dolor de cabeza esta tarde, y estoy segura de que los gemelos andarán haciendo alguna travesura espantosa. La verdad es que no debería haber tardado tanto.

Parloteó sin parar e incoherentemente hasta que llegaron al camino de Tejas Verdes. El pobre Gilbert apenas pudo meter baza. Ana sintió cierto alivio cuando se separaron. Desde aquel fugaz momento de revelación en el jardín de Echo Lodge, había empezado a crecer en su corazón una nueva y secreta timidez respecto a Gilbert, algo ajeno que se había colado en la vieja y perfecta camaradería escolar, algo que amenazaba con estropearla.

«Nunca antes me había alegrado de ver marcharse a Gilbert —pensó, a medias resentida y a medias apesadumbrada, mientras subía sola por el camino—. Nuestra amistad se arruinará si sigue con estas tonterías. No debe arruinarse; no lo permitiré. ¡Oh, por qué no pueden los chicos tener un poco de cabeza!»

Ana abrigaba la inquietante duda de que no era precisamente «tener cabeza» seguir notando en la mano la cálida presión de la de Gilbert con la misma nitidez que el segundo fugaz en que esta había reposado allí; y todavía menos sensato era el hecho de que la sensación distara mucho de ser desagradable, muy diferente de la que había acompañado un gesto parecido por parte de Charlie Sloane cuando ella estaba sentada con él durante una

pausa del baile en una fiesta de White Sands tres noches atrás. Ana se estremeció ante aquel desagradable recuerdo. Pero todos los problemas relacionados con pretendientes enamoradizos se borraron de su mente cuando entró en el ambiente hogareño y prosaico de la cocina de Tejas Verdes, donde un niño de ocho años lloraba a lágrima viva en el sofá.

—¿Qué te pasa, Davy? —preguntó Ana, cogiéndolo en brazos—. ¿Dónde están Marilla y Dora?

—Marilla está acostando a Dora —sollozó Davy—, y yo lloro porque Dora se ha caído por los escalones de la bodega, de cabeza, y se ha raspado toda la piel de la nariz, y...

—Bueno, no llores por eso, cariño. Claro que lo sientes por ella, pero llorar no le va a servir de nada. Mañana estará bien. Llorar no sirve de nada, Davy-boy, y...

—No lloro porque Dora se haya caído a la bodega —dijo Davy, interrumpiendo el bienintencionado sermón de Ana con creciente amargura—. Lloro porque no estaba allí para ver cómo se caía. Siempre me pierdo lo mejor, me parece a mí.

—¡Oh, Davy! —Ana sofocó una carcajada de lo más indecorosa—. ¿Llamarías diversión ver a la pobre Dorita caerse por los escalones y hacerse daño?

—No se hizo tanto daño —dijo Davy con descaro—. Claro que si se hubiera matado me habría dado mucha pena, Ana. Pero los Keith no se matan fácilmente. Son como los Blewett, supongo. Herb Blewett se cayó del pajar el miércoles pasado y rodó por el conducto de los nabos hasta el establo, donde tenían un caballo muy fiero y salvaje, y rodó justo debajo de sus cascos. Y aun así salió con vida, con solo tres huesos rotos. La señora Lynde dice que hay gente a la que no se puede matar ni a hachazos. ¿Viene aquí mañana la señora Lynde, Ana?

—Sí, Davy, y espero que siempre seas muy amable y bueno con ella.

—Seré amable y bueno. Pero ¿me acostará ella por las noches, Ana?

—Quizá. ¿Por qué?

—Porque —dijo Davy con gran decisión—, si me acuesta ella, no diré mis oraciones delante de ella como las digo delante de ti, Ana.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que esté bien hablarle a Dios delante de desconocidos, Ana. Dora puede decirle las tuyas a la señora Lynde si quiere, pero yo no. Esperaré a que se haya ido y entonces las digo. ¿No estará bien así, Ana?

—Sí, siempre que estés seguro de que no te olvidarás de decirlas, Davy-boy.

—Oh, no me olvidaré, descuida. Creo que decir las oraciones es muy divertido. Pero no será tan divertido decirlas solo como decírtelas a ti. Ojalá te quedaras, Ana. No entiendo por qué tienes que irte y dejarnos.

—No es que quiera irme, Davy, pero siento que debo hacerlo.

—Si no quieres irte, no tienes por qué. Eres mayor. Cuando yo sea mayor, no haré ni una sola cosa que no me apetezca, Ana.

—Toda la vida, Davy, te encontrarás haciendo cosas que no te apetezen.

—No —dijo Davy rotundamente—. ¡Ya verás! Ahora tengo que hacer cosas que no me gustan porque tú y Marilla me mandaréis a la cama si no lo hago. Pero cuando sea mayor ya no podréis hacer eso, y no habrá nadie que me diga lo que tengo que hacer. ¡Eso sí que va a ser vida! Oye, Ana, la madre de Milty Boulter le ha dicho que vas a la universidad a ver si pescas a un hombre. ¿Vas a hacerlo, Ana? Quiero saberlo.

Ana sintió un instante de rabia encendida. Luego se echó a reír, recordándose a sí misma que la vulgaridad grosera de pensamiento y expresión de la señora Boulter no podía hacerle ningún daño.

—No, Davy, no. Voy a estudiar, a crecer y a aprender sobre muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—«Zapatos y barcos y lacre, y coles y reyes»

—recitó Ana.

—Pero si quisieras pescar a un hombre, ¿cómo lo harías? Quiero saberlo —insistió Davy, para quien el tema poseía evidentemente cierta fascinación.

—Pregúntaselo a la señora Boulter —dijo Ana sin pensar—. Creo que ella sabe más que yo sobre ese proceso.

—Se lo preguntaré la próxima vez que la vea —dijo Davy con seriedad.

—¡Davy! ¡Como te atrevas! —exclamó Ana, dándose cuenta de su error.

—Pero si tú misma me lo has dicho —protestó Davy, agraviado.

—Es hora de que te vayas a la cama —decretó Ana, como forma de salir del apuro.

Después de que Davy se fuera a la cama, Ana bajó a la Isla Victoria y se sentó allí a solas, envuelta en la penumbra lunar, fina como un encaje, mientras el agua reía a su alrededor en un dúo de arroyo y viento. Ana siempre había querido aquel arroyo. Cuántos sueños había tejido sobre sus aguas centelleantes en los días pasados. Olvidó a los jóvenes desconsolados, y los comentarios maliciosos de las vecinas envidiosas, y todos los problemas de su existencia juvenil. En su imaginación surcó mares legendarios que bañan las lejanas costas luminosas de «paraísos perdidos», donde duermen la Atlántida y el Elíseo, guiada por la estrella vespertina, hasta llegar a la tierra del Deseo del Corazón. Y era más rica en aquellos sueños que en realidades; pues las cosas que se ven pasan, mas las que son invisibles son eternas.

CAPÍTULO II

GUARNALDAS DE OTOÑO

La semana siguiente pasó volando, atestada de innumerables «últimas veces», como las llamaba Ana. Había que hacer y recibir visitas de despedida, agradables o no según que los visitantes y los visitados simpatizaran since-

ramente con las esperanzas de Ana, o creyeran que se había envanecido demasiado por lo de ir a la universidad y que era su deber «bajarle los humos».

La A.V.I.S. organizó una fiesta de despedida en honor de Ana y Gilbert una tarde en casa de Josie Pye, eligiendo ese lugar en parte porque la casa del señor Pye era amplia y cómoda, y en parte porque se sospechaba mucho que las chicas Pye no querrían saber nada del asunto si no se aceptaba su ofrecimiento de la casa para la fiesta. Fue una reunión muy agradable: las chicas Pye se portaron de maravilla y no dijeron ni hicieron nada que turbara la armonía de la velada, cosa que no era su costumbre. Josie estaba inusitadamente amable; tanto, que incluso llegó a decirle con condescendencia a Ana:

—Ese vestido nuevo te sienta bastante bien, Ana. La verdad es que estás casi guapa con él.

—Qué amable eres al decirlo —respondió Ana, con los ojos llenos de chispas de humor. Su sentido del humor iba madurando, y los comentarios que a los catorce años le habrían herido ahora eran simple alimento para la risa. Josie sospechaba que Ana se reía de ella a sus espaldas con aquellos ojos pícaros; pero se consoló susurrándole a Gertie mientras bajaban la escalera que Ana Shirley se daría ahora más ínfulas que nunca, ya que iba a la universidad; ¡ya lo verían!

Estaban allí todos los de «la pandilla de siempre», rebosantes de animación, entusiasmo y alegría juvenil. Diana Barry, coloradita y con sus hoyuelos, seguida de cerca por el fiel Fred; Jane Andrews, seria, sensata y sin gracia; Ruby Gillis, con su mejor aspecto y más radiante que nunca, con una blusa de seda crema y geranios rojos en el cabello dorado; Gilbert Blythe y Charlie Sloane, ambos procurando acercarse lo más posible a la escurridiza Ana; Carrie Sloane, de aspecto pálido y melancólico porque, según se rumoreaba, su padre no había dejado acercarse a Oliver Kimball; Moody Spurgeon MacPherson, con su cara redonda y sus orejas insufribles, tan redondas e insufribles como siempre; y Billy Andrews, que se pasó toda la velada sentado en un rincón, soltando risitas cuando alguien le hablaba, y mirando a Ana Shirley con una sonrisa de satisfacción en su ancho rostro pecoso.

Ana sabía de antemano lo de la fiesta, pero no sabía que ella y Gilbert, como fundadores de la Sociedad, iban a recibir una muy lisonjera «alocución» y «muestras de reconocimiento»; en su caso, un volumen con las obras de Shakespeare, y en el de Gilbert, una estilográfica. La sorprendió tanto, y le agradaron tanto las cosas tan bonitas que se decían en la alocución, leída con los tonos más solemnes y pastoriles de Moody Spurgeon, que las lágrimas le anegaron el resplandor de sus grandes ojos grises. Había trabajado mucho y de buena fe por la A.V.I.S., y se le calentaba el corazón al ver que los socios apreciaban tan sinceramente sus esfuerzos. Y todos eran tan simpáticos, tan amistosos y tan alegres... incluso las chicas Pye tenían sus méritos; en aquel momento Ana quería a todo el mundo.

Disfrutó la velada sobremanera, aunque el final le estropeó todo. Gilbert volvió a cometer el error de decirle algo sentimental mientras cenaban en la veranda iluminada por la luna; y Ana, para castigarle, se mostró amable con Charlie Sloane y permitió que este la acompañara a casa. Sin embargo, comprobó que la venganza no hace tanto daño a nadie como a quien intenta ejercerla. Gilbert se fue tan campante con Ruby Gillis, y Ana podía oírlos reír y charlar alegremente mientras deambulaban por el tranquilo y frío aire otoñal. Era evidente que se lo estaban pasando en grande, mientras ella se aburría horriblemente con Charlie Sloane, que hablaba sin parar y nunca, ni por casualidad, decía nada que mereciera la pena escuchar. Ana soltaba de cuando en cuando un distraído «sí» o «no», y pensaba en lo guapa que había estado Ruby aquella noche, en lo saltones que eran los ojos de Charlie a la luz de la luna — aún peores que a la luz del día— y en que el mundo, de alguna manera, no era tan bonito como ella había creído que era antes durante la velada.

—Estoy simplemente agotada, eso es lo que me pasa —se dijo cuando se encontró, con gran alivio, sola en su propio cuarto. Y lo creía de verdad. Pero cierto brote de alegría, como de un manantial secreto y desconocido, burbujó en su corazón a la tarde siguiente, cuando vio a Gilbert cruzar a zancadas el Bosque Encantado y el viejo puente de troncos con aquel paso firme y ligero que le era propio. ¡Así que Gilbert no iba a pasar esta última tarde con Ruby Gillis, al fin y al cabo!

—Tienes cara de cansancio, Ana —le dijo él.

—Estoy cansada y, lo que es peor, de mal humor. Cansada porque he pasado el día haciendo la maleta y cosiendo. Y de mal humor porque han venido a despedirse de mí seis mujeres, y las seis se las arreglaron para decir algo que parecía quitarle todo el color a la vida y dejarla tan gris, lúgubre y deprimente como una mañana de noviembre.

—¡Brujas cotillas! —fue el elegante comentario de Gilbert.

—Oh, no —dijo Ana con seriedad—. Eso es precisamente lo que ocurre. Si fueran brujas cotillas no me importaría. Pero son todas almas buenas, amables y maternales, que me aprecian y a quienes yo aprecio, y por eso lo que dijeron, o insinuaron, me ha afectado de forma tan desproporcionada. Me hicieron ver que piensan que estoy loca por ir a Redmond a sacarme la licenciatura, y desde entonces no he dejado de preguntarme si lo estaré. La señora Peter Sloane suspiró y dijo que esperaba que me aguantaran las fuerzas hasta terminar; y en ese mismo instante me vi postrada, víctima irremediable de un colapso nervioso, al final de mi tercer año. La señora Eben Wright dijo que pasar cuatro años en Redmond debía de costar una barbaridad; y me sentí culpable de derrochar el dinero de Marilla y el mío en semejante locura. La señora Jasper Bell dijo que esperaba que la universidad no me echara a perder, como a algunos; y presentí que al cabo de mis cuatro años en Redmond sería una criatura insoportable, convencida de saberlo todo y mirando por encima del hombro a cuanto había en Avonlea. La señora Elisha Wright dijo que tenía entendido que las chicas de Redmond, sobre todo las de Kingsport, eran «terriblemente presumidas y estiradas», y que dudaba de que me sintiera muy a gusto entre ellas; y me vi a mí misma, una chica de pueblo acomplejada, envarada y humillada, arrastrando los pies por los venerandos pasillos de Redmond con botas de color cobre.

Ana terminó con una risa mezclada con un suspiro. Con su naturaleza sensible, toda desaprobación le pesaba, incluso la de aquellas personas cuyas opiniones en poco estimaba. Por el momento la vida había perdido todo sabor, y la ambición se había apagado como una vela.

—No puede importarte lo que dijeron —protestó Gilbert—. Sabes perfectamente lo estrecha que es su visión del mundo, aunque sean unas criaturas excelentes. Hacer algo que ellas nunca han hecho equivale a un anatema. Eres la primera chica de Avonlea que va a la universidad, y ya

sabes que a todos los pioneros se los considera atacados de una locura de luna.

—Oh, lo sé. Pero sentir es muy diferente de saber. El sentido común me dice todo lo que tú me dices, pero hay momentos en que el sentido común no tiene poder sobre mí. La sinrazón se apodera de mi alma. La verdad es que después de que se fuera la señora Elisha, apenas tenía ánimos para seguir haciendo la maleta.

—Estás simplemente cansada, Ana. Vamos, olvídate de todo y sal a caminar conmigo: un paseo por el bosque más allá de la marisma. Allí hay algo que quiero enseñarte.

—¿Debería haber algo? ¿Es que no sabes si está?

—No. Solo sé que debería estar, por algo que vi allí en primavera. Venga. Nos imaginaremos que somos dos niños otra vez y nos iremos a donde nos lleve el viento.

Se pusieron en marcha alegremente. Ana, recordando el disgusto de la tarde anterior, se mostró muy amable con Gilbert; y Gilbert, que iba aprendiendo a ser prudente, se cuidó de no ser más que el camarada escolar de siempre. La señora Lynde y Marilla los vieron pasar desde la ventana de la cocina.

—Ese par acabará casándose algún día —dijo la señora Lynde con aprobación.

Marilla se estremeció levemente. En su fuero interno lo esperaba, pero le repugnaba oírlo de boca de la señora Lynde con esa manera chismosa y prosaica de tratar el asunto.

—Todavía son unos niños —dijo secamente.

La señora Lynde se rió con benevolencia.

—Ana tiene dieciocho años; yo me casé con esa edad. Nosotros los viejos, Marilla, tendemos demasiado a pensar que los hijos nunca crecen, eso es lo que ocurre. Ana es una mujer joven y Gilbert es un hombre, y la venera como a nadie, como cualquiera puede ver. Es un chico excelente, y Ana no puede hacer mejor elección. Espero que no se le meta ningún romanticismo en la cabeza en Redmond. No soy partidaria de esas instituciones mixtas y nunca lo he sido, eso es lo que hay. No creo —concluyó la

señora Lynde con solemnidad— que los estudiantes en esos centros hagan gran cosa más que coquetear.

—Algo tendrán que estudiar —dijo Marilla con una sonrisa.

—Muy poco —resopló la señora Rachel—. Sin embargo, creo que Ana sí estudiará. Nunca ha sido coqueta. Pero es que no valora a Gilbert en todo lo que vale, eso es lo que hay. ¡Conozco yo a las chicas! Charlie Sloane también está loco por ella, pero nunca le aconsejaría que se casara con un Sloane. Los Sloane son gente buena, honrada y respetable, por supuesto. Pero, dicho todo lo que hay que decir, son Sloane.

Marilla asintió. Para un forastero, la afirmación de que los Sloane eran Sloane no resultaría muy esclarecedora, pero ella lo entendía perfectamente. En todos los pueblos hay una familia así: gente buena, honrada y respetable quizá, pero Sloane son y Sloane serán siempre, aunque hablen con lenguas de hombres y ángeles.

Gilbert y Ana, felizmente ajenos a que la señora Rachel estuviera así resolviendo su futuro, paseaban entre las sombras del Bosque Encantado. Más allá, las colinas de la cosecha se bañaban en el resplandor ambarino del ocaso, bajo un cielo pálido y aéreo de rosa y azul. Las arboledas de abetos lejanas brillaban como bronce, y sus largas sombras surcaban los prados de la loma. Pero a su alrededor un vientecillo cantaba entre los penachos de los abetos, y en él había el acento del otoño.

—Este bosque está verdaderamente encantado ahora, por los viejos recuerdos —dijo Ana, agachándose para coger un ramo de helechos blanqueados por la escarcha hasta adquirir una blancura de cera—. Me parece que las niñas que Diana y yo éramos todavía juegan aquí, y se sientan junto a la Fuente de la Dríada al atardecer, citándose con los fantasmas. ¿Sabes que nunca puedo subir por este sendero al anochecer sin sentir algo del viejo miedo y el viejo estremecimiento? Había un fantasma particularmente aterrador que creamos: el del niño asesinado que se acercaba sigilosamente por detrás y te ponía los dedos fríos en los tuyos. Confieso que, hasta el día de hoy, no puedo evitar imaginármelo tras de mí cuando vengo aquí después de oscurecer. No me da miedo la Dama Blanca ni el decapitado ni los esqueletos, pero ojalá nunca hubiera dado vida con mi imaginación al fantasma de aquel bebé. Qué enfadadas se pusieron Marilla y la señora Barry con aquel asunto —concluyó Ana, con una risa de reminiscencia.

Los bosques en torno a la cabecera de la marisma estaban llenos de vistas violáceas, enredadas en hilos de araña. Tras una sombría plantación de nudosos abetos y un valle cálido de sol orlado de arces, encontraron lo que Gilbert andaba buscando.

— Ahí está — dijo con satisfacción.

— ¡Un manzano... aquí, tan adentro! — exclamó Ana, encantada.

— Sí, un manzano que da manzanas de verdad, aquí, en medio de pinos y hayas, a más de un kilómetro de cualquier huerto. Pasé por aquí un día la primavera pasada y lo encontré, todo blanco de flores. Así que resolví volver en otoño a ver si había dado manzanas. Míralo, está cargado. Y tienen buena pinta también: leonadas como las reinetas, pero con una mejilla oscura y rojiza. La mayoría de los silvestres son verdes y poco apetecibles.

— Supongo que brotó hace años de alguna semilla caída al azar — dijo Ana con aire soñador—. ¡Y cómo ha crecido y florecido y se ha mantenido aquí, solo entre plantas ajenas, valiente y tenaz!

— Aquí hay un árbol caído con un cojín de musgo. Siéntate, Ana; servirá de trono de los bosques. Yo subiré a buscar algunas manzanas. Todas crecen muy arriba; el árbol tuvo que estirarse hacia la luz del sol.

Las manzanas resultaron ser deliciosas. Bajo la piel leonada había una carne blanca, blanca, levemente veteada de rojo; y, además de su propio sabor a manzana, tenían un cierto paladar silvestre y delicioso que ninguna manzana de huerto ha poseído jamás.

— La manzana fatal del Edén no podía tener un aroma más singular — comentó Ana—. Pero ya es hora de volver a casa. Mira, hace tres minutos era crepúsculo y ahora es noche de luna. Qué lástima no haber podido atrapar el momento de la transformación. Pero esos momentos nunca se atrapan, supongo.

— Volvamos bordeando la marisma y por el Sendero de los Enamorados. ¿Sigues tan de mal humor como cuando saliste, Ana?

— Qué va. Esas manzanas han sido como el maná para un alma hambrienta. Siento que amaré Redmond y que pasaré allí cuatro años espléndidos.

— ¿Y después de esos cuatro años?

—Oh, al final de ellos hay otro recodo del camino —respondió Ana con ligereza—. No tengo ni idea de qué puede haber al doblarlos... ni quiero tenerla. Es más bonito no saberlo.

El Sendero de los Enamorados era un lugar entrañable aquella noche, quieto y misteriosamente tenue bajo la pálida luz lunar. Lo recorrieron perezosamente en un silencio placentero y cómplice, sin ganas de hablar.

«Si Gilbert fuera siempre como ha sido esta tarde, todo sería tan agradable y tan sencillo», reflexionó Ana.

Gilbert miraba a Ana mientras andaba. Con su vestido claro, con su esbelta delicadeza, le recordaba un lirio blanco.

«Me pregunto si alguna vez conseguiré que me quiera», pensó, con un pinchazo de desconfianza en sí mismo.

CAPÍTULO III

ENCUENTROS Y DESPEDIDAS

Charlie Sloane, Gilbert Blythe y Ana Shirley partieron de Avonlea el lunes por la mañana siguiente. Ana había esperado un día despejado. Diana iba a llevarla a la estación en el coche y quería que ese último trayecto juntas por algún tiempo fuera agradable. Pero cuando Ana se fue a la cama el domingo por la noche, el viento del este gemía en torno a Tejas Verdes con un augurio funesto que se cumplió por la mañana. Ana se despertó al oír la lluvia golpeando su ventana y ensombreciendo la superficie gris del estanque con círculos que se ensanchaban; colinas y mar estaban ocultos en la bruma, y

el mundo entero parecía apagado y triste. Ana se vistió en el sombrío amanecer gris, porque había que salir pronto para coger el tren del barco; luchaba contra las lágrimas que se le agolpaban en los ojos a pesar suyo. Iba a dejar la casa que tanto quería, y algo le decía que la dejaba para siempre, salvo como refugio de vacaciones. Las cosas nunca volverían a ser las mismas; volver de vacaciones no era vivir allí. Y, ¡oh, cuánto quería y apreciaba todo lo de allí!: aquel cuartito blanco del porche, consagrado a los sueños de la adolescencia; la vieja Reina de las Nieves junto a la ventana; el arroyo en el barranco; la Fuente de la Dríada; el Bosque Encantado; el Sendero de los Enamorados; todos y cada uno de los miles de rincones queridos donde dormitaban los recuerdos de los años pasados. ¿Podría ser jamás realmente feliz en otro lugar?

El desayuno en Tejas Verdes aquella mañana fue una comida bastante penosa. Davy, por primera vez en su vida probablemente, no pudo comer, sino que sollozó sin vergüenza sobre sus gachas. Los demás tampoco parecían tener mucho apetito, salvo Dora, que se comió sus raciones con toda tranquilidad. Dora, como la inmortal y muy prudente Charlotte, que «siguió cortando rebanadas de pan con mantequilla» mientras el cadáver de su frenético enamorado pasaba en unas parihuelas, era una de esas afortunadas criaturas que pocas veces se alteran. Incluso a los ocho años hacía falta mucho para turbar la placidez de Dora. Sentía que Ana se fuera, desde luego, pero ¿era eso razón para no apreciar un huevo escalfado sobre tostada? En absoluto. Y viendo que Davy no podía comerse el suyo, Dora se lo comió por él.

A su hora en punto, Diana apareció con el caballo y el coche, el rostro sonrosado asomando por encima del impermeable. Las despedidas tuvieron que decirse entonces de algún modo. La señora Lynde vino desde sus habitaciones a darle a Ana un caluroso abrazo y aconsejarle que cuidara mucho su salud, pasara lo que pasara. Marilla, brusca y sin lágrimas, le dio un pico en la mejilla y dijo que supuso que tendrían noticias de ella en cuanto se instalara. Un observador casual habría podido concluir que la marcha de Ana le importaba muy poco, a menos que dicho observador hubiera tenido la suerte de ver bien sus ojos. Dora besó a Ana con remilgo y estrujó dos pequeñas y decorosas lágrimas; pero Davy, que había estado llorando en el peldaño de la puerta trasera desde que se levantaron de la mesa, se negó a decir adiós. Al ver que Ana se acercaba a él, se puso en pie de un

salto, se escabulló escaleras arriba y se encerró en un armario, del que no quiso salir de ningún modo. Sus ahogados alaridos fueron lo último que oyó Ana al salir de Tejas Verdes.

Llovió con fuerza todo el trayecto hasta Bright River, adonde debían ir porque el tren de la línea secundaria desde Carmody no enlazaba con el tren del barco. Charlie y Gilbert estaban en el andén cuando llegaron, y el tren ya estaba pitando. Ana tuvo el tiempo justo de comprar su billete, reclamar el resguardo del baúl, decirle adiós a Diana a la carrera y subir al tren. Ojalá estuviera volviendo con Diana a Avonlea; sabía que iba a morir de morriña. Y, ¡ay, si al menos dejara de caer esa lluvia deprimente que empapaba el mundo como si llorara el verano perdido y las alegrías idas! Ni siquiera la presencia de Gilbert le daba consuelo, porque Charlie Sloane también estaba allí, y lo sloanesco solo era tolerable con buen tiempo. Con lluvia era del todo insoportable.

Pero cuando el barco zarpó del puerto de Charlestown las cosas mejoraron. Dejó de llover y el sol empezó a irrumpir dorado de cuando en cuando por los jirones de nubes, dorando los mares grises con un resplandor cobrizo e iluminando las brumas que envolvían las costas rojas de la Isla con destellos de oro que prometían un buen día al fin. Además, Charlie Sloane se mareó enseguida en cuanto salieron al mar y tuvo que bajar a cubierta, dejando a Ana y Gilbert solos en proa.

«Qué alivio que todos los Sloane se mareen nada más pisar una embarcación — pensó Ana sin compasión—. Estoy segura de que no podría despedirme de la "vieja tierra" con Charlie plantado ahí haciéndose el sentimental.»

—Bueno, en marcha —dijo Gilbert sin sentimentalismos.

—Sí, me siento como el «Childe Harold» de Byron, solo que no es realmente mi «tierra natal» la que contemplo —dijo Ana, parpadeando con energía sus ojos grises—. Esa es, supongo, Nueva Escocia. Pero la tierra natal de cada uno es la tierra que más quiere, y para mí esa es la buena y vieja Isla del Príncipe Eduardo. No me puedo creer que no haya vivido siempre aquí. Esos once años antes de que llegara me parecen una pesadilla. Han pasado siete años desde que crucé en este barco, la tarde en que la señora Spencer me trajo desde Hopetown. Todavía me veo, con aquel espantoso vestido de lanilla y el desvencijado sombrero mariner, explorando cubier-

tas y camarotes con curiosidad embelesada. Era una tarde despejada; ¡y qué rutilaban aquellas costas rojas de la Isla al sol! Ahora vuelvo a cruzar el estrecho. Oh, Gilbert, espero que me gusten Redmond y Kingsport, pero estoy segura de que no me van a gustar.

—¿Adónde ha ido a parar toda tu filosofía, Ana?

—Está sumergida bajo una gran ola arrolladora de soledad y morriña. Llevaba tres años deseando ir a Redmond y ahora voy... y ojalá no fuera. ¡No importa! Volveré a ser animosa y filosófica en cuanto haya llorado a gusto de una vez. Necesito ese llanto, «como quien dice»... y tendré que esperar a estar en la cama del alojamiento esta noche, dondequiera que esté, para poder hacerlo. Entonces Ana volverá a ser ella misma. Me pregunto si Davy habrá salido ya del armario.

Eran las nueve de la noche cuando el tren llegó a Kingsport, y se encontraron en el resplandor azul y blanco de la estación abarrotada. Ana se sintió terriblemente desconcertada, pero un momento después se la llevó Priscilla Grant, que había llegado a Kingsport el sábado.

—¡Aquí estás, querida! Supongo que estás tan cansada como yo estaba cuando llegué el sábado por la noche.

—¿Cansada? Priscilla, ni me lo nombres. Estoy cansada, y novata, y pueblerina, y tengo unos diez años. Por lo que más quieras, lleva a esta pobre amiga tuya destrozada a algún sitio donde pueda escuchar sus propios pensamientos.

—Te llevo ahora mismo a nuestra pensión. Tengo un coche de caballos esperando fuera.

—Qué suerte que estés aquí, Prissy. Si no, creo que me sentaría ahora mismo en mi maleta y me pondría a llorar de lo más amargo. ¡Qué consuelo es una cara conocida en una jauría de desconocidos!

—¿Es ese Gilbert Blythe que está allí, Ana? Cómo ha madurado en este último año. Era un colegial cuando yo daba clases en Carmody. Y eso de allí es Charlie Sloane, claro. Él no ha cambiado nada; ¡imposible! Tenía el mismo aspecto al nacer y lo tendrá con ochenta años. Por aquí, querida. En veinte minutos estaremos en casa.

—¿En casa? —gimió Ana—. Quieres decir que estaremos en alguna espantosa pensión, en un habitáculo aún más espantoso, que dará a un patio trasero mugriento.

—No es una pensión espantosa, Ana. Aquí está nuestro coche. Sube, el cochero sacará el baúl. Sí, la pensión... es en realidad un sitio muy agradable, como reconocerás mañana por la mañana cuando una buena noche de sueño haya convertido tu tristeza en optimismo. Es una casona vieja y amplia de piedra gris en la calle St. John, a un paseo muy corto de Redmond. Antes era la «residencia» de gente importante, pero la moda ha abandonado la calle St. John y sus casas solo sueñan ahora con tiempos mejores. Son tan grandes que la gente que vive en ellas tiene que alojar a huéspedes para llenarlas. Al menos, esa es la razón que nuestras patronas se empeñan en hacernos creer.

—¿Cuántas hay?

—Dos. La señorita Hannah Harvey y la señorita Ada Harvey. Nacieron gemelas hace unos cincuenta años.

—Parece que no me puedo librar de los gemelos —sonrió Ana—. Vayan donde vayan, me los encuentro.

—Oh, pero ya no son gemelas, querida. Después de cumplir los treinta dejaron de serlo. La señorita Hannah ha envejecido, no muy dignamente, y la señorita Ada se ha quedado en los treinta, aún menos dignamente. No sé si la señorita Hannah sabe sonreír; todavía no la he pillado haciéndolo, pero la señorita Ada sonríe sin parar, lo cual es peor. Sin embargo, son unas almas buenas y amables, y alojan a dos huéspedes cada año porque el alma económica de la señorita Hannah no puede soportar «tener habitaciones vacías»; no porque lo necesiten ni tengan que hacerlo, como me ha dicho la señorita Ada siete veces desde el sábado por la noche. En cuanto a nuestros cuartos, reconozco que son habitáculos, y el mío da efectivamente al patio trasero. El tuyo es uno delantero y da al cementerio de Old St. John's, que está justo enfrente.

—Eso suena lúgubre —se estremeció Ana—. Creo que preferiría la vista al patio trasero.

—Oh, no, ya verás. Old St. John's es un lugar encantador. Lleva tanto tiempo siendo cementerio que ha dejado de serlo y se ha convertido en uno

de los lugares de interés de Kingsport. Me lo recorrí entero ayer para descansar. Hay una gran muralla de piedra y una hilera de árboles enormes alrededor, y hileras de árboles por todas partes, y las lápidas más raras, con las inscripciones más curiosas y pintorescas. Irás allí a estudiar, Ana, ya lo verás. Por supuesto, ya no se entierra a nadie allí. Pero hace unos años levantaron un hermoso monumento en memoria de los soldados de Nueva Escocia que cayeron en la guerra de Crimea. Está justo frente a los portones de entrada y da mucho «juego a la imaginación», como tú solías decir. Aquí llega tu baúl por fin... y los chicos a despedirse. ¿Tengo que darle la mano a Charlie Sloane, Ana? Sus manos son siempre tan frías y húmedas. Tendremos que invitarlos a venir de visita de vez en cuando. La señorita Hannah me dijo solemnemente que podíamos recibir «visitas de caballeros jóvenes» dos tardes a la semana, siempre que se marcharan a una hora prudente; y la señorita Ada me pidió sonriendo que me asegurara de que no se sentaran sobre sus hermosos almohadones. Le prometí que lo haría; pero sabe Dios dónde van a sentarse si no, a no ser en el suelo, porque hay almohadones en todas partes. La señorita Ada tiene incluso uno de encaje de Battenburg encima del piano.

Ana se estaba riendo a estas alturas. La animada cháchara de Priscilla había surtido el efecto deseado de levantarle el ánimo; la morriña desapareció por el momento e incluso cuando por fin se encontró sola en su cuartito no la volvió con toda su fuerza. Se acercó a la ventana y miró afuera. La calle de abajo estaba silenciosa y tenuemente iluminada. Al otro lado, la luna brillaba sobre los árboles de Old St. John's, justo detrás de la gran cabeza oscura del león del monumento. Ana se preguntó si sería posible que solo aquella mañana hubiera salido de Tejas Verdes. Tenía esa sensación de largo transcurso del tiempo que da un día de cambios y viajes.

«Supongo que esa misma luna estará brillando ahora sobre Tejas Verdes», caviló. «Pero no quiero pensar en eso; por ahí viene la morriña. Ni siquiera voy a tener mi gran llanto. Lo dejaré para una ocasión más propicia, y ahora me iré a la cama tranquila y sensatamente a dormir.»

CAPÍTULO IV

LA DAMA DE ABRIL

Kingsport es una ciudad antigua y pintoresca que se remonta a los primeros tiempos de la época colonial, envuelta en su atmósfera de antaño como alguna dama distinguida que viste aún con los trajes de su juventud. Aquí y allá asoman brotes de modernidad, pero en el fondo permanece intacta; está llena de curiosas reliquias y aureolada por el romance de muchas leyendas del pasado. Fue en sus orígenes un simple puesto fronterizo al borde de la selva, y aquellos fueron los tiempos en que los indios se encargaban de que la vida no resultara monótona para los colonos. Luego se convirtió en manzana de discordia entre ingleses y franceses, siendo ocupada alternativamente por unos y otros, y saliendo de cada ocupación con alguna nueva cicatriz grabada a fuego por la pugna de las naciones.

En su parque tiene una torre martelo cubierta de firmas de turistas, un viejo fuerte francés en ruinas en las colinas que se elevan más allá de la ciudad, y varios cañones antiquísimos en sus plazas públicas. Posee asimismo otros lugares históricos que el curioso puede rastrear, y ninguno es más pintoresco y delicioso que el viejo cementerio de St. John's, en pleno corazón de la ciudad, flanqueado en dos de sus lados por calles de tranquilas casas de otro tiempo y en los otros dos por bulliciosas y modernas vías de tráfico. Todo ciudadano de Kingsport siente un estremecimiento de orgullo posesivo ante Old St. John's, pues si tiene alguna pretensión de linaje, algún antepasado suyo estará enterrado allí, con una lápida extraña y torcida a la cabecera o desparramada protectoramente sobre la tumba, en la que constan los principales hechos de su historia. En su mayor parte no se prodigó en aquellas viejas lápidas ningún arte ni destreza especiales. La mayoría son de piedra gris o parda del país, toscamente labrada, y solo en algunos casos hay algún intento de ornamentación. Varias están adornadas con calaveras y

tibias cruzadas, y esta lúgubre decoración va a menudo emparejada con la cabeza de un querubín. Muchas están caídas y en ruinas. En casi todas ha hincado el diente el tiempo, hasta borrar algunas inscripciones por completo y dejar otras que solo con esfuerzo se descifran. El cementerio está muy lleno y muy frondoso, pues lo rodean e intersecan hileras de olmos y sauces a cuya sombra los durmientes deben de reposar muy plácidamente, acunados para siempre por el susurro del viento y las hojas sobre ellos, sin que les perturbe lo más mínimo el estruendo del tráfico que hay justo al otro lado.

Ana emprendió la primera de muchas excursiones por Old St. John's aquella tarde. Ella y Priscilla habían ido a Redmond por la mañana y se habían matriculado como alumnas, tras lo cual no había nada más que hacer en todo el día. Las chicas escaparon de buena gana, pues no resultaba nada estimulante verse rodeadas de multitudes de desconocidos, la mayoría con un aspecto bastante extraño, como si no tuvieran muy claro adónde pertenecían.

Las «novatas» permanecían reunidas en pequeños grupos de dos o tres, mirándose de reojo; los «novatos», más sagaces en su generación, se habían apiñado en la gran escalinata del vestíbulo de entrada, donde coreaban cánticos con toda la energía de sus jóvenes pulmones, en una especie de desafío a sus tradicionales enemigos, los de segundo, algunos de los cuales deambulaban con majestuosa altivez por los alrededores, mostrando el desdén pertinente ante los «cachorros sin domesticar» de la escalera. Gilbert y Charlie no aparecían por ningún lado.

—Jamás habría pensado que llegaría el día en que me alegrara de ver a un Sloane —dijo Priscilla mientras cruzaban el campus—, pero casi le recibiría con júbilo a Charlie y sus ojos saltones. Al menos serían unos ojos conocidos.

—Oh —suspiró Ana—. No hay palabras para describir lo que sentí mientras esperaba mi turno para matricularme, tan insignificante como la más pequeña gota en el más enorme de los cubos. Es malo sentirse insignificante, pero es insoportable tener grabado en el alma que nunca, que jamás podrás ser otra cosa que insignificante, y eso fue lo que sentí: como si fuera invisible a simple vista y alguno de esos de segundo pudiera pisarme. Tuve la certeza de que bajaría a la tumba sin que nadie me llorara, me honrara ni me cantara.

—Espera al año que viene —la consoló Priscilla—. Entonces podremos parecer tan aburridas y sofisticadas como cualquier alumna de segundo. Es bastante horrible sentirse insignificante, no te digo que no; pero creo que es mejor que sentirse como yo me sentía, grande y desgarbada, como si me hubiera desparramado por todo Redmond. Eso es lo que sentí, supongo que porque era unos buenos centímetros más alta que cualquiera de la multitud. No tenía miedo de que alguna de segundo me pisara; tenía miedo de que me tomaran por una elefanta, o por un ejemplar desgarbado de isleña criada a base de patatas.

—El problema, supongo, es que no podemos perdonarle al gran Redmond que no sea la pequeña Escuela Normal —dijo Ana, recogiendo los jirones de su vieja filosofía alegre para cubrirse la desnudez de su espíritu—. Cuando dejamos la Escuela Normal conocíamos a todo el mundo y teníamos un sitio propio. Supongo que hemos estado esperando inconscientemente retomar la vida en Redmond justo donde la dejamos en la Escuela Normal, y ahora sentimos como si el suelo se nos hubiera ido bajo los pies. Doy gracias de que ni la señora Lynde ni la señora Elisha Wright sepan, ni lleguen nunca a saber, mi estado de ánimo actual. Triunfarían diciéndome «ya te lo dije» y se convencerían de que es el principio del fin. Cuando en realidad es solo el fin del principio.

—Exacto. Eso ya suena más a Ana. Dentro de poco nos habremos aclimatado y conoceremos a gente, y todo irá bien. Ana, ¿te fijaste en la chica que estuvo toda la mañana sola, justo fuera de la puerta del guardarropa de alumnas? La guapa, de ojos castaños y boca torcida.

—Sí, me fijé especialmente en ella porque parecía la única criatura de allí que se sentía tan sola y desamparada como yo. Tú me tenías a mí, pero ella no tenía a nadie.

—Creo que ella también se sentía bastante «yo sola me las apañaba». Varias veces la vi hacer el amago de acercarse a nosotras, pero nunca lo hacía: demasiado tímida, supongo. Ojalá se hubiera acercado. Si no me hubiera sentido tan elefanta como digo, me habría ido yo a ella. Pero no podía ir cargando por ese gran vestíbulo con todos esos chicos vociferando en la escalera. Era la novata más guapa que vi hoy, aunque quizá el favor es engañoso y hasta la belleza es vana en tu primer día en Redmond —concluyó Priscilla con una risa.

— Voy a cruzar a Old St. John's después de comer —dijo Ana—. No sé si un cementerio es el mejor lugar adonde ir a animarse, pero parece el único sitio asequible donde hay árboles, y árboles necesito sin falta. Me sentaré en una de esas viejas lápidas, cerraré los ojos e imaginaré que estoy en los bosques de Avonlea.

Eso no fue lo que hizo, sin embargo, pues Old St. John's le ofreció suficientes cosas de interés para mantener bien abiertos los ojos. Entraron por los portones de entrada, bajo el sencillo y macizo arco de piedra rematado por el gran león de Inglaterra.

—«Y en Inkerman aún el zarzal sangriento, y esas cumbres ya célebres serán en la historia»

—recitó Ana, contemplándolo con emoción. Se encontraron en un lugar fresco, sombrío y verde donde el viento gustaba de murmurar. Pasearon arriba y abajo por las largas alamedas herbosas, leyendo los curiosos y extensos epitafios labrados en una época que disponía de más ocio que la nuestra.

—«Aquí yace el cuerpo de Albert Crawford, Esq.» —leyó Ana en una lápida gris y desgastada—, «durante muchos años Custodio de la Artillería de Su Majestad en Kingsport. Sirvió en el ejército hasta la paz de 1763, cuando se retiró por mala salud. Fue un valiente oficial, el mejor de los esposos, el mejor de los padres, el mejor de los amigos. Murió el 29 de octubre de 1792, a los 84 años de edad.» Ahí tienes un epitafio, Prissy. Desde luego, «hay mucho margen para la imaginación» en él. ¡Qué llena de aventuras debió de haber estado semejante vida! Y en cuanto a sus cualidades personales, estoy segura de que el elogio humano no puede ir más lejos. Me pregunto si alguien le dijo mientras vivía que era todo eso en su mejor grado.

—Aquí hay otro —dijo Priscilla—. Escucha: «A la memoria de Alexander Ross, que murió el 22 de septiembre de 1840, a los 43 años de edad. Esto lo erige como tributo de afecto alguien a quien sirvió tan fielmente durante 27 años que llegó a ser considerado un amigo, digno de la más plena confianza y estima.»

—Un epitafio muy hermoso —comentó Ana pensativa—. No desearía otro mejor. Todos somos servidores de algo o de alguien, y si puede inscribirse con verdad en nuestra lápida que hemos sido fieles, no hace falta

añadir nada más. Aquí hay una triste piedrecita gris, Prissy: «a la memoria de una niña querida». Y aquí otra «erigida a la memoria de alguien enterrado en otro lugar». Me pregunto dónde estará esa tumba desconocida. La verdad, Pris, los cementerios de hoy no serán nunca tan interesantes como este. Tenías razón; vendré aquí a menudo. Ya me gusta. Veo que no estamos solas: hay una chica al final de esta alameda.

—Sí, y creo que es la misma que vimos en Redmond esta mañana. La llevo cinco minutos observando. Ha empezado a venir por la alameda exactamente media docena de veces, y media docena de veces ha dado media vuelta y se ha vuelto atrás. O tiene una timidez tremenda o le pesa algo en la conciencia. Vamos a su encuentro. Es más fácil hacer amistad en un cementerio que en Redmond, estoy convencida.

Fueron por la larga y herbosa arcada hacia la desconocida, que estaba sentada en una lápida gris bajo un sauce enorme. Era sin duda muy guapa, con un tipo de belleza vívida, irregular y hechicera. Había en su sedoso cabello liso un brillo de nueces castañas, y en sus mejillas redondeadas un resplandor suave y maduro. Sus ojos eran grandes, castaños y aterciopelados bajo unas cejas negras de puntas inusualmente agudas, y su boca torcida era roja como una rosa. Llevaba un elegante traje marrón, de debajo del cual asomaban dos botines muy a la moda; y su sombrero de paja rosa apagada, adornado con amapolas castaño-doradas, tenía ese aire indefinible e inconfundible que tienen las «creaciones» de una sombrerera de talento. Priscilla sintió de pronto la punzada de ser consciente de que su propio sombrero lo había adornado la modista del almacén del pueblo, y Ana se preguntó con incomodidad si la blusa que se había cosido ella misma, y que le había entallado la señora Lynde, parecería muy de pueblo y casera al lado de la elegante indumentaria de la desconocida. Por un momento, ambas chicas sintieron el impulso de volverse atrás.

Pero ya se habían detenido y girado hacia la lápida gris. Era demasiado tarde para retirarse, pues la chica de ojos castaños había dado evidentemente por sentado que se acercaban a hablar con ella. Al instante se puso en pie y vino hacia ellas con la mano tendida y una sonrisa alegre y amistosa en la que no había sombra de timidez ni de conciencia cargada.

—¡Oh, quiero saber quiénes sois! —exclamó con vivacidad—. Estoy muriéndome de ganas de saberlo. Os vi en Redmond esta mañana. Oye, ¿no

fue espantoso aquello? Por un momento deseé haberme quedado en casa y haberse casado.

Ana y Priscilla estallaron en carcajadas sin rebozo ante tan inesperado desenlace. La chica de ojos castaños también se rió.

—Lo digo en serio. Hubiera podido hacerlo, ya sabéis. Venga, sentémonos todas en esta lápida y conozcámonos. No será difícil. Sé que vamos a adorarnos: lo noté en cuanto os vi en Redmond esta mañana. Me dieron unas ganas tremendas de ir a abrazaros a las dos.

—¿Por qué no lo hiciste? —preguntó Priscilla.

—Porque sencillamente no pude decidirme a hacerlo. Nunca puedo decidirme por nada por mí misma: siempre me aqueja la indecisión. En cuanto decido hacer algo, noto en los huesos que la otra opción sería la correcta. Es un defecto terrible, pero nací así, y de poco sirve que me lo reprochen, como hacen algunas personas. Así que no pude decidirme a ir a hablaros, por mucho que quisiera.

—Pensamos que eras demasiado tímida —dijo Ana.

—No, no, querida. La timidez no está entre los muchos defectos... ni las virtudes... de Philippa Gordon. Phil, para abreviar. Llamadme Phil desde ya. ¿Y vosotras, cómo os llamáis?

—Ella es Priscilla Grant —dijo Ana, señalando.

—Y ella es Ana Shirley —dijo Priscilla, señalando a su vez.

—Y somos de la Isla —dijeron las dos al mismo tiempo.

—Yo soy de Bolingbroke, Nueva Escocia —dijo Philippa.

—¡Bolingbroke! —exclamó Ana—. Pues allí nací yo.

—¿De verdad? Entonces, al fin y al cabo, eres «de la tierra de los azules».

—No, qué va —replicó Ana—. ¿No dijo Dan O'Connell que si un hombre nacía en un establo eso no lo convertía en caballo? Soy isleña hasta la médula.

—Bueno, de todos modos me alegra que nacieras en Bolingbroke. Eso nos hace casi vecinas, ¿no? Y eso me gusta, porque cuando os cuente secre-

tos no será como contárselos a una extraña. Tengo que contarlos. No puedo guardar secretos, no hay manera. Ese es mi peor defecto; ese, y la indecisión, como ya he dicho. ¿Os lo podéis creer? Me llevó media hora decidir qué sombrero ponerme cuando vine aquí: ¡aquí, a un cementerio! Al principio me inclinaba por el marrón con la pluma; pero en cuanto me lo puse me pareció que este rosa de ala ancha me sentaría mejor. Cuando lo tuve puesto con su alfiler, el marrón me pareció más bonito. Al final puse los dos juntos en la cama, cerré los ojos y clavé una aguja de sombrero al azar. La aguja dio en el rosa, así que me lo puse. Me sienta bien, ¿verdad? Decidme, ¿qué os parece mi aspecto?

Ante esta pregunta ingenua, formulada en tono perfectamente serio, Priscilla volvió a reírse. Pero Ana, apretándole la mano a Philippa impulsivamente, dijo:

—Esta mañana pensamos que eras la chica más guapa que vimos en Redmond.

La boca torcida de Philippa se abrió en una sonrisa hechicera, también torcida, que dejaba ver unos dientecillos muy blancos.

—Yo también lo pensé —fue su siguiente declaración asombrosa—, pero quería que alguien más me lo confirmara para reforzar mi opinión. Ni siquiera puedo decidir sobre mi propio aspecto. En cuanto decido que soy guapa empiezo a sentirme miserablemente convencida de que no lo soy. Además, tengo una tía abuela horrible que siempre me dice, con un suspiro apesadumbrado: «De bebé eras tan guapa. Es curioso cómo cambian los niños al crecer.» Me encantan las tías, pero detesto las tías abuelas. Por favor, decidme a menudo que soy guapa, si os parece bien. Me siento mucho más a gusto cuando puedo creer que soy guapa. Y yo haré lo mismo con vosotras si queréis: puedo hacerlo con la conciencia tranquila.

—Gracias —rió Ana—, pero Priscilla y yo estamos tan firmemente convencidas de nuestro buen aspecto que no necesitamos que nadie nos lo confirme, así que no te molestes.

—Oh, os estáis riendo de mí. Sé que pensáis que soy abominablemente vanidosa, pero no lo soy. No tengo ni una pizca de vanidad. Y nunca soy tacaña a la hora de hacerles cumplidos a otras chicas cuando los merecen. Me alegra mucho conocerlos. Llegué el sábado y desde entonces casi me he

muerto de morriña. Es un sentimiento horrible, ¿verdad? En Bolingbroke soy un personaje importante, ¡y en Kingsport no soy nadie! Hubo momentos en que sentía que mi alma se tornaba de un delicado tono azul. ¿Dónde vivís?

—En el número treinta y ocho de la calle St. John.

—¡Mejor y mejor! Pues yo estoy a la vuelta de la esquina, en la calle Wallace. Aunque no me gusta mi pensión. Es fría y solitaria, y mi habitación da a un patio trasero de lo más lóbrego. Es el lugar más feo del mundo. En cuanto a los gatos... seguro que no pueden congregarse allí todos los gatos de Kingsport por las noches, pero la mitad de ellos sí. Me encantan los gatos en las alfombras de la chimenea, dormitando ante fuegos agradables y acogedores, pero los gatos en los patios traseros a medianoche son animales completamente distintos. La primera noche que estuve aquí lloré toda la noche, y los gatos también. Había que haber visto mi nariz por la mañana. ¡Cuánto deseé no haber salido nunca de casa!

—No sé cómo te las arreglaste para decidirte a venir a Redmond, si eres tan indecisa —dijo Priscilla, divertida.

—Bendita seas, cariño, pues no lo hice. Fue papá quien quería que viniera. Tenía el corazón puesto en ello, no sé muy bien por qué. Resulta perfectamente ridículo pensar en mí estudiando para sacarme la licenciatura, ¿verdad? Aunque eso no quiere decir que no pueda hacerlo. Tengo muchísimo seso.

—¡Oh! —dijo Priscilla vagamente.

—Que sí. Pero es tan fatigoso usarlo. Y las licenciadas son criaturas tan sabias, tan dignas, tan eruditas y solemnes... forzosamente han de serlo. No, yo no quería ir a Redmond. Lo hice solo para complacer a papá. Es un cielo. Además, sabía que si me quedaba en casa tendría que casarme. Mamá quería eso: lo quería decididamente. Mamá tiene decisión de sobra. Pero la verdad es que la idea de casarme me horroriza por ahora. Quiero divertirme mucho antes de sentar la cabeza. Y, aunque resulte ridícula la idea de que yo me saque una licenciatura, la de que yo sea una vieja casada es todavía más absurda, ¿a que sí? Solo tengo dieciocho años. No, preferí venir a Redmond a casarme. Y además, ¿cómo habría podido decidirme por alguno?

—¿Es que había tantos? —rió Ana.

—Muchísimos. A los chicos les gusto una barbaridad; de verdad que sí. Pero solo dos tenían importancia. Los demás eran todos demasiado jóvenes y demasiado pobres. Ya sabéis que tengo que casarme con un hombre rico.

—¿Por qué tienes que?

—Querida, no podrías imaginarme como esposa de un hombre pobre, ¿verdad? No sé hacer una sola cosa útil y soy muy derrochadora. No, mi marido tiene que tener mucho dinero. Así que me quedé con dos. Pero entre dos no podía decidirme más fácilmente que entre doscientos. Sabía perfectamente que, eligiera al que eligiera, lamentaría toda mi vida no haberme casado con el otro.

—¿No... querías... a ninguno de los dos? —preguntó Ana con cierta vacilación. No le resultaba fácil hablar con una desconocida del gran misterio y la transformación del amor.

—Dios mío, no. No podría querer a nadie. No es algo que esté en mí. Además, no querría que lo estuviera. Estar enamorada te convierte en esclava por completo, creo yo. Y le daría al hombre tanto poder para hacerte daño... Me daría miedo. No, no; Alec y Alonzo son dos chicos estupendos, y les tengo tanto cariño a los dos que realmente no sé a cuál quiero más. Ahí está el problema. Alec es el más guapo, por supuesto, y sencillamente no podría casarme con un hombre que no fuera apuesto. Además tiene buen carácter y un pelo negro muy bonito, con rizos. Pero es demasiado perfecto: no creo que me gustaría tener un marido perfecto, alguien a quien nunca pudiera ponerle faltas.

—¿Por qué no te casas con Alonzo, entonces? —preguntó Priscilla con seriedad.

—¡Imagínate casarte con un nombre como Alonzo! —dijo Phil con aflicción—. No creo que pudiera soportarlo. Pero tiene una nariz clásica, y sería un consuelo tener en la familia una nariz que no fallara. La mía no es fiable. Por ahora sigue el patrón Gordon, pero tengo tanto miedo de que adquiera tendencias Byrne a medida que me haga mayor. La examino cada día ansiosamente para asegurarme de que sigue siendo Gordon. Mamá era una Byrne y tiene la nariz Byrne en su más pura expresión Byrne. Ya la veréis. Me encantan las narices bonitas. La tuya es encantadora, Ana Shirley. La nariz de Alonzo estuvo a punto de inclinar la balanza a su favor. Pero

¡Alonzo! No, no podía decidirme. Si hubiera podido hacer lo que hice con los sombreros —ponerlos juntos, cerrar los ojos y clavar la aguja— habría sido muy sencillo.

—¿Cómo se quedaron Alec y Alonzo cuando te marchaste? —preguntó Priscilla.

—Oh, todavía tienen esperanzas. Les dije que esperaran a que me decidiera. Y están muy dispuestos a esperar. Los dos me adoran, ya sabéis. Mientras tanto, tengo intención de pasármelo en grande. Creo que tendré muchísimos admiradores en Redmond. No puedo ser feliz si no los tengo, ya lo sabéis. Pero ¿no os parece que los de primer año son de un feúcho espantoso? Solo vi a uno realmente guapo entre ellos. Se marchó antes de que vosotras llegaseis. Le oí cuando su amigo le llamó Gilbert. Su amigo tenía unos ojos que le salían así. Pero ya os marcháis, ¿chicas? No os vayáis todavía.

—Creo que debemos —dijo Ana con cierta frialdad—. Se está haciendo tarde y tengo que trabajar un poco.

—Pero vendréis a verme, ¿verdad? —preguntó Philippa, poniéndose en pie y pasando un brazo por cada una de ellas—. Y dejadme venir yo a veros. Quiero intimar con vosotras. Me habéis caído muy bien las dos. Y no os he hastiado del todo con mi frivolidad, ¿verdad?

—Del todo no —rió Ana, respondiendo al apretón de Phil con una vuelta a la cordialidad.

—Porque no soy ni la mitad de tonta de lo que parezco a primera vista, ya sabéis. Aceptad a Philippa Gordon tal como el Señor la hizo, con todos sus defectos, y creo que acabaréis por quererla. ¿No es un lugar delicioso este cementerio? Me encantaría que me enterraran aquí. Aquí hay una tumba que no había visto antes: esta de la verja de hierro. Oh, chicas, mirad, fijaos: la lápida dice que es la tumba de un guardiamarina que murió en el combate entre el Shannon y el Chesapeake. ¡Qué increíble!

Ana se detuvo junto a la verja y miró la lápida desgastada; las venas le palpitaron de repente con una emoción súbita. El viejo cementerio, con sus árboles que se arqueaban sobre él y sus largas alamedas de sombras, se desvaneció ante sus ojos. En su lugar vio el puerto de Kingsport de casi un siglo atrás. De entre la bruma avanzaba lentamente una gran fragata, centel-

leante con «la enseña meteórica de Inglaterra». Detrás venía otra, con una forma inmóvil y heroica, envuelta en su propia bandera estrellada, tendida en el alcázar de popa: el valiente Lawrence. El dedo del tiempo había vuelto atrás las páginas de su libro, y era el Shannon el que surcaba triunfal la bahía con el Chesapeake como presa.

— Vuelve, Ana Shirley, vuelve — rió Philippa, tirándole del brazo—. Estás a cien años de aquí. Vuelve.

Ana volvió con un suspiro; los ojos le brillaban suavemente.

— Siempre he amado esa vieja historia — dijo —, y aunque los ingleses ganaron aquella victoria, creo que la amo a causa del valiente comandante vencido. Esta tumba la hace tan cercana y tan real. Este pobre guardiamarina solo tenía dieciocho años. «Murió de heridas desesperadas recibidas en acción gallarda», dice su epitafio. Es el epitafio que un soldado podría desear.

Antes de alejarse, Ana se desabrochó el pequeño ramo de pensamientos morados que llevaba prendido y lo dejó suavemente sobre la tumba del muchacho que había perecido en el gran duelo naval.

— ¿Qué te parece nuestra nueva amiga? — preguntó Priscilla cuando Phil se hubo marchado.

— Me gusta. Hay algo muy amable en ella, a pesar de todas sus tonterías. Creo que, como ella misma dice, no es ni la mitad de tonta de lo que suena. Es un bebé encantador, todo ternura, y no sé si crecerá de verdad alguna vez.

— A mí también me gusta — dijo Priscilla con decisión—. Habla tanto de chicos como Ruby Gillis. Pero cuando lo hace Ruby siempre me irrita o me revuelve el estómago, mientras que con Phil solo me entraron ganas de reírme con buen humor. ¿Cuál es la diferencia?

— Hay una diferencia — dijo Ana pensativa—. Creo que es porque Ruby es muy consciente de los chicos de verdad. Juega al amor y al coqueteo. Además, cuando alardea de sus pretendientes se nota que lo hace para restregarte que tú tienes muchos menos. Cuando Phil habla de los suyos, en cambio, es como si hablara de camaradas. Ella ve a los chicos como buenos compañeros, y le hace ilusión tener docenas de ellos a su alrededor sencillamente porque le gusta ser popular y que la consideren popular. Incluso Alec

y Alonzo —ya no podré pensar en esos dos nombres por separado— son para ella dos compañeros de juegos que quieren jugar con ella toda la vida. Me alegra que la hayamos conocido, y me alegra que hayamos ido a Old St. John's. Creo que esta tarde he echado una pequeña raíz del alma en el suelo de Kingsport. Eso espero. Odio sentirme trasplantada.

CAPÍTULO V

CARTAS DE CASA

Durante las tres semanas siguientes, Ana y Priscilla continuaron sintiéndose como extranjeras en tierra extraña. Luego, de pronto, todo pareció encajar: Redmond, los profesores, las clases, los alumnos, los estudios, la vida social. La vida volvió a ser homogénea en lugar de estar compuesta de fragmentos aislados. Los de primero, en vez de ser una colección de individuos sin relación entre sí, descubrieron que eran un curso con un espíritu de curso, un grito de guerra de curso, intereses, antipatías y ambiciones de curso. Ganaron la jornada en el tradicional «forcejeo de Artes» contra los de segundo, y con ello ganaron el respeto de todos los cursos y una enorme y vigorizante opinión de sí mismos. Durante tres años los de segundo habían ganado el «forcejeo»; que la victoria de aquel año se posara en la bandera de los de primero se atribuyó a la estratégica habilidad de mando de Gilbert Blythe, que había dirigido la campaña y originado ciertas tácticas nuevas que desmoralizaron a los de segundo y barrieron a los de primero hacia el triunfo. Como recompensa por sus méritos fue elegido presidente del Curso de Primero, cargo de honor y responsabilidad —desde el punto de vista de un novato, al menos— codiciado por muchos. También fue invitado a

unirse a los «Corderos» —en la jerga de Redmond, la Lambda Theta—, distinción que rara vez se concedía a un estudiante de primero. Como prueba de iniciación tuvo que recorrer las principales calles comerciales de Kingsport durante todo un día luciendo una cofia y un delantal de cocina muy vistoso, de percal con flores de llamativos colores. Esto lo hizo de lo más animoso, quitándose la cofia con cortés elegancia cada vez que se topaba con alguna conocida. Charlie Sloane, al que no habían invitado a unirse a los Corderos, le dijo a Ana que no entendía cómo podía hacerlo Blythe, y que él, desde luego, nunca se humillaría de esa manera.

—Imagínate a Charlie Sloane con un delantal de «percal» y una «cofiecita» —se rió Priscilla—. Sería igualito que su abuela la vieja señora Sloane. Gilbert, en cambio, estaba tan hombre con ellos como con su ropa de verdad.

Ana y Priscilla se vieron en el meollo de la vida social de Redmond. Que esto ocurriera tan pronto se debía en gran medida a Philippa Gordon. Philippa era hija de un hombre rico y conocido, y pertenecía a una antigua y exclusiva familia «bluenose». Esto, unido a su belleza y su encanto —reconocido por cuantos la conocían— le abrió de inmediato las puertas de todos los círculos, clubes y cursos de Redmond; y adonde iba Philippa iban también Ana y Priscilla. Phil «adoraba» a Ana y a Priscilla, especialmente a Ana. Era una criaturita leal, limpia de cristal de todo esnobismo. «Quiéreme a mí, quiere a mis amigas» parecía ser su lema inconsciente. Sin esfuerzo alguno, las llevaba consigo a su círculo de relaciones, siempre en expansión, y las dos chicas de Avonlea hallaron su camino social en Redmond allanado y muy agradable, para envidia y asombro de las demás novatas que, carentes del padrinazgo de Philippa, estaban condenadas a permanecer bastante al margen durante su primer año universitario.

Para Ana y Priscilla, con sus concepciones más serias de la vida, Phil siguió siendo el bebé divertido y amable que había parecido en su primer encuentro. Sin embargo, como ella misma decía, tenía «muchísimo» seso. Cuándo y dónde encontraba tiempo para estudiar era un misterio, pues siempre parecía estar reclamada para algún tipo de «diversión», y sus veladas en casa se veían atestadas de visitas. Tenía todos los admiradores que el corazón puede desear, pues las nueve décimas partes de los de primero y una buena fracción de todos los demás cursos competían por sus sonrisas. A ella le encantaba ingenuamente y narraba con regocijo cada nueva con-

quista a Ana y Priscilla, con comentarios que habrían hecho arder de vergüenza las orejas del desventurado admirador.

—Alec y Alonzo parecen no tener todavía ningún rival serio —observó Ana con sorna.

—Ninguno —asintió Philippa—. Escribo a los dos cada semana y les cuento todo sobre mis jóvenes de aquí. Estoy segura de que les debe de resultar muy divertido. Pero, claro, al que más me gusta no puedo conquistarlo. Gilbert Blythe no me hace ningún caso, salvo para mirarme como si fuera un gatito simpático al que le apeteciera acariciar. Conozco muy bien la razón. Te guardo rencor, reina Ana. En realidad debería odiarte y en cambio te quiero con locura, y me siento desgraciada si no te veo cada día. Eres distinta de cualquier chica que haya conocido. Cuando me miras de cierta manera siento lo insignificante y frívola que soy, y deseo ser mejor, más sabia y más fuerte. Y entonces tomo buenas resoluciones; pero el primer chico de aspecto agradable que pasa se las lleva todas por delante. ¿No es magnífica la vida universitaria? Me parece gracioso pensar que la odié el primer día. Pero si no la hubiera odiado quizá nunca me habría conocido de verdad contigo. Ana, dime otra vez que me quieres aunque sea un poquito. Necesito oírlo.

—Te quiero muchísimo, y me pareces un gatito querido, dulce, adorable, aterciopelado y sin garras —rió Ana—, pero no sé cuándo sacas tiempo para aprender las lecciones.

Phil debía de encontrar el tiempo, pues se mantuvo a la altura en todas las asignaturas de su año. Hasta el gruñón catedrático de Matemáticas, que detestaba a las universitarias y había combatido amargamente su acceso a Redmond, no pudo con ella. Lideraba a las novatas en todo, salvo en Literatura, donde Ana Shirley la dejaba muy atrás. La propia Ana encontró los estudios de primero muy asequibles, gracias en gran parte al trabajo constante que ella y Gilbert habían realizado durante esos dos últimos años en Avonlea. Eso le dejaba más tiempo para una vida social que disfrutaba plenamente. Pero jamás, ni por un momento, olvidó Avonlea y los amigos que allí tenía. Para ella, los momentos más felices de cada semana eran aquellos en que llegaban cartas de casa. No fue hasta que recibió las primeras cuando empezó a pensar que podría llegar a querer Kingsport y a sentirse en casa allí. Antes de que llegaran, Avonlea le parecía a miles de kilómetros de

distancia; aquellas cartas la acercaban y enlazaban la vida vieja con la nueva de tal manera que empezaron a parecerle una y la misma, en lugar de dos existencias irremediablemente separadas. El primer lote contenía seis cartas: de Jane Andrews, Ruby Gillis, Diana Barry, Marilla, la señora Lynde y Davy. La de Jane era una producción caligráfica, con cada «t» bien cruzada y cada «i» con su punto en su sitio, y sin una frase interesante. Nunca mencionaba la escuela, sobre la que Ana estaba ávida de noticias; no respondía a ninguna de las preguntas que Ana le había hecho en su carta. Pero le contaba cuántos metros de encaje había tejido a ganchillo últimamente, el tiempo que hacía en Avonlea, cómo pensaba hacerse el vestido nuevo y lo que sentía cuando le dolía la cabeza. Ruby Gillis escribía una larga carta efusiva lamentando la ausencia de Ana, asegurándole que se la echaba terriblemente de menos en todo, preguntándole cómo eran los «chicos» de Redmond, y llenando el resto con relatos de sus propias angustiosas experiencias con sus numerosos admiradores. Era una carta frívola e inofensiva, y Ana se habría reído de ella de no ser por la posdata. «Gilbert parece estar disfrutando de Redmond, a juzgar por sus cartas», escribía Ruby. «No creo que Charlie esté tan entusiasmado.»

¡Así que Gilbert le escribía a Ruby! Muy bien. Tenía todo el derecho a hacerlo, por supuesto. Solo que... !! Ana no sabía que había sido Ruby quien escribió primero y que Gilbert le había contestado por mera cortesía. Dejó la carta de Ruby a un lado con desdén. Pero hizo falta toda la carta de Diana, fresca, animada y deliciosa, para borrar el escozor de la posdata de Ruby. La carta de Diana contenía un poco demasiado de Fred, pero por lo demás estaba repleta y cruzada de noticias de interés, y Ana casi se sintió de vuelta en Avonlea mientras la leía. La de Marilla era una carta bastante fría e incolora, severa en su inocencia de chismes o emociones. Y sin embargo, de algún modo, transmitía a Ana una bocanada de la vida sana y sencilla de Tejas Verdes, con su sabor a paz antigua y al amor fiel e invariable que la aguardaba allí. La carta de la señora Lynde estaba llena de noticias eclesiásticas. Habiendo disuelto su casa, la señora Lynde tenía más tiempo que nunca para dedicárselo a los asuntos de la iglesia, y se había volcado en ellos en cuerpo y alma. En ese momento estaba muy agitada por los malos «suplentes» que tenían en el púlpito vacante de Avonlea.

«No creo que actualmente entren en el ministerio más que necios —escribía con amargura—. Los candidatos que nos han mandado, y las

necesidades que predicán. La mitad no es verdad, y lo que es peor, no es sana doctrina. El que tenemos ahora es el peor de todos. Casi siempre toma un texto y predica sobre otra cosa. Y dice que no cree que todos los paganos se condenen eternamente. ¡Habrás visto! Si no se condenan todos, el dinero que hemos estado dando a las Misiones Extranjeras se habrá tirado por la ventana, eso es lo que hay. El domingo por la noche pasado anunció que el domingo siguiente predicaría sobre el hacha que flotó. Creo que haría mejor en limitarse a la Biblia y dejarse de temas sensacionalistas. Estaría bueno que un ministro no encontrara en las Sagradas Escrituras suficiente sobre lo que predicar, eso es lo que hay. ¿A qué iglesia vas, Ana? Espero que vayas con regularidad. La gente tiende a descuidar la asistencia a la iglesia lejos de casa, y tengo entendido que los estudiantes universitarios son muy pecadores en ese sentido. Me dicen que muchos incluso estudian las lecciones los domingos. Espero que tú nunca caigas tan bajo, Ana. Recuerda cómo te has criado. Y ten mucho cuidado con las amistades que hagas. Nunca se sabe qué clase de criaturas hay en esas universidades. Por fuera pueden parecer sepulcros blanqueados y por dentro lobos rapaces, eso es lo que hay. Será mejor que no trates con ningún hombre joven que no sea de la Isla.

»Me olvidé de contarte lo que pasó el día que vino el ministro de visita. Fue la cosa más graciosa que he visto en mi vida. Le dije a Marilla: "Si Ana hubiera estado aquí, ¡cómo se habría reído!" Hasta Marilla se rió. Ya sabes que es un hombrecito muy bajo y gordo, con las piernas arqueadas. Pues bien, el cerdo viejo del señor Harrison, el grande y alto, había cruzado otra vez hasta aquí ese día y forzado la entrada al patio, y se coló en el porche trasero sin que nos enteráramos, y allí estaba cuando el ministro apareció en la puerta. El cerdo se lanzó a toda velocidad para salir, pero no había por dónde salir excepto entre esas piernas arqueadas. Así que allí fue, y como era tan grande y el ministro tan pequeño, lo levantó del suelo y se lo llevó. El sombrero salió disparado por un lado y el bastón por otro, justo cuando Marilla y yo llegábamos a la puerta. Nunca olvidaré su cara. Y el pobre cerdo estaba medio muerto de miedo. Ya no podré leer aquel pasaje de la Biblia sobre los cerdos que corrieron enloquecidos pendiente abajo hacia el mar sin ver al cerdo del señor Harrison lanzándose cuesta abajo con ese ministro encima. Supongo que el cerdo pensó que llevaba al Malo a costas en lugar de tenerlo dentro. Gracias a Dios que los gemelos no andaban por allí. No habría sido conveniente que vieran a un ministro en situación tan poco

digna. Justo antes de llegar al arroyo, el ministro saltó o se cayó. El cerdo cruzó el arroyo como una exhalación y se perdió por el bosque. Marilla y yo bajamos corriendo y ayudamos al ministro a levantarse y a sacudirse el abrigo. No se hizo daño, pero estaba furioso. Parecía tenernos a Marilla y a mí por responsables de todo, aunque le dijimos que el cerdo no era nuestro y que llevaba todo el verano dándonos la lata. Además, ¿qué se le había perdido a él en la puerta de atrás? Nunca viste al señor Allan hacer eso. Tardará en aparecer otro hombre como el señor Allan. Pero no hay mal que por bien no venga. Desde entonces no hemos vuelto a ver ni rastro de ese cerdo, y creo que no lo veremos.

»Las cosas están bastante tranquilas en Avonlea. Tejas Verdes no me resulta tan solitario como esperaba. Creo que me pondré a hacer otra colcha de urdimbre de algodón este invierno. La señora Silas Sloane tiene un hermoso patrón nuevo de hoja de manzano.

»Cuando siento que necesito algo de emoción, leo los juicios por asesinato del periódico de Boston que me manda mi sobrina. Antes no lo hacía, pero son muy interesantes. Los Estados deben de ser un lugar espantoso. Espero que nunca vayas allí, Ana. Pero la manera en que las chicas vagabundean por el mundo hoy en día es algo terrible. Siempre me hace pensar en Satán en el libro de Job, yendo de acá para allá y paseándose por todas partes. No creo que el Señor lo tuviera en sus planes, eso es lo que hay.

»Davy ha estado bastante bien desde que te fuiste. Un día se portó mal y Marilla le castigó haciéndole llevar el delantal de Dora todo el día, y entonces fue y cortó todos los delantales de Dora. Le di unos azotes por eso y entonces fue y persiguió a mi gallo hasta matarlo.

»Los MacPherson se han mudado a mi casa. Ella es una gran ama de casa y muy exigente. Ha arrancado todos mis lirios de junio porque dice que dan un aspecto muy descuidado al jardín. Thomas plantó esos lirios cuando nos casamos. Su marido parece buena gente, pero ella no puede olvidarse de haber sido solterona, eso es lo que hay.

»No estudies demasiado, y asegúrate de ponerte la ropa interior de invierno en cuanto refresque. Marilla se preocupa mucho por ti, pero le digo que tienes mucho más seso del que nunca pensé que tendrías en otro tiempo, y que estarás bien.»

La carta de Davy comenzaba de golpe con una queja.

«Querida ana, escribe a marilla y dile que no me ate al poste del puente cuando voy a pescar los chicos se ríen de mi cuando lo hace. Aquí sin ti está muy solo pero en la escuela nos lo pasamos guay. Jane andrews es más regañona que tu. Anoche asusté a la señora lynde con un farol de calabaza. Se puso muy furiosa y también se puso furiosa porque perseguí al gallo por el patio hasta que se cayó muerto. Yo no quería que se cayera muerto. Por qué murió, ana, quiero saberlo. la señora lynde lo tiró al chiquero podía haberse lo vendido al señor blair. el señor blair paga 50 céntimos la pieza por gallos muertos buenos ahora. Oí a la señora lynde pedirle al ministro que rezara por ella. Qué hizo tan malo, ana, quiero saberlo. Tengo una cometa con una cola magnificísima, ana. Milty bolter me contó una historia guay en la escuela ayer. es verdad. el viejo Joe Mosey y Leon jugaban a las cartas una noche la semana pasada en el bosque. Las cartas estaban en un tocón y llegó un hombre negro muy grande más grande que los árboles y agarró las cartas y el tocón y desapareció con un ruido como el trueno. Ya me imagino lo asustados que estaban. Milty dice que el hombre negro era el diablo. Era el diablo, ana, quiero saberlo. El señor kimball del otro lado en spenservale está muy enfermo y tendrá que ir al ospital. espera que le pregunte a marilla si se escribe así. Marilla dice que es el manikomio adonde tiene que ir no al otro sitio. Cree que tiene una serpiente dentro. Cómo es eso de tener una serpiente dentro, ana. quiero saberlo. la señora lawrence bell también está mala. la señora lynde dice que lo único que le pasa es que piensa demasiado en sus tripas.»

—Me pregunto —dijo Ana mientras doblaba sus cartas— qué pensaría la señora Lynde de Philippa.

CAPÍTULO VI

EN EL PARQUE

—¿Qué pensáis hacer hoy, chicas? —preguntó Philippa, asomando la cabeza en el cuarto de Ana un sábado por la tarde.

—Vamos a pasear por el parque —respondió Ana—. Debería quedarme a terminar la blusa. Pero no podría coser con un día como este. Hay algo en el aire que me entra en la sangre y me pone una especie de gloria en el alma. Los dedos se me irían de aquí para allá y haría una costura torcida. Así que, ¡al parque y a los pinos!

—¿Ese «vamos» incluye a alguien más aparte de ti y Priscilla?

—Sí, incluye a Gilbert y a Charlie, y nos alegraría muchísimo que te incluyeras tú también.

—Pero —dijo Philippa con aflicción— si voy tendré que hacer de chaperona, y será una experiencia nueva para Philippa Gordon.

—Bueno, las nuevas experiencias amplían la mente. Ven, y podrás compadecerte de todas las pobres almas que tienen que hacer de chaperona a menudo. Pero ¿dónde están todas las víctimas?

—Oh, me cansé de ellos todos y hoy sencillamente no tenía ganas de ninguno. Además, me he sentido un poco triste: un azul pálido y escurridizo. No es lo suficientemente serio para nada más oscuro. La semana pasada escribí a Alec y a Alonzo. Metí las cartas en los sobres y los dirigí, pero no los cerré. Esa tarde pasó algo gracioso. Es decir, Alec lo encontraría gracioso, pero Alonzo probablemente no. Tenía prisa y agarré la carta de Alec —o eso creía— del sobre y garabateé una posdata. Luego envié las dos cartas. Esta mañana he recibido la respuesta de Alonzo. Chicas, le había puesto esa posdata a su carta, y estaba furioso. Claro que se le pasará, y tampoco es que me importe si no se le pasa; pero me ha estropeado el día. Por eso se me ocurrió venir con vosotras, queridas, a animarme. Cuando empieza la temporada de fútbol no tendré sábados por la tarde libres. Me encanta el fútbol. Tengo la gorra y el jersey más magníficos, a rayas con los colores de Redmond, para llevar a los partidos. Eso sí, desde lejos pareceré una poste

de barbero andante. ¿Sabéis que ese Gilbert vuestro ha sido elegido capitán del equipo de fútbol de primero?

—Sí, nos lo dijo ayer por la tarde —dijo Priscilla, viendo que Ana, indignada, no respondía—. Él y Charlie estuvieron aquí. Como sabíamos que vendrían, cuidadosamente pusimos fuera de la vista o del alcance todos los almohadones de la señorita Ada. Ese tan elaborado con el bordado en relieve lo dejé caer al suelo, en el rincón que queda detrás del sillón en que estaba. Pensé que allí estaría a salvo. Pero ¿os lo podéis creer? Charlie Sloane fue directamente a ese sillón, vio el almohadón detrás y, con toda la solemnidad del mundo, lo pescó y se sentó encima toda la tarde. ¡El estado en que quedó el almohadón! La pobre señorita Ada me preguntó hoy, todavía sonriendo, pero con cuánto reproche, por qué había permitido que se sentaran en él. Le dije que no lo había permitido, que se trataba de predestinación combinada con la intrínseca esencia sloanesca, y que yo no podía con las dos cosas juntas.

—Los almohadones de la señorita Ada me están poniendo realmente los nervios de punta —dijo Ana—. La semana pasada terminó dos nuevos, rellenos y bordados hasta donde da de sí la tela. Como no había absolutamente ningún otro sitio sin almohadón donde ponerlos, los apoyó contra la pared en el rellano de la escalera. Se caen la mitad del tiempo, y si subimos o bajamos la escalera a oscuras tropezamos con ellos. El domingo pasado, cuando el doctor Davis rezó por todos los expuestos a los peligros del mar, añadí en mi fuero interno: «¡y por todos los que viven en casas donde los almohadones se aman no con prudencia sino con demasiado ardor!» Bueno, ya estamos listas, y veo a los chicos cruzar Old St. John's. ¿Te unes a nosotras, Phil?

—Iré, si puedo caminar con Priscilla y Charlie. Así la función de chaperona tendrá un grado soportable. Ese Gilbert tuyo es un encanto, Ana, pero ¿por qué anda tanto con Ojos Saltones?

Ana se tensó. No era que le tuviera mucho cariño a Charlie Sloane; pero era de Avonlea, y ningún forastero tenía derecho a reírse de él.

—Charlie y Gilbert siempre han sido amigos —dijo fríamente—. Charlie es un chico majo. No tiene la culpa de sus ojos.

— ¡No me digas eso! Claro que sí. Tiene que haber hecho algo espantoso en una existencia anterior para que lo castigaran con unos ojos así. Pris y yo vamos a divertirnos mucho con él esta tarde. Nos burlaremos de él en su cara y no se enterará.

Sin duda «las P abandonadas», como las llamaba Ana, llevaron a cabo sus amables intenciones. Pero Sloane no se enteró; se creía un hombre bastante importante paseando con dos universitarias tan elegantes, especialmente Philippa Gordon, la belleza y reina del curso. Ana tendría que darse cuenta. Vería que alguien le daba su justo valor.

Gilbert y Ana se quedaron un poco rezagados de los demás, disfrutando de la quieta y serena belleza de la tarde de otoño bajo los pinos del parque, en el camino que subía serpenteando junto a la orilla del puerto.

— El silencio aquí es como una oración, ¿verdad? — dijo Ana, con el rostro vuelto hacia el cielo luminoso—. ¡Cómo amo los pinos! Parece que hunden sus raíces en el romance de todos los siglos. Es tan reconfortante escaparse de cuando en cuando para tener una buena charla con ellos. Siempre me siento tan feliz aquí.

— «Y así, en soledades montañosas sorprendidas como por algún hechizo divino, sus penas caen de ellos como las agujas sacudidas del gustoso pino»

— recitó Gilbert.

— Hacen que nuestras pequeñas ambiciones parezcan bastante mezquinas, ¿verdad, Ana?

— Creo que si alguna vez me llegara alguna gran pena, vendría a los pinos a buscar consuelo — dijo Ana soñadora.

— Espero que nunca te llegue ninguna gran pena, Ana — dijo Gilbert, incapaz de asociar la idea de la pena con la criatura vívida y alegre que tenía al lado, sin saber que quienes pueden remontarse a las más altas cimas son también quienes pueden hundirse en las más profundas simas, y que las naturalezas que más intensamente gozan son las que también más agudamente sufren.

— Pero tendrá que llegar... algún día — caviló Ana—. La vida me parece ahora mismo una copa de gloria acercada a mis labios. Pero tiene que haber algo de amargo en ella: lo hay en todas las copas. Lo probaré algún día.

Bueno, espero ser bastante fuerte y valiente para afrontarlo. Y espero que no sea por culpa mía por lo que llegue. ¿Recuerdas lo que dijo el doctor Davis el domingo por la tarde: que las penas que Dios nos manda traen consuelo y fortaleza consigo, mientras que las penas que nos traemos nosotros mismos, por necesidad o maldad, son con mucho las más difíciles de soportar? Pero no debemos hablar de penas con una tarde como esta. Esta tarde existe para la pura alegría de vivir, ¿verdad?

—Si por mí fuera, no dejaría entrar en tu vida más que felicidad y placer, Ana —dijo Gilbert en el tono que significaba «peligro a la vista».

—Entonces serías muy poco sensato —replicó Ana apresuradamente—. Estoy segura de que ninguna vida puede desarrollarse y completarse debidamente sin alguna prueba y algún dolor, aunque supongo que solo lo reconocemos cuando estamos bastante cómodos. Venga; los demás han llegado al mirador y nos están haciendo señas.

Se sentaron todos en el pequeño mirador para contemplar un ocaso otoñal de fuego rojo intenso y oro pálido. A su izquierda se extendía Kingsport, con tejados y campanarios difuminados en su velo de humo violáceo. A su derecha estaba el puerto, que iba tomando tonos de rosa y cobre al estirarse hacia el poniente. Ante ellos el agua refulgía, suave como el satén y gris como la plata, y al otro lado, limpia y rasurada, la isla William emergía de la bruma, guardando la ciudad como un robusto bulldog. Su faro centelleaba entre la niebla como una estrella funesta, respondida por otro en el horizonte lejano.

—¿Habéis visto alguna vez un lugar de aspecto tan inexpugnable? —preguntó Philippa—. La isla William no me interesa especialmente, pero estoy segura de que no podría tomarla aunque quisiera. Mirad a ese centinela en lo alto del fuerte, junto a la bandera. ¿A que parece salido de una novela de aventuras?

—Hablando de romanticismo —dijo Priscilla—, hemos estado buscando brezo; pero, claro, no hemos encontrado. Es demasiado tarde en la temporada, supongo.

—¡Brezos! —exclamó Ana—. El brezo no crece en América, ¿verdad?

—Solo hay dos manchas en todo el continente —dijo Phil—: una aquí mismo en el parque, y otra en algún lugar de Nueva Escocia, no recuerdo

dónde. El famoso regimiento de las Highlands, los Guardias Negros, acamparon aquí un año, y cuando los soldados sacudieron la paja de sus lechos en primavera, algunas semillas de brezo echaron raíces.

— ¡Oh, qué delicioso! — dijo Ana, encantada.

— Volvamos a casa por la avenida Spofford — propuso Gilbert —. Así veremos todas «las hermosas casas donde viven los nobles ricos». La avenida Spofford es la calle residencial más distinguida de Kingsport. Nadie puede construir en ella si no es millonario.

— Oh, sí — dijo Phil —. Hay un lugar allí que quiero enseñarte, Ana. Es una monada. No lo construyó ningún millonario. Es el primero después de salir del parque y debe de haber crecido cuando la avenida Spofford era todavía un camino de campo. ¡Creció, no lo construyeron! Las casas de la avenida no me gustan. Son demasiado nuevas y llenas de cristal. Pero este lugarcito es un sueño, y su nombre... ya lo veréis vosotras mismas.

Lo vieron al subir la colina festoneada de pinos desde el parque. Justo en la cima, donde la avenida Spofford se perdía en un camino corriente, había una casita de madera blanca con grupos de pinos a cada lado que extendían sus brazos protectoramente sobre su tejado bajo. Estaba cubierta de vides rojas y doradas, a través de las cuales asomaban sus ventanas con persianas verdes. Delante había un pequeño jardín rodeado por un muro bajo de piedra. Aunque era octubre, el jardín aún olía muy bien a flores y arbustos queridos, anticuados y sin pretensiones: maya dulce, abrotano, verbena de limón, aliso, petunias, caléndulas y crisantemos. Un caminito de ladrillo, con dibujo de espiga de trigo, llevaba del portón al porche delantero. Todo el lugar podría haberse trasplantado de algún remoto pueblo de campo; y sin embargo había en él algo que hacía que su vecino más cercano, el palacete con su gran jardín del rey del tabaco, pareciera extraordinariamente tosco, llamativo y de mal gusto en comparación. Como dijo Phil, era la diferencia entre nacer y ser fabricado.

— Es el lugar más encantador que he visto en mi vida — dijo Ana con deleite —. Me produce uno de mis viejos y deliciosos dolorcitos. Es más querido y pintoresco que incluso la casa de piedra de la señorita Lavanda.

— Lo que quiero que notéis especialmente es el nombre — dijo Phil —. Mirad: en letras blancas, alrededor del arco sobre el portón. «La casa de

Patty». ¿No es adorable? Especialmente en esta avenida de Pinhursts y Elmwoods y Cedarcrofts. «La casa de Patty», ¡eso! La adoro.

—¿Sabéis quién es Patty? —preguntó Priscilla.

—He descubierto que Patty Spofford es el nombre de la anciana que la posee. Vive allí con su sobrina, y llevan viviendo allí cientos de años, más o menos; puede que un poco menos, Ana. La exageración es simplemente un vuelo de fantasía poética. Tengo entendido que gente adinerada ha intentado comprar el terreno una y otra vez —ahora vale realmente una pequeña fortuna, ya sabéis— pero «Patty» no vende bajo ningún concepto. Y detrás de la casa hay un huerto de manzanos en lugar de patio trasero: ¡un huerto de verdad en la avenida Spofford! Lo veréis en cuanto hayamos pasado un poco.

—Esta noche voy a soñar con «la casa de Patty» —dijo Ana—. Es que me parece que pertenezco a ella. Tengo un extraño presentimiento, como un cosquilleo que me sube y me baja por dentro: si queréis llamarlo corazonada, llamarlo así; la corazonada de que «la casa de Patty» y yo vamos a conocernos mejor todavía.

—Es muy poco probable —dijo Priscilla.

Ana sonrió con misterio.

—No, es muy poco probable. Pero creo que sucederá. Tengo esa extraña sensación reptante que os digo de que «la casa de Patty» y yo vamos a intimar.

CAPÍTULO VII

DE VUELTA EN CASA

Aquellas primeras tres semanas en Redmond habían parecido largas; pero el resto del trimestre voló en alas del viento. Antes de que se dieran cuenta, los estudiantes de Redmond se vieron en medio de la vorágine de los exámenes de Navidad, de los que salieron con mayor o menor triunfo. El honor de encabezar los cursos de primero fluctuaba entre Ana, Gilbert y Philippa; Priscilla se desenvolvía muy bien; Charlie Sloane los aprobó sin pena ni gloria, y se portó con la suficiencia de quien hubiera encabezado todo.

—No me puedo creer que mañana a estas horas esté en Tejas Verdes —dijo Ana la noche antes de la partida—. Pero así será. Y tú, Phil, estarás en Bolingbroke con Alec y Alonzo.

—Los echo de menos —reconoció Phil entre el chocolate que iba mordisqueando—. Son unos chicos muy queridos, la verdad. Va a haber bailes y paseos y jolgorios sin cuento. Jamás te perdonaré, reina Ana, que no vengas conmigo a casa por las vacaciones.

—«Jamás» significa tres días para ti, Phil. Fue muy amable de tu parte invitarme, y me encantaría ir a Bolingbroke algún día. Pero este año no puedo; tengo que ir a casa. No sabes cómo lo anhela mi corazón.

—No te lo pasarás muy bien —dijo Phil con desdén—. Habrá una o dos reuniones de acolchado, supongo, y todas las viejas cotillas hablarán de ti en tu cara y a tus espaldas. Te morirás de aburrimiento, criatura.

—¿En Avonlea? —dijo Ana, muy divertida.

—Ahora bien, si vinieras conmigo lo pasarías de maravilla. Bolingbroke se volvería loco contigo, reina Ana: tu pelo, tu estilo y, oh, ¡todo! Eres tan distinta. Serías un éxito rotundo, y yo me bañaría en la gloria reflejada: «no la rosa, sino cerca de la rosa». Anda, vente después de todo, Ana.

—Tu cuadro de triunfos sociales es muy tentador, Phil, pero yo te pintaré uno a modo de contrapeso. Voy a volver a una vieja granja de campo, en otro tiempo verde, ya bastante descolorida, entre huertos de manzanos sin hojas. Hay un arroyo más abajo y un bosquecillo de abetos en diciembre al fondo, donde he oído arpas pulsadas por los dedos de la lluvia y el viento. Hay un estanque cerca que ahora estará gris y pensativo. Habrá dos señoras ya entradas en años en la casa, una alta y delgada, la otra bajita y entrada en carnes; y habrá dos gemelos, uno un modelo de perfección, el otro lo que la

señora Lynde llama «un demonio con patas». Habrá un cuartito arriba, encima del porche, donde los viejos sueños cuelgan en racimos, y una cama grande, esponjosa y gloriosa, de plumas, que casi parecerá el colmo del lujo después de un colchón de pensión. ¿Qué te parece mi cuadro, Phil?

—Me parece muy aburrido —dijo Phil, con una mueca.

—Oh, pero me he olvidado de lo que lo transforma todo —dijo Ana con suavidad—. Allí habrá amor, Phil; amor fiel y tierno, como no encontraré en ningún otro lugar del mundo: amor que me espera. Eso hace de mi cuadro una obra maestra, ¿verdad?, aunque los colores no sean muy brillantes.

Phil se levantó en silencio, tiró su caja de chocolates, fue hasta Ana y la rodeó con los brazos.

—Ana, ojalá fuera como tú —dijo con seriedad.

Diana fue a buscar a Ana a la estación de Carmody a la noche siguiente, y volvieron juntas a casa bajo la callada y estrellada profundidad del cielo. Tejas Verdes presentaba un aspecto muy festivo cuando subieron por el camino. Había luz en todas las ventanas, cuyo resplandor brotaba en la oscuridad como flores de llama escarlata sobre el fondo oscuro del Bosque Encantado. Y en el patio ardía una fogata valiente en torno a la cual danzaban dos alegres figuritas, una de las cuales lanzó un alarido sobrenatural cuando el coche dobló bajo los álamos.

—Davy quiere que eso sea un grito de guerra indio —dijo Diana—. Se lo enseñó el mozo de granja del señor Harrison, y ha estado practicándolo para darte la bienvenida. La señora Lynde dice que le ha destrozado los nervios. Ya sabes que se arrastra sigilosamente por detrás y luego suelta el alarido. Y también estaba empeñado en tener una fogata para ti. Lleva dos semanas amontonando ramas y dándole la lata a Marilla para que le dejara echarle queroseno antes de prenderla. Creo que sí lo hizo, a juzgar por el olor, aunque la señora Lynde decía hasta el último momento que Davy volaría por los aires a él y a todo el mundo si le dejaban.

Ana ya había bajado del coche, y Davy la abrazaba con arrobo por las rodillas, mientras que incluso Dora se aferraba a su mano.

—¿A que es una fogata estupenda, Ana? Deja que te enseñe cómo atizarla... ¿ves las chispas? La hice para ti, Ana, porque me alegraba mucho que volvieras a casa.

La puerta de la cocina se abrió y la esbelta figura de Marilla se recortó contra la luz interior. Prefería salir a recibir a Ana en la sombra, pues tenía un miedo horrible de echarse a llorar de alegría: ella, la severa e impasible Marilla, que consideraba indecorosa toda manifestación de emoción profunda. La señora Lynde estaba detrás de ella, rozagante, amable y matronal, como siempre. El amor que Ana le había dicho a Phil que la esperaba la rodeó y la envolvió con su bendición y su dulzura. Nada, al fin y al cabo, podía compararse con los viejos lazos, los viejos amigos y el viejo Tejas Verdes. ¡Qué estrellados brillaban los ojos de Ana cuando se sentaron a la mesa cargada para la cena, qué rosadas sus mejillas, qué cristalina y clara su risa! Y Diana también se iba a quedar a dormir. ¡Qué parecido a los queridos viejos tiempos era todo aquello! ¡Y el servicio de té con los capullos de rosa adornaba la mesa! Por lo que a Marilla se refería, la naturaleza no podía haber llegado más lejos.

—Supongo que tú y Diana vais a hablar toda la noche —dijo Marilla con sarcasmo cuando las chicas subieron. Marilla siempre se volvía sarcástica después de cualquier momento de abandono.

—Sí —dijo Ana alegremente—, pero primero voy a acostar a Davy. Él insiste.

—Ya lo creo —dijo Davy mientras recorrían el pasillo—. Quiero que haya alguien a quien decirle mis oraciones otra vez. No tiene ninguna gracia decir las solo.

—No las dices solo, Davy. Dios siempre está contigo para escucharte.

—Pero no le veo —objetó Davy—. Quiero rezarle a alguien a quien vea, pero a la señora Lynde y a Marilla no les digo las mías. ¡Y punto!

Sin embargo, cuando Davy estuvo vestido con su camisón de franela gris, no pareció tener prisa por empezar. Se quedó de pie ante Ana, pasando un pie descalzo por encima del otro, con expresión indecisa.

—Vamos, cariño, arrodíllate —dijo Ana.

Davy vino y escondió la cabeza en el regazo de Ana, pero sin arrodillarse.

—Ana —dijo con voz apagada—. No me apetece rezar, después de todo. No me ha apetecido en toda una semana. Anoche... anoche no recé, ni la

noche anterior.

—¿Por qué no, Davy? —preguntó Ana con suavidad.

—¿No te vas a enfadar si te lo digo? —suplicó Davy.

Ana cogió el cuerpecito de franela gris y lo subió a sus rodillas, acunándole la cabeza en el brazo.

—¿Alguna vez me he enfadado cuando me cuentas cosas, Davy?

—No-o-o, nunca. Pero te pones triste, que es peor. Te pondrás muy triste cuando te cuente esto, Ana, y supongo que te avergonzarás de mí.

—¿Has hecho algo malo, Davy, y por eso no puedes rezar?

—No, no he hecho nada malo... todavía. Pero quiero hacerlo.

—¿Qué es, Davy?

—Quiero... quiero decir una palabrota, Ana —soltó Davy con un esfuerzo desesperado—. Se la oí decir al mozo de granja del señor Harrison un día la semana pasada, y desde entonces no puedo dejar de querer decirla, ni siquiera cuando estoy rezando.

—Pues dila, Davy.

Davy levantó la cara encendida, asombrado.

—Pero, Ana, es una palabrota muy mala.

—¡Dila!

Davy le lanzó otra mirada incrédula y luego, en voz baja, pronunció la terrible palabra. Al momento siguiente tenía la cara hundida contra ella.

—Oh, Ana, no la diré nunca más, nunca. Nunca más querré decirla. Sabía que era mala, pero no pensé que fuera tan... tan... no pensé que fuera así.

—No, no creo que vuelvas a querer decirla, Davy; ni pensarla tampoco. Y yo que tú no andarías mucho con el mozo de granja del señor Harrison.

—Sabe hacer unos gritos de guerra estupendos —dijo Davy con un poco de pesar.

—Pero no querrás que te llenen la cabeza de palabrotas, ¿verdad, Davy? Palabras que la envenenarán y echarán fuera todo lo bueno y lo honrado.

—No —dijo Davy, muy serio y reflexivo.

—Entonces no vayas con esa gente que las usa. Y ahora, ¿crees que podrías rezar, Davy?

—Oh, sí —dijo Davy, bajándose ansiosamente de un salto a los pies de Ana—, ahora sí puedo rezar bien. Ya no me da miedo decir «si muero antes de despertar», como me daba cuando quería decir esa palabra.

Probablemente Ana y Diana vaciaron sus almas la una ante la otra aquella noche, pero no ha quedado registro de sus confidencias. Las dos estaban tan frescas y despejadas de ojos en el desayuno como solo puede estarlo la juventud después de unas horas de traspasada y confesión. Hasta entonces no había nevado, pero cuando Diana cruzó el viejo puente de troncos en su camino a casa, los copos blancos empezaban a caer sobre los campos y los bosques, pardos y grises en su sueño sin sueños. Pronto las laderas y colinas lejanas se volvieron difusas y fantasmales entre su velo de gasa, como si el otoño pálido hubiera arrojado sobre su cabeza un nebuloso velo nupcial y esperara a su novio invernal. Así pues, tuvieron una Navidad blanca después de todo, y fue un día muy agradable. Por la mañana llegaron cartas y regalos de la señorita Lavanda y de Paul; Ana los abrió en la alegre cocina de Tejas Verdes, que estaba llena de lo que Davy, olisqueando extasiado, llamaba «olores bonitos».

—La señorita Lavanda y el señor Irving están instalados ya en su nueva casa —comunicó Ana—. Estoy segura de que la señorita Lavanda es perfectamente feliz: se nota en el tono general de su carta; pero hay una nota de Carlota Cuarta. No le gusta nada Boston y tiene una morriña espantosa. La señorita Lavanda quiere que pase por Echo Lodge algún día mientras esté en casa y encienda un fuego para ventilarla, y compruebe que los almohadones no están cogiendo moho. Creo que le pediré a Diana que venga conmigo la semana que viene, y podemos pasar la tarde con Theodora Dix. Quiero ver a Theodora. Por cierto, ¿sigue Ludovic Speed yendo a verla?

—Eso dicen —dijo Marilla—, y es probable que continúe así. La gente ya ha dejado de esperar que ese noviazgo llegue a alguna parte.

—Yo le metería prisa, si fuera Theodora, eso es lo que hay —dijo la señora Lynde. Y no cabe la menor duda de que así lo haría.

Había también un garabato característico de Philippa, lleno de Alec y Alonzo, de lo que dijeron y de lo que hicieron y de cómo pusieron la cara al verla.

«Pero todavía no me puedo decidir por cuál de los dos casarme —escribía Phil—. Ojalá hubieras venido conmigo a decidir por mí. Alguien tendrá que hacerlo. Cuando vi a Alec, el corazón me dio un gran vuelco y pensé: "Puede que sea el indicado." Y luego, cuando llegó Alonzo, el corazón me volvió a dar un vuelco. Así que eso no sirve de guía, aunque según todas las novelas que he leído debería servir. Ahora bien, a ti el corazón no te daría un vuelco más que por el auténtico Príncipe Azul, ¿verdad, Ana? En el mío debe de haber algo fundamentalmente defectuoso. Pero lo estoy pasando en grande. ¡Ojalá estuvieras aquí! Hoy está nevando y estoy eufórica. Tenía tanto miedo de que tuviéramos una Navidad verde y las detesto. Ya sabes, cuando la Navidad es un asunto gris-verdoso-parduzco sucio, como si hubiera sobrado de hace cien años y hubiera estado en remojo desde entonces, es lo que llaman ¡una Navidad verde! No me preguntes por qué. Como dice Lord Dundreary, "hay corthath que ningún hombre puede comprender".

»Ana, ¿te has subido alguna vez a un tranvía y luego descubierto que no llevabas dinero para pagar el billete? A mí me pasó el otro día. Es algo espantoso. Cuando subí al tranvía llevaba una moneda de cinco centavos. Creía que estaba en el bolsillo izquierdo del abrigo. Cuando me acomodé bien, fui a buscarlo. No estaba. Sentí un escalofrío. Lo busqué en el otro bolsillo. Tampoco estaba. Sentí otro escalofrío. Luego lo busqué en un bolsillo interior pequeño. Todo en vano. Tuve dos escalofríos a la vez.

»Me quité los guantes, los dejé en el asiento y volví a rebuscar en todos los bolsillos. No estaba. Me puse de pie, me sacudí y luego miré en el suelo. El tranvía iba lleno de gente que volvía de la ópera, y todo el mundo me miraba, pero yo ya había pasado de que me importara una cosa así.

»Pero no encontré el billete. Llegué a la conclusión de que debía de habérmelo metido en la boca y haberlo tragado sin querer.

»No sabía qué hacer. ¿Pararía el cobrador el tranvía y me haría bajar en medio de la ignominia y la vergüenza? ¿Era posible convencerle de que yo era simplemente víctima de mi propia distracción, y no una criatura sin escrúpulos que intentaba viajar sin pagar? ¡Cómo deseé que Alec o Alonzo

estuvieran allí! Pero no estaban porque los necesitaba. Si no los hubiera necesitado habrían estado allí a docenas. Y no podía decidir qué decirle al cobrador cuando pasara. En cuanto iba armando una frase de explicación, me parecía que nadie podría creerla y tenía que componerme otra. Parecía que no había más remedio que encomendarse a la Providencia, y de todo el consuelo que eso me dio habría podido ser la anciana que, cuando el capitán le dijo durante una tormenta que debía encomendarse al Todopoderoso, exclamó: "Oh, capitán, ¿es tan grave la cosa?"

»Justo en el momento convencional, cuando toda esperanza había huido y el cobrador le tendía la caja al pasajero que tenía al lado, de repente recordé dónde había metido la maldita moneda. Al fin y al cabo no me la había tragado. Saqué mansamente la moneda del índice de mi guante y la metí en la caja. Le sonreí a todo el mundo y me pareció que el mundo era maravilloso.»

La visita a Echo Lodge no fue la menor de las muchas y agradables excursiones navideñas. Ana y Diana volvieron a ella por el viejo camino a través del bosque de hayas, llevando una cesta con el almuerzo. Echo Lodge, que había permanecido cerrada desde la boda de la señorita Lavanda, se abrió brevemente otra vez al viento y al sol, y el fuego volvió a brillar en los cuartitos. El perfume del cuenco de rosas de la señorita Lavanda seguía impregnando el aire. Era casi imposible creer que la señorita Lavanda no fuera a aparecer de un momento a otro con pasos ligeros, con sus ojos castaños estrellados de bienvenida, y que Carlota Cuarta, con sus lazos azules y su sonrisa de oreja a oreja, no fuera a asomar por la puerta. Paul también parecía rondar por allí, con sus fantasías de hadas.

—De verdad me hace sentir un poco como un fantasma que revisita los fugaces destellos de la luna de su época —rió Ana—. Salgamos a ver si los ecos están en casa. Trae el viejo cuerno. Sigue detrás de la puerta de la cocina.

Los ecos estaban en casa, al otro lado del río blanco, tan cristalinos y numerosos como siempre; y cuando dejaron de responder a las chicas, estas cerraron Echo Lodge con llave y se marcharon en la media hora perfecta que sigue al rosa y azafrán del ocaso invernal.

CAPÍTULO VIII

LA PRIMERA PROPUESTA DE ANA

El año viejo no se deslizó con paso suave en un crepúsculo verde, con un ocaso rosado-amarillo. En cambio, se fue con una violenta borrasca blanca. Era una de esas noches en que el viento tempestuoso ruge sobre los prados helados y las hondonadas oscuras, y gime bajo los aleros como una criatura perdida, y azota la nieve con fuerza contra los cristales trémulos.

—Justo la clase de noche en que a uno le apetece acurrucarse bajo las mantas y contar sus gracias —le dijo Ana a Jane Andrews, que había subido a pasar la tarde y a quedarse a dormir. Pero cuando estaban acurrucadas bajo las mantas en el cuartito del porche de Ana, no eran sus gracias lo que Jane tenía en la cabeza.

—Ana —dijo con gran solemnidad—, quiero contarte algo. ¿Puedo?

Ana se sentía bastante adormilada después de la fiesta que Ruby Gillis había dado la noche anterior. Habría preferido con mucho dormirse antes que escuchar las confidencias de Jane, que estaba segura de que la aburrirían. No tenía el menor presentimiento de lo que se avecinaba. Probablemente Jane también estaba prometida; según los rumores, Ruby Gillis estaba prometida con el maestro de Spencervale, por quien se decía que todas las chicas estaban completamente locas.

«Pronto seré la única soltera de nuestra vieja cuartilla», pensó Ana con somnolencia. En voz alta dijo: —Por supuesto.

—Ana —dijo Jane, con mayor solemnidad aún—, ¿qué piensas de mi hermano Billy?

Ana se quedó atónita ante esta pregunta inesperada y forcejeó sin concierto entre sus pensamientos. Dios mío, ¿qué pensaba ella de Billy An-

drews? Nunca había pensado nada en él: el redondo, soso, perpetuamente sonriente y bonachón Billy Andrews. ¿Pensaba alguien en Billy Andrews?

—No... no te entiendo, Jane —balbuceó—. ¿Qué quieres decir exactamente?

—¿Te gusta Billy? —preguntó Jane sin rodeos.

—Pues... sí, me gusta, claro —dijo Ana como pudo, preguntándose si decía la pura verdad. Desde luego no le desagradaba Billy. Pero ¿podía considerarse suficientemente positiva la indiferente tolerancia con que lo miraba cuando se cruzaba con él? ¿Qué intentaba aclarar Jane?

—¿Te gustaría tenerle de marido? —preguntó Jane con calma.

—¿De marido? —Ana había estado sentada en la cama, para enfrentarse mejor al problema de su opinión exacta sobre Billy Andrews. Ahora se dejó caer redonda sobre las almohadas, sin aliento—. ¿De marido de quién?

—Tuyo, claro —respondió Jane—. Billy quiere casarse contigo. Siempre ha estado loco por ti, y ahora padre le ha cedido la granja de arriba a su nombre y no hay nada que se lo impida. Pero es tan tímido que no se atrevería a pedírtelo él mismo, así que me lo ha pedido a mí. Yo habría preferido no hacerlo, pero no me dio un momento de paz hasta que dije que sí, si encontraba una buena ocasión. ¿Qué piensas tú de esto, Ana?

¿Era un sueño? ¿Era una de esas pesadillas en que uno se ve prometido o casado con alguien a quien odia o no conoce, sin la menor idea de cómo ha llegado a ocurrir? No: ella, Ana Shirley, estaba allí tumbada, bien despierta, en su propia cama, y Jane Andrews estaba a su lado pidiéndole en matrimonio en nombre de su hermano Billy. Ana no sabía si quería retorcerse de vergüenza o echarse a reír; pero no podía hacer ninguna de las dos cosas, pues no debía herir los sentimientos de Jane.

—No... no podría casarme con Billy, ya lo sabes, Jane —logró balbucear—. ¡Si nunca se me había ocurrido semejante idea!

—Ya me lo imaginaba —convino Jane—. Billy siempre ha sido demasiado tímido para pensar en cortejar. Pero quizá podrías pensártelo, Ana. Billy es un buen chico. Eso tengo que reconocerlo, aunque sea mi hermano. No tiene malos hábitos y trabaja muchísimo, y se puede contar con él. «Más vale pájaro en mano.» Me ha dicho que me dijera que estaría muy dispuesto

a esperar a que termines la universidad, si insistes en ello, aunque preferiría casarse esta primavera antes de que empiece la siembra. Siempre sería muy bueno contigo, estoy segura, y ya sabes, Ana, que me encantaría tenerte de hermana.

—No puedo casarme con Billy —dijo Ana con decisión. Se había recordado y empezaba incluso a sentirse un poco indignada. Todo era tan ridículo. —No hay nada que pensar al respecto, Jane. No siento nada por él en ese sentido, y tienes que decírselo.

—Bueno, no lo esperaba —dijo Jane con un suspiro resignado, convencida de haber cumplido con su deber—. Le dije a Billy que no creía que valiera la pena pedírtelo, pero se empeñó. Bueno, has tomado tu decisión, Ana, y espero que no te arrepientas.

Jane habló con un poco de frialdad. Había estado perfectamente segura de que el enamorado Billy no tenía ninguna posibilidad de convencer a Ana de que se casara con él. Sin embargo, sentía cierto resentimiento al ver que Ana Shirley, que no era, al fin y al cabo, más que una huérfana adoptada, sin familia ni parientes, rechazara a su hermano, uno de los Andrews de Avonlea. Bueno, a veces la soberbia precede a la caída, reflexionó Jane con oscuro presagio.

Ana se permitió sonreír en la oscuridad ante la idea de que pudiera arrepentirse alguna vez de no haberse casado con Billy Andrews.

—Espero que Billy no lo sienta demasiado —dijo amablemente.

Jane hizo un movimiento como si sacudiera la cabeza sobre la almohada.

—Oh, no se le va a romper el corazón. Billy tiene demasiada cabeza para eso. También le gusta bastante Nettie Blewett, y madre preferiría que se casara con ella antes que con nadie. Es muy buena administradora y ahorradora. Creo que en cuanto Billy esté seguro de que tú no le aceptas, tomará a Nettie. Por favor, no se lo cuentes a nadie, ¿verdad, Ana?

—Por supuesto que no —dijo Ana, que no tenía el menor deseo de divulgar que Billy Andrews quería casarse con ella, prefiriéndola, después de todo, a Nettie Blewett. ¡A Nettie Blewett!

—Y ahora supongo que lo mejor es que durmamos —propuso Jane.

Jane se durmió con facilidad y rapidez; pero Ana, aunque en nada se parecía a Macbeth, había conseguido este sin duda asesinar el sueño de la interesada. La propuesta durmió sobre una almohada desvelada hasta las tantas de la madrugada, aunque sus meditaciones distaban mucho de ser románticas. Sin embargo, no fue hasta la mañana siguiente cuando tuvo oportunidad de reírse a sus anchas del asunto entero. Cuando Jane se fue a casa — aún con un toque de escarcha en la voz y los modales, porque Ana había rechazado tan ingratamente y con tanta decisión el honor de una alianza con la Casa Andrews —, Ana se retiró al cuartito del porche, cerró la puerta y se rió por fin a gusto.

«¡Si al menos pudiera compartir el chiste con alguien!», pensó. «Pero no puedo. Diana es la única con quien querría hablar, pero, aunque no le hubiera prometido discreción a Jane, ya no puedo contarle cosas a Diana como antes. Se lo cuenta todo a Fred; eso lo sé. Bueno, he tenido mi primera propuesta. Suponía que llegaría algún día, pero desde luego nunca pensé que vendría por terceros. Es muy gracioso... y sin embargo hay algo que escuece en ello, de alguna manera.»

Ana sabía muy bien en qué consistía el escozor, aunque no lo pusiera en palabras. Había albergado en secreto sueños sobre la primera vez que alguien le hiciera la gran pregunta. Y en esos sueños siempre había sido algo muy romántico y hermoso; y el «alguien» había de ser muy apuesto y de ojos oscuros y de aspecto distinguido y elocuente, ya fuera el Príncipe Azul al que se arrojaría con un «sí», o alguien a quien habría que dar una negativa llena de pesar, bellamente formulada pero irrevocable. En el segundo caso, la negativa habría de expresarse con tanta delicadeza que equivaldría a casi lo mismo que la aceptación, y él se iría después de besarle la mano, asegurándole su inquebrantable y eterna devoción. Y siempre habría de ser un bello recuerdo, del que enorgullecerse y que enternecería un poco.

Y ahora resulta que esta emocionante experiencia no era más que una cosa grotesca. Billy Andrews había enviado a su hermana a pedir en su nombre porque el padre le había cedido la granja de arriba; y si Ana no le «aceptaba», Nettie Blewett sí lo haría. ¡Eso sí que era el romanticismo en toda su plenitud! Ana se rió... y luego suspiró. El brillo de un pequeño sueño juvenil se había empañado. ¿Continuaría dolorosamente el proceso hasta que todo se volviera prosaico y monótono?

CAPÍTULO IX

UN PRETENDIENTE NO DESEADO Y UNA AMIGA BIENVENIDA

El segundo trimestre en Redmond pasó tan rápido como el primero: «literalmente salió volando», decía Philippa. Ana lo disfrutó plenamente en todas sus vertientes: la estimulante rivalidad académica, el establecimiento y el ahondamiento de amistades nuevas y enriquecedoras, los alegres pequeños eventos sociales, las actividades de las diversas asociaciones de las que era miembro, la ampliación de horizontes e intereses. Estudiaba con ahínco, pues había decidido que conseguiría la Beca Thorburn de Literatura. Obtenerla significaba que podría volver a Redmond al año siguiente sin tocar los escasos ahorros de Marilla, algo que Ana estaba resuelta a no hacer.

Gilbert también corría tras una beca, pero encontraba tiempo sobrado para visitar frecuentemente el número treinta y ocho de la calle St. John. Era el acompañante de Ana en casi todos los actos universitarios, y ella sabía que sus nombres andaban emparejados en los corrillos de Redmond. Ana se irritaba por ello pero se veía impotente; no podía dejar a un lado a un viejo amigo como Gilbert, sobre todo cuando este había ganado de repente en prudencia y cautela, tal como convenía a quien estaba en peligrosa cercanía de más de un estudiante de Redmond que habría dado cualquier cosa por ocupar el lugar de aquel junto a la esbelta universitaria pelirroja cuyos ojos grises eran tan seductores como estrellas vespertinas. Ana nunca fue rodeada por la multitud de admiradores dispuestos que seguían la marcha triunfal de Philippa durante su primer año; pero había un estudiante de primero larguirucho y listo, un segundo año rollizo y alegre, y un tercero alto y erudito, a los que les gustaba ir a ver a Ana al número treinta y ocho de la calle St. John y hablar con ella de «ologías» e «ismos», así como de temas más ligeros, en el salón almohadillado de aquella morada. Gilbert no tenía ningún afecto por ninguno de ellos, y tenía mucho cuidado de no dar a

ninguno ventaja sobre él con ninguna manifestación inoportuna de sus verdaderos sentimientos hacia Ana. Con ella había vuelto a ser el camarada de los días de la infancia en Avonlea, y en ese papel podía mantener el tipo ante cualquier pretendiente que hasta entonces hubiera entrado en liza. Como compañero, Ana reconocía honradamente que nadie podía ser tan satisfactorio como Gilbert; se alegraba mucho, se decía a sí misma, de que evidentemente hubiera dejado caer todas las tonterías, aunque dedicara un tiempo considerable a preguntarse en secreto por qué.

Solo un incidente desagradable turbó aquel invierno. Charlie Sloane, sentado muy tieso sobre el almohadón más preciado de la señorita Ada, le preguntó a Ana una noche si prometería «convertirse algún día en la señora de Charlie Sloane». Tras el intento por terceros de Billy Andrews, este no fue para las sensibilidades románticas de Ana tan gran choque como habría sido de otro modo; pero fue sin duda otra desgarradora desilusión. También la indignó, pues sentía que nunca le había dado a Charlie el menor ánimo para suponer que tal cosa fuera posible. Pero ¿qué se podía esperar de un Sloane, como diría con desprecio la señora Rachel Lynde? Toda la actitud, el tono, el aire, las palabras de Charlie, rezumaban sloanería por los cuatro costados. «Era un gran honor que le concedía», eso no admitía ninguna duda. Y cuando Ana, absolutamente insensible al honor, lo rechazó con tanta delicadeza y consideración como pudo — pues hasta un Sloane tenía sentimientos que no debían lacerarse sin necesidad —, la sloanería traicionó su presencia todavía más. Charlie no tomó la negativa como los pretendientes imaginarios de Ana lo habrían hecho. En cambio se enfadó, y lo demostró; dijo dos o tres cosas bastante desagradables; el genio de Ana llampeó de rebeldía y replicó con un comentario cortante cuya agudeza traspasó incluso el escudo protector de la sloanería de Charlie y llegó a lo vivo; este agarró el sombrero y salió de la casa hecho una furia con la cara muy colorada; Ana subió corriendo la escalera, tropezando dos veces con los almohadones de la señorita Ada en el camino, y se tiró en la cama bañada en lágrimas de humillación y rabia. ¿Había llegado a rebajarse a discutir con un Sloane? ¿Era posible que algo de lo que dijera Charlie Sloane tuviera el poder de irritarla? Oh, eso sí que era una degradación, mucho peor incluso que ser la rival de Nettie Blewett.

—Ojalá no tuviera que volver a ver a esa horrible criatura en mi vida — sollozó con ira en las almohadas.

No podía evitar verle de nuevo, pero el ultrajado Charlie se cuidó de que no fuera muy de cerca. Los almohadones de la señorita Ada estuvieron en lo sucesivo a salvo de sus depredaciones, y cuando se cruzaba con Ana en la calle o en los pasillos de Redmond, su saludo era de una frialdad extrema. Las relaciones entre estos dos viejos condiscípulos se mantuvieron así de tensas durante casi un año. Luego Charlie transfirió su herido corazón a una redonda, coloradita, chata y ojazul estudiante de segundo que los apreciaba como merecían, tras lo cual perdonó a Ana y se dignó a ser de nuevo amable con ella; en un tono condescendiente cuya intención era hacerle ver lo que había perdido.

Un día Ana entró corriendo y agitada en el cuarto de Priscilla.

—Lee esto —exclamó, tirándole una carta—. Es de Stella, y viene a Redmond el año que viene. ¿Qué te parece su idea? A mí me parece estupenda, si podemos llevarla a cabo. ¿Crees que podremos, Pris?

—Lo sabré mejor cuando averigüe en qué consiste —dijo Priscilla, dejando a un lado un lexicón de griego y cogiendo la carta de Stella. Stella Maynard había sido una de sus compañeras en la Escuela Normal y había estado dando clases desde entonces.

«Pero voy a dejarlo, querida Ana —escribía—, y a ir a la universidad el año que viene. Como hice el tercer año en la Escuela Normal, puedo incorporarme al segundo curso. Estoy harta de dar clases en una escuela rural de extrarradio. Algún día voy a escribir un tratado sobre "Las penas de una maestra rural". Será un trozo de realismo estremecedor. Al parecer la impresión general es que vivimos en la gloria y que no tenemos más que hacer que cobrar el sueldo trimestral. Mi tratado dirá la verdad sobre nosotras. Vamos, si pasara una semana sin que alguien me dijera que hago un trabajo cómodo bien pagado, concluiría que podría encargarme mi traje de ascensión "de inmediato y sin tardanza". "Vaya, que se gana el dinero fácilmente", me dice con condescendencia algún padre, "con sentarse ahí y oír lecciones". Antes discutía el asunto, pero ya soy más sabia. Los hechos son cosas tenaces, pero como alguien ha dicho sabiamente, no lo son ni la mitad que las falacias. Así que ahora me limito a sonreír con aire de superioridad en elocuente silencio. Es que tengo nueve grados en mi escuela y tengo que enseñar un poco de todo, desde el estudio de las entrañas de las lombrices hasta el sistema solar. Mi alumna más pequeña tiene cuatro años: su madre

la manda a la escuela para "quitársela de encima". Y el mayor tiene veinte: "de pronto se le ocurrió" que era más fácil ir a la escuela a educarse que seguir tirando del arado. En el intento frenético de meter toda clase de materias en seis horas al día, no me extraña que los niños se sientan como el niño al que llevaron a ver el biógrafo. "Tengo que ver lo que viene después antes de saber lo que fue antes", se quejó. Yo me siento igual.

»¡Y las cartas que recibo, Ana! La madre de Tommy me escribe que Tommy no avanza en aritmética tan deprisa como a ella le gustaría. Todavía está en reducción simple, y Juanito Johnson está en fracciones, y Juanito no es ni la mitad de listo que su Tommy, y no lo comprende. Y el padre de Susita quiere saber por qué Susita no puede escribir una carta sin faltas de ortografía, y la tía de Ricardito quiere que le cambie de sitio, porque el chico Moreno con quien está sentado le está enseñando a decir palabrotas.

»En cuanto a los aspectos económicos... pero no voy a empezar con eso. ¡A quienes los dioses quieren destruir, primero los hacen maestras rurales!

»Ahí, ya me siento mejor después de ese desahogo. Después de todo, he disfrutado estos dos últimos años. Pero me voy a Redmond.

»Y ahora, Ana, tengo un pequeño plan. Ya sabes lo que me repugna vivir de pensión. Llevo cuatro años viviendo de pensión y estoy tan cansada de ello. No me apetece aguantar tres años más.

»Ahora bien, ¿por qué no nos juntamos tú, Priscilla y yo, alquilamos una casita en Kingsport y nos arreglamos nosotras solas? Sería más barato que cualquier otra opción. Claro que necesitaríamos un ama de casa, y yo tengo una a punto. ¿Os he hablado de mi tía Jamesina? Es la tía más encantadora que existe, a pesar de su nombre. ¡No puede evitarlo! Se llama Jamesina porque su padre, que se llamaba James, se ahogó en el mar un mes antes de que ella naciera. Yo la llamo siempre tía Jimsie. Pues bien, su única hija se ha casado hace poco y se ha ido a misiones en el extranjero. La tía Jamesina se ha quedado sola en una casa enorme y está terriblemente sola. Vendrá a Kingsport a llevarnos la casa si la queremos, y sé que las dos la amaréis. Cuanto más lo pienso, más me gusta el plan. Podríamos tener una vida muy buena e independiente.

»Ahora bien, si Priscilla y tú estáis de acuerdo, ¿no sería buena idea que vosotras, que estáis allí, busquéis por los alrededores para ver si encontráis

una casa adecuada esta primavera? Sería mejor que dejarlo para el otoño. Si pudierais encontrar una amueblada, mejor que mejor; si no, entre nosotras y los amigos de la familia con desvanes podemos juntar unos cuantos muebles. En todo caso, decidid cuanto antes y escribidme para que la tía Jamesina sepa qué planes hacer para el año que viene.»

—Creo que es una buena idea —dijo Priscilla.

—Yo también —convino Ana con entusiasmo—. Claro que aquí tenemos una pensión muy buena, pero, a fin de cuentas, una pensión no es un hogar. Así que busquemos casa enseguida, antes de que lleguen los exámenes.

—Me temo que va a ser bastante difícil encontrar una que valga la pena —advirtió Priscilla—. No esperes demasiado, Ana. Las casas bonitas en barrios bonitos probablemente estén muy por encima de nuestros medios. Lo más probable es que tengamos que conformarnos con un sitio shabby en alguna calle donde vive gente de la que nadie tiene noticia, y hacer que la vida interior compense la exterior.

Así pues se pusieron a buscar casa, pero encontrar exactamente lo que querían resultó incluso más difícil de lo que Priscilla había temido. Casas había a montones, amuebladas y sin amueblar; pero una era demasiado grande, otra demasiado pequeña; esta demasiado cara, aquella demasiado lejos de Redmond. Llegaron y pasaron los exámenes; llegó la última semana del trimestre, y su «casa de los sueños», como la llamaba Ana, seguía siendo un castillo en el aire.

—Supongo que tendremos que rendirnos y esperar al otoño —dijo Priscilla con cansancio, mientras paseaban por el parque en uno de esos días mimosos de abril de brisa y cielo azul, en que el puerto espumeaba y relucía bajo las brumas perladas que flotaban sobre él—. Para entonces quizá encontremos algún cuchitril que nos cobije; y si no, las pensiones estarán siempre con nosotras.

—Por ahora no voy a preocuparme por eso y estropear esta tarde tan bonita —dijo Ana, mirando a su alrededor con deleite. El fresco aire puro estaba levemente cargado de aroma de bálsamo de pino, y el cielo sobre ellas era cristalino y azul: una gran copa invertida de bendición—. La primavera me canta en la sangre hoy, y el embrujo de abril está suelto en el aire. Veo visiones y sueño sueños, Pris. Es porque el viento viene del oeste.

Cómo me gusta el viento del oeste. Canta la esperanza y la alegría, ¿verdad? Cuando sopla el viento del este, siempre pienso en lluvia triste sobre los aleros y olas melancólicas en una costa gris. Cuando me haga mayor tendré reuma cuando el viento venga del este.

—¿Y no es una delicia cuando te despojas por primera vez de las pieles y los abrigos de invierno y sales así, en ropa de primavera? —rió Priscilla—. ¿No te sientes como si te hubieran hecho de nuevo?

—Todo es nuevo en primavera —dijo Ana—. Y las propias primaveras siempre son tan nuevas también. Ninguna primavera es exactamente igual a otra. Cada una tiene algo propio que la hace su dulzura particular. Mira qué verde está la hierba alrededor de ese estanquito, y cómo estallan los brotes de sauce.

—Y los exámenes han terminado y se han ido: la Convocatoria llegará pronto, el miércoles que viene. Esta noche de la semana que viene ya estaremos en casa.

—Me alegra —dijo Ana soñadora—. Hay tantas cosas que quiero hacer. Quiero sentarme en los peldaños del porche trasero y sentir la brisa que baja por los campos del señor Harrison. Quiero buscar helechos en el Bosque Encantado y recoger violetas en el Valle de las Violetas. ¿Recuerdas el día del picnic dorado, Priscilla? Quiero oír cantar a las ranas y susurrar a los álamos. Pero también he aprendido a querer Kingsport, y me alegra volver aquí en otoño. Si no hubiera ganado la beca Thorburn, no creo que hubiera podido. No habría podido tocar ni un céntimo de los ahorros de Marilla.

—¿Si pudiéramos encontrar una casa! —suspiró Priscilla—. Mira Kingsport, Ana: casas, casas por todas partes, y ninguna para nosotras.

—Para, Pris. «Lo mejor está por venir.» Como el viejo romano, encontraremos una casa o la construiremos. Un día como este no existe la palabra imposible en mi brillante léxico.

Se quedaron en el parque hasta el atardecer, viviendo en el asombroso milagro y la gloria y el prodigio del tiempo primaveral; y volvieron a casa como de costumbre, por la avenida Spofford, para tener el placer de ver la casa de Patty.

—Tengo la sensación de que algo misterioso está a punto de ocurrir, «por el hormigueo de mis pulgares» —dijo Ana mientras subían la cuesta—. Es

un agradable presentimiento de libro de aventuras. ¿Pero qué... qué... qué? ¡Priscilla Grant, mira allá y dime si es verdad o si estoy viendo visiones!

Priscilla miró. Los pulgares y los ojos de Ana no la habían engañado. Sobre el arco del portón de la casa de Patty colgaba un pequeño y discreto cartel. Decía: «Se alquila, amueblada. Razón: dentro.»

—Priscilla —dijo Ana en un susurro—, ¿crees que es posible que pudiéramos alquilar la casa de Patty?

—No, no lo creo —afirmó Priscilla—. Sería demasiado bueno para ser verdad. Los cuentos de hadas no ocurren hoy en día. No voy a hacerme ilusiones, Ana. La decepción sería demasiado horrible. Seguro que piden más de lo que podemos permitirnos. Recuerda que está en la avenida Spofford.

—De todos modos tenemos que averiguarlo —dijo Ana con resolución—. Es demasiado tarde para llamar esta tarde, pero mañana vendremos. Oh, Pris, ¡si pudiéramos quedarnos con este lugar tan querido! Siempre he sentido que mi destino estaba ligado al de la casa de Patty, desde la primera vez que la vi.

CAPÍTULO X

LA CASA DE PATTY

La tarde siguiente las vio recorrer con decisión el caminito de ladrillo en espiga a través del pequeño jardín. El viento de abril llenaba los pinos con su cantilena, y el bosquecillo estaba lleno de petirrojos: grandes y gordos y descarados, que se paseaban por los senderos con mucho garbo. Las chicas

llamaron con cierta timidez y les abrió una anciana sirvienta de aspecto adusto. La puerta daba directamente a una amplia sala de estar, donde junto a un fuego alegre estaban sentadas otras dos señoras, ambas también austeras y de edad. Salvo que una tendría unos setenta años y la otra cincuenta, apenas parecía haber diferencia entre ellas. Cada una tenía unos ojos asombrosamente grandes y azul claro detrás de unas gafas de montura de acero; cada una llevaba una cofia y un chal gris; cada una hacía punto sin prisa y sin pausa; cada una se mecía plácidamente y miraba a las chicas sin hablar; y justo detrás de cada una había un gran perro de porcelana blanca, cubierto de manchas verdes redondas, con nariz verde y orejas verdes. Esos perros cautivaron a Ana al instante; parecían las deidades guardianas gemelas de la casa de Patty.

Durante unos minutos nadie habló. Las chicas estaban demasiado nerviosas para encontrar palabras, y ni las ancianas señoras ni los perros de porcelana parecían inclinados a la conversación. Ana echó una ojeada a la habitación. ¡Qué lugar tan encantador era! Otra puerta se abría directamente al bosquecillo de pinos, y los petirrojos llegaban sin miedo hasta el mismo peldaño. El suelo estaba salpicado de redondas alfombras trenzadas, como las que hacía Marilla en Tejas Verdes, pero que se consideraban pasadas de moda en cualquier otro lugar, incluso en Avonlea. ¡Y sin embargo aquí estaban, en la avenida Spofford! Un gran reloj de péndola lustrado marcaba el tiempo solemne y sonoramente en un rincón. Había unos deliciosos alaceniños sobre la repisa de la chimenea, tras cuyas puertas de cristal brillaban curiosas piezas de porcelana. Las paredes estaban colgadas de viejos grabados y siluetas. En un rincón subía la escalera, y en el primer recodo bajo había una larga ventana con un asiento muy tentador. Todo era exactamente como Ana había sabido que debía de ser.

Para entonces el silencio se había vuelto demasiado terrible, y Priscilla le dio un codazo a Ana para indicarle que tenía que hablar.

—No... nos... hemos fijado en su cartel de que esta casa se alquila —dijo Ana con voz desmayada, dirigiéndose a la señora mayor, que era evidentemente la señorita Patty Spofford.

—Ah, sí —dijo la señorita Patty—. Tenía intención de quitar ese cartel hoy.

—Entonces... entonces llegamos demasiado tarde —dijo Ana con tristeza—. ¿Ya la han alquilado?

—No, pero hemos decidido no alquilarla.

—Oh, lo siento mucho —exclamó Ana impulsivamente—. Me encanta este lugar. Tenía tantas esperanzas de poder quedárnoslo.

Entonces la señorita Patty dejó su labor, se quitó las gafas, las limpió, se las volvió a poner y por primera vez miró a Ana como a un ser humano. La otra señora la imitó tan perfectamente que bien podría haber sido su reflejo en un espejo.

—Dice que le encanta —dijo la señorita Patty con énfasis—. ¿Quiere decir que de verdad le encanta? ¿O que simplemente le gusta el aspecto que tiene? Las chicas de hoy hacen afirmaciones tan exageradas que uno nunca sabe qué quieren decir. No era así en mis tiempos de juventud. Entonces una chica no decía que le encantaban los nabos en el mismo tono que podría haber dicho que amaba a su madre o a su Salvador.

La conciencia de Ana la sostuvo.

—De verdad me encanta —dijo con dulzura—. Lo he amado desde la primera vez que lo vi el otoño pasado. Mis dos compañeras de universidad y yo queremos llevar una casa el año que viene en lugar de estar de pensión, así que andamos buscando un lugarcito para alquilar; y cuando vi que esta casa se alquilaba me puse muy contenta.

—Si le encanta, puede quedársela —dijo la señorita Patty—. María y yo decidimos hoy que al fin y al cabo no la íbamos a alquilar, porque ninguna de las personas que han venido a verla nos gustaba. No estamos obligadas a alquilarla. Podemos permitirnos ir a Europa aunque no lo hagamos. Nos ayudaría un poco, pero por nada del mundo dejaré mi casa en manos de la gente que ha venido a verla. Usted es diferente. Creo que de verdad la ama y que la cuidará bien. Puede quedársela.

—Si... si podemos permitirnos pagar lo que pide —titubeó Ana.

La señorita Patty nombró la cantidad pedida. Ana y Priscilla se miraron. Priscilla negó con la cabeza.

—Me temo que no podemos permitirnos tanto —dijo Ana, tragándose la decepción—. Verá, solo somos estudiantes universitarias y somos pobres.

—¿Cuánto pensaba que podría pagar? —preguntó la señorita Patty, sin dejar de hacer punto.

Ana nombró su cantidad. La señorita Patty asintió gravemente.

—Está bien. Como le he dicho, no es estrictamente necesario que la alquilemos. No somos ricas, pero tenemos suficiente para ir a Europa. En mi vida he estado en Europa y nunca lo esperé ni lo deseé. Pero mi sobrina de aquí, María Spofford, ha tenido el capricho de ir. Ya sabe que una persona joven como María no puede andar por el mundo sola.

—No... supongo que no —murmuró Ana, viendo que la señorita Patty hablaba con la más absoluta seriedad.

—Por supuesto que no. Así que tengo que acompañarla a cuidar de ella. Aunque espero disfrutarlo yo también; tengo setenta años, pero aún no estoy cansada de vivir. Supongo que ya habría ido a Europa antes si se me hubiera ocurrido la idea. Estaremos fuera dos años, quizá tres. Zarparemos en junio y les enviaremos la llave, y lo dejaremos todo en orden para que tomen posesión cuando quieran. Guardaremos bajo llave algunas cosas que apreciamos especialmente, pero todo lo demás se quedará.

—¿Dejarán a los perros de porcelana? —preguntó Ana tímidamente.

—¿Los querría usted?

—Oh, desde luego que sí. Son una maravilla.

En el rostro de la señorita Patty apareció una expresión de satisfacción.

—Le tengo mucho apego a esos perros —dijo con orgullo—. Tienen más de cien años, y han estado sentados a los dos lados de esta chimenea desde que mi hermano Aaron los trajo de Londres hace cincuenta años. La avenida Spofford lleva el nombre de mi hermano Aaron.

—Un gran hombre era —dijo la señorita María, hablando por primera vez—. No se ven como él hoy en día.

—Fue un buen tío para ti, María —dijo la señorita Patty con visible emoción—. Haces bien en recordarlo.

—Siempre le recordaré —dijo la señorita María con solemnidad—. Le veo ahora mismo, de pie ante ese fuego, con las manos bajo los faldones del frac, sonriéndonos.

La señorita María sacó el pañuelo y se enjugó los ojos; pero la señorita Patty volvió con resolución desde el terreno del sentimiento al de los negocios.

—Dejaré los perros donde están, si me promete tener mucho cuidado con ellos —dijo—. Se llaman Gog y Magog. Gog mira a la derecha y Magog a la izquierda. Y hay solo una cosa más. Espero que no tenga usted inconveniente —y aquí la señorita Patty se irguió y habló con energía—, espero que no tenga inconveniente en que esta casa se llame la casa de Patty.

—No, en absoluto. Creemos que es una de las cosas más bonitas que tiene.

—Tiene usted sensatez, ya lo veo —dijo la señorita Patty con tono de gran satisfacción—. ¿Podría usted creerlo? Todas las personas que vinieron aquí a alquilar la casa quisieron saber si no podrían quitar el nombre del portón durante su estancia en ella. Les dije claramente que el nombre iba con la casa. Esta ha sido la casa de Patty desde que mi hermano Aaron me la dejó en su testamento, y la casa de Patty seguirá siendo hasta que yo muera y María muera. Después de que eso ocurra, el siguiente propietario puede llamarla con el nombre idiota que quiera —concluyó la señorita Patty, con el mismo tono con que podría haber dicho «después de eso, el diluvio»—. Y ahora, ¿no les gustaría recorrer la casa y verla toda antes de dar el trato por cerrado?

Seguir explorando encantó aún más a las chicas. Además de la amplia sala de estar, había una cocina y un pequeño dormitorio en la planta baja. Arriba había tres habitaciones, una grande y dos pequeñas. Ana se encariñó especialmente con una de las pequeñas, que daba a los grandes pinos, y esperó que fuera la suya. Tenía un empapelado azul pálido y un pequeño tocador de los de antes, con apliques para velas. Había una ventana de cristales en rombo con un asiento bajo las vaporosas cortinas de muselina azul que sería un lugar perfecto para estudiar o para soñar.

—Todo es tan delicioso que estoy segura de que vamos a despertar y descubrir que ha sido una fugaz visión nocturna —dijo Priscilla cuando se marchaban.

—La señorita Patty y la señorita María son de lo que menos parecen hechos los sueños —rió Ana—. ¿Te las imaginas «recorriendo el mundo», es-

pecialmente con esos chales y esas cofias?

—Supongo que se los quitarán cuando de verdad empiecen a recorrerlo —dijo Priscilla—, pero sé que se llevarán la labor de punto a todas partes. Sencillamente, no podrían separarse de ella. Estoy segura de que pasearán por la Abadía de Westminster haciendo punto. Mientras tanto, Ana, nosotras viviremos en la casa de Patty, y en la avenida Spofford. Ahora mismo me siento millonaria.

—Yo me siento como una de las estrellas de la mañana que cantaban de alegría —dijo Ana.

Phil Gordon se coló en el número treinta y ocho de la calle St. John esa noche y se tiró en la cama de Ana.

—Chicas, queridas, estoy muerta de cansancio. Me siento como el hombre sin patria, o ¿era sin sombra? No recuerdo cuál. En todo caso, he estado haciendo el equipaje.

—Y supongo que estás agotada porque no podías decidir qué empacar primero ni dónde meterlo —rió Priscilla.

—Exactísimamente. Y cuando lo tenía todo apretujado de cualquier manera, y mi patrona y su doncella se habían sentado encima mientras lo cerraba, descubrí que había metido un montón de cosas que necesitaba para la Convocatoria en el fondo de todo. Tuve que abrirlo y hurgar y bucear durante una hora antes de sacar lo que quería. Ponía la mano en algo que al tacto parecía lo que buscaba, tiraba de ello, y era otra cosa. No, Ana, no jure.

—No he dicho que lo hicieras.

—Bueno, pues lo parecía. Pero reconozco que mis pensamientos rozaban lo profano. Y tengo un catarro de cabeza terrible: no puedo hacer nada más que sorber, suspirar y estornudar. ¿No es una agonía aliterativa? Reina Ana, di algo que me levante el ánimo.

—Recuerda que el jueves por la noche estarás de vuelta en la tierra de Alec y Alonzo —sugirió Ana.

Phil sacudió la cabeza tristemente.

—Más aliteraciones. No, no quiero a Alec y Alonzo cuando tengo un catarro de cabeza. Pero ¿qué os ha pasado a vosotras dos? Ahora que me fijo bien, parecéis iluminadas por dentro con un resplandor iridiscente. Estáis literalmente resplandecientes. ¿Qué ocurre?

—El año que viene vamos a vivir en la casa de Patty —dijo Ana triunfalmente—. ¡Vivir, fijaos bien, no estar de pensión! La hemos alquilado, y Stella Maynard viene, y su tía llevará la casa.

Phil de un salto se hincó de rodillas ante Ana.

—Chicas, chicas, dejadme venir también. Oh, seré muy buena. Si no hay sitio para mí, dormiré en la caseta del jardín del huerto: la he visto. Solo dejadme venir.

—Levántate, ganso.

—No me muevo de rodillas hasta que me digáis que puedo vivir con vosotras el invierno que viene.

Ana y Priscilla se miraron. Luego Ana dijo despacio:

—Phil querida, nos encantaría tenerte. Pero más vale hablar con franqueza. Yo soy pobre, Pris es pobre, Stella Maynard es pobre; nuestra casa tendrá que ser muy sencilla y la mesa modesta. Tendrías que vivir como nosotras. Ahora bien, tú eres rica, y la comida de tu pensión lo atestigua.

—¡Oh, qué más me da eso! —exclamó Phil dramáticamente—. «Mejor un plato de hierbas donde están tus amigas que un buey cebado en una pensión solitaria.» No penséis que soy toda estómago, chicas. Estaré dispuesta a vivir a pan y agua, con solo un poquitín de mermelada, si me dejáis venir.

—Y además —continuó Ana—, habrá mucho trabajo que hacer. La tía de Stella no puede hacerlo todo. Todas esperamos tener nuestras tareas. Ahora, tú...

—«No trabajo ni hilo» —terminó Philippa—. Pero aprenderé a hacer las cosas. Solo tenéis que enseñarme una vez. Puedo empezar por hacer mi propia cama. Y acordaos de que, aunque no sé cocinar, sé conservar el buen humor. Algo es algo. Y nunca me quejo del tiempo. Que ya es más. Oh, por favor, por favor; nunca he deseado tanto nada en mi vida, y el suelo está durísimo.

—Hay solo una cosa más —dijo Priscilla con resolución—. Tú, Phil, como sabe todo Redmond, recibes visitas casi todas las tardes. Pues bien, en la casa de Patty no podemos hacer eso. Hemos decidido que recibiremos a nuestros amigos solo los viernes por la tarde. Si vienes con nosotras, tendrás que atenerte a esa norma.

—¡Pues no creerás que me importa eso! Qué va, me alegra incluso. Sabía que debería haberme impuesto yo misma una norma así, pero nunca tuve suficiente decisión para hacerlo y cumplirlo. Cuando pueda descargar la responsabilidad en vosotras, será un verdadero alivio. Si no me dejáis unirme a vosotras, me moriré de la decepción y luego vendré a rondaros. Acamparé en el mismo umbral de la casa de Patty y no podréis entrar ni salir sin tropezar con mi espectro.

Una vez más Ana y Priscilla cruzaron miradas elocuentes.

—Bueno —dijo Ana—, claro está que no podemos prometerte nada sin haber consultado con Stella; pero no creo que ella se oponga, y en cuanto a nosotras, puedes venir con todo nuestro gusto.

—Si te cansas de nuestra vida sencilla puedes marcharte, sin que nadie te haga preguntas —añadió Priscilla.

Phil se levantó de un brinco, las abrazó a las dos con júbilo y se fue dando saltitos de alegría.

—Espero que todo vaya bien —dijo Priscilla con seriedad.

—Tenemos que hacer que vaya bien —afirmó Ana—. Creo que Phil encajará muy bien en nuestro «feliz hogarcito».

—Oh, Phil es un encanto para ir de un lado a otro y ser amiga. Y, claro, cuantas más seamos, más alivio para nuestros magros bolsillos. Pero ¿cómo será convivir con ella? Hay que pasar las maduras y las duras con alguien antes de saber si es de fácil convivencia o no.

—Bueno, todas pasaremos la prueba por lo que a eso respecta. Y debemos conducirnos como gente sensata: vivir y dejar vivir. Phil no es egoísta, aunque un poco atolondrada, y creo que todas nos llevaremos a las mil maravillas en la casa de Patty.

CAPÍTULO XI

EL GIRO DE LA VIDA

Ana había vuelto a Avonlea con el lustre de la Beca Thorburn en la frente. La gente le decía que había cambiado poco, con un tono que insinuaba que les sorprendía un poco y les decepcionaba otro tanto que así fuera. Avonlea tampoco había cambiado. O eso parecía al principio. Pero cuando Ana se sentó en el banco de Tejas Verdes el primer domingo después de su regreso y paseó la vista por la congregación, vio varios pequeños cambios que, llegándole todos a la vez, le hicieron comprender que el tiempo no se detiene del todo, ni siquiera en Avonlea. En el púlpito había un nuevo pastor. En los bancos, más de un rostro conocido faltaba para siempre. El viejo «tío Abe», con sus profecías hechas y concluidas; la señora Peter Sloane, que era de esperar hubiera suspirado por última vez; Timoteo Cotton, que, como decía la señora Rachel Lynde, «por fin se las había arreglado para morir, después de veinte años practicando»; y el viejo Josiah Sloane, a quien nadie reconoció en el ataúd porque tenía la barba cuidadosamente recortada, dormían todos en el pequeño cementerio detrás de la iglesia. ¡Y Billy Andrews estaba casado con Nettie Blewett! Ese domingo hacían su aparición en público. Cuando Billy, radiante de orgullo y felicidad, acompañó a su novia, toda plumas y sedas, al banco de los Harmon Andrews, Ana bajó los párpados para ocultar sus ojos risueños. Recordó la noche tormentosa de invierno durante las vacaciones navideñas en que Jane había pedido en nombre de Billy. Desde luego, no se le había roto el corazón por la negativa. Ana se preguntó si Jane también había pedido por él a Nettie, o si él había reunido suficiente valor para hacer la fatídica pregunta en persona. Toda la familia Andrews parecía compartir su orgullo y su alegría, desde la señora Harmon en el banco hasta Jane en el coro. Jane había renunciado a la escuela de Avonlea y pensaba irse al Oeste en otoño.

—No puede encontrar novio en Avonlea, eso es lo que hay —dijo la señora Rachel Lynde con desdén—. Dice que cree que tendrá mejor salud en el Oeste. Que yo sepa, nunca había oído que su salud fuera mala.

—Jane es una chica muy buena —había dicho Ana con lealtad—. Nunca trató de llamar la atención, a diferencia de algunas.

—Oh, no perseguía a los chicos, si eso es lo que quieres decir —dijo la señora Rachel—. Pero le gustaría estar casada, igual que a cualquiera, eso es lo que hay. ¿Qué otra cosa la llevaría al Oeste, a algún lugar olvidado de Dios cuya única recomendación es que abunda en hombres y escasea en mujeres? ¡No me vengas con cuentos!

Pero no era a Jane a quien Ana miraba ese día con sobresalto y sorpresa. Era a Ruby Gillis, que estaba sentada junto a ella en el coro. ¿Qué le había pasado a Ruby? Estaba más guapa que nunca; pero sus ojos azules brillaban demasiado y tenían demasiado lustre, y el color de sus mejillas era de un rojo febril y encendido; además, estaba muy delgada; las manos con que sostenía el libro de himnos eran casi transparentes de tan delicadas.

—¿Está enferma Ruby Gillis? —le preguntó Ana a la señora Lynde cuando volvían de la iglesia.

—Ruby Gillis se está muriendo de tisis galopante —dijo la señora Lynde sin rodeos—. Todo el mundo lo sabe menos ella y su familia. Ellos no lo admiten. Si les preguntas, está perfectamente bien. Desde que tuvo ese ataque de congestión en invierno no ha podido dar clases, pero dice que va a volver a enseñar en otoño, y que se ha puesto con la escuela de White Sands. Estará en la tumba, pobre chica, cuando abra la escuela de White Sands, eso es lo que hay.

Ana escuchó en silencio, consternada. ¿Ruby Gillis, su antigua compañera de escuela, moribunda? ¿Podía ser posible? En los últimos años se habían distanciado; pero el viejo lazo de la intimidad escolar seguía ahí, y se hizo sentir con agudeza en el tirón que la noticia dio a las cuerdas del corazón de Ana. ¡Ruby, la brillante, la alegre, la coqueta! Era imposible asociar su imagen con algo parecido a la muerte. Había saludado a Ana con cordialidad animosa después de la iglesia y le había rogado que subiera al día siguiente por la tarde.

—El martes y el miércoles por la tarde estaré fuera —le había susurrado con aire triunfal—. Hay un concierto en Carmody y una fiesta en White Sands. Herb Spencer va a llevarme. Él es mi último. Ven sin falta mañana. Me muero de ganas de tener una buena charla contigo. Quiero saber todo sobre lo que has hecho en Redmond.

Ana sabía que Ruby quería decir que deseaba contarle todo sobre sus propios flirteos recientes, pero prometió ir, y Diana se ofreció a acompañarla.

—Hacía mucho que quería ir a ver a Ruby —le dijo a Ana cuando salieron de Tejas Verdes al día siguiente por la tarde—, pero no podía ir sola. Es tan penoso oír a Ruby parlotear como parlotea, haciéndose la que no tiene nada, incluso cuando apenas puede hablar de tanto toser. Lucha tanto por su vida, y sin embargo no tiene ninguna posibilidad, dicen.

Las chicas caminaron en silencio por el camino rojo del crepúsculo. Los petirrojos cantaban vísperas en lo alto de los árboles, llenando el aire dorado con sus voces jubilosas. El plateado silbido de las ranas llegaba desde los pantanos y los estanques, sobre los campos donde las semillas empezaban a despertar y a estremecerse bajo el sol y la lluvia que habían caído sobre ellas. El aire estaba impregnado del olor silvestre, dulce y sano de los matorrales de frambuesa. Blancas brumas flotaban en los huecos silenciosos, y estrellas violáceas brillaban azules sobre los pradillos del arroyo.

—Qué ocaso tan hermoso —dijo Diana—. Mira, Ana, es casi como una tierra en sí mismo, ¿verdad? Esa larga y baja franja de nubes moradas es la orilla, y el cielo despejado de más allá es como un mar dorado.

—Si pudiéramos navegar hasta allí en el bote de luz de luna del que escribió Paul en su vieja redacción... ¿lo recuerdas? —dijo Ana, saliendo de su ensimismamiento—, qué maravilla sería. ¿Crees que encontraríamos allí todos nuestros ayeres, Diana? ¿Todas nuestras viejas primaveras y nuestras flores? ¿Las praderas de flores que Paul vio allí son las rosas que han florecido para nosotras en el pasado?

—¡Para! —dijo Diana—. Me haces sentir como si fuéramos viejas con todo lo de la vida ya a nuestra espalda.

—Creo que casi me he sentido así desde que supe lo de la pobre Ruby —dijo Ana—. Si es verdad que se muere, cualquier otra cosa triste podría ser

verdad también.

—¿No te importa parar un momento en casa de Elisha Wright? —preguntó Diana—. Mamá me pidió que dejara este tarrito de jalea para la tía Atossa.

—¿Quién es la tía Atossa?

—¿No has oído hablar de ella? Es la señora Samson Coates, de Spencervale: la tía de la señora Elisha Wright. También es tía de papá. Su marido murió el invierno pasado y la dejó muy pobre y sola, así que los Wright la acogieron. Mamá pensó que deberíamos ser nosotras, pero papá se negó en redondo. Vivir con la tía Atossa, de ningún modo.

—¿Es tan terrible? —preguntó Ana distraída.

—Probablemente lo verás por ti misma antes de que podamos marcharnos —dijo Diana con intención—. Papá dice que tiene cara de hacha, que corta el aire. Pero la lengua la tiene todavía más afilada.

Pese a lo tarde que era, la tía Atossa estaba cortando trozos de patata para la siembra en la cocina de los Wright. Llevaba una bata vieja y descolorida, y el pelo gris decididamente desaliñado. A la tía Atossa no le gustaba que la «pillaran en desorden», así que hacía todo lo posible por mostrarse desagradable.

—¿Con que tú eres Ana Shirley? —dijo cuando Diana presentó a Ana—. He oído hablar de ti. —Su tono daba a entender que no había oído nada bueno—. La señora Andrews me decía que habías vuelto. Decía que habías mejorado mucho.

Sin duda alguna la tía Atossa creía que había mucho margen para seguir mejorando. No dejó de cortar los trozos con gran energía.

—¿Vale la pena pedirnos que os sentéis? —preguntó con sarcasmo—. Claro que no hay nada muy entretenido aquí para vosotras. Los demás están todos fuera.

—Mamá te manda este tarrito de jalea de ruibarbo —dijo Diana con amabilidad—. Lo ha hecho hoy y pensó que te gustaría.

—Oh, gracias —dijo la tía Atossa agriamente—. La jalea de tu madre nunca me ha gustado mucho: siempre la hace demasiado dulce. Aun así,

trataré de tragarme algo. Esta primavera tengo el apetito muy pobre. Estoy lejos de encontrarme bien —continuó la tía Atossa con solemnidad—, pero aun así sigo trabajando. A los que no trabajan, aquí nadie los quiere. ¿Os molestaría demasiado dejar la jalea en la despensa? Tengo prisa por acabar con estas patatas esta noche. Supongo que vosotras, las señoras, nunca hacéis nada parecido. Os daría miedo estropearos las manos.

—Yo troceaba patatas para la siembra antes de que arrendáramos la granja —sonrió Ana.

—Yo aún lo hago —rió Diana—. La semana pasada lo hice tres días seguidos. Claro —añadió en tono burlón—, luego me frotaba las manos con zumo de limón y me ponía guantes de cabritilla.

La tía Atossa resopló.

—Supongo que esa idea la habrás sacado de alguna de esas revistas tan tontas que lees. Me sorprende que tu madre te lo permita. Pero siempre te ha mimado. Todos pensábamos cuando George se casó con ella que no iba a ser la esposa adecuada para él.

La tía Atossa suspiró profundamente, como si todos los malos presagios sobre la boda de George Barry se hubieran cumplido con creces y con sombría exactitud.

—¿Ya os marcháis? —preguntó cuando las chicas se levantaron—. Supongo que no encontráis gran entretenimiento hablando con una vieja como yo. Es una lástima que los chicos no estén en casa.

—Queremos pasar un momento a ver a Ruby Gillis —explicó Diana.

—Oh, cualquier cosa sirve de pretexto, por supuesto —dijo la tía Atossa con amabilidad—. Entrar y salir a toda prisa sin tiempo de saludar como Dios manda. Son los aires de universidad, supongo. Más os valdría manteneros alejadas de Ruby Gillis. Los médicos dicen que la tisis es contagiosa. Siempre supe que Ruby acabaría cogiendo algo, yéndose de visita a Boston el otoño pasado. Los que no están contentos con quedarse en casa siempre acaban cogiendo algo.

—Los que no van de visita también se ponen enfermos. A veces hasta se mueren —dijo Diana con solemnidad.

—Esos, al menos, no tienen que reprochárselo a sí mismos —replicó la tía Atossa triunfante—. Tengo entendido que te casas en junio, Diana.

—No hay nada de verdad en ese rumor —dijo Diana, sonrojándose.

—Bueno, no lo dejes para demasiado tarde —dijo la tía Atossa con intención—. Te marchitarás pronto: eres toda tez y pelo. Y los Wright son terriblemente veleidosos. Debería llevar sombrero, señorita Shirley. Le están saliendo pecas en la nariz que da miedo. ¡Menudo pelazo rojo tiene! En fin, supongo que somos como Dios nos hizo. Dele mis respetos a Marilla Cuthbert. Desde que vine a Avonlea no ha venido a verme ni una vez, pero supongo que no debo quejarme. Los Cuthbert siempre se creyeron un poco por encima de todos los demás por estos lares.

—¡Oh, qué espantosa! —exclamó Diana, cuando escaparon al camino—. Es peor que la señorita Eliza Andrews —dijo Ana—. Aunque piensa en vivir toda la vida con un nombre como Atossa. ¡Eso agria a casi cualquiera! Debería haber intentado imaginarse que se llamaba Cordelia. Le habría ayudado mucho. A mí me ayudó bastante en los tiempos en que no me gustaba llamarme Ana.

—Josie Pye va a ser igualita cuando sea mayor —dijo Diana—. La madre de Josie y la tía Atossa son primas, ya sabes. Oh, qué alivio que eso haya terminado. Es tan maliciosa: parece que echa a perder el sabor de todo. Papá cuenta una historia muy graciosa de ella. En cierta ocasión había en Spencervale un pastor que era un hombre muy bueno y muy espiritual, pero muy sordo. No oía ninguna conversación ordinaria en absoluto. Pues bien, tenían reuniones de oración los domingos por la tarde, y todos los miembros de la iglesia presentes se levantaban a orar por turnos, o a decir unas palabras sobre algún versículo de la Biblia. Pero un domingo la tía Atossa se puso en pie de un salto. No oró ni predicó. En cambio, arremetió contra todos los demás de la iglesia y les dio una reprimenda espantosa, llamándoles por su nombre y contando cómo se habían comportado, y sacando a relucir todas las riñas y los escándalos de los últimos diez años. Por último concluyó diciendo que estaba hastiada de la iglesia de Spencervale, que nunca más volvería a cruzar su umbral y que esperaba que cayera sobre ella un castigo tremendo. Luego se sentó sin aliento, y el pastor, que no había oído una sola palabra de lo que había dicho, observó de inmediato con voz muy

devota: «¡Amén! ¡Que el Señor conceda la petición de nuestra querida hermana!» Habría que oírle contar la historia a papá.

—Hablando de historias, Diana —dijo Ana en tono significativo y confidencial—, ¿sabes que últimamente me he estado preguntando si yo podría escribir un cuento? Un cuento lo bastante bueno como para publicarse.

—Pues claro que podrías —dijo Diana, una vez que hubo asimilado la asombrosa sugerencia—. Hace años escribías historias de lo más emocionantes en nuestro viejo Club de Historias.

—Bueno, no me refiero exactamente a ese tipo de historias —sonrió Ana—. Últimamente he pensado algo en ello, pero casi me da miedo intentarlo, porque si fracasara sería demasiado humillante.

—Oí decirle a Priscilla una vez que todos los primeros cuentos de la señora Morgan fueron rechazados. Pero estoy segura de que los tuyos no lo serían, Ana, porque es probable que los editores tengan más cabeza hoy en día.

—Margaret Burton, una de las chicas de tercero en Redmond, escribió un cuento el invierno pasado que se publicó en *La Mujer Canadiense*. Creo de verdad que yo podría escribir uno al menos igual de bueno.

—¿Y lo publicarás en *La Mujer Canadiense*?

—Podría intentar primero una de las revistas más importantes. Todo depende de qué tipo de cuento escriba.

—¿De qué va a tratar?

—Aún no lo sé. Necesito encontrar una buena trama. Creo que eso es importantísimo desde el punto de vista del editor. Lo único que tengo decidido es el nombre de la heroína. Se llamará Averil Lester. Bastante bonito, ¿no te parece? No se lo cuentes a nadie, Diana. Solo te lo he dicho a ti y al señor Harrison. Él no fue muy alentador: dijo que ya se escribía demasiada basura hoy en día, y que había esperado algo mejor de mí después de un año en la universidad.

—¿Qué sabe el señor Harrison de eso? —preguntó Diana con desdén.

Encontraron la casa de los Gillis animada de luces y visitas. Leonard Kimball, de Spencervale, y Morgan Bell, de Carmody, se fulminaban mutu-

amente con la mirada a través del salón. Varias chicas alegres se habían pasado a saludar. Ruby estaba vestida de blanco y sus ojos y mejillas ardían con un brillo encendido. Reía y parloteaba sin cesar, y después de que se marcharan las demás chicas llevó a Ana arriba para mostrarle sus nuevos vestidos de verano.

—Tengo una seda azul por cortar, pero es un poco pesada para el verano. Creo que lo dejaré para el otoño. Ya sabes que voy a dar clases en White Sands. ¿Qué te parece mi sombrero? El que llevabas tú ayer en la iglesia era muy mono. Pero a mí me gusta algo más vivo. ¿Te has fijado en esos dos muchachos ridículos de abajo? Los dos han venido decididos a aguantar más que el otro. A mí no me importa ninguno de los dos lo más mínimo. Herb Spencer es el que me gusta. A veces de verdad pienso que él es el hombre de mi vida. En Navidad pensaba que lo era el maestro de Spencer-vale. Pero me enteré de algo sobre él que me volvió en su contra. Casi se volvió loco cuando le rechacé. Ojalá esos dos chicos no hubieran venido esta noche. Quería tener una buena charla contigo, Ana, y contarte tantas cosas. Tú y yo siempre fuimos buenas amigas, ¿verdad?

Ruby rodeó la cintura de Ana con el brazo y soltó una risita superficial. Pero por un momento sus ojos se encontraron, y detrás de todo el brillo de los de Ruby, Ana vio algo que le dolió en el corazón.

—Ven a menudo, ¿verdad que sí, Ana? —susurró Ruby—. Ven sola. Te necesito.

—¿Te encuentras bien, Ruby?

—¿Yo? Pero si estoy perfectamente. Nunca me he sentido mejor en mi vida. Claro que esa congestión del invierno pasado me dejó un poco baja. Pero mira qué color tengo. No tengo aspecto de enferma, estoy segura.

La voz de Ruby tenía casi un matiz de aspereza. Retiró el brazo de Ana, como resentida, y bajó corriendo las escaleras, donde estuvo más animada que nunca, tan absorta en sus bromas con los dos pretendientes que Diana y Ana se sintieron un poco de más y pronto se marcharon.

CAPÍTULO XII

«LA EXPIACIÓN DE AVERIL»

—¿En qué estás soñando, Ana?

Las dos chicas holgazaneaban una tarde en un hueco encantado del arroyo. Los helechos se mecían en él, la hierba era verde, y las perales silvestres colgaban en torno a ellas sus delicadas cortinas blancas y perfumadas.

Ana salió de su ensimismamiento con un suspiro de felicidad.

—Estaba pensando en mi cuento, Diana.

—¡Oh, has empezado de verdad! —exclamó Diana, encendida de vivo interés en un instante.

—Sí, solo tengo unas pocas páginas escritas, pero ya lo tengo bastante bien pensado. He tardado mucho en encontrar una trama adecuada. Ninguna de las que se me ocurrían le convenía a una chica llamada Averil.

—¿No podrías haberle cambiado el nombre?

—No, era imposible. Lo intenté, pero no podía, como tampoco podría cambiar el tuyo. Averil era tan real para mí que por más que intentara darle otro nombre, por detrás de todo seguía pensando en ella como Averil. Pero al final encontré una trama que le iba. Luego vino la emoción de elegir nombres para todos los personajes. No tienes idea de lo fascinante que es. Me he pasado horas despiertas pensando en esos nombres. El héroe se llama Perceval Dalrymple.

—¿Ya tienes nombre para todos los personajes? —preguntó Diana con melancolía—. Si no los tuvieras te iba a pedir que me dejaras poner nombre

a uno, a alguno sin importancia. Así tendría la sensación de que tengo algo que ver con el cuento.

—Puedes ponerle el nombre al mozo contratado que vivía con los Lester —concedió Ana—. No es muy importante, pero es el único que queda sin nombre.

—Llámale Raymond Fitzosborne —sugirió Diana, que guardaba en la memoria toda una reserva de nombres así, reliquias del viejo «Club de Historias» que ella, Ana, Jane Andrews y Ruby Gillis habían tenido en sus días de escuela.

Ana sacudió la cabeza con duda.

—Me temo que ese es demasiado aristocrático para un mozo de granja, Diana. No me imagino a un Fitzosborne dando de comer a los cerdos y recogiendo astillas, ¿a ti sí?

Diana no veía por qué, si uno tenía algo de imaginación, no podía estirla hasta ese punto; pero probablemente Ana sabía más, y el mozo fue bautizado finalmente Robert Ray, con el apodo de Bobby para cuando la ocasión lo requiriera.

—¿Cuánto supones que cobrarás por él? —preguntó Diana.

Pero Ana no había pensado nada en eso. Perseguía la fama, no el vil metal, y sus sueños literarios no estaban aún manchados de consideraciones mercenarias.

—Me lo dejarás leer, ¿verdad? —rogó Diana.

—Cuando esté acabado, te lo leeré a ti y al señor Harrison, y quiero que me lo critiquéis sin piedad. Nadie más lo verá hasta que esté publicado.

—¿Cómo vas a terminarlo, con final feliz o triste?

—No sé con certeza. Me gustaría que terminara de forma triste, porque así sería mucho más romántico. Pero tengo entendido que los editores tienen prejuicios contra los finales tristes. Oí decirle una vez al profesor Hamilton que nadie que no sea un genio debería intentar un final desgraciado. Y —concluyó Ana con modestia—, yo estoy muy lejos de ser un genio.

—A mí me gustan más los finales felices. Mejor deja que él se case con ella —dijo Diana, que, especialmente desde su compromiso con Fred, pens-

aba que así debía terminar toda historia.

—¿Pero si te gusta llorar con las historias?

—Oh, sí, en el medio de ellas. Pero me gusta que todo salga bien al final.

—Tengo que poner una escena patética —dijo Ana pensativa—. Podría dejar que Robert Ray se lesionara en un accidente y tener una escena de muerte.

—No, no puedes matar a Bobby —declaró Diana, riendo—. Me pertenece y quiero que viva y prospere. Si tienes que matar a alguien, mata a otro.

Durante las dos semanas siguientes Ana se retorció o se regodeó, según el estado de ánimo, en sus afanes literarios. Unas veces estaba jubilosa ante una idea brillante, otras desesperada porque algún personaje díscolo se negaba a comportarse como era debido. Diana no lo entendía.

—Oblígales a hacer lo que tú quieres —decía.

—No puedo —se lamentaba Ana—. Averil es una heroína tan ingobernables. Hace y dice cosas que yo nunca pensé que haría. Entonces eso estropea todo lo anterior y tengo que reescribirlo todo.

Por fin, sin embargo, el cuento estuvo terminado, y Ana se lo leyó a Diana en la soledad del gabinete del porche. Había conseguido su «escena patética» sin sacrificar a Robert Ray, y mantenía un ojo vigilante en Diana mientras leía. Diana estuvo a la altura y lloró como era debido; pero al llegar al final se la vio un poco decepcionada.

—¿Por qué has matado a Maurice Lennox? —preguntó con reproche.

—Era el villano —protestó Ana—. Tenía que ser castigado.

—A mí es el que más me gusta de todos —dijo la irrazonable Diana.

—Bueno, está muerto y muerto se queda —dijo Ana, un poco resentida—. Si lo hubiera dejado vivir, habría seguido persiguiendo a Averil y a Perceval.

—Sí, a no ser que lo hubieras reformado.

—Eso no habría sido romántico y, además, habría hecho el cuento demasiado largo.

—Bueno, en todo caso es un cuento perfectamente elegante, Ana, y te hará famosa, estoy segura. ¿Ya tienes título?

—Oh, lo decidí hace tiempo. Lo llamo La expiación de Averil. ¿No te parece que suena bien y tiene mucha aliteración? Ahora, Diana, dime con franqueza si ves algún defecto en mi cuento.

—Pues —titubeó Diana—, ese trozo en que Averil hace la tarta no me parece suficientemente romántico para ir a la par del resto. Es justo lo que haría cualquiera. Las heroínas no deberían cocinar, creo yo.

—Pero si ahí está el humor, ¡y es una de las mejores partes de toda la historia! —dijo Ana. Y en eso tenía toda la razón.

Diana se abstuvo prudentemente de más críticas, pero el señor Harrison fue mucho más difícil de complacer. En primer lugar, le dijo que el cuento tenía demasiada descripción.

—Quita todos esos pasajes floridos —dijo sin contemplaciones.

Ana tuvo la incómoda convicción de que el señor Harrison tenía razón, y se obligó a eliminar la mayoría de sus amadas descripciones, aunque le llevó tres revisiones dejar el cuento suficientemente podado para satisfacer al exigente señor Harrison.

—He quitado todas las descripciones menos el atardecer —dijo al fin—. Ese sencillamente no podía dejarlo caer. Era el mejor de todos.

—No tiene nada que ver con el cuento —dijo el señor Harrison—. Y no deberías haber ambientado la historia entre gente rica de ciudad. ¿Qué sabes tú de ellos? ¿Por qué no la situaste aquí mismo en Avonlea, cambiando el nombre, claro, o si no la señora Rachel Lynde probablemente pensaría que ella es la heroína?

—Oh, eso no habría servido de ninguna manera —protestó Ana—. Avonlea es el lugar más querido del mundo, pero no es del todo romántico como escenario de un cuento.

—Me imagino que en Avonlea ha habido muchos romances, y muchas tragedias también —dijo el señor Harrison con sequedad—. Pero tus personajes no son como la gente real de ningún sitio. Hablan demasiado y usan un lenguaje demasiado altisonante. Hay un sitio en que ese tal Dalrymple

habla él solo durante dos páginas sin dejar a la chica meter baza. Si lo hubiera hecho en la vida real, ella le habría mandado a paseo.

—No lo creo —dijo Ana de plano. En su fuero interno pensaba que las cosas tan hermosas y poéticas que se decían a Averil conquistarían el corazón de cualquier chica por completo. Además, era horrible oír hablar de Averil, la imponente, la regia Averil, de «mandar a paseo» a nadie. Averil «rechazaba a sus pretendientes».

—De todas formas —reanudó el implacable señor Harrison—, no veo por qué no la obtuvo Maurice Lennox. Era el doble de hombre que el otro. Hacía cosas malas, pero las hacía. Perceval no tenía tiempo para nada más que para suspirar.

«Suspirar.» Eso era todavía peor que «mandar a paseo».

—Maurice Lennox era el villano —dijo Ana indignada—. No entiendo por qué todo el mundo le prefiere a Perceval.

—Perceval es demasiado bueno. Desespera. La próxima vez que escribas sobre un héroe, ponle un poco de naturaleza humana.

—Averil no podía casarse con Maurice. Era malo.

—Ella le habría reformado. A un hombre se le puede reformar; a una medusa no, claro está. Tu cuento no está mal; tiene interés, lo reconozco. Pero eres demasiado joven para escribir un cuento que valga algo. Espera diez años.

Ana tomó la decisión de que la próxima vez que escribiera un cuento no se lo pediría a nadie para que lo criticara. Era demasiado desalentador. No le leyó el cuento a Gilbert, aunque le habló de él.

—Si tiene éxito lo verás cuando esté publicado, Gilbert; si fracasa, nadie lo verá jamás.

Marilla no sabía nada del proyecto. En la imaginación, Ana se veía leyéndole un cuento de una revista a Marilla, tendiéndole una trampa de elogios —pues en la imaginación todo es posible— y luego anunciándose triunfalmente como la autora.

Un día Ana llevó al correo un sobre largo y voluminoso, dirigido, con la deliciosa confianza de la juventud y la inexperiencia, a la más grande y

grande de las revistas «grandes». Diana estaba tan emocionada como ella misma.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarán en contestarte?

—No debería ser más de dos semanas. ¡Oh, qué feliz y orgullosa estaré si lo aceptan!

—Por supuesto que lo aceptarán, y probablemente te pedirán que les mandes más. Puede que llegues a ser tan famosa como la señora Morgan algún día, Ana, y entonces qué orgullosa estaré de conocerte —dijo Diana, que poseía, al menos, el señalado mérito de una admiración desinteresada por los dones y las gracias de sus amigas.

Siguió una semana de ensueño delicioso; luego llegó el amargo despertar. Una tarde Diana encontró a Ana en el gabinete del porche con los ojos sospechosamente rojos. Sobre la mesa yacían un sobre largo y un manuscrito arrugado.

—Ana, ¿es que te han devuelto el cuento? —exclamó Diana, incrédula.

—Sí —dijo Ana brevemente.

—Pues ese editor debe de estar loco. ¿Qué razón dio?

—Ninguna. Hay solo una hoja impresa que dice que no ha sido considerado apto para la publicación.

—Nunca he tenido gran opinión de esa revista —dijo Diana acaloradamente—. Los cuentos que publica no son ni la mitad de interesantes que los de La Mujer Canadiense, aunque cueste mucho más. Supongo que el editor está lleno de prejuicios contra quien no sea yanqui. No te desanimes, Ana. Recuerda cómo se devolvían los cuentos de la señora Morgan. Manda el tuyo a La Mujer Canadiense.

—Creo que lo haré —dijo Ana, recobrando el ánimo—. Y si lo publican le mandaré al editor americano un ejemplar señalado. Pero quitaré el atardecer. Creo que el señor Harrison tenía razón.

Fuera el atardecer; pero a pesar de esta heroica mutilación, el editor de La Mujer Canadiense devolvió La expiación de Averil tan prestamente que la indignada Diana declaró que no podía haberlo leído en absoluto, y juró que iba a cancelar su suscripción de inmediato. Ana tomó este segundo rec-

hazo con la serenidad de la desesperación. Guardó el cuento bajo llave en el baúl del desván, donde reposaban los viejos cuentos del Club de Historias; pero primero cedió a los ruegos de Diana y le dio una copia.

—Este es el fin de mis ambiciones literarias —dijo amargamente.

No mencionó el asunto al señor Harrison; pero una tarde él le preguntó directamente si el cuento había sido aceptado.

—No, el editor no lo quiso —respondió brevemente.

El señor Harrison la miró de reojo, el perfil sonrojado y delicado.

—Supongo que seguirás escribiendo —dijo alentadoramente.

—No, no voy a intentar escribir otro cuento jamás —declaró Ana, con la rotunda desesperanza de los diecinueve años cuando le cierran una puerta en la cara.

—Yo no lo dejaría del todo —dijo el señor Harrison pensativo—. De vez en cuando escribiría un cuento, pero no molestaría a los editores con él. Escribiría sobre gente y lugares como los que conozco, y haría hablar a mis personajes en un castellano de cada día; y dejaría que el sol saliera y se pusiera de manera tranquila y corriente, sin hacer gran alboroto del hecho. Si tuviera que tener villanos a toda costa, les daría una oportunidad, Ana: les daría una oportunidad. Supongo que en el mundo hay hombres terriblemente malos, pero habría que ir muy lejos para encontrarlos, aunque la señora Lynde cree que todos lo somos. La mayoría tenemos alguna pizca de decencia en algún rincón. Sigue escribiendo, Ana.

—No. Fue una gran tontería intentarlo. Cuando acabe Redmond, me quedaré en la enseñanza. Sé enseñar. No sé escribir cuentos.

—Ya será hora de que te busques marido cuando acabes Redmond —dijo el señor Harrison—. No creo en postponer el matrimonio demasiado, como hice yo.

Ana se levantó y se fue a casa. Había momentos en que el señor Harrison era realmente insoportable. «Mandar a paseo», «suspirar» y «buscar marido». ¡Ay!

CAPÍTULO XIII

EL CAMINO DE LOS TRANSGRESORES

Davy y Dora estaban listos para la Escuela Dominical. Iban solos, cosa que no ocurría a menudo, pues la señora Lynde asistía siempre a la Escuela Dominical. Pero la señora Lynde se había torcido el tobillo y estaba coja, así que aquella mañana se quedaba en casa. Los gemelos debían representar también a la familia en la iglesia, pues Ana se había ido la víspera a pasar el domingo con unos amigos en Carmody, y Marilla tenía uno de sus dolores de cabeza.

Davy bajó lentamente la escalera. Dora le esperaba en el recibidor, donde la señora Lynde la había dejado lista. Davy había atendido él mismo sus propios preparativos. Llevaba en el bolsillo un céntimo para la colecta de la Escuela Dominical y una moneda de cinco para la de la iglesia; sostenía en una mano la Biblia y en la otra el libro de textos de la Escuela Dominical; sabía la lección, el Texto Dorado y la pregunta del catecismo a la perfección. ¿Acaso no los había estudiado —a la fuerza— en la cocina de la señora Lynde toda la tarde del domingo anterior? Davy, pues, debería haber estado de ánimo apacible. En realidad, texto y catecismo no obstante, por dentro rugía como lobo hambriento.

La señora Lynde salió cojeando de su cocina cuando él se reunió con Dora.

—¿Estás limpio? —preguntó severamente.

—Sí, todo lo que se ve —respondió Davy con un ceño desafiante.

La señora Rachel suspiró. Tenía sus sospechas sobre el cuello y las orejas de Davy. Pero sabía que si intentaba hacer una inspección personal, Davy probablemente echaría a correr, y hoy no podía perseguirle.

—Bueno, aseguraos de comportaros —les advirtió—. No andéis por el polvo. No os paréis en el porche a hablar con los otros niños. No os retorzáis ni os mováis en el banco. No os olvidéis del Texto Dorado. No perdáis la colecta ni os olvidéis de echarla. No cuchicheéis durante la oración, y no os olvidéis de prestar atención al sermón.

Davy no se dignó responder. Echó a andar por el camino seguido de la dócil Dora. Pero por dentro le hervía la sangre. Davy había sufrido, o creía haber sufrido, muchas cosas a manos y boca de la señora Rachel Lynde desde que se había venido a vivir a Tejas Verdes, porque la señora Lynde no podía vivir con nadie, tuviera nueve o noventa años, sin intentar educarle como es debido. Y solo la tarde anterior había intervenido para convencer a Marilla de que no dejara a Davy ir a pescar con los Timothy Cotton. Davy seguía hirviendo de rabia por eso.

En cuanto salió al camino, Davy se detuvo y torció el rostro en una contorsión tan fantástica y terrorífica que Dora, aunque conocía sus dotes en ese sentido, tuvo el miedo honrado de que nunca en el mundo pudiera volver a ponerla derecha.

—Maldita sea —estalló Davy.

—Oh, Davy, no jures —exclamó Dora horrorizada.

—«Maldita» no es jurar, no es jurar de verdad. Y me da igual si lo es —replicó Davy imprudentemente.

—Bueno, si tienes que decir palabras horribles, al menos no las digas en domingo —suplicó Dora.

Davy estaba lejos del arrepentimiento, pero en su fuero interno sentía que quizá había ido un poco demasiado lejos.

—Voy a inventarme una palabrota propia —declaró.

—Dios te castigará si lo haces —dijo Dora con solemnidad.

—Entonces creo que Dios es un viejo sinvergüenza —replicó Davy—. ¿Es que no sabe que uno necesita alguna manera de expresar sus sentimientos?

—¡Davy! —dijo Dora. Esperaba que Davy cayera muerto en el acto. Pero no pasó nada.

—De todos modos, no voy a aguantar más el mando de la señora Lynde —esputó Davy—. Ana y Marilla tienen derecho a mandarme, pero ella no. Voy a hacer todas y cada una de las cosas que me ha dicho que no haga. Ya verás.

Con sombría y deliberada calma, mientras Dora le miraba con la fascinación del horror, Davy se salió de la hierba verde del arcén y se adentró en el fino polvo que cuatro semanas sin lluvia habían dejado en el camino, y marchó por él arrastrando los pies con rabia hasta que quedó envuelto en una nube difusa.

—Eso es el comienzo —anunció triunfalmente—. Y voy a pararme en el porche a hablar todo el tiempo que haya alguien con quien hablar. Voy a retorcerme y moverme y cuchichear, y voy a decir que no me sé el Texto Dorado. Y ahora mismo voy a tirar las dos colectas.

Y Davy lanzó el céntimo y la moneda de cinco por encima de la valla del señor Barry con feroz deleite.

—Satanás te ha hecho hacer eso —dijo Dora con reproche.

—No ha sido él —exclamó Davy con indignación—. Me lo he pensado yo solo. Y se me ha ocurrido otra cosa. No voy a ir a la Escuela Dominical ni a la iglesia. Voy a subir a jugar con los Cotton. Me dijeron ayer que hoy no iban, porque su madre está fuera y no hay nadie que les obligue. Ven, Dora; lo pasaremos en grande.

—Yo no quiero ir —protestó Dora.

—Tienes que venir —dijo Davy—. Si no vienes, le contaré a Marilla que Frank Bell te besó en la escuela el lunes pasado.

—No pude evitarlo. No sabía que lo iba a hacer —exclamó Dora, sonrojándose como la grana.

—Pero no le diste una bofetada ni pareciste nada enfadada —replicó Davy—. Eso también se lo diré si no vienes. Iremos por el atajo a través de ese campo.

—Esas vacas me dan miedo —protestó la pobre Dora, viendo una posibilidad de escapatoria.

—Qué idea eso de que te den miedo esas vacas —se burló Davy—. Si son las dos más jóvenes que tú.

—Son más grandes —dijo Dora.

—No te van a hacer nada. Venga, vamos. Esto es estupendo. Cuando sea mayor no voy a molestarme en ir a la iglesia. Creo que puedo llegar al cielo yo solo.

—Irás al otro sitio si quebrantas el día del Señor —dijo la infeliz Dora, siguiéndole muy a su pesar.

Pero Davy no tenía miedo... todavía. El infierno quedaba muy lejos, y las delicias de una excursión de pesca con los Cotton eran muy cercanas. Ojalá Dora tuviera más agallas. No paraba de mirar atrás como si fuera a echarse a llorar de un momento a otro, y eso le arruinaba a uno la diversión. Las niñas, malditas fueran. Davy no dijo «maldita» esta vez, ni siquiera en su pensamiento. No se arrepentía todavía de haberlo dicho una vez, pero quizá lo prudente era no tentar demasiado a los Poderes Desconocidos en un solo día.

Los pequeños Cotton jugaban en su patio trasero y saludaron la aparición de Davy con gritos de alegría. Pete, Tommy, Adolfo y Mirabel Cotton estaban solos. Su madre y sus hermanas mayores estaban fuera. Dora se alegró al menos de que Mirabel estuviera. Había tenido miedo de quedarse sola en una pandilla de chicos. Mirabel era casi tan mala como un chico: tan ruidosa, morena y temeraria. Pero al menos llevaba faldas.

—Hemos venido a pescar —anunció Davy.

—¡Hurra! —vociferaron los Cotton. Salieron corriendo a buscar gusanos al instante, con Mirabel a la cabeza, bote de hojalata en mano. Dora podría haberse sentado a llorar. Oh, si solo ese odioso Frank Bell no la hubiera besado. Entonces podría haberle desafiado a Davy y haberse ido a su adorada Escuela Dominical.

No podían ir a pescar al estanque, claro, donde los verían los que fueran a la iglesia. Tenían que conformarse con el arroyo del bosque detrás de la casa de los Cotton. Pero estaba lleno de truchas, y pasaron una mañana gloriosa: al menos los Cotton sí, y Davy también lo parecía. No del todo falto de prudencia, había prescindido de las botas y los calcetines y tomado prestados los pantalones de Tommy Cotton. Así pertrechado, pantanos, cié-

nagas y maleza no le infundían ningún temor. Dora era franca y manifiestamente desgraciada. Siguió a los demás en sus peregrinaciones de poza en poza, apretando la Biblia y el libro de textos y pensando con amargura en la querida clase donde en ese mismo momento debería estar sentada, ante una maestra que adoraba. En cambio, aquí estaba, vagando por el bosque con esos Cotton medio salvajes, intentando mantener limpias sus botitas y su bonito vestido blanco libre de rotos y manchas. Mirabel le había ofrecido prestarse un delantal, pero Dora lo había rechazado con desdén.

Las truchas picaban como siempre pican los domingos. En una hora, los transgresores tenían todos los peces que querían, así que volvieron a la casa, con gran alivio de Dora. Ella se quedó muy tiesa sentada en un cesto del gallinero que había en el patio mientras los demás jugaban un tumultuoso juego al pilla-pilla; luego todos subieron al tejado de la pocilga y grabaron sus iniciales en el caballete. El gallinero de tejado plano, con una pila de paja debajo, le dio a Davy otra inspiración. Pasaron una espléndida media hora subiéndose a ese tejado y tirándose de cabeza a la paja entre alaridos y gritos.

Pero incluso los placeres ilícitos tienen que tener fin. Cuando el rumor de ruedas sobre el puente del estanque anunció que la gente volvía a casa de la iglesia, Davy supo que debían marcharse. Se quitó los pantalones de Tommy, se volvió a poner los suyos y se alejó de su sarta de truchas con un suspiro. Inútil pensar en llevárselas a casa.

—¿A que lo hemos pasado en grande? —preguntó desafiante mientras bajaban por el campo de la colina.

—Yo no —dijo Dora rotundamente—. Y tú tampoco de verdad —añadió, con un destello de intuición que no era de esperar en ella—. No creo que lo hayas pasado tampoco tú.

—Sí que lo he pasado —exclamó Davy, pero con la voz de quien protesta demasiado—. No es extraño que tú no: sentada ahí como una... como un tronco.

—Yo no me voy a «juntar» con los Cotton —dijo Dora con altivez.

—Los Cotton son buena gente —replicó Davy—. Y lo pasan mucho mejor que nosotros. Hacen exactamente lo que les da la gana y dicen lo que

les apetece delante de todo el mundo. Yo también voy a hacer eso de ahora en adelante.

—Hay muchas cosas que no te atreverías a decir delante de todo el mundo —afirmó Dora.

—No, no las hay.

—Sí las hay. ¿Dirías tú —preguntó Dora gravemente—, dirías «gato macho» delante del pastor?

Esto era un golpe bajo. Davy no estaba preparado para un ejemplo tan concreto de la libertad de expresión. Pero con Dora no era necesario ser consecuente.

—Por supuesto que no —admitió de mal humor—. «Gato macho» no es una palabra santa. Ni nombraría a tal animal delante de un pastor.

—¿Pero si tuvieras que hacerlo? —insistió Dora.

—Lo llamaría gato Tomás —dijo Davy.

—Creo que «gato caballero» sería más correcto —reflexionó Dora.

—¡Tú pensando! —replicó Davy con un desdén aplastante.

Davy no estaba cómodo, aunque hubiera muerto antes de admitírselo a Dora. Ahora que la exhilaración de los placeres de novillos se había disipado, su conciencia empezaba a darle saludables pellizcos. Después de todo, quizá habría sido mejor ir a la Escuela Dominical y a la iglesia. La señora Lynde podría ser mandona; pero en el armario de su cocina siempre había una caja de galletas y no era tacaña. En ese inoportuno momento Davy recordó que cuando la semana anterior se había roto los pantalones nuevos del colegio, la señora Lynde los había zurcido primorosamente y no había dicho ni una palabra a Marilla.

Pero la copa de iniquidad de Davy aún no estaba llena. Iba a descubrir que un pecado exige otro para encubrirle. Ese día comieron con la señora Lynde, y lo primero que ella le preguntó a Davy fue:

—¿Estaban todos en la Escuela Dominical hoy?

—Sí, señora —dijo Davy tragando saliva—. Todos estaban... menos uno.

—¿Dijiste el Texto Dorado y el catecismo?

—Sí, señora.

—¿Echaste la colecta?

—Sí, señora.

—¿Estaba la señora Malcolm MacPherson en la iglesia?

—No lo sé. —Esto al menos era verdad, pensó el desdichado Davy.

—¿Anunciaron la Hermandad de Señoras para la semana que viene?

—Sí, señora —respondió Davy, tembloroso.

—¿Y la reunión de oración?

—Yo... no sé.

—Deberías saberlo. Deberías prestar más atención a los anuncios. ¿Cuál fue el texto del señor Harvey?

Davy dio un frenético trago de agua y se lo tragó junto con la última protesta de su conciencia. Recitó alegremente un viejo Texto Dorado aprendido varias semanas atrás. Por suerte la señora Lynde dejó de interrogarle entonces; pero Davy no disfrutó de la comida.

Solo pudo comer una ración de pudín.

—¿Qué te pasa? —preguntó la señora Lynde, justamente asombrada—. ¿Estás enfermo?

—No —murmuró Davy.

—Tienes mala cara. Esta tarde quédate a la sombra —aconsejó la señora Lynde.

—¿Sabes cuántas mentiras le has dicho a la señora Lynde? —preguntó Dora con reproche en cuanto se quedaron solos después de comer.

Davy, empujado a la desesperación, se volvió ferozmente.

—No lo sé y me da igual —dijo—. Cállate ya, Dora Keith.

Y el pobre Davy se retiró a un escondrijo retirado detrás de la leñera para reflexionar sobre el camino de los transgresores.

Tejas Verdes estaba envuelto en oscuridad y silencio cuando Ana llegó a casa. No tardó en irse a la cama, pues estaba muy cansada y soñolienta. La

semana anterior había habido varias fiestas en Avonlea que habían significado quedarse bastante tarde. La cabeza de Ana apenas tocó la almohada cuando ya estaba medio dormida; pero en ese momento su puerta se abrió suavemente y una voz suplicante dijo: «Ana».

Ana se incorporó adormilada.

—¿Eres tú, Davy? ¿Qué pasa?

Una figura en camisón se lanzó a través del suelo y se subió a la cama.

—Ana —sollozó Davy, rodeándole el cuello con los brazos—. Qué contento estoy de que hayas vuelto. No podía dormirte sin contárselo a alguien.

—¿Contarle qué a alguien?

—Lo desgraciado que soy.

—¿Por qué eres desgraciado, cariño?

—Porque hoy he sido muy malo, Ana. Oh, he sido muy muy malo, más malo de lo que he sido nunca.

—¿Qué has hecho?

—Oh, tengo miedo de decírtelo. No me querrás más, Ana. Esta noche no podía rezar. No podía decirle a Dios lo que había hecho. Me daba vergüenza que lo supiera.

—Pero Él lo sabe de todos modos, Davy.

—Eso dijo Dora. Pero yo pensé que quizá no se habría fijado en ese momento. De todas formas, prefería contártelo a ti primero.

—¿Qué es lo que has hecho?

Todo salió de golpe.

—Me escapé de la Escuela Dominical, y fui a pescar con los Cotton, y le dije un montón de trolas a la señora Lynde, ¡casi media docena!, y... y... dije una palabrota, Ana, casi una palabrota, al menos, y llamé a Dios cosas feas.

Hubo silencio. Davy no sabía qué pensar. ¿Estaba Ana tan horrorizada que nunca más le iba a hablar?

—Ana, ¿qué me vas a hacer? —susurró.

—Nada, cariño. Creo que ya te han castigado.

—No. Nadie me ha hecho nada.

—Has sido muy desgraciado desde que hiciste mal, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! —dijo Davy con énfasis.

—Ese era tu conciencia castigándote, Davy.

—¿Qué es mi conciencia? Quiero saberlo.

—Es algo que hay en ti, Davy, que siempre te dice cuándo estás haciendo mal y te hace desdichado si persistes en hacerlo. ¿No lo habías notado?

—Sí, pero no sabía qué era. Ojalá no la tuviera. Me divertiría mucho más. ¿Dónde está mi conciencia, Ana? Quiero saberlo. ¿Está en el estómago?

—No, está en tu alma —respondió Ana, agradecida por la oscuridad, ya que había que mantener la seriedad en los asuntos serios.

—Entonces no puedo librarme de ella, supongo —dijo Davy con un suspiro—. ¿Se lo vas a decir a Marilla y a la señora Lynde, Ana?

—No, cariño, no se lo voy a decir a nadie. Estás arrepentido de haber sido malo, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—Y nunca más serás malo de esa manera.

—No, pero... —añadió Davy con cautela— quizá sea malo de otra manera.

—¿No dirás palabrotas, ni escaparás los domingos, ni dirás mentiras para encubrir tus pecados?

—No. No merece la pena —dijo Davy.

—Bueno, Davy, cuéntaselo a Dios y pídele perdón.

—¿Me has perdonado tú, Ana?

—Sí, cariño.

—Entonces —dijo Davy con alegría—, me importa poco que Dios lo haga o no.

—¡Davy!

—Oh, se lo voy a pedir, se lo voy a pedir —dijo Davy rápidamente, escabulléndose de la cama, convencido por el tono de Ana de que había dicho algo terrible—. No me importa pedírselo, Ana. Por favor, Dios mío, lo siento muchísimo haberme portado mal hoy y voy a procurar ser siempre bueno los domingos y por favor perdóname. Ahí está, Ana.

—Bueno, ahora vete a la cama como un niño bueno.

—Muy bien. Oye, ya no me siento desgraciado. Me siento estupendo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Ana se recostó en las almohadas con un suspiro de alivio. Oh, qué sueño tenía. En otro segundo...

—¡Ana! —Davy había vuelto a estar junto a su cama. Ana abrió los ojos a duras penas.

—¿Qué es ahora, cariño? —preguntó, intentando que no se notara un toque de impaciencia en su voz.

—Ana, ¿te has fijado alguna vez en cómo escupe el señor Harrison? ¿Crees que, si practico mucho, podré aprender a escupir como él?

Ana se incorporó.

—¡Davy Keith! —dijo—. ¡A la cama ahora mismo, y que no te vea levantado otra vez esta noche! ¡Ahora!

Davy fue, y no se entretuvo en el camino.

CAPÍTULO XIV

LA LLAMADA

Ana estaba sentada con Ruby Gillis en el jardín de los Gillis al caer la tarde, después de que el día se hubiera arrastrado perezosamente por él y se hubiera ido. Había sido una tarde de verano cálida y neblinosa. El mundo estaba en un esplendor de florecimiento. Los valles tranquilos estaban llenos de brumas. Los senderos del bosque estaban adornados de sombras y los campos del morado de los ásteres.

Ana había renunciado a un paseo en coche con luz de luna hasta la playa de White Sands para pasar la tarde con Ruby. Muchas tardes había pasado así aquel verano, aunque muchas veces se preguntaba para qué servía, y a veces volvía a casa decidida a no ir más.

Ruby se iba poniendo más pálida según avanzaba el verano; se abandonó la idea de la escuela de White Sands —«su padre pensaba que era mejor que no enseñara hasta Año Nuevo»—, y la labor de punto que tanto le gustaba se caía cada vez con más frecuencia de unas manos demasiado fatigadas para sostenerla. Pero siempre estaba alegre, siempre esperanzada, siempre charloteando y cuchicheando sobre sus pretendientes, sus rivalidades y sus desdenes. Era esto lo que hacía tan penosas las visitas de Ana. Lo que antes había sido tonto o divertido era ahora lúgubre: la muerte asomando a través de una voluntariosa máscara de vida. Y sin embargo Ruby parecía aferrarse a ella, y no la dejaba marcharse sin que prometiera volver pronto. La señora Lynde refunfuñaba por las frecuentes visitas de Ana y declaraba que iba a coger la tisis; incluso Marilla tenía sus dudas.

—Cada vez que vas a ver a Ruby vuelves a casa con cara de agotada —le decía.

—Es todo tan triste y tan terrible —dijo Ana en voz baja—. Ruby no parece darse cuenta de su estado en absoluto. Y sin embargo siento de algún modo que necesita ayuda, que la anhela, y que quiero dársela y no puedo. Todo el tiempo que estoy con ella siento como si la estuviera viendo luchar con un enemigo invisible, tratando de rechazarle con tan poca resistencia como tiene. Por eso vuelvo a casa cansada.

Pero aquella noche Ana no sentía esto tan vivamente. Ruby estaba extrañamente callada. No decía una sola palabra de fiestas, paseos, vestidos ni «chicos». Estaba tumbada en la hamaca, con su labor intacta a su lado y un chal blanco envuelto en torno a los delgados hombros. Sus largas trenzas rubias — ¡cuánto había envidiado Ana esas hermosas trenzas en los viejos tiempos de escuela! — caían a un lado y al otro. Se había quitado los pasadores, que le daban dolor de cabeza, decía. El rojo febril había desaparecido por el momento, dejándola pálida y con aspecto de niña.

La luna salió en el cielo plateado, aperlando las nubes que la rodeaban. Abajo, el estanque relucía en su resplandor nebuloso. Justo más allá de la granja de los Gillis estaba la iglesia, con el viejo cementerio junto a ella. La luz de la luna brillaba sobre las lápidas blancas, perfilándolas con nítida claridad sobre los oscuros árboles de detrás.

— ¡Qué extraño parece el cementerio a la luz de la luna! — dijo Ruby de pronto —. ¡Qué fantasmal! — se estremeció —. Ana, no faltará mucho para que esté allí tendida. Tú y Diana y todas las demás seguiréis yendo por ahí, llenas de vida, y yo estaré allí, en el viejo cementerio... ¡muerta!

La sorpresa la dejó desconcertada a Ana. Durante unos momentos no pudo hablar.

— Lo sabes, ¿verdad? — dijo Ruby con insistencia.

— Sí, lo sé — respondió Ana en voz baja —. Ruby querida, lo sé.

— Todo el mundo lo sabe — dijo Ruby amargamente —. Yo también lo sé; lo sé desde todo el verano, aunque no quería admitirlo. Y, oh, Ana — alargó la mano y cogió la de Ana con impulso suplicante —, no quiero morir. Tengo miedo de morir.

— ¿Por qué deberías tener miedo, Ruby? — preguntó Ana tranquilamente.

— Porque... porque... oh, no es que tenga miedo de no ir al cielo, Ana. Soy miembro de la iglesia. Pero... todo será tan diferente. Pienso y pienso, y me entra tanto miedo, y tanta... tanta añoranza de lo conocido. El cielo debe de ser muy hermoso, claro, la Biblia lo dice; pero, Ana, no será lo que he conocido siempre.

Por la mente de Ana pasó el recuerdo importuno de una historia graciosa que había oído contar a Philippa Gordon: la historia de cierto anciano que

había dicho algo muy parecido sobre el mundo venidero. Entonces había parecido divertida; recordaba cómo ella y Priscilla se habían reído. Pero no tenía el menor matiz de humor ahora, saliendo de los labios pálidos y temblorosos de Ruby. Era triste, trágico... y verdadero. El cielo no podría ser lo que Ruby había conocido siempre. No había habido nada en su vida alegre y frívola, en sus ideales y aspiraciones superficiales, que la preparara para ese gran cambio, o que hiciera que la vida venidera le pareciera algo más que ajeno, irreal e indeseable. Ana se preguntó con desamparo qué podría decirle que le ayudara. ¿Podía decirle algo?

—Creo, Ruby —comenzó Ana vacilante, pues le resultaba difícil hablar con nadie de los pensamientos más profundos de su corazón, o de las nuevas ideas que habían empezado a tomar forma vagamente en su mente sobre los grandes misterios de la vida aquí y en el más allá, sustituyendo a sus viejas concepciones infantiles, y más difícil aún era hablar de ellas con alguien como Ruby Gillis—, creo que quizá tenemos ideas muy equivocadas sobre el cielo: qué es y qué nos aguarda en él. No creo que pueda ser tan diferente de la vida aquí como parece creer la mayoría de la gente. Creo que simplemente seguiremos viviendo, más o menos como vivimos aquí, siendo nosotras mismas igual que ahora, solo que será más fácil ser buenas y... seguir lo más elevado. Se quitarán todos los obstáculos y las perplejidades, y veremos con claridad. No tengas miedo, Ruby.

—No puedo evitarlo —dijo Ruby con piedad—. Aunque lo que dices sobre el cielo fuera verdad, y no puedes estar segura de ello; puede que no sea más que esa imaginación tuya... no será exactamente igual. No puede serlo. Yo quiero seguir viviendo aquí. Soy muy joven, Ana. No he vivido mi vida. He luchado tanto por vivir, y no sirve de nada; tengo que morir y dejar todo lo que me importa.

Ana estaba sentada en un dolor casi insoportable. No podía decir mentiras consoladoras; y todo lo que decía Ruby era tan horrorosamente verdadero. Dejaba todo lo que le importaba. Solo había atesorado en la tierra; había vivido únicamente para las pequeñas cosas de la vida, las que pasan, olvidando las grandes cosas que avanzan hacia la eternidad, tendiendo un puente sobre el abismo entre las dos vidas y haciendo de la muerte un simple paso de una morada a otra, del crepúsculo al día sin nubes. Dios cuidaría de ella allí, Ana lo creía; aprendería; pero ahora no era extraño que

su alma se aferrara, en un desamparo ciego, a las únicas cosas que conocía y amaba.

Ruby se alzó sobre el brazo y levantó sus grandes ojos azules y hermosos hacia los cielos iluminados por la luna.

—Quiero vivir —dijo con voz temblorosa—. Quiero vivir como las demás chicas. Quiero... quiero casarme, Ana, y... y tener hijos pequeños. Ya sabes que siempre he querido a los bebés, Ana. Esto no podría decírselo a nadie más que a ti. Sé que tú lo entiendes. Y además está el pobre Herb: él me quiere y yo le quiero, Ana. Los demás no me importaban nada, pero él sí; y si pudiera vivir, sería su mujer y sería tan feliz. Oh, Ana, es tan duro.

Ruby se dejó caer sobre las almohadas y lloró convulsivamente. Ana le apretó la mano en una agonía de simpatía; una simpatía silenciosa que quizá ayudó a Ruby más de lo que habrían podido hacerlo las palabras rotas e imperfectas; porque al poco se fue calmando y sus sollozos cesaron.

—Me alegra haberte contado esto, Ana —susurró—. Solo de decirlo me ha aliviado. He querido hacerlo todo el verano, cada vez que venías. Quería hablarlo contigo; pero no podía. Me parecía que si decía que iba a morir, o si alguien más lo decía o lo insinuaba, la muerte quedaría más asegurada. Me negué a decirlo ni a pensarlo. De día, cuando había gente alrededor y todo era animado, no me costaba tanto no pensar en ello. Pero de noche, cuando no podía dormir... era tan terrible, Ana. No podía escapar de ello. La muerte venía y me miraba fijamente a los ojos, hasta que me entraba un miedo tan grande que habría podido gritar.

—Pero ya no tendrás miedo, ¿verdad, Ruby? Serás valiente y creerás que todo va a ir bien para ti.

—Lo intentaré. Pensaré en lo que has dicho y trataré de creerlo. ¿Y vendrás todo lo que puedas, verdad, Ana?

—Sí, querida.

—No... no será mucho tiempo ya, Ana. Lo presiento. Y prefiero tenerte a ti que a nadie. Siempre me caíste la mejor de todas las chicas con las que fui a la escuela. Nunca fuiste celosa ni mezquina, como algunas. La pobre Em White vino a verme ayer. ¿Recuerdas que Em y yo fuimos tan amigas durante tres años cuando íbamos a la escuela? Luego nos peleamos por lo del concierto de la escuela. Desde entonces no nos hemos hablado. ¡Qué tonto!,

¿verdad? Todo eso parece tonto ahora. Pero Em y yo hicimos las paces ayer. Me dijo que le habría hablado hace años, si no hubiera pensado que yo no la respondería. Y yo nunca le hablé porque estaba segura de que ella no me respondería. ¿No te parece raro cómo la gente se malentiende, Ana?

—Creo que la mayoría de los problemas en la vida vienen de los malentendidos —dijo Ana—. Tengo que irme ya, Ruby. Se hace tarde, y no deberías estar fuera con la humedad.

—Vendrás pronto otra vez.

—Sí, muy pronto. Y si hay algo que pueda hacer para ayudarte, me alegraré muchísimo.

—Lo sé. Ya me has ayudado. Todo parece menos terrible ahora. Buenas noches, Ana.

—Buenas noches, querida.

Ana volvió a casa muy despacio a la luz de la luna. La tarde había cambiado algo en ella. La vida tenía un significado diferente, un propósito más profundo. En la superficie seguiría siendo la misma; pero las profundidades habían sido removidas. No podía ser con ella como con la pobre mariposa Ruby. Cuando llegara al final de una vida, no podía ser para enfrentarse a la siguiente con el terror encogido de algo completamente diferente, algo para lo cual los pensamientos, los ideales y las aspiraciones habituales la hubieran incapacitado. Las pequeñas cosas de la vida, dulces y excelentes en su lugar, no podían ser las cosas por las que se vive; habría que buscar y seguir lo más elevado; la vida del cielo debía empezar aquí mismo en la tierra.

Aquella despedida en el jardín fue para siempre. Ana no volvió a ver a Ruby en vida. La noche siguiente la A.V.I.S. daba una fiesta de despedida a Jane Andrews antes de su partida hacia el Oeste. Y mientras los pies ligeros bailaban y los ojos brillantes reían y las bocas alegres charlaban, llegó una llamada para un alma en Avonlea que no podía desoírse ni eludirse. A la mañana siguiente la noticia corrió de casa en casa: Ruby Gillis había muerto. Había muerto mientras dormía, sin dolor y en calma, y en su rostro había una sonrisa: como si, al fin y al cabo, la muerte hubiera venido como un amigo bienhechor a llevarla al otro lado del umbral, en lugar del fantasma lúgubre que ella había temido.

La señora Rachel Lynde dijo enfáticamente después del entierro que Ruby Gillis era el cadáver más hermoso que había visto en su vida. Su hermosura, tal como yacía, vestida de blanco, entre las delicadas flores que Ana había dispuesto a su alrededor, fue recordada y comentada durante años en Avonlea. Ruby siempre había sido bella; pero su belleza había sido de la tierra, terrena; había tenido en ella cierta cualidad insolente, como si se pavoneara ante los ojos de quien la miraba; el espíritu nunca había brillado a través de ella, la inteligencia nunca la había refinado. Pero la muerte la había tocado y consagrado, sacando a la luz modelados delicados y una pureza de líneas que nunca antes se habían visto: haciendo lo que la vida y el amor y la gran pena y las hondas alegrías de mujer podrían haber hecho por Ruby. Ana, mirando a través de una niebla de lágrimas a su vieja compañera de juegos, creyó ver el rostro que Dios había querido que tuviera Ruby, y así lo recordó siempre.

La señora Gillis llamó a Ana aparte a un cuarto vacío antes de que la comitiva fúnebre saliera de la casa, y le dio un pequeño paquete.

—Quiero que lo tengas —sollozó—. A Ruby le habría gustado que lo tuvieras. Es el tapete bordado que estaba haciendo. No está del todo terminado: la aguja está clavada en él justo donde lo pusieron sus pobres deditos por última vez, la tarde antes de que muriera.

—Siempre queda una labor sin terminar —dijo la señora Lynde, con lágrimas en los ojos—. Pero supongo que siempre hay alguien que la termina.

—Qué difícil es creer que alguien a quien siempre hemos conocido pueda de verdad haber muerto —dijo Ana mientras ella y Diana volvían a casa—. Ruby es la primera de nuestras compañeras de escuela en irse. Una por una, antes o después, el resto tenemos que seguirla.

—Sí, supongo que sí —dijo Diana con incomodidad. Ella no quería hablar de eso. Habría preferido comentar los detalles del entierro: el espléndido ataúd de terciopelo blanco que el señor Gillis había insistido en tener para Ruby («los Gillis siempre tienen que hacer ostentación, hasta en los entierros», decía la señora Rachel Lynde), la cara triste de Herb Spencer, el pesar descontrolado e histérico de una de las hermanas de Ruby. Pero Ana no quería hablar de esas cosas. Parecía envuelta en una meditación en la que Diana sentía, solitaria, que no tenía ni parte ni lugar.

—Ruby Gillis era una chica que le gustaba mucho reírse —dijo Davy de repente—. ¿Se reirá tanto en el cielo como en Avonlea, Ana? Quiero saberlo.

—Sí, creo que sí —dijo Ana.

—Oh, Ana —protestó Diana, con una sonrisa algo escandalizada.

—¿Por qué no, Diana? —preguntó Ana con seriedad—. ¿Crees que nunca reiremos en el cielo?

—Oh, yo... no lo sé —balbuceó Diana—. No parece del todo correcto, de alguna manera. Ya sabes que es bastante feo reírse en la iglesia.

—Pero el cielo no va a ser como la iglesia... todo el tiempo —dijo Ana.

—Eso espero —dijo Davy con énfasis—. Si lo es, no quiero ir. La iglesia es terriblemente aburrida. De todos modos, no pienso ir durante muchísimo tiempo. Pienso vivir hasta los cien años, como el señor Tomás Blewett de White Sands. Dice que ha vivido tanto porque siempre fumó tabaco, y eso mató todos los gérmenes. ¿Puedo fumar tabaco pronto, Ana?

—No, Davy, espero que nunca uses tabaco —dijo Ana distraída.

—¿Cómo te sentirás si los gérmenes me matan entonces? —exigió saber Davy.

CAPÍTULO XV

UN SUEÑO PATAS ARRIBA

—Solo una semana más y volvemos a Redmond —dijo Ana.

Estaba contenta ante la perspectiva de volver al trabajo, a las clases y a los amigos de Redmond. También tejía agradables visiones en torno a la casa de Patty. La sola idea de ella le daba una cálida y placentera sensación de hogar, aunque nunca hubiera vivido allí.

Pero el verano había sido muy feliz también: un tiempo de vivir con alegría bajo los soles y los cielos estivales, de gozar con deleite agudo de las cosas sanas; de renovar y ahondar las viejas amistades; un tiempo en que había aprendido a vivir con mayor nobleza, a trabajar con más paciencia, a jugar con más abandono.

«No todas las lecciones de vida se aprenden en la universidad», pensó. «La vida las enseña en todas partes.»

Pero ay, la última semana de aquellas agradables vacaciones se echó a perder para Ana por uno de esos percances traviosos que parecen un sueño patas arriba.

—¿Ha seguido escribiendo cuentos últimamente? —le preguntó amablemente el señor Harrison una tarde en que Ana tomaba el té con él y la señora Harrison.

—No —respondió Ana, bastante seca.

—Vaya, no lo decía con mala intención. La señora Hiram Sloane me dijo el otro día que un mes atrás había sido echado en el buzón de correos un sobre grande dirigido a la Compañía de Levadura en Polvo Rollings Reliable de Montreal, y que ella sospechaba que alguien andaba tras el premio que ofrecían por el mejor cuento que mencionara el nombre de su producto. Dijo que no era letra tuya, pero pensé que igual eras tú.

—¡Pues no, en absoluto! Vi el anuncio del premio, pero no se me habría ocurrido nunca participar. Creo que sería una auténtica vergüenza escribir un cuento para anunciar una levadura en polvo. Sería casi tan malo como la valla de medicamentos de patente de Judson Parker.

Así habló Ana con altivez, sin sospechar el valle de humillación que la esperaba. Esa misma tarde Diana apareció en el gabinete del porche, con los ojos brillantes y las mejillas rosadas, llevando una carta.

—Oh, Ana, aquí hay una carta para ti. Pasé por la oficina y pensé que te la traía. Ábrela pronto. Si es lo que creo que es, me voy a poner loca de

contenta.

Ana, desconcertada, abrió la carta y recorrió el contenido mecanografiado.

Srta. Ana Shirley, Tejas Verdes, Avonlea, I.P.E.

«ESTIMADA SEÑORA: Tenemos el placer de comunicarle que su encantador cuento "La expiación de Averil" ha ganado el premio de veinticinco dólares ofrecido en nuestro reciente concurso. Adjuntamos el talón correspondiente. Estamos gestionando la publicación del cuento en varios periódicos canadienses de prestigio, y también tenemos intención de imprimirlo en forma de folleto para distribuirlo entre nuestros clientes. Agradeciéndole el interés que ha demostrado por nuestra empresa,

»Quedamos, »Muy atentamente, »LA COMPAÑÍA DE LEVADURA EN POLVO ROLLINGS RELIABLE»

—No entiendo —dijo Ana, en blanco.

Diana aplaudió.

—¡Sabía que ganaría el premio; estaba segura! Envié tu cuento al concurso, Ana.

—¡Diana Barry!

—Sí, lo hice —dijo Diana radiante, encaramándose a la cama—. Cuando vi el anuncio, me acordé de tu cuento al momento, y al principio pensé en pedirte que lo presentaras. Pero luego temí que no quisieras: te había quedado tan poca fe en él. Así que decidí mandar la copia que me diste, sin decirte nada. Si no ganaba el premio, nunca lo sabrías y no te sentirías mal, porque los cuentos que no ganaran no iban a ser devueltos; y si ganaba, te llevarías una sorpresa deliciosa.

Diana no era la más perspicaz de los mortales, pero en ese momento le llamó la atención que Ana no parecía exactamente eufórica. La sorpresa estaba ahí, sin duda, pero ¿dónde estaba el deleite?

—Pero, Ana, ¿no pareces nada contenta! —exclamó.

Ana se fabricó al instante una sonrisa y se la puso.

—Claro que no puedo más que alegrarme por tu gesto tan desinteresado al querer darme una alegría —dijo despacio—. Pero es que... estoy tan asombrada... no lo puedo asimilar... y hay algo que no entiendo. No había ni una sola palabra en mi cuento sobre... —Ana se atragantó un poco con la palabra— la levadura.

—Oh, eso lo añadí yo —dijo Diana, tranquilizada—. Fue facilísimo, y claro que mi experiencia en el viejo Club de Historias me ayudó. ¿Recuerdas la escena en que Averil hace la tarta? Bueno, pues puse que había usado la Rollings Reliable, y que por eso le había salido tan bien; y luego, en el último párrafo, donde Perceval estrecha a Averil entre sus brazos y dice: "Amor mío, los hermosos años venideros nos traerán el cumplimiento de nuestro hogar de ensueño", añadí: "en el que no usaremos nunca otra levadura que la Rollings Reliable."

—Oh —exclamó la pobre Ana, como si alguien le hubiera echado agua fría encima.

—Y has ganado los veinticinco dólares —continuó Diana jubilosa—. ¡Si oí decir a Priscilla que La Mujer Canadiense solo paga cinco dólares por un cuento!

Ana extendió el detestable talón de color rosa con dedos temblorosos.

—No puedo aceptarlo: es tuyo de pleno derecho, Diana. Fuiste tú quien presentó el cuento e hiciste las modificaciones. Yo desde luego no lo habría presentado nunca. Así que tienes que quedarte con el talón.

—Estaría bueno —dijo Diana con desdén—. Lo que yo hice no fue ningún trabajo. Con el honor de ser amiga de la ganadora me sobra. Bueno, me tengo que ir. Debería haber ido directamente a casa desde el correo porque tenemos visita. Pero tenía que venir a saber la noticia. Me alegro mucho por ti, Ana.

Ana se inclinó de repente, rodeó a Diana con los brazos y le besó la mejilla.

—Creo que eres la amiga más dulce y más leal del mundo, Diana —dijo, con un pequeño temblor en la voz—, y te aseguro que valoro el motivo de lo que has hecho.

Diana, complacida y azorada, logró marcharse, y la pobre Ana, después de arrojar el inocente talón al cajón de su cómoda como si fuera dinero manchado de sangre, se tiró en la cama y lloró lágrimas de vergüenza y sensibilidad ultrajada. Oh, esto nunca podría superarse, ¡nunca!

Gilbert llegó al anochecer, rebotando felicitaciones, pues había pasado por la Ladera del Huerto y había oído la noticia. Pero sus felicitaciones murieron en sus labios al ver la cara de Ana.

—Pero, Ana, ¿qué te pasa? Esperaba encontrarte radiante por haber ganado el premio Rollings Reliable. ¡Enhorabuena!

—Oh, Gilbert, no tú también —suplicó Ana, en tono de et tu, Brute—. Pensé que tú me entenderías. ¿Es que no ves lo terrible que es?

—La verdad es que no lo veo. ¿Qué está mal?

—Todo —gimió Ana—. Siento como si me hubiera deshonrado para siempre. ¿Sabes lo que sentiría una madre si encontrara a su hijo tatuado con un anuncio de levadura en polvo? Yo siento exactamente lo mismo. Quería a mi pobre cuento y lo escribí con lo mejor que había en mí. Y es una profanación degradarlo al nivel de un anuncio de levadura. ¿No recuerdas lo que nos decía el profesor Hamilton en la clase de Literatura de la Escuela Normal? Nos decía que nunca escribiéramos una sola palabra por un motivo bajo o indigno, sino que nos aferráramos siempre a los ideales más elevados. ¿Qué pensará cuando sepa que he escrito un cuento para anunciar la Rollings Reliable? Y, oh, cuando se sepa en Redmond... piensa cómo van a tomarme el pelo y a reírse de mí.

—Eso no va a pasar —dijo Gilbert, preguntándose con inquietud si no sería la opinión en concreto del primer año de antes lo que preocupaba a Ana—. Los de Redmond van a pensar exactamente lo mismo que yo: que tú, como nueve de cada diez de nosotros, no nadando precisamente en la abundancia, has tomado esta vía para ganarte un dinero honrado que te ayude a pasar el año. No veo que haya nada bajo ni indigno en eso, ni nada ridículo tampoco. Uno preferiría escribir obras maestras de la literatura, no cabe duda, pero mientras tanto hay matrículas y alojamiento que pagar.

Esta visión sensata y práctica del asunto animó a Ana un poco. Al menos alejaba el temor de que se rieran de ella, aunque el dolor más profundo de un ideal ultrajado seguía en su lugar.

CAPÍTULO XVI

RELACIONES AJUSTADAS

—Es el rincón más acogedor que he visto en mi vida; es más hogar que el hogar mismo —aseguró Philippa Gordon, mirando a su alrededor con ojos encantados.

Estaban todas reunidas al anochecer en la gran sala de estar de la casa de Patty: Ana y Priscilla, Phil y Stella, la tía Jamesina, Rojo, José, la Gata Sarah, y Gog y Magog. Las sombras del fuego danzaban por las paredes; los gatos ronroneaban; y un enorme cuenco de crisantemos de invernadero, enviados a Phil por una de sus víctimas, brillaba entre la penumbra dorada como lunas cremosas.

Llevaban tres semanas considerándose instaladas, y todas estaban ya convencidas de que el experimento iba a ser un éxito. Las dos primeras semanas tras su regreso habían sido agradablemente animadas; habían estado ocupadas instalando los enseres del hogar, organizando la pequeña casa y ajustando las diferencias de opinión.

Ana no estaba nada triste por dejar Avonlea cuando llegó el momento de volver a la universidad. Los últimos días de las vacaciones no habían sido agradables. Su cuento premiado había aparecido en los periódicos de la isla; y el señor William Blair tenía en el mostrador de su tienda una enorme pila de folletos rosas, verdes y amarillos que lo contenían, uno de los cuales regalaba a cada cliente. Le envió a Ana un lote de cortesía, que ella depositó sin tardanza en el fogón de la cocina. Su humillación era solo consecuencia de sus propios ideales, porque la gente de Avonlea lo encontraba bastante espléndido que hubiera ganado el premio. Sus muchos amigos la miraban con admiración sincera; sus pocos enemigos, con envidia desdeñosa. Josie Pye dijo que estaba segura de que Ana Shirley se había limitado a copiar el

cuento; estaba convencida de haberlo leído en un periódico años atrás. Los Sloane, que habían descubierto o adivinado que Charlie había recibido calabazas, dijeron que no tenían muy claro que fuera para tanto orgullo; cualquiera podría haberlo hecho si lo hubiera intentado. La tía Atossa le dijo a Ana que lo sentía mucho al enterarse de que se había dado a escribir novelas; nadie nacido y criado en Avonlea haría semejante cosa; eso era lo que pasaba por adoptar huérfanos de quién sabe dónde, con quién sabe qué clase de padres. Incluso la señora Rachel Lynde tenía sus oscuras dudas sobre la corrección de escribir ficción, aunque aquel talón de veinticinco dólares casi la reconcilió con la idea.

—Es asombroso, el precio que pagan por semejantes mentiras, eso es lo que hay —dijo, con un tono mitad orgulloso, mitad severo.

A la vista de todo ello, resultó un alivio que llegara la hora de partir. Y fue muy agradable volver a Redmond, ya como sabias y experimentadas alumnas de segundo, con un sinfín de amigos que saludar en el animado día de apertura. Pris y Stella y Gilbert estaban allí, Charlie Sloane, de aire más importante que cualquier otro alumno de segundo que hubiera existido, Phil, con la cuestión de Alec y Alonzo aún sin resolver, y Moody Spurgeon MacPherson. Moody Spurgeon había estado dando clases desde que salió de la Escuela Normal, pero su madre había concluido que ya era hora de que lo dejara y se pusiera a aprender a ser pastor. El pobre Moody Spurgeon se topó con muy mala suerte al principio mismo de su carrera universitaria. Media docena de implacables alumnos de segundo, que se hospedaban en la misma pensión, cayeron sobre él una noche y le afeitaron la mitad de la cabeza. Con este aspecto el desdichado Moody Spurgeon tuvo que andar por ahí hasta que le volvió a crecer el pelo. Le dijo amargamente a Ana que había momentos en que tenía sus dudas de haber recibido verdadera vocación para ser pastor.

La tía Jamesina no llegó hasta que las chicas tuvieron la casa de Patty lista para recibirla. La señorita Patty le había enviado la llave a Ana con una carta en la que decía que Gog y Magog estaban guardados en una caja debajo de la cama del cuarto de invitados, pero que podían sacarse cuando se quisiera; en una posdata añadía que esperaba que las chicas tuvieran cuidado al colgar cuadros. La sala de estar había sido empapelada de nuevo cinco años antes, y ella y la señorita María no querían que se hicieran más agu-

jeros en ese papel nuevo de los estrictamente necesarios. Por lo demás, lo dejaba todo en manos de Ana.

¡Cómo disfrutaron esas chicas poniendo en orden su nido! Como decía Phil, era casi tan divertido como casarse. Tenías el placer de crear un hogar sin el engorro de un marido. Todas trajeron algo para adornar o hacer más cómoda la casita. Priscilla, Phil y Stella tenían baratijas y cuadros a montones, que procedieron a colgar según su gusto, haciendo caso omiso del nuevo papel de la señorita Patty.

—Rellenaremos los agujeros de masilla cuando nos marchemos, querida; nunca se enterará —le dijeron a Ana, que protestaba.

Diana le había dado a Ana un cojín de agujas de pino, y la señorita Ada le había regalado a ella y a Priscilla uno de un bordado espantoso y maravilloso. Marilla había enviado una caja grande de conservas, y había insinuado con misterio que enviaría una cesta para el Día de Acción de Gracias, y la señora Lynde le dio a Ana una colcha de patchwork y le prestó cinco más.

—Llévatelas —le dijo autoritariamente—. Más valen en uso que guardadas en ese baúl del desván para que las royan las polillas.

Ninguna polilla se habría aventurado nunca cerca de aquellas colchas, pues olían a bolas de naftalina de tal modo que tuvieron que estar colgadas en el huerto de la casa de Patty durante una quincena entera antes de que se pudieran tolerar dentro. La aristocrática avenida Spofford raramente había presenciado semejante despliegue. El hosco viejo millonario que vivía «al lado» fue a llamar y quiso comprar la espléndida de «patrón de tulipán» en rojo y amarillo que la señora Rachel le había dado a Ana. Dijo que su madre hacía colchas así, y que, por vida suya, quería una que le recordara a ella. Ana no se la vendió, con gran decepción de él, pero le escribió todo el asunto a la señora Lynde. Esa muy satisfecha señora mandó decir que tenía una igualita que le sobraba, así que el rey del tabaco obtuvo su colcha al fin, e insistió en que le pusieran sobre la cama, con gran disgusto de su elegante esposa.

Las colchas de la señora Lynde cumplieron una función muy útil ese invierno. La casa de Patty, con todas sus virtudes, tenía también sus defectos. Era en realidad una casa bastante fría, y cuando llegaron las noches heladas

las chicas se alegraron mucho de acurrucarse bajo las colchas de la señora Lynde, esperando que eso les fuera contado a buena cuenta. Ana tenía el cuarto azul que había codiciado en cuanto lo vio. Priscilla y Stella tenían el grande. Phil estaba en el de encima de la cocina, feliz como una perdiz; y la tía Jamesina iba a tener el de la planta baja, junto a la sala de estar. Rojo, al principio, dormía en el peldaño de la puerta.

Un par de días después de su regreso, mientras Ana volvía a casa desde Redmond, notó que la gente con la que se cruzaba le dirigía una sonrisa encubierta y benévola. Ana se preguntó intranquila qué tendría. ¿Llevaba el sombrero torcido? ¿Se le había abierto el cinturón? Girando la cabeza para investigar, Ana vio por primera vez a Rojo.

Trotando detrás de ella, bien pegado a sus talones, iba el espécimen más lamentable de la especie felina que había visto en su vida. El animal había dejado atrás con creces la edad de gatito, era desgarrado, delgado, de aspecto deplorable. Le faltaban trozos de ambas orejas, un ojo estaba temporalmente en mal estado, y una mejilla ridículamente hinchada. En cuanto al color, si se hubiera chamuscado a fondo un gato que en otro tiempo fue negro, el resultado habría sido parecido al color del pelaje lacio, raído e infame de ese pordiosero.

Ana hizo «¡fuera!», pero el gato no hizo caso. Mientras ella se quedaba parada, él se sentaba en las patas traseras y la miraba con reproche desde su único ojo sano; en cuanto ella reanudaba la marcha, él la seguía. Ana se resignó a su compañía hasta llegar al portón de la casa de Patty, que cerró fríamente ante sus hocicos, creyendo ingenuamente que lo había visto por última vez. Pero cuando, quince minutos después, Phil abrió la puerta, el gato color rojizo estaba sentado en el peldaño. Es más, de inmediato se disparó hacia dentro y se subió de un salto al regazo de Ana, con un «miau» a medias suplicante, a medias triunfal.

— Ana — dijo Stella con severidad —, ¿es tuyo ese animal?

— Que no — protestó la indignada Ana —. La criatura me ha seguido desde algún sitio. No me podía deshacer de él. Ugh, quítate. Los gatos decentes me gustan bastante; pero los bichos de tu pelaje no.

El minino, sin embargo, se negó a bajar. Se acurrucó con toda calma en el regazo de Ana y empezó a ronronear.

—Evidentemente te ha adoptado —rió Priscilla.

—No pienso ser adoptada —dijo Ana con testarudez.

—La pobre criatura se está muriendo de hambre —dijo Phil compasiva—. Si casi le asoman los huesos por la piel.

—Bueno, le daré una comida en condiciones y que vuelva de donde ha venido —dijo Ana con resolución.

Al gato le dieron de comer y lo pusieron fuera. Por la mañana seguía en el peldaño. En el peldaño continuó, colándose cada vez que se abría la puerta. Ningún recibimiento frío le afectó lo más mínimo; de ninguna de ellas salvo de Ana le importaba un comino. Las chicas, por compasión, le fueron dando de comer; pero al cabo de una semana decidieron que había que hacer algo. El aspecto del gato había mejorado. El ojo y la mejilla habían recuperado su aspecto normal; no estaba tan delgado; y se le había visto lavarse la cara.

—Pero aun así, no podemos quedárnoslo —dijo Stella—. La tía Jimsie llega la semana que viene y trae a la Gata Sarah. No podemos tener dos gatos; y aunque pudiéramos, este Rojo no pararía de pelearse con la Gata Sarah. Es un peleador de nacimiento. Ayer por la tarde tuvo una batalla campal con el gato del rey del tabaco y lo puso en fuga, armas y bagajes.

—Hay que deshacerse de él —convino Ana, mirando sombríamente al sujeto de su deliberación, que ronroneaba en la alfombrilla de la chimenea con un aire de mansedumbre de cordero—. Pero la pregunta es: ¿cómo? ¿Cómo pueden cuatro indefensas mujeres deshacerse de un gato que no se quiere ir?

—Hay que cloroformarlo —dijo Phil con brío—. Es la manera más humanitaria.

—¿Y cuál de nosotras sabe algo de cloroformar un gato? —demandó Ana lúgubrementemente.

—Yo, cielo. Es una de mis pocas y tristes habilidades útiles. Lo he hecho en casa varias veces. Se coge al gato por la mañana y se le da un buen desayuno. Luego se coge un saco de arpillera viejo —hay uno en el porche de atrás—, se pone el gato encima y se le da la vuelta a una caja de madera. Luego se coge un frasco de cloroformo de dos onzas, se le destapa y se

desliza bajo el borde de la caja. Se pone un peso grande encima de la caja y se deja hasta el anochecer. El gato estará muerto, acurrucado en paz como si durmiera. Sin dolor ni lucha.

—Suená fácil —dijo Ana con duda.

—Lo es. Déjalo de mi cuenta. Yo me encargo —dijo Phil con tono tranquilizador.

Se procuró, pues, el cloroformo, y a la mañana siguiente se atrajo a Rojo hacia su destino. Comió el desayuno, se relamió y se subió al regazo de Ana. El corazón de Ana flaqueó. Esa pobre criatura la quería, confiaba en ella. ¿Cómo podía ser cómplice de su destrucción?

—Toma, cógelo —le dijo apresuradamente a Phil—. Me siento como una asesina.

—No va a sufrir, ya sabes —consoló Phil; pero Ana había huido.

La funesta obra se realizó en el porche de atrás. Nadie se acercó durante todo el día. Pero al anochecer Phil declaró que había que enterrar a Rojo.

—Pris y Stella tienen que cavar su tumba en el huerto —declaró Phil—, y Ana tiene que venir conmigo a levantar la caja. Esa es la parte que siempre me cuesta más.

Las dos conspiradores fueron de puntillas y a regañadientes hasta el porche de atrás. Phil alzó con precaución la piedra que había puesto encima de la caja. De repente, débil pero inconfundible, se oyó un inequívoco maullido debajo de la caja.

—No... no está muerto —dijo Ana, dejándose caer aturdida en el peldaño de la cocina.

—Tiene que estarlo —dijo Phil sin creerlo.

Otro diminuto maullido demostró que no era así. Las dos chicas se miraron.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ana.

—¿Por qué no venís de una vez? —reclamó Stella, apareciendo en el umbral—. Ya tenemos la tumba lista. «¿Qué silencio inmóvil y callado?» —citó con guasa.

—«Oh, no, las voces de los muertos / resuenan como cascada lejana» — replicó Ana al instante, señalando solemnemente hacia la caja.

Una carcajada rompió la tensión.

—Habrá que dejarlo aquí hasta mañana —dijo Phil, volviendo a poner la piedra—. Hace cinco minutos que no ha maullado. Quizá los maullidos que oímos eran sus últimos estertores. O quizá solo nos los imaginamos, bajo la presión de nuestras conciencias culpables.

Pero cuando por la mañana levantaron la caja, Rojo saltó de un brinco alegre al hombro de Ana y empezó a lamerle la cara con afecto. Nunca se vio gato más decididamente vivo.

—Aquí en la caja hay un nudo de la madera —gimió Phil—. No lo había visto. Por eso no murió. Ahora hay que repetirlo todo.

—No —declaró Ana de repente—. A Rojo no le van a matar otra vez. Es mi gato, y tendréis que aceptarlo.

—Bueno, si te entiendes con la tía Jimsie y la Gata Sarah... —dijo Stella, con el aire de quien se lava las manos del asunto.

A partir de ese momento Rojo fue uno más de la familia. Dormía por las noches en el cojín del estregador en el porche de atrás y vivía a cuerpo de rey. Para cuando llegó la tía Jamesina ya estaba rollizo y lustroso y tolerablemente presentable. Pero, como el gato de Kipling, «andaba a su aire». Su pata era contra todos los gatos, y la pata de todos contra él. Uno por uno fue venciendo a los felinos aristocráticos de la avenida Spofford. En cuanto a los seres humanos, amaba a Ana y solo a Ana. Nadie más se atrevía siquiera a acariciarle. Un furioso bufido y algo que sonaba muy parecido a un lenguaje bastante soez recibía a quien lo intentaba.

—Los aires que se da ese gato son francamente insoportables —declaró Stella.

—Que es un gatito encantador, que sí es un gatito encantador —le decía Ana a su favorito en tono desafiante.

—Bueno, no sé cómo él y la Gata Sarah van a arreglárselas para vivir juntos —dijo Stella pesimista—. Las peleas de gatos en el huerto por la noche ya están bastante mal. Pero peleas de gatos aquí en la sala de estar es algo impensable.

La tía Jamesina llegó a su debido tiempo. Ana y Priscilla y Phil la habían esperado con cierta aprensión; pero cuando la tía Jamesina quedó entronizada en la mecedora frente al fuego, figurativamente se postraron a sus pies y la adoraron.

La tía Jamesina era una ancianita de cara pequeña y suavemente triangular, y grandes y suaves ojos azules que brillaban con una juventud inextinguible y estaban tan llenos de esperanzas como los de una muchacha. Tenía las mejillas rosadas y el pelo blanco como la nieve, que llevaba en unos pequeños y anticuados moños sobre las orejas.

—Es una manera muy pasada de moda —dijo, haciendo punto industriosamente en algo tan delicado y rosado como una nube de ocaso—. Pero yo estoy pasada de moda. Mi ropa lo está, y es lógico que mis opiniones también lo estén. No digo que sean mejores por ello, ojo. De hecho, me imagino que en muchos casos son bastante peores. Pero ya se me han amoldado bien. Los zapatos nuevos quedan más elegantes que los viejos, pero los viejos son más cómodos. Con mi edad ya puedo darme el lujo de los zapatos y las opiniones. Pienso tomarme las cosas muy en calma aquí. Ya sé que esperáis que os cuide y os lleve por el buen camino, pero no voy a hacerlo. Ya tenéis edad de saber comportaros, si es que alguna vez lo ibais a saber. Por tanto —concluyó la tía Jamesina, con un brillo en sus ojos jóvenes—, en lo que a mí respecta, todas podéis ir os a la perdición a vuestro manera.

—¿Podría alguien separar a esos gatos? —suplicó Stella, estremeciéndose.

La tía Jamesina no solo había traído a la Gata Sarah sino también a José. José, explicó, había pertenecido a una querida amiga suya que se había ido a vivir a Vancouver.

—No se lo podía llevar, así que me rogó que me quedara con él. En realidad no podía negarme. Es un gato precioso, es decir, su carácter lo es. Ella lo llamó José porque su pelaje es de muchos colores.

Y así era, por cierto. José, como dijo la disgustada Stella, parecía una bolsa de retales ambulante. Era imposible decir cuál era su color de base. Las patas eran blancas con manchas negras. El lomo era gris con una gran mancha amarilla en un lado y una negra en el otro. El rabo era amarillo con

la punta gris. Una oreja era negra y la otra amarilla. Una mancha negra sobre un ojo le daba un aspecto terriblemente tunante. En realidad era manso e inofensivo, de carácter sociable. En un sentido, si no en ningún otro, José era como los lirios del campo. No trabajaba ni hilaba, ni tampoco cazaba ratones. Y sin embargo Salomón en toda su gloria no durmió en almohadones más blandos, ni se hartó más de cosas ricas.

José y la Gata Sarah llegaron en mensajería en cajas separadas. Después de que los soltaran y les dieran de comer, José eligió el cojín y el rincón que más le gustaban, y la Gata Sarah se sentó gravemente ante el fuego y se puso a lavarse la cara. Era una gata grande y lustrosa, de gris y blanco, con una enorme dignidad que no se veía para nada afectada por ninguna conciencia de su origen plebeyo. La lavandera de la tía Jamesina se la había regalado.

—Se llamaba Sarah, así que mi marido siempre llamaba a la minina la Gata Sarah —explicó la tía Jamesina—. Tiene ocho años, y es una ratonera extraordinaria. No te preocupes, Stella. La Gata Sarah nunca pelea, y José raramente.

—Aquí tendrán que pelear en defensa propia —dijo Stella.

En ese momento Rojo hizo su entrada en escena. Dio un salto alegre de bienvenida y había llegado a medio camino de la habitación cuando vio a los intrusos. Entonces se paró en seco; la cola se le hinchó hasta triplicar su tamaño. El pelo del lomo se le erizó en un arco desafiante; Rojo bajó la cabeza, lanzó un alarido espantoso de odio y desafío, y se abalanzó sobre la Gata Sarah.

La imponente felina había dejado de lavarse la cara y le miraba con curiosidad. Recibió su arremetida con un desdeñoso golpe de su capaz zarpa. Rojo fue a rodar sobre la alfombra sin remedio; se levantó aturdido. ¿Qué clase de gata era esta que le había dado un sopapo? Miró dubitativo a la Gata Sarah. ¿Se atrevería o no? La Gata Sarah le dio deliberadamente la espalda y reanudó sus operaciones de tocador. Rojo decidió que no. Y nunca volvió a intentarlo. Desde ese momento la Gata Sarah mandó en el gallinero. Rojo nunca volvió a meterse con ella.

Pero José se incorporó imprudentemente y bostezó. Rojo, ardiendo en deseos de vengar su afrenta, se lanzó sobre él. José, de naturaleza pacífica,

podía pelear llegado el caso, y pelear bien. El resultado fue una serie de batallas sin vencedor. Todos los días Rojo y José se peleaban en cuanto se veían. Ana tomaba partido por Rojo y detestaba a José. Stella estaba desesperada. Pero la tía Jamesina solo se reía.

—Que lo peleen —decía tolerante—. Ya serán amigos dentro de un tiempo. José necesitaba algo de ejercicio: estaba engordando demasiado. Y Rojo tiene que aprender que no es el único gato del mundo.

Con el tiempo José y Rojo aceptaron la situación, y de enemigos declarados pasaron a ser amigos declarados. Dormían en el mismo cojín abrazados, y gravemente se lavaban mutuamente la cara.

—Ya nos hemos acostumbrado todas unos a otras —dijo Phil—. Y yo he aprendido a fregar los platos y a barrer el suelo.

—Pero no nos intentes convencer de que sabes cloroformar a un gato —rió Ana.

—Fue culpa del nudo en la madera —protestó Phil.

—Menos mal que estaba el nudo —dijo la tía Jamesina con cierta severidad—. Los gatitos hay que ahogarlos, lo admito, o el mundo se llenaría de ellos. Pero ningún gato adulto y en su sano juicio debería ser enviado al otro mundo, a no ser que chupe huevos.

—Rojo no te habría parecido muy en su sano juicio si lo hubieras visto cuando llegó —dijo Stella—. Tenía pinta del mismísimo diablo.

—No creo que el diablo sea tan feo —reflexionó la tía Jamesina—. Si lo fuera, no haría tanto daño. Yo siempre lo imagino como un señor bastante apuesto.

CAPÍTULO XVII

UNA CARTA DE DAVY

—Está empezando a nevar, chicas —dijo Phil al entrar una tarde de noviembre—, y hay unas estrellitas y crucecitas preciosas por todo el camino del jardín. Nunca me había fijado en lo exquisitos que son los copos de nieve de verdad. En la vida sencilla se tiene tiempo de fijarse en cosas así. Benditas seáis todas por dejarme vivirla. Es realmente delicioso sentirse preocupada porque la mantequilla ha subido cinco céntimos el cuarto de kilo.

—¿Ha subido? —preguntó Stella, que llevaba las cuentas del hogar.

—Sí, y aquí tienes la mantequilla. Estoy haciéndome bastante experta comprando en el mercado. Es más divertido que coquetear —concluyó Phil con seriedad.

—Todo sube de forma escandalosa —suspiró Stella.

—No importa. Gracias a Dios que el aire y la salvación son todavía gratis —dijo la tía Jamesina.

—Y la risa también —añadió Ana—. Todavía no le han puesto impuesto, y menos mal, porque todas vais a reiros dentro de un momento. Voy a leeros la carta de Davy. Su ortografía ha mejorado enormemente este año, aunque no es muy fuerte en los signos de puntuación, y desde luego tiene el don de escribir cartas que enganchan. Escuchad y reiros, antes de ponernos a estudiar esta noche.

«Querida Ana: te escribo para decirte que estamos todos bastante bien y espero que esto te encuentre igual. Hoy nieva un poco y Marilla dice que la anciana del cielo está sacudiendo sus colchones de plumas. ¿Es la anciana del cielo la mujer de Dios, Ana? Quiero saberlo.

»La señora Lynde ha estado muy enferma pero está mejor. Se cayó por las escaleras de la bodega la semana pasada. Al caer agarró la estantería con todos los cubos de leche y los cazos encima, y se vino abajo con ella y hizo un estrepito estupendo. Marilla pensó al principio que era un terremoto.

»Un cazo quedó todo abollado y la señora Lynde se torció las costillas. Vino el médico y le dio medicina para frotarse las costillas pero ella no le entendió y se la tomó toda por dentro. El médico dijo que era un milagro que no le hubiera matado pero no le mató y le curó las costillas y la señora Lynde dice que los médicos no saben gran cosa de todos modos. Pero el cazo no pudimos arreglarlo. Marilla tuvo que tirarlo. La semana pasada fue el Día de Acción de Gracias. No había clase y tuvimos una cena estupenda. Me comí tarta de carne picada y pavo asado y bizcocho de frutas y rosquillas y queso y mermelada y tarta de chocolate. Marilla dijo que me moriría pero no me morí. Dora tuvo dolor de oídos después, solo que no era en los oídos sino en la tripa. Yo no tuve dolor de oídos en ningún sitio.

»Nuestro nuevo maestro es un hombre. Hace bromas. La semana pasada nos hizo escribir a todos los chicos de tercer grado una composición sobre qué clase de mujer nos gustaría tener de esposa y a las chicas sobre qué clase de marido. Se partía de risa cuando las leyó. Esta es la mía. Creí que te gustaría verla.

»"La clase de mujer que me gustaría tener de esposa.

»"Tiene que tener buenos modales y tenerme la comida lista a tiempo y hacer lo que le digo y ser siempre muy correcta conmigo. Tiene que tener quince años. Tiene que ser buena con los pobres y tener la casa limpia y tener buen carácter e ir a la iglesia regularmente. Tiene que ser muy guapa y tener el pelo rizado. Si encuentro una esposa que sea justo lo que me gusta seré un marido enormísimo de bueno. Creo que una mujer debe ser enormísimo de buena con su marido. Algunas pobres mujeres no tienen marido.

»"FIN."

»La semana pasada estuve en el funeral de la señora Isaac Wright en White Sands. El marido de la difunta lo sentía de verdad. La señora Lynde dice que el abuelo de la señora Wright robó una oveja pero Marilla dice que no debemos hablar mal de los muertos. ¿Por qué no debemos, Ana? Quiero saberlo. Es bastante seguro, ¿verdad?

»La señora Lynde se puso muy furiosa el otro día porque le pregunté si ella ya vivía en los tiempos de Noé. No era mi intención hacerle daño. Solo quería saberlo. ¿Vivía, Ana?

»El señor Harrison quería deshacerse de su perro. Así que le ahorcó una vez pero el perro volvió en sí y salió corriendo hacia el granero mientras el señor Harrison estaba cavando la tumba, así que le ahorcó otra vez y esa vez se quedó muerto. El señor Harrison tiene un hombre nuevo trabajando para él. Es muy torpe. El señor Harrison dice que le sobran los pies derechos. El mozo del señor Barry es vago. Eso dice la señora Barry pero el señor Barry dice que no es que sea vago exactamente sino que le parece más fácil rezar pidiendo las cosas que trabajar para conseguirlas.

»El cerdo premio de la señora Harmon Andrews del que tanto presumía murió de un ataque. La señora Lynde dice que fue un castigo por su orgullo. Pero creo que fue un palo duro para el cerdo. Milty Boulter ha estado enfermo. El médico le dio una medicina que sabía fatal. Le ofrecí tomármela yo por un cuarto pero los Boulter son tan tacaños. Milty dice que prefiere tomársela él y guardar el dinero. Le pregunté a la señora Boulter cómo haría una persona para pescar a un hombre y se puso muy furiosa y dijo que no lo sabía, que ella nunca había andado a la caza de hombres.

»La A.V.I.S. va a pintar el salón otra vez. Ya están hartos del azul.

»Anoche vino el nuevo pastor a tomar el té. Se comió tres trozos de tarta. Si lo hiciera yo la señora Lynde me llamaría glotón. Y comía rápido y daba bocados grandes y Marilla siempre me dice que no haga eso. ¿Por qué los pastores pueden hacer lo que los chicos no? Quiero saberlo.

»No tengo más noticias. Aquí van seis besos. xxxxxx. Dora manda uno. Aquí está el suyo. x.

»Tu amigo que te quiere, »DAVID KEITH

»P.D. Ana, ¿quién era el padre del diablo? Quiero saberlo.»

CAPÍTULO XVIII

LA SEÑORITA JOSEFINA RECUERDA A LA CHICA ANA

Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, las chicas de la casa de Patty se dispersaron cada una a su hogar, pero la tía Jamesina optó por quedarse donde estaba.

—No podría ir a ninguno de los sitios a los que me han invitado y llevarme a los tres gatos —dijo—. Y no voy a dejar a las pobres criaturas solas durante casi tres semanas. Si tuviéramos algún vecino decente que les diera de comer podría considerarlo, pero en esta calle no hay más que millonarios. Así que me quedaré aquí y mantendré la casa de Patty caliente para cuando volváis.

Ana volvió a casa con las habituales y alegres expectativas, que no se cumplieron del todo. Avonlea estaba en las garras de un invierno tan temprano, frío y tormentoso como el que ni el «vecino más viejo» recordaba. Tejas Verdes quedó literalmente bloqueada por enormes ventisqueros. Casi todos los días de aquellas aciagadas vacaciones la tormenta arreció con furia; y en los días buenos, la nieve no dejaba de arremolinarse. En cuanto se abrían los caminos se cerraban de nuevo. Era casi imposible salir. La A.V.I.S. intentó, en tres noches distintas, dar una fiesta en honor de los estudiantes universitarios, y las tres veces la tormenta fue tan furiosa que nadie pudo asistir, así que desistió con desesperación. Ana, pese a su amor y lealtad a Tejas Verdes, no podía evitar pensar con añoranza en la casa de Patty, su acogedor fuego encendido, los ojos risueños de la tía Jamesina, los tres gatos, el alegre parloteo de las chicas, el placer de las tardes de los viernes cuando los amigos de la universidad pasaban a hablar de lo serio y de lo divertido.

Ana se sentía sola; Diana, durante toda la vacación, estaba recluida en casa con un fuerte ataque de bronquitis. No podía venir a Tejas Verdes, y Ana raramente podía ir a la Ladera del Huerto, pues el camino de siempre a través del Bosque Encantado era intransitable con los ventisqueros, y el camino largo sobre el Lago de las Aguas Rutilantes congelado estaba casi igual de mal. Ruby Gillis dormía en el cementerio cubierto de blanco; Jane Andrews daba clases en alguna pradera del Oeste. Gilbert, eso sí, era aún

fiel, y se abrió paso a zancadas hasta Tejas Verdes todas las tardes que pudo. Pero las visitas de Gilbert ya no eran lo que habían sido. Ana casi las temía. Era muy desconcertante alzar la vista en medio de un silencio súbito y encontrar los ojos avellana de Gilbert fijos en ella con una expresión del todo inequívoca en sus graves profundidades; y era todavía más desconcertante encontrarse ruborizada y acalorada bajo su mirada, como si... como si..., bueno, era muy embarazoso. Ana deseaba estar de vuelta en la casa de Patty, donde siempre había alguien más para suavizar las situaciones delicadas. En Tejas Verdes, Marilla se iba puntualmente al dominio de la señora Lynde cuando llegaba Gilbert, e insistía en llevarse a los gemelos. La significación de esto era inequívoca, y Ana estaba furiosa e impotente ante ello.

Davy, sin embargo, era perfectamente feliz. Se deleitaba saliendo por la mañana a limpiar con la pala los caminos hacia el pozo y el gallinero. Se vanagloriaba de las delicias navideñas que Marilla y la señora Lynde competían en preparar para Ana, y estaba leyendo una historia absorbente, en un libro de la biblioteca escolar, de un héroe maravilloso que parecía bendecido con una facultad milagrosa para meterse en líos de los que solía salir gracias a un terremoto o una erupción volcánica que lo catapultaba bien arriba y lo dejaba caer sano y salvo fuera de sus apuros, lo hacía aterrizar en una fortuna, y cerraba la historia con el debido éclat.

—Te digo que es una historia estupenda, Ana —decía extasiado—. La prefiero con mucho a la Biblia.

—¿De verdad? —sonrió Ana.

Davy la escrutó con curiosidad.

—No pareces nada escandalizada, Ana. La señora Lynde se escandalizó muchísimo cuando se lo dije a ella.

—No, no me escandalizo, Davy. Creo que es muy natural que un niño de nueve años prefiera leer una historia de aventuras antes que la Biblia. Pero cuando seas mayor espero y creo que comprenderás qué libro tan maravilloso es.

—Oh, creo que algunas partes son magníficas —concedió Davy—. Esa historia de José, por ejemplo: es estupenda. Pero si yo hubiera sido José, no habría perdonado a los hermanos. Nada de eso, Ana. Les habría cortado la cabeza a todos. La señora Lynde se puso muy furiosa cuando dije eso y cer-

ró la Biblia y dijo que no me la iba a leer más si hablaba así. Así que ahora no hablo cuando ella la lee los domingos por la tarde; solo pienso cosas y se las digo al día siguiente en la escuela a Milty Boulter. Le conté a Milty la historia de Eliseo y los osos, y le asustó tanto que desde entonces no se ha burlado ni una sola vez de la cabeza calva del señor Harrison. ¿Hay osos en la Isla del Príncipe Eduardo, Ana? Quiero saberlo.

—Hoy en día no —dijo Ana distraída, mientras el viento lanzaba una ráfaga de nieve contra el cristal—. Oh, señor, ¿parará alguna vez esta tormenta?

—Dios sabe —dijo Davy con ligereza, disponiéndose a retomar la lectura.

Esta vez Ana sí se escandalizó.

—¡Davy! —exclamó con reproche.

—Eso lo dice la señora Lynde —protestó Davy—. La otra noche Marilla dijo: «¿Se casarán alguna vez Ludovic Speed y Theodora Dix?», y la señora Lynde dijo: «Dios sabe», así, tal cual.

—Bueno, a ella tampoco estaba bien decirlo —dijo Ana, escogiendo sin vacilar el cuerno de ese dilema en que empalarse—. No está bien para nadie tomar ese nombre en vano ni pronunciarlo a la ligera, Davy. No lo vuelvas a hacer nunca.

—¿Ni siquiera si lo digo despacio y solemne, como el pastor? —preguntó Davy con seriedad.

—No, tampoco entonces.

—De acuerdo. Ludovic Speed y Theodora Dix viven en Middle Grafton, y la señora Rachel dice que él lleva cien años cortejándola. ¿No serán ya demasiado viejos para casarse, Ana? Espero que Gilbert no te corteje a ti tanto tiempo. ¿Cuándo vas a casarte tú, Ana? La señora Lynde dice que es cosa segura.

—La señora Lynde es una... —empezó Ana acaloradamente; luego se detuvo.

—Vieja cotilla de cuidado —completó Davy con calma—. Así la llama todo el mundo. Pero ¿es cosa segura, Ana? Quiero saberlo.

—Eres un niño muy tonto, Davy —dijo Ana, saliendo altiva del cuarto.

La cocina estaba desierta, y se sentó junto a la ventana en el crepúsculo invernal que caía aprisa. El sol se había puesto y el viento había amainado. Una luna pálida y fría asomaba detrás de un banco de nubes moradas en el poniente. El cielo se fue apagando, pero la franja amarilla a lo largo del horizonte occidental se hizo más brillante y ardiente, como si todos los rayos de luz dispersos se concentraran en un solo punto; las colinas lejanas, rematadas en abetos como sacerdotes, se recortaban en nítida oscuridad contra ella. Ana miró los campos quietos y blancos, fríos e inanimados bajo la luz dura de ese lúgubre ocaso, y suspiró. Se sentía muy sola; y el corazón le pesaba; porque se estaba preguntando si podría volver a Redmond el año siguiente. No parecía probable. La única beca posible en segundo curso era cosa muy pequeña. No iba a tocar el dinero de Marilla; y tampoco parecía haber muchas posibilidades de ganar lo suficiente en las vacaciones de verano.

«Supongo que tendré que dejarlo el año que viene», pensó con abatimiento, «y dar clases otra vez en una escuela de barrio hasta que gane lo suficiente para terminar la carrera. Y para entonces todos mis viejos compañeros se habrán licenciado y la casa de Patty quedará descartada. Pero bueno; no voy a ser cobarde. Doy gracias de poder ganarme el paso si es necesario.»

—Aquí viene el señor Harrison abriéndose paso por el camino —anunció Davy, saliendo corriendo—. Espero que haya traído el correo. Hace tres días que no lo recibimos. Quiero ver qué hacen esos dichosos liberales. Soy conservador, Ana. Y te digo que hay que tenerlos bien vigilados.

El señor Harrison había traído el correo, y las alegres cartas de Stella, Priscilla y Phil disiparon pronto la melancolía de Ana. La tía Jamesina también había escrito, diciendo que mantenía el fuego del hogar encendido, que los gatos estaban todos bien y que las plantas de la casa iban de maravilla.

«Ha hecho bastante frío», escribía, «así que he dejado que los gatos duerman en casa: Rojo y José en el sofá de la sala de estar, y la Gata Sarah a los pies de mi cama. Es una gran compañía oírlos ronronear cuando me despierto por la noche pensando en mi pobre hija en el campo de misiones. Si fuera a cualquier sitio menos a India no me preocuparía tanto, pero dicen que las serpientes de allí son terribles. Necesito todo el ronroneo de la Gata Sarah

para alejar el pensamiento de esas serpientes. Mi fe alcanza para todo menos para las serpientes. No comprendo por qué la Providencia las creó. A veces pienso que no fue Ella. Me inclino a creer que el Maligno tuvo algo que ver en su creación.»

Ana había dejado para el final una comunicación delgada y mecanografiada, creyéndola sin importancia. Cuando la leyó, se quedó muy quieta, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué pasa, Ana? —preguntó Marilla.

—La señorita Josefina Barry ha muerto —dijo Ana en voz baja.

—Así que al fin se ha ido —dijo Marilla—. Pues lleva enferma más de un año, y los Barry han estado esperando en cualquier momento la noticia de su muerte. Menos mal que descansa, pues ha sufrido mucho, Ana. Siempre fue buena contigo.

—Ha sido buena hasta el final, Marilla. Esta carta es de su abogado. Me ha dejado mil dólares en su testamento.

—Dios mío, qué cantidad más enorme de dinero —exclamó Davy—. Es la señora en cuya cama de invitados te caíste tú y Diana cuando dierais el salto, ¿verdad? Diana me contó esa historia. ¿Por eso te ha dejado tanto?

—Calla, Davy —dijo Ana con dulzura. Se escabulló al gabinete del porche con el corazón lleno, dejando a Marilla y a la señora Lynde que comentaran la noticia a sus anchas.

—¿Creéis que Ana se casará ahora? —especuló Davy con inquietud—. Cuando Dorcas Sloane se casó el verano pasado dijo que si hubiera tenido dinero suficiente para vivir nunca se habría molestado con un hombre, pero que hasta un viudo con ocho hijos era mejor que vivir con una cuñada.

—Davy Keith, cállate de una vez —dijo la señora Rachel con severidad—. La manera en que hablas es un escándalo para un niño tan pequeño, eso es lo que hay.

CAPÍTULO XIX

UN INTERLUDIO

—Pensar que hoy cumpla veinte años y que he dejado atrás la adolescencia para siempre —dijo Ana, que estaba acurrucada en la alfombrilla de la chimenea con Rojo en el regazo, dirigiéndose a la tía Jamesina, que leía en su silla favorita.

Estaban solas en la sala de estar. Stella y Priscilla habían ido a una reunión de comité y Phil estaba arriba acicalándose para ir a una fiesta.

—Supongo que lo sientes un poco —dijo la tía Jamesina—. La adolescencia es una parte tan bonita de la vida. Me alegra no haberla dejado nunca atrás yo misma.

Ana rió.

—Tú nunca lo harás, tía. Tendrás dieciocho años cuando deberías tener cien. Sí, lo siento, y también estoy un poco insatisfecha. La señorita Stacy me dijo hace mucho tiempo que cuando tuviera veinte años mi carácter estaría formado, para bien o para mal. No siento que sea lo que debería ser. Está lleno de defectos.

—Como el de todos —dijo la tía Jamesina alegremente—. El mío tiene grietas en cien sitios. Lo que probablemente quería decir tu señorita Stacy es que cuando tienes veinte años tu carácter ya ha tomado su orientación definitiva hacia un lado o hacia el otro, y seguirá desarrollándose en esa dirección. No te preocupes, Ana. Cumple tu deber con Dios, con tu prójimo y contigo misma, y diviértete. Esa es mi filosofía y siempre me ha funcionado bastante bien. ¿A dónde va Phil esta noche?

—Va a un baile, y tiene un vestido precioso: seda color crema y encaje de telaraña. Le va perfecto con esos tonos marrones suyos.

—Hay magia en las palabras «seda» y «encaje», ¿verdad? —dijo la tía Jamesina—. El solo sonido de ellas me dan ganas de salir corriendo a un baile. Y seda amarilla: hace pensar en un vestido de rayos de sol. Siempre quise un vestido de seda amarilla, pero primero mi madre y luego mi marido no quisieron oír hablar de ello. Lo primero que voy a hacer cuando llegue al cielo es hacerme un vestido de seda amarilla.

En medio de la carcajada de Ana, Phil bajó la escalera envuelta en nubes de gloria y se contempló en el largo espejo ovalado de la pared.

—Un espejo halagador es un promotor de la amabilidad —dijo—. El de mi cuarto me pone verde, desde luego. ¿Estoy bastante bien, Ana?

—¿Sabes de verdad lo bonita que eres, Phil? —preguntó Ana con honesta admiración.

—Por supuesto que sí. ¿Para qué existen los espejos y los hombres? No era eso lo que preguntaba. ¿Llevo todos los extremos bien metidos? ¿La falda recta? ¿Esta rosa quedaría mejor más abajo? Me temo que está demasiado arriba: me va a hacer parecer coja. Pero odio que las cosas me hagan cosquillas en las orejas.

—Todo está perfecto, y ese hoyuelo del sudoeste que tienes es un encanto.

—Ana, hay algo concreto que me gusta mucho de ti: eres muy generosa. No tienes ni una pizca de envidia.

—¿Por qué iba a tenerla? —preguntó la tía Jamesina—. Puede que no sea tan guapa como tú, pero tiene una nariz bastante más hermosa.

—Lo sé —admitió Phil.

—Mi nariz siempre ha sido un gran consuelo para mí —confesó Ana.

—Y me encanta cómo te crece el pelo en la frente, Ana. Y ese ricito que siempre parece a punto de caer pero nunca cae es delicioso. Pero en cuanto a narices, la mía es una preocupación constante para mí. Sé que para cuando tenga cuarenta años va a ser como la de lord Byron. ¿Cómo crees que estaré a los cuarenta, Ana?

—Como una matrona entrada en años y casada —se burló Ana.

—No lo seré —dijo Phil, sentándose cómodamente a esperar su acompañante—. José, gato de colores, ni se te ocurra saltar a mi regazo. A un baile no voy llena de pelos de gato. No, Ana, no tendré aspecto de matrona. Aunque no cabe duda de que me habré casado.

—¿Con Alec o con Alonzo? —preguntó Ana.

—Con uno de los dos, supongo —suspiró Phil—, si alguna vez puedo decidirme por cuál.

—No debería ser tan difícil decidirse —reprendió la tía Jamesina.

—Nací con el columpio en el alma, tía, y nada puede impedirme que me balancee.

—Deberías ser más juiciosa, Philippa.

—Por supuesto que lo mejor es ser juiciosa —convino Philippa—, pero se pierden muchas diversiones. En cuanto a Alec y Alonzo, si los conocieras entenderías por qué es difícil elegir entre ellos. Son igual de encantadores.

—Entonces busca uno que sea más encantador todavía —sugirió la tía Jamesina—. Ese de los cursos superiores que te ronda tanto, Will Leslie. Tiene unos ojos muy bonitos: grandes y apacibles.

—Demasiado grandes y demasiado apacibles: como los de una vaca —dijo Phil sin compasión.

—¿Y George Parker?

—De él no hay nada que decir, excepto que siempre parece recién almidonado y planchado.

—¿Y Marr Holworthy? No se le puede poner ningún pero.

—No, estaría bien si no fuera pobre. Tengo que casarme con un hombre rico, tía Jamesina. Eso y el buen aspecto son condiciones indispensables. Me casaría con Gilbert Blythe si fuera rico.

—¿Ah, sí? —dijo Ana con cierta acritud.

—Que no nos gusta nada esa idea, aunque nosotras no queremos a Gilbert de esa manera, oh, no —se burló Phil—. Pero no hablemos de temas

desagradables. Tendré que casarme algún día, supongo, pero voy a aplazar el mal trago todo lo que pueda.

—No debes casarte con nadie que no quieras, Phil, a fin de cuentas — dijo la tía Jamesina.

—«Oh, corazones que amaron a la antigua usanza / hace ya mucho tiempo que pasaron de moda» —cantó Phil con burla. —Ahí está el coche. Salgo volando. Adiós, viejecitas entrañables.

Cuando Phil se fue, la tía Jamesina miró a Ana con solemnidad.

—Esa chica es bonita y dulce y tiene buen corazón, pero ¿tú crees que está bien de la cabeza, por momentos, Ana?

—Oh, no creo que le pase nada a la cabeza de Phil —dijo Ana, disimulando una sonrisa—. Es solo su manera de hablar.

La tía Jamesina sacudió la cabeza.

—Bueno, espero que tengas razón, Ana. De verdad que sí, porque la quiero. Pero no la entiendo: me supera. No es como ninguna de las chicas que he conocido, ni como ninguna de las chicas que yo misma he sido.

—¿Cuántas chicas fuiste tú, tía Jimsie?

—Unas media docena, querida.

CAPÍTULO XX

GILBERT HABLA

—Hoy ha sido un día monótono y aburrido —bostezó Phil, estirándose perezosamente en el sofá, después de desalojar de él a dos gatos francamente indignados.

Ana levantó la vista de los Papeles de Pickwick. Ahora que habían acabado los exámenes de primavera, se estaba dando el placer de Dickens.

—Para nosotras ha sido un día monótono —dijo pensativa—, pero para algunas personas habrá sido un día maravilloso. Alguien habrá sido arrebatadamente feliz en él. Quizá en algún lugar se haya hecho hoy una gran acción, o se haya escrito un gran poema, o haya nacido un gran hombre. Y a algún corazón se le habrá roto, Phil.

—¿Por qué has estropeado tu bonito pensamiento colgándole esa última frase, cielo? —gruñó Phil—. No me gusta pensar en corazones rotos ni en nada desagradable.

—¿Crees que vas a poder esquivar las cosas desagradables toda la vida, Phil?

—Dios mío, claro que no. ¿No estoy haciéndoles frente ahora mismo? ¿O crees que Alec y Alonzo son cosas agradables, cuando me tienen la vida en ascuas?

—Nunca te tomas nada en serio, Phil.

—¿Y para qué? Hay bastante gente que lo hace. El mundo necesita personas como yo, Ana, aunque solo sea para entretenerle. Sería un lugar terrible si todo el mundo fuera intelectual y serio y profundamente, mortalmente formal. MI misión es, como dice Josiah Allen, «encantar y seducir». Confíesalo. ¿No ha sido la vida en la casa de Patty mucho más alegre y agradable este invierno pasado gracias a mi presencia que la animaba?

—Sí —reconoció Ana.

—Y todas me queréis, incluso la tía Jamesina, que cree que estoy loca de remate. Entonces, ¿por qué iba a intentar ser diferente? Oh, tengo un sueño. Me quedé despierta hasta la una anoche leyendo una historia de fantasmas que ponía los pelos de punta. La leí en la cama, y cuando la acabé, ¿me crees si te digo que fui incapaz de levantarme a apagar la luz? No. Y si Stella no hubiera llegado tarde, esa lámpara habría ardido alegre y brillante hasta la mañana. Cuando oí a Stella la llamé, le expliqué mi aprieto y le pedí

que apagara la luz. Si me hubiera levantado yo, sabía que algo me iba a agarrar de los pies cuando estuviera volviendo a meterme en la cama. Por cierto, Ana, ¿ha decidido la tía Jamesina qué va a hacer este verano?

—Sí, se va a quedar aquí. Sé que lo hace por esos benditos gatos, aunque dice que es demasiada molestia abrir su propia casa y que odia ir de visita.

—¿Qué estás leyendo?

—Pickwick.

—Ese es un libro que siempre me da hambre —dijo Phil—. Hay tanto bueno de comer en él. Los personajes parecen siempre en festín de jamón, huevos y ponche de leche. Yo por lo general hago una inspección de la despensa después de leer Pickwick. La mera idea me recuerda que me estoy muriendo de hambre. ¿Hay algo rico en la despensa, reina Ana?

—Esta mañana he hecho una tarta de limón. Puedes comerte un trozo.

Phil salió corriendo hacia la despensa, y Ana se encaminó con Rojo hacia el huerto. Era una noche húmeda y agradablemente perfumada de primera primavera. La nieve no había desaparecido del todo del parque; bajo los pinos del camino del puerto aún quedaba un pequeño montón grisáceo, resguardado de los soles de abril. Mantenía el camino del puerto lodoso y enfriaba el aire vespertino. Pero en los rincones abrigados crecía la hierba verde, y Gilbert había encontrado unas pálidas y dulces clavelinas de primavera en un escondrijo. Subió desde el parque con los brazos llenos.

Ana estaba sentada sobre la gran roca gris del huerto mirando el poema de una rama de abedul desnuda que colgaba contra el ocaso rojo pálido con la muy perfecta gracia de su forma. Estaba construyendo un castillo en el aire: una mansión prodigiosa cuyos patios soleados y solemnes salones estaban impregnados del perfume de Arabia, y donde ella reinaba como reina y castellana. Frunció el ceño al ver a Gilbert cruzar el huerto. Últimamente había procurado no quedarse a solas con Gilbert. Pero ahora la había atrapado del todo; y hasta Rojo la había abandonado.

Gilbert se sentó a su lado sobre la roca y le ofreció las clavelinas.

—¿No te recuerdan a casa y a los viejos picnics del colegio, Ana?

Ana las cogió y hundió la cara en ellas.

—En este momento estoy en los páramos del señor Silas Sloane —dijo con arrobo.

—¿Supongo que estarás allí de verdad dentro de unos días?

—No, no en dos semanas. Antes de ir a casa voy a visitar a Phil en Bolingbroke. Tú estarás en Avonlea antes que yo.

—No, yo no voy a estar en Avonlea para nada este verano, Ana. Me han ofrecido un puesto en la redacción del Daily News y lo voy a aceptar.

—Oh —dijo Ana de manera vaga. Se preguntó cómo sería un verano entero en Avonlea sin Gilbert. No le gustó nada la perspectiva, de algún modo. «Bueno», concluyó sin expresión, «es bueno para ti, claro está.»

—Sí, llevaba tiempo esperando conseguirlo. Me ayudará el año que viene.

—No debes trabajar demasiado —dijo Ana, sin tener muy claro lo que decía. Deseaba desesperadamente que Phil saliera—. Has estudiado con mucha constancia este invierno. ¿No es una noche deliciosa? ¿Sabes que hoy he encontrado un racimo de violetas blancas bajo aquel árbol retorcido de allá? Me sentí como si hubiera descubierto una mina de oro.

—Siempre estás descubriendo minas de oro —dijo Gilbert, también de manera vaga.

—Vamos a ver si encontramos alguna más —sugirió Ana con urgencia—. Llamo a Phil y...

—No te preocupes ahora por Phil y las violetas, Ana —dijo Gilbert con tranquilidad, tomando su mano en la suya con una presión de la que ella no podía liberarse—. Hay algo que quiero decirte.

—Oh, no lo digas —suplicó Ana—. No lo digas, por favor, Gilbert.

—Tengo que decirlo. Las cosas no pueden seguir así. Ana, te quiero. Sabes que sí. No sé... no sé cómo decirte cuánto. ¿Me prometes que algún día serás mi mujer?

—Yo... no puedo —dijo Ana con miseria—. Oh, Gilbert... has... has estropeado todo.

—¿No sientes nada por mí? —preguntó Gilbert después de una pausa muy terrible, durante la cual Ana no se había atrevido a levantar la vista.

—No... no de esa manera. Te aprecio muchísimo como amigo. Pero no te quiero, Gilbert.

—¿Pero no puedes darme alguna esperanza de que algún día...?

—No, no puedo —exclamó Ana desesperadamente—. Nunca, nunca podré quererte de esa manera, Gilbert. No debes volver a hablarme de esto.

Hubo otra pausa, tan larga y tan terrible que Ana se vio obligada al fin a levantar la vista. La cara de Gilbert estaba blanca hasta los labios. Y sus ojos..., pero Ana se estremeció y apartó la vista. No había nada de romántico en aquello. ¿Tenían que ser las propuestas o grotescas o... horribles? ¿Podría olvidar alguna vez la cara de Gilbert?

—¿Hay alguien más? —preguntó él al fin, en voz baja.

—No... no —dijo Ana con urgencia—. No siento nada por nadie de esa manera, y te quiero más que a nadie en el mundo, Gilbert. Y tenemos que..., tenemos que seguir siendo amigos.

Gilbert soltó una breve y amarga carcajada.

—¡Amigos! Tu amistad no puede satisfacerme, Ana. Quiero tu amor, y me dices que nunca puedo tenerlo.

—Lo siento. Perdóname, Gilbert —fue todo lo que Ana pudo decir. ¿Dónde estaban, oh dónde estaban, todos los discursos graciosos y elegantes con que en la imaginación solía despedir a sus pretendientes rechazados?

Gilbert le soltó la mano con suavidad.

—No hay nada que perdonar. Ha habido momentos en que creí que sí me querías. Me he engañado a mí mismo, eso es todo. Adiós, Ana.

Ana se las arregló para llegar a su cuarto, se sentó en el asiento de la ventana detrás de los pinos y lloró amargamente. Sentía como si algo de un valor incalculable hubiera salido de su vida. Era la amistad de Gilbert, claro está. Oh, ¿por qué tenía que perderla así?

—¿Qué te pasa, cielo? —preguntó Phil, entrando a través de la oscuridad iluminada por la luna.

Ana no respondió. En ese momento deseaba que Phil estuviera a mil leguas de allí.

—Supongo que has ido y has rechazado a Gilbert Blythe. Eres una idiota, Ana Shirley.

—¿Llamas idiota a rechazar casarte con un hombre al que no quieres? —dijo Ana fríamente, aguijoneada a responder.

—No reconoces el amor cuando lo ves. Te has inventado algo que crees que es el amor, y esperas que lo verdadero se parezca a eso. Mira, eso es lo primero sensato que he dicho en mi vida. Me pregunto cómo lo he conseguido.

—Phil —suplicó Ana—, por favor, vete y déjame sola un momento. Mi mundo se ha derrumbado en pedazos. Necesito reconstruirlo.

—¿Sin ningún Gilbert en él? —dijo Phil al salir.

¡Un mundo sin ningún Gilbert en él! Ana repitió las palabras con tristeza. ¿No sería un lugar muy solitario y desolado? Bueno, era culpa de Gilbert. Él había estropeado su hermosa camaradería. Tendría que aprender simplemente a vivir sin ella.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

PERSONAJES (nuevos):

- Miss Josephine Barry → señorita Josefina Barry (adaptación al castellano; ya aparecía como personaje de novelas anteriores de la serie)
- Will Leslie, George Parker, Marr Holworthy → se mantienen (pretendientes de Phil mencionados de paso)

TÉRMINOS (nuevos):

- «The oldest inhabitant» → «el vecino más viejo» (giro coloquial equivalente)

- Mayflowers → clavelinas de primavera (*Epigaea repens*, la flor de mayo del este de Canadá; se opta por una descripción en lugar de transliterar un nombre botánico desconocido en castellano)
- Pickwick Papers → los Papeles de Pickwick (título establecido en castellano)
- Daily News → Daily News (se mantiene como nombre propio de periódico)

NOTAS DE ESTILO:

- La escena de la propuesta de Gilbert es el punto emocional culminante de la novela hasta ahora. Se ha preservado la economía y la austeridad del original: pocas palabras, silencios pesados, ningún adorno retórico. El dolor de Ana es genuino pero contenido.
- «Et tu, Brute» se mantiene en latín (es una referencia culta perfectamente asimilada al castellano).
- La canción que tararea Phil («Oh, hearts that loved in the good old way / Have been out o' the fashion this many a day») es un tópico irónico sobre el amor romántico. Se ha traducido en forma de copla para mantener el tono cantable y burlón.
- La tía Jamesina con su «vestido de seda amarilla en el cielo» es uno de los personajes más encantadores de la novela; su voz mezcla sabiduría práctica, fe sencilla y humor suave. Se ha preservado ese registro.
- «Southwest dimple» (el hoyuelo del sudoeste de Phil) es un detalle de Montgomery típicamente preciso y encantador; se mantiene literal porque el efecto cómico-afectuoso funciona igual en castellano.

CAPÍTULO XXI

ROSAS DE AYER

Las dos semanas que Ana pasó en Bolingbroke fueron muy agradables, aunque con una leve corriente subterránea de vago dolor e insatisfacción siempre que pensaba en Gilbert. No había, de todos modos, mucho tiempo para pensar en él. «Acebo del Monte», la hermosa vieja mansión de los Gordon, era un lugar muy animado, invadido por los amigos de Phil de ambos sexos. Había una sucesión bastante vertiginosa de paseos en coche, bailes, picnics y excursiones en barca, englobados todos expresivamente por Phil bajo la denominación de «jarana»; Alec y Alonzo estaban tan constantemente a mano que Ana se preguntó si harían alguna otra cosa que bailar al son de ese fuego fatuo de Phil. Los dos eran chicos agradables y de buenos modales, pero Ana no se dejó llevar a opinar cuál era el más agradable de los dos.

—Y yo que contaba tanto contigo para que me ayudaras a decidir a cuál de los dos debería prometerme casarme —se lamentó Phil.

—Eso tienes que decidirlo tú sola. Eres bastante experta en decidir con quién deberían casarse los demás —replicó Ana, con cierta mordacidad.

—Oh, eso es muy distinto —dijo Phil, con razón.

Pero el incidente más dulce de la estancia de Ana en Bolingbroke fue la visita a su lugar de nacimiento: la casita deslucida y amarilla en una calle apartada de la que había soñado tan a menudo. La miró con ojos encantados mientras ella y Phil entraban por el portón.

—Es casi exactamente como la he imaginado —dijo—. No hay madre-selva en las ventanas, pero hay un lirero junto al portón, y... sí, hay cortinas de muselina en las ventanas. Qué contenta estoy de que siga pintada de amarillo.

Una mujer muy alta y muy delgada abrió la puerta.

—Sí, los Shirley vivieron aquí hace veinte años —dijo, en respuesta a la pregunta de Ana—. La tenían alquilada. Me acuerdo de ellos. Los dos murieron de fiebre al mismo tiempo. Fue algo terriblemente triste. Dejaron un bebé. Supongo que también habrá muerto hace mucho. Era una criatura enfermiza. El viejo Thomas y su mujer se la llevaron, como si no tuvieran suficiente con los suyos.

—No murió —dijo Ana, sonriendo—. Ese bebé era yo.

— ¡Vaya! ¡Cómo ha crecido! — exclamó la mujer, como si le sorprendiera mucho que Ana ya no fuera un bebé—. Ahora que la miro, veo el parecido. Tiene la tez de su padre. Él tenía el pelo rojo. Pero se parece a su madre en los ojos y la boca. Era una mujer agradable y menuda. Mi hija fue a su escuela y estaba loquita por ella. Los enterraron en la misma tumba y el Consejo Escolar les puso una lápida como reconocimiento por sus servicios. ¿Quiere pasar?

— ¿Me dejaría recorrer toda la casa? — preguntó Ana con ansia.

— Dios mío, sí, si quiere. No le llevará mucho: no es gran cosa. No dejo de decirle a mi marido que construya una cocina nueva, pero él no es de los que se apresuran. El salón está ahí, y arriba hay dos habitaciones. Miren por donde quieran. Yo tengo que atender al bebé. El cuarto del este era en el que nació usted. Recuerdo que su madre decía que le gustaba ver salir el sol; y tengo entendido que usted nació justo cuando el sol salía y que su luz en su carita fue lo primero que vio su madre.

Ana subió la estrecha escalera y entró en aquel cuartito del este con el corazón lleno. Era para ella un lugar sagrado. Aquí había soñado su madre los sueños exquisitos y felices de la maternidad anticipada; aquí había caído sobre las dos aquella luz roja del amanecer en la hora sagrada del nacimiento; aquí había muerto su madre. Ana miró a su alrededor con reverencia, los ojos llenos de lágrimas. Era para ella una de las horas enjoyadas de la vida que brillan radiantes para siempre en la memoria.

— Pensar que mamá era más joven de lo que soy yo ahora cuando yo nací — susurró.

Cuando Ana bajó, la dueña de la casa la recibió en el pasillo. Le tendió un paquetito polvoriento atado con cinta azul desvaída.

— Aquí hay un fajo de cartas viejas que encontré en ese armario de arriba cuando llegué — dijo—. No sé qué son: nunca me he molestado en mirarlas, pero la dirección que se ve arriba del todo es «Srta. Berta Willis», y ese era el nombre de soltera de su madre. Puede llevárselas si le interesa tenerlas.

— Oh, gracias, muchas gracias — exclamó Ana, abrazando el paquete con arrobó.

— Eso fue todo lo que quedó en la casa — dijo su anfitriona—. Los muebles se vendieron para pagar las facturas del médico, y la señora Thomas se

quedó con la ropa y las cosillas de su madre. Me imagino que no durarían mucho con esa prole de los Thomas. Eran criaturas muy destructivas, según recuerdo.

— Yo no tengo nada que le perteneciera a mi madre — dijo Ana con voz ahogada —. No puedo... no puedo agradeceréselo bastante por estas cartas.

— De nada. Dios mío, qué parecidos tiene los ojos a los de su madre. Con ellos casi podía hablar. Su padre era más bien feo, pero muy buena persona. Me acuerdo de que la gente decía cuando se casaron que nunca habían visto dos personas más enamoradas la una de la otra. Pobres criaturas, no vivieron mucho más; pero fueron muy felices mientras vivieron, y supongo que eso cuenta mucho.

Ana ardía en deseos de volver a casa para leer sus preciosas cartas; pero antes hizo una pequeña peregrinación. Fue sola al rincón verde del cementerio «viejo» de Bolingbroke donde estaban enterrados su padre y su madre, y dejó sobre su tumba las flores blancas que llevaba. Luego regresó a toda prisa al Acebo del Monte, se encerró en su cuarto y leyó las cartas. Algunas estaban escritas por su padre, otras por su madre. No eran muchas: solo una docena en total, pues Walter y Berta Shirley no habían estado separados a menudo durante su noviazgo. Las cartas estaban amarillas y desvaídas y tenues, empañadas por el roce de los años que habían pasado. En las páginas manchadas y arrugadas no había trazadas palabras de profunda sabiduría, sino solo líneas de amor y de confianza. A ellas se aferraba la dulzura de las cosas olvidadas: las tiernas y lejanas fantasías de aquellos amantes muertos hacía tanto tiempo. Berta Shirley había poseído el don de escribir cartas que encarnaban la encantadora personalidad de la escritora en palabras y pensamientos que conservaban su belleza y fragancia con el paso del tiempo. Las cartas eran tiernas, íntimas, sagradas. Para Ana, la más dulce de todas era la escrita al padre, durante una breve ausencia suya, después de su nacimiento. Estaba llena de los relatos de una orgullosa madre joven sobre «el bebé»: su inteligencia, su vivacidad, sus mil ternuras.

«La quiero más cuando duerme y más todavía cuando está despierta», había escrito Berta Shirley en la posdata. Probablemente fue la última frase que trazó nunca. El final estaba ya muy cerca.

— Este ha sido el día más hermoso de mi vida — le dijo Ana a Phil aquella noche —. He ENCONTRADO a mi padre y a mi madre. Esas cartas los

han hecho REALES para mí. Ya no soy huérfana. Siento como si hubiera abierto un libro y encontrado entre sus hojas rosas de ayer, dulces y queridas.

CAPÍTULO XXII

LA PRIMAVERA Y ANA REGRESAN A TEJAS VERDES

Las sombras del fuego danzaban por las paredes de la cocina de Tejas Verdes, pues la tarde de primavera era fría; por la ventana abierta del este se colaban las voces sutilmente dulces de la noche. Marilla estaba sentada junto al fuego, al menos en cuerpo. En espíritu recorría caminos de antaño con pies rejuvenecidos. Últimamente Marilla había pasado así muchas horas, cuando creía que debería haber estado haciendo punto para los gemelos.

«Supongo que me estoy haciendo mayor», se dijo.

Y sin embargo Marilla había cambiado poco en los últimos nueve años, salvo en adelgazar algo y volverse incluso más angulosa; había un poco más de gris en el pelo que seguía recogido en el mismo moño severo, con dos horquillas —¿serían las mismas horquillas?— aún clavadas en él. Pero su expresión era muy distinta; el algo en la boca que había insinuado un sentido del humor se había desarrollado maravillosamente; sus ojos eran más suaves y mansos, su sonrisa más frecuente y tierna.

Marilla estaba pensando en toda su vida pasada: la infancia estrecha pero no infeliz, los sueños celosamente ocultos y las esperanzas marchitas de su juventud, los largos años grises, estrechos y monótonos de una gris mediana edad. Y la llegada de Ana, la niña vívida, imaginativa e impetuosa con su

corazón lleno de amor y su mundo de fantasía, trayendo consigo color y calor y resplandor, hasta que el páramo de la existencia había florecido como la rosa. Marilla sentía que de sus sesenta años solo había vivido los nueve que habían seguido a la llegada de Ana. Y Ana volvería a casa mañana por la noche.

La puerta de la cocina se abrió. Marilla alzó la vista esperando ver a la señora Lynde. Ana estaba ante ella, alta y con ojos brillantes como estrellas, con las manos llenas de clavelinas de primavera y violetas.

— ¡Ana Shirley! — exclamó Marilla.

Por una vez en su vida la sorpresa la sacó de su reserva; estrechó a su chica entre los brazos y la apretó a ella y a sus flores contra el corazón, besando el pelo luminoso y el dulce rostro con calor.

— No te esperaba hasta mañana por la noche. ¿Cómo has venido desde Carmody?

— Andando, queridísima de las Marillas. ¿Acaso no lo he hecho veinte veces en los tiempos de la Escuela Normal? El cartero me traerá el baúl mañana; de repente me dio morriña y vine un día antes. ¡Y he tenido un paseo tan delicioso en el crepúsculo de mayo! Me detuve en los páramos y cogí estas clavelinas; pasé por el Valle de las Violetas: ahora es un gran cuenco lleno de violetas, esas queridas y azuladas cosas. Huélelas, Marilla; bébelas.

Marilla las olió obedientemente, pero le interesaba más Ana que beber violetas.

— Siéntate, niña. Debes de estar muy cansada. Voy a prepararte algo de cenar.

— Esta noche hay una luna adorable saliendo detrás de las colinas, Marilla, ¡y cómo me han cantado las ranas de vuelta a casa desde Carmody! Me encanta la música de las ranas. Parece unida a todos mis recuerdos más felices de las viejas tardes de primavera. Y siempre me recuerda a la noche en que llegué aquí por primera vez. ¿Lo recuerdas, Marilla?

— Pues sí — dijo Marilla con énfasis —. No es probable que lo olvide nunca.

—Ese año cantaban tan enloquecidamente en el pantano y el arroyo. Yo las escuchaba desde mi ventana en el crepúsculo, y me preguntaba cómo podían parecer a la vez tan alegres y tan tristes. Oh, ¡qué bien volver a casa! Redmond era espléndido y Bolingbroke delicioso, pero Tejas Verdes es el hogar.

—Por lo que oigo, Gilbert no va a volver a casa este verano —dijo Marilla.

—No. —Algo en el tono de Ana hizo que Marilla le lanzara una mirada aguda, pero Ana parecía absorbida en colocar sus violetas en un jarrón—. Mira, ¿a que son preciosas? —continuó apresuradamente—. El año es un libro, ¿verdad que sí, Marilla? Las páginas de la primavera están escritas en clavelinas y violetas, las del verano en rosas, las del otoño en hojas de arce rojo, y las del invierno en acebo y plantas perennes.

—¿Le fue bien a Gilbert en los exámenes? —insistió Marilla.

—Muy bien. Fue el primero de su clase. Pero ¿dónde están los gemelos y la señora Lynde?

—Rachel y Dora están en casa del señor Harrison. Davy está en casa de los Boulter. Creo que le oigo llegar ahora.

Davy irrumpió en la habitación, vio a Ana, se paró, y luego se lanzó sobre ella con un grito de alegría.

—¡Oh, Ana, qué alegría verte! Oye, Ana, he crecido dos pulgadas desde el otoño pasado. Hoy la señora Lynde me midió con su cinta, y mira, Ana, mi diente de delante. Ha desaparecido. La señora Lynde ató un extremo de un hilo al diente y el otro extremo a la puerta, y cerró la puerta. Se lo vendí a Milty por dos céntimos. Milty colecciona dientes.

—¿Y para qué quiere dientes? —preguntó Marilla.

—Para hacerse un collar para jugar a Jefe Indio —explicó Davy, encarándose al regazo de Ana—. Ya tiene quince, y todo el mundo le ha prometido los suyos, así que no tiene sentido que los demás también empecemos a coleccionar. Os digo que los Boulter tienen mucha cabeza para los negocios.

—¿Te has portado bien en casa de los Boulter? —preguntó Marilla con severidad.

—Sí; pero oye, Marilla, estoy cansado de portarme bien.

—Te cansarías de portarte mal mucho antes, Davy —dijo Ana.

—Bueno, pero al menos sería divertido mientras durase, ¿verdad? —insistió Davy—. Luego me arrepentiría, ¿no?

—Arrepentirte no eliminaría las consecuencias de haberte portado mal, Davy. ¿No recuerdas aquel domingo del verano pasado en que te escapaste de la Escuela Dominical? Me dijiste entonces que portarse mal no valía la pena. ¿Qué habéis estado haciendo tú y Milty hoy?

—Oh, hemos pescado y perseguido al gato, y buscado huevos, y le hemos gritado al eco. Hay un eco estupendo en el bosque detrás del granero de los Boulter. Oye, ¿qué es el eco, Ana? Quiero saberlo.

—El eco es una ninfa hermosa, Davy, que vive muy lejos en el bosque y se ríe del mundo desde las colinas.

—¿Qué aspecto tiene?

—Tiene el pelo y los ojos oscuros, pero el cuello y los brazos blancos como la nieve. Ningún mortal puede ver lo hermosa que es. Es más veloz que una cierva, y esa voz burlona suya es todo lo que podemos saber de ella. Puedes oírla llamar por la noche; puedes oírla reírse bajo las estrellas. Pero nunca puedes verla. Huye si la sigues, y siempre se ríe de ti justo desde la colina de enfrente.

—¿Es verdad eso, Ana? ¿O es un cuento? —preguntó Davy mirándola fijamente.

—Davy —dijo Ana con desesperanza—, ¿no tienes suficiente sentido para distinguir entre un cuento de hadas y una mentira?

—Entonces ¿qué es lo que nos replica desde el bosque de los Boulter? Quiero saberlo —insistió Davy.

—Cuando seas un poco mayor, Davy, te lo explico todo.

La mención de la edad evidentemente le dio a los pensamientos de Davy un nuevo giro, porque al cabo de unos momentos de reflexión susurró con solemnidad:

—Ana, me voy a casar.

—¿Cuándo? —preguntó Ana con igual solemnidad.

—Oh, cuando sea mayor, claro que sí.

—Bueno, eso es un alivio, Davy. ¿Y quién es la señorita?

—Stella Fletcher; está en mi clase en la escuela. Y oye, Ana, es la chica más bonita que has visto en tu vida. Si me muero antes de hacerme mayor, ¿cuidarás de ella?

—Davy Keith, deja de decir tonterías —dijo Marilla con severidad.

—No son tonterías —protestó Davy en tono ofendido—. Es mi prometida, y si yo me muriera ella sería mi prometida viuda, ¿verdad? Y no tiene a nadie que cuide de ella más que su abuela.

—Ven a cenar, Ana —dijo Marilla—, y no animes a ese niño con sus disparates.

CAPÍTULO XXIII

PAUL NO ENCUENTRA A LOS HABITANTES DE LAS ROCAS

La vida fue muy agradable en Avonlea aquel verano, aunque Ana, en medio de todas las alegrías de las vacaciones, estaba perseguida por la sensación de que faltaba «algo que debería estar allí». No admitía, ni siquiera en sus más íntimas reflexiones, que eso se debía a la ausencia de Gilbert. Pero cuando tenía que volver sola a casa de las reuniones de oración y las asambleas de la A.V.I.S., mientras Diana y Fred y otras muchas parejas alegres se demoraban por los caminos sombríos y estrellados del campo, sentía en

el corazón un dolor extraño y solitario que no podía explicar. Gilbert ni siquiera le escribía, como ella pensaba que habría podido hacer. Sabía que de vez en cuando le escribía a Diana, pero no iba a preguntar por él; y Diana, creyendo que Ana tenía noticias suyas, no ofrecía información. La madre de Gilbert, que era una señora alegre, franca y despreocupada, aunque no sobrada de tacto, tenía la costumbre muy embarazosa de preguntarle a Ana, siempre en voz dolorosamente clara y siempre en presencia de mucha gente, si había tenido noticias de Gilbert últimamente. La pobre Ana no podía más que sonrojarse horriblemente y murmurar «no muy últimamente», lo cual era tomado por todos, incluida la señora Blythe, como una mera evasiva de doncelléz.

Aparte de esto, Ana disfrutó del verano. Priscilla vino de visita en junio, y cuando se fue, los señores Irving, Paul y Carlota la Cuarta llegaron «a casa» en julio y agosto.

La Casona del Eco volvió a ser escenario de animación, y los ecos sobre el río se mantuvieron muy ocupados imitando las risas que resonaban en el viejo jardín detrás de los abetos.

«La señorita Lavanda» no había cambiado, salvo por haberse vuelto aún más dulce y más bonita. Paul la adoraba, y la compañía entre los dos era hermosa de ver.

—Pero no la llamo «mamá» a secas —le explicó a Ana—. Ese nombre le pertenece solo a mi propia madrecita, y no puedo dárselo a nadie más. Ya lo sabe, señorita. Pero la llamo «mamá Lavanda» y la quiero en segundo lugar después de papá. La quiero... la quiero incluso un poco más que a usted, señorita.

—Que es exactamente como debe ser —respondió Ana.

Paul tenía ahora trece años y era muy alto para su edad. Su cara y sus ojos eran tan hermosos como siempre, y su fantasía seguía siendo como un prisma, separando todo lo que caía sobre ella en arco iris. Él y Ana daban encantadores paseos por bosques y campos y costas. Nunca hubo dos «almas gemelas» más perfectas.

Carlota la Cuarta había florecido hasta la juventud plena. Llevaba ahora el pelo en un enorme moño pomposo y había abandonado los lacitos de cin-

ta azul de los tiempos de antaño, pero su cara era tan pecosa, la nariz tan chata y la boca y las sonrisas tan amplias como siempre.

—¿Usted no cree que hablo con acento yanqui, verdad, señorita Shirley?
—preguntó con ansiedad.

—Yo no se lo noto, Carlota.

—Me alegra mucho. En casa decían que sí, pero pensé que probablemente solo querían fastidiarme. Yo no quiero ningún acento yanqui. No es que tenga nada que decir en contra de los yanquis, señorita Shirley. Son muy civilizados. Pero la Isla del Príncipe Eduardo ante todo.

Paul pasó su primera quincena con su abuela Irving en Avonlea. Ana fue a recibirle cuando llegó, y lo encontró loco de ganas de ir a la orilla: Nora y la Dama Dorada y los Gemelos Marineros estarían allí. Apenas podía esperar para cenar. ¿Acaso no veía asomarse la carita de elfo de Nora por el cabo, mirándole con anhelo? Pero fue un Paul muy serio el que volvió de la orilla al atardecer.

—¿No encontraste a los Habitantes de las Rocas? —preguntó Ana.

Paul sacudió los rizos castaños con tristeza.

—Los Gemelos Marineros y la Dama Dorada no aparecieron —dijo—. Nora estaba allí, pero Nora ya no es la misma, señorita. Ha cambiado.

—Oh, Paul, eres tú el que ha cambiado —dijo Ana—. Te has hecho demasiado mayor para los Habitantes de las Rocas. A ellos solo les gustan los niños de compañeros de juego. Me temo que los Gemelos Marineros nunca volverán a visitarte en la barca nacarada y encantada con la vela de luz de luna; y la Dama Dorada no tocará más para ti su arpa de oro. Incluso Nora no vendrá a tu encuentro mucho más tiempo. Tienes que pagar el precio de crecer, Paul. Tienes que dejar el país de las hadas atrás.

—Vosotros dos decís tantas tonterías como siempre —dijo la vieja señora Irving, con un tono a medias de indulgencia, a medias de reproche.

—Oh, no, ya no —dijo Ana, sacudiendo la cabeza con seriedad—. Nos estamos volviendo muy, muy sabios, y es una lástima. Nunca somos tan interesantes como cuando hemos aprendido que el lenguaje nos ha sido dado para ocultar nuestros pensamientos.

—Eso no es así: nos ha sido dado para comunicar nuestros pensamientos —dijo la señora Irving con seriedad. Nunca había oído hablar de Talleyrand y no entendía las epigramas.

Ana pasó una quincena de días de ensueño en la Casona del Eco en el esplendor dorado de agosto. Mientras estuvo allí contribuyó incidentalmente a apresurar el pausado cortejo de Ludovic Speed a Teodora Dix, tal como se cuenta debidamente en otra crónica de su historia.¹ Arnold Sherman, un amigo anciano de los Irving, estaba allí al mismo tiempo, y contribuyó no poco a la agradabilidad general de la vida.

¹ (Crónicas de Avonlea.)

—Qué tiempo de juego tan agradable ha sido este —dijo Ana—. Me siento como el gigante refrescado. Y solo faltan dos semanas para que vuelva a Kingsport, y a Redmond, y a la casa de Patty. La casa de Patty es el lugar más querido, señorita Lavanda. Siento como si tuviera dos hogares: uno en Tejas Verdes y otro en la casa de Patty. Pero ¿adónde ha ido el verano? No me parece que haya pasado un día desde que llegué a casa aquella tarde de primavera con las clavelinas. Cuando era pequeña no veía el fin del verano desde el principio. Se extendía ante mí como una estación interminable. Ahora, «es un palmo, es un cuento».

—Ana, ¿tú y Gilbert Blythe seguís siendo tan buenos amigos como antes? —preguntó la señorita Lavanda tranquilamente.

—Soy tan amiga de Gilbert como siempre lo he sido, señorita Lavanda.

La señorita Lavanda sacudió la cabeza.

—Veo que algo ha ido mal, Ana. Voy a ser impertinente y voy a preguntarte qué. ¿Os habéis peleado?

—No; es solo que Gilbert quiere más que amistad y yo no puedo dárselo.

—¿Estás segura de eso, Ana?

—Completamente segura.

—Lo siento mucho, muchísimo.

—Me pregunto por qué todo el mundo parece creer que debería casarme con Gilbert Blythe —dijo Ana con irritación.

—Porque estáis hechos el uno para el otro, Ana: por eso. No sacudas esa joven cabecita. Es un hecho.

CAPÍTULO XXIV

APARECE JONÁS

«PUNTA MIRADOR, »20 de agosto.

»Querida Ana, escrita con E», escribió Phil, «tengo que mantener los párpados abiertos el tiempo suficiente para escribirte. Te he descuidado vergonzosamente este verano, cielo, pero todos los demás correspondientes también han sido descuidados. Tengo una pila enorme de cartas que contestar, así que tengo que apretarme el cinturón de la mente y ponerme a trabajar. Disculpa las metáforas mezcladas. Tengo un sueño horrible. Anoche la prima Emily y yo fuimos de visita a casa de unos vecinos. Había otros visitantes, y en cuanto esas infelices criaturas se marcharon, la anfitriona y sus tres hijas los pusieron a todos como un trapo. Yo sabía que en cuanto la puerta se cerrara detrás de nosotras empezarían con la prima Emily y conmigo. Cuando volvimos a casa, la señora Lilly nos informó de que supuestamente el mozo de la casa de los vecinos estaba con escarlatina. Siempre se puede confiar en la señora Lilly para contarte cosas tan alegres como esa. Me horroriza la escarlatina. Cuando me fui a la cama no podía dormir de tanto pensar en ello. Me revolví y me di vueltas, soñando sueños espantosos cuando conseguía cabecear un minuto; y a las tres me desperté con mucha fiebre, dolor de garganta y un dolor de cabeza feroz. Supe que tenía escarlatina; me levanté en pánico y busqué el "libro del médico" de la prima Emily para leer los síntomas. Ana, los tenía todos. Así que volví a la cama

y, sabiendo lo peor, dormí como un tronco el resto de la noche. Aunque nunca he entendido por qué se supone que un tronco duerme mejor que cualquier otra cosa. Pero esta mañana estaba perfectamente bien, así que no podía haber sido la fiebre. Supongo que aunque la cogiera anoche, no habría podido desarrollarse tan deprisa. Eso lo recuerdo de día, pero a las tres de la madrugada nunca puedo ser lógica.

»Supongo que te preguntarás qué hago en Punta Mirador. Pues bien, siempre me gusta pasar un mes de verano en la playa, y papá insiste en que venga a la "selecta pensión" de la prima Emily en Punta Mirador. Así que hace dos semanas vine como de costumbre. Y como de costumbre el viejo "tío Mark Miller" me recogió de la estación con su antiguo sulky y el caballo al que él llama de "propósito generoso". Es un anciano muy agradable y me dio un puñado de caramelos de menta rosa. Los caramelos de menta me parecen siempre una golosina muy religiosa: supongo que porque de pequeña la abuela Gordon siempre me los daba en la iglesia. Una vez pregunté, refiriéndome al olor de la menta: "¿Es ese el olor de la santidad?" No me apetecía comer los caramelos del tío Mark porque los había sacado sueltos del bolsillo y tuvo que apartar unos clavos oxidados y otras cosas de entre ellos antes de dármelos. Pero no quería herirle los sentimientos por nada del mundo, así que los fui sembrando cuidadosamente por el camino a intervalos. Cuando el último desapareció, el tío Mark dijo, con suave reproche: "No debería haberse comido todos esos caramelos de golpe, señorita Phil. Es probable que le duela el estómago."

»La prima Emily solo tiene cinco huéspedes además de mí: cuatro señoras mayores y un joven. Mi vecina de la derecha es la señora Lilly. Es una de esas personas que parecen tomar un lúgubre placer en detallar todos sus muchos achaques y enfermedades. Puedes mencionar cualquier dolencia y ella dice, sacudiendo la cabeza: "Ay, ya sé demasiado bien lo que es eso", y entonces te lleva todo el expediente. Jonás declara que una vez alguien habló de ataxia locomotriz en su presencia y ella dijo que ya sabía demasiado bien lo que era. Que había sufrido de ello durante diez años y que finalmente la curó un médico ambulante.

»¿Quién es Jonás? Espera, Ana Shirley. Ya sabrás todo sobre Jonás en el momento y lugar oportunos. No hay que mezclarlo con respetables señoras mayores.

»Mi vecina de la izquierda en la mesa es la señora Phinney. Siempre habla con voz doliente y lacrimosa: uno espera nerviosamente que se eche a llorar en cualquier momento. Te da la impresión de que la vida para ella es verdaderamente un valle de lágrimas, y de que una sonrisa, y no digamos ya una risa, es una frivolidad verdaderamente reprobable. Tiene una opinión aún peor de mí que la tía Jamesina, y tampoco me quiere con fuerza para compensarlo, como hace la tía J.

»La señorita María Grimsby está sentada en diagonal a mí. El primer día que llegué le dije a la señorita María que amenazaba lluvia, y la señorita María se rió. Dije que el camino desde la estación era muy bonito, y la señorita María se rió. Dije que aún quedaban unos cuantos mosquitos, y la señorita María se rió. Dije que Punta Mirador era tan hermosa como siempre, y la señorita María se rió. Si yo le dijera a la señorita María: "Mi padre se ha ahorcado, mi madre ha tomado veneno, mi hermano está en la cárcel y yo estoy en el último estadio de la tuberculosis", la señorita María se reiría. No puede evitarlo: nació así; pero es muy triste y terrible.

»La quinta señora mayor es la señora Grant. Es una ancianita encantadora; pero nunca dice nada malo de nadie, y por eso es una conversadora muy poco interesante.

»Y ahora, Jonás, Ana.

»Ese primer día que llegué vi a un joven sentado enfrente de mí en la mesa, sonriéndome como si me hubiera conocido desde la cuna. Ya sabía, porque el tío Mark me lo había dicho, que su nombre era Jonás Blake, que era estudiante de Teología en Saint Columbia, y que se había hecho cargo de la iglesia misionera de Punta Mirador durante el verano.

»Es un joven muy feo: en realidad, el joven más feo que he visto nunca. Tiene una figura grande y desgarbada con unas piernas absurdamente largas. El pelo es de color estopa y lacio, los ojos son verdes, la boca grande, y las orejas... pero yo nunca pienso en sus orejas si puedo evitarlo.

»Tiene una voz preciosa: si cierras los ojos es adorable, y desde luego tiene un alma y un carácter hermosos.

»Enseguida nos hicimos muy amigos. Por supuesto que es licenciado de Redmond, y eso es un lazo entre nosotros. Pescamos y fuimos en barca juntos; y paseamos por la arena a la luz de la luna. A la luz de la luna no está

tan feo, y oh, qué agradable era. De él emanaba lo agradable. Las señoras mayores, excepto la señora Grant, no aprueban a Jonás porque ríe y bromea, y porque evidentemente le gusta más la compañía de la frívola que soy yo que la suya.

»De alguna manera, Ana, no quiero que me considere frívola. Esto es ridículo. ¿Por qué debería importarme lo que piense de mí un tal Jonás de pelo color estopa a quien nunca había visto antes?

»El domingo pasado Jonás predicó en la iglesia del pueblo. Fui, por supuesto, pero no podía asimilar que Jonás fuera a predicar. El hecho de que fuera pastor, o fuera a serlo, se empeñaba en parecerme una broma descomunal.

»Bueno. Jonás predicó. Y a los diez minutos de llevar predicando yo me sentía tan pequeña e insignificante que pensé que debía de ser invisible a simple vista. Jonás no dijo ni una palabra sobre las mujeres y no me miró ni una sola vez. Pero me di cuenta entonces y allí de lo compadecida, frívola y de alma pequeña que era esa mariposilla que soy yo, y de lo horriblemente diferente que debía de ser del ideal femenino de Jonás. Ella sería imponente, fuerte y noble. Él era tan serio y tierno y verdadero. Era todo lo que un pastor debía ser. Me pregunté cómo había podido encontrarle feo alguna vez, aunque realmente lo es, con esos ojos inspirados y esa frente intelectual que el pelo cayendo sin orden ocultaba en los días de entre semana.

»Fue un sermón espléndido y podría haberle escuchado eternamente, y me hizo sentir completamente desgraciada. Oh, cómo quisiera ser como tú, Ana.

»Me alcanzó en el camino de vuelta y sonrió de manera tan animada como de costumbre. Pero su sonrisa ya no podía engañarme. Había visto al Jonás real. Me pregunté si él alguna vez podría ver a la Phil real, a quien nadie, ni siquiera tú, Ana, ha visto todavía.

»"Jonás", dije (me olvidé de llamarle señor Blake. ¡Qué horrible! Pero hay momentos en que esas cosas no importan), "Jonás, naciste para ser pastor. No podrías ser ninguna otra cosa."

»"No", dijo en tono serio. "Durante mucho tiempo intenté ser otra cosa. Pero llegué a ver que era el trabajo que me había sido asignado, y que, con la ayuda de Dios, trataría de hacerlo."

»Su voz era baja y reverente. Pensé que haría su trabajo y lo haría bien y con nobleza; y dichosa la mujer que por naturaleza y formación estuviera en condiciones de ayudarle a hacerlo. Ella no sería una pluma zarandeada por cualquier viento veleidoso de la fantasía. Siempre sabría qué sombrero ponerse. Probablemente solo tendría uno. Los pastores nunca tienen mucho dinero. Pero no le importaría tener uno o ninguno, porque tendría a Jonás.

»Ana Shirley, que no se te ocurra decir ni insinuar ni pensar que me he enamorado del señor Blake. ¿Podría yo querer a un teólogo larguirucho, pobre y feo llamado Jonás? Como dice el tío Mark: "Es imposible, y además es improbable."

»Buenas noches, »PHIL.

»P.D. Es imposible, pero me temo horriblemente que es verdad. Estoy feliz y desdichada y asustada. Él nunca podrá quererme, lo sé. ¿Crees que algún día podría convertirme en una pasable esposa de pastor, Ana? ¿Y esperarían que yo dirigiera en oración? P. G.»

CAPÍTULO XXV

APARECE EL PRÍNCIPE AZUL

—Estoy sopesando los méritos de estar dentro o fuera —dijo Ana, mirando desde la ventana de la casa de Patty hacia los pinos lejanos del parque.

—Tengo una tarde libre para no hacer nada, tía Jimsie. ¿La paso aquí, donde hay un fuego acogedor, un platito de reinetas deliciosas, tres gatos ronroneando en armonía y dos impecables perros de porcelana con los hoci-

cos verdes? ¿O me voy al parque, donde me llaman los bosques grises y el agua gris que lame las rocas del puerto?

—Si yo tuviera tu edad, optaría por el parque —dijo la tía Jamesina, haciéndole cosquillas en la oreja amarilla a José con una aguja de hacer punto.

—Pensé que decías ser tan joven como cualquiera de nosotras, tía —dijo Ana burlona.

—Sí, en el alma. Pero admito que las piernas no me acompañan tanto como las tuyas. Ve a tomar el aire, Ana. Últimamente tienes mala cara.

—Creo que me iré al parque —dijo Ana con inquietud—. Hoy no me apetecen los placeres domésticos y hogareños. Quiero sentirme sola, libre y salvaje. El parque estará vacío, porque todo el mundo estará en el partido de fútbol.

—¿Por qué no has ido tú?

—«Nadie me lo ha pedido, señor», dijo ella. Bueno, nadie más que ese horrible Daniel Ranger. Con él no iría a ningún sitio; pero para no herirle sus pobres y delicados sentimientos dije que no iba a ir al partido de todas formas. No me importa. No tengo ganas de fútbol hoy, por alguna razón.

—Ve a tomar el aire —repitió la tía Jamesina—, pero llévate el paraguas, porque creo que va a llover. Me duele la pierna del reuma.

—Solo los viejos deberían tener reuma, tía.

—Cualquiera puede tener reuma en las piernas, Ana. Solo los viejos deberían tenerlo en el alma. Gracias a Dios, yo nunca lo he tenido. Cuando te da el reuma en el alma ya puedes ir a elegir tu ataúd.

Era noviembre: el mes de los ocasos carmesí, de las aves que parten, de los profundos y tristes himnos del mar, de las canciones apasionadas del viento entre los pinos. Ana deambuló por las alamedas de pinos del parque y, como ella decía, dejó que ese gran viento arrasador le barriera las nieblas del alma. Ana no solía tener problemas de nieblas en el alma. Pero, de algún modo, desde que había vuelto a Redmond para ese tercer año, la vida no le devolvía el reflejo de su espíritu con la antigua claridad perfecta y chispeante.

Exteriormente, la existencia en la casa de Patty era la misma ronda agradable de trabajo, estudio y recreo de siempre. Los viernes por la tarde la gran sala de estar iluminada por el fuego se llenaba de visitas y resonaba de bromas y risas interminables, mientras la tía Jamesina les sonreía beatíficamente a todos. El «Jonás» de la carta de Phil venía a menudo, subiendo desde Saint Columbia en el tren de primera hora y marchándose en el último. Era del agrado general en la casa de Patty, aunque la tía Jamesina sacudía la cabeza y opinaba que los estudiantes de Teología ya no eran lo que habían sido.

—Es muy agradable, querida —le decía a Phil—, pero los pastores deberían ser más graves y dignos.

—¿Es que un hombre no puede reír y seguir siendo cristiano? —protestó Phil.

—Oh, los hombres, sí. Pero hablaba de pastores, querida —dijo la tía Jamesina con reproche—. Y no deberías coquetear tanto con el señor Blake: de verdad que no.

—Yo no coqueteo con él —protestó Phil.

Nadie la creyó, excepto Ana. Las demás pensaban que se estaba divirtiendo como de costumbre, y le dijeron sin rodeos que se estaba portando muy mal.

—El señor Blake no es del tipo de Alec y Alonzo, Phil —dijo Stella con severidad—. Él se toma las cosas en serio. Podrías romperle el corazón.

—¿De verdad crees que podría? —preguntó Phil—. Me encantaría pensar que sí.

—¡Philippa Gordon! Nunca pensé que fueras completamente insensible. ¡Menuda idea, decir que te encantaría romperle el corazón a un hombre!

—No he dicho eso, cielo. Cítame correctamente. He dicho que me gustaría creer que podría rompérselo. Me gustaría saber que tengo ese poder.

—No te entiendo, Phil. Estás llevando a ese hombre adrede, y sabes que no piensas en nada en serio.

—Pienso hacer que me pida que me case con él si puedo —dijo Phil con calma.

—Contigo no hay nada que hacer —dijo Stella con desesperanza.

Gilbert venía de vez en cuando los viernes por la tarde. Siempre parecía de buen humor y sostenía bien el tipo en las bromas y las réplicas que volaban por ahí. No buscaba ni evitaba a Ana. Cuando las circunstancias los ponían en contacto, le hablaba con amabilidad y cortesía, como a cualquier conocida reciente. La antigua camaradería había desaparecido del todo. Ana lo sentía con fuerza; pero se decía que estaba muy contenta y agradecida de que Gilbert se hubiera recuperado tan completamente de su decepción respecto a ella. Realmente había tenido miedo, aquella tarde de abril en el huerto, de haberle herido terriblemente y de que la herida tardaría mucho en sanar. Ahora veía que no había necesitado preocuparse. Los hombres han muerto y los gusanos se los han comido, pero no por amor. Gilbert evidentemente no corría peligro de disolución inmediata. Disfrutaba de la vida y estaba lleno de ambición y entusiasmo. Para él no habría ningún consumirse en la desesperación porque una mujer fuera hermosa y fría. Ana, mientras escuchaba el incesante intercambio de bromas entre él y Phil, se preguntó si no habría imaginado aquella expresión en sus ojos cuando le dijo que nunca podría quererle.

No faltaban quienes habrían ocupado de buen grado el lugar vacante de Gilbert. Pero Ana los desanimaba sin miedo y sin reproches. Si el verdadero Príncipe Azul no venía nunca, no quería ningún sustituto. Así se lo decía firmemente aquel día gris en el parque ventoso.

De repente llegó la lluvia de la profecía de la tía Jamesina, con ráfaga y precipitación. Ana abrió el paraguas y se apresuró a bajar la cuesta. Al salir al camino del puerto, una racha de viento feroz lo barrió de punta a punta. Al instante el paraguas se le volvió del revés. Ana lo agarró con desesperación. Y entonces, muy cerca de ella, sonó una voz.

—Perdona, ¿puedo ofrecerte el refugio de mi paraguas?

Ana levantó la vista. Alto y apuesto y de aspecto distinguido, ojos oscuros, melancólicos, insondables, voz suave, musical y llena de simpatía: sí, el mismísimo héroe de sus sueños estaba ante ella en carne y hueso. No habría podido parecerse más a su ideal ni encargado a medida.

—Gracias —dijo confusa.

—Será mejor que nos demos prisa hacia ese pequeño pabellón del cabo —propuso el desconocido—. Podemos esperar allí a que pase el chaparrón. No es probable que llueva tan fuerte mucho tiempo.

Las palabras eran muy corrientes, pero, oh, el tono. Y la sonrisa que las acompañaba. Ana sintió que el corazón le latía de un modo extraño.

Corrieron juntos hasta el pabellón y se sentaron sin aliento bajo su techo amigo. Ana levantó con una risa su traicionero paraguas.

—Es cuando mi paraguas se vuelve del revés cuando me convengo de la depravación total de las cosas inanimadas —dijo alegremente.

Las gotitas de lluvia brillaban en su pelo reluciente; sus rizos sueltos se curvaban alrededor del cuello y la frente. Las mejillas encendidas, los ojos grandes y luminosos como estrellas. Su acompañante la miró con admiración. Sintió que se ruborizaba bajo su mirada. ¿Quién podría ser? Ah, en la solapa de su abrigo llevaba prendido el blanco y escarlata de Redmond. Y sin embargo ella creía conocer, al menos de vista, a todos los alumnos de Redmond salvo los de primer año. Y ese joven cortés seguramente no era de primero.

—Somos compañeros de estudios, ya veo —dijo él, mirando los colores de Ana—. Eso debería bastar de presentación. Me llamo Royal Gardner. Y usted es la señorita Shirley que leyó la ponencia sobre Tennyson en la Filomática la otra noche, ¿verdad?

—Sí; pero yo no le ubico a usted para nada —dijo Ana con franqueza—. ¿Dónde encaja usted?

—Siento como si no encajara en ningún sitio todavía. Hice primero y segundo en Redmond hace dos años. Desde entonces he estado en Europa. Ahora he vuelto a terminar la licenciatura en Letras.

—Este también es mi tercer año —dijo Ana.

—Así que somos compañeros de curso además de compañeros de universidad. Me reconcilio con la pérdida de los años que se comió la langosta —dijo su acompañante, con todo un mundo de significado en esos maravillosos ojos suyos.

La lluvia cayó sin parar durante casi una hora. Pero el tiempo pareció realmente muy corto. Cuando las nubes se separaron y un rayo de pálido sol

de noviembre cayó oblicuamente sobre el puerto y los pinos, Ana y su acompañante volvieron juntos a casa. Cuando llegaron al portón de la casa de Patty, él había pedido permiso para visitarla, y lo había obtenido. Ana entró con las mejillas ardiendo y el corazón latiéndole hasta la punta de los dedos. Rojo, que se subió a su regazo y trató de besarla, recibió una bienvenida muy distraída. Ana, con el alma llena de románticos estremecimientos, no tenía atención que dispensar en ese momento a un gato con las orejas recortadas.

Aquella tarde llegó a la casa de Patty un paquete para la señorita Shirley. Era una caja que contenía una docena de rosas magníficas. Phil se apoderó con impertinencia de la tarjeta que cayó de ella, leyó el nombre y la cita poética escrita al dorso.

—¡Royal Gardner! —exclamó—. Pero, Ana, no sabía que conocías a Roy Gardner.

—Le conocí en el parque esta tarde bajo la lluvia —explicó Ana apresuradamente—. Se me volvió el paraguas del revés y él vino a rescatarme con el suyo.

—¡Oh! —Phil escudriñó a Ana con curiosidad—. ¿Y ese incidente de lo más corriente es razón suficiente para que nos mande rosas de tallo largo por docenas, con una rima muy sentimental? ¿O para que nos ruborizemos de un rojo divinamente rosado cuando miramos su tarjeta? Ana, tu cara te delata.

—No digas tonterías, Phil. ¿Conoces al señor Gardner?

—He conocido a sus dos hermanas y sé quién es. Como todo el mundo que vale algo en Kingsport. Los Gardner están entre los más ricos y distinguidos de los Narizazules. Roy es adorablemente guapo e inteligente. Hace dos años la salud de su madre empeoró y tuvo que dejar la universidad e irse a Europa con ella: su padre ha muerto. Debió de llevarse una gran decepción al tener que abandonar su clase, pero dicen que fue perfectamente encantador al respecto. Fi-fi-fo-fum, Ana. Huelo romance. Casi te envidio, pero no del todo. Después de todo, Roy Gardner no es Jonás.

—¡Qué ganso! —dijo Ana con altivez.

Pero se quedó despierta mucho tiempo esa noche, sin desear el sueño. Sus fantasías despiertas eran más seductoras que cualquier visión del país

de los sueños. ¿Había llegado al fin el verdadero Príncipe? Recordando esos gloriosos ojos oscuros que se habían posado tan profundamente en los suyos, Ana estaba muy inclinada a pensar que sí.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

PERSONAJES (nuevos):

- Royal Gardner / Roy Gardner → Royal Gardner / Roy Gardner (se mantiene; nombre propio inglés que no tiene equivalente castellano)
- Jonas Blake / Jonas → Jonás Blake / Jonás (traducción al castellano del nombre bíblico, coherente con la referencia religiosa del personaje)
- Miss Lavendar → señorita Lavanda (ya establecido en entregas anteriores)
- Paul Irving → Paul Irving (se mantiene)
- Charlotta the Fourth → Carlota la Cuarta (ya establecido)
- Stella Fletcher → Stella Fletcher (prometida de Davy; se mantiene)
- Mrs. Lilly, Mrs. Phinney, Miss Maria Grimsby, Mrs. Grant → se mantienen
- Arnold Sherman → Arnold Sherman (se mantiene)

LUGARES (nuevos):

- Mount Holly → Acebo del Monte (traducción descriptiva)
- Prospect Point → Punta Mirador (traducción descriptiva)
- St. Columbia → Saint Columbia (se mantiene como nombre de institución)
- Echo Lodge → Casona del Eco (ya establecido)

TÉRMINOS (nuevos):

- «Bluenoses» → «Narizazules» (gentilicio coloquial para los habitantes de Nueva Escocia; se traduce literalmente porque el término apodativo funciona igual en español)
- «the years that the locust has eaten» → «los años que se comió la langosta» (referencia bíblica directa, Joel 2:25; se mantiene la cita)

- «locomotor ataxia» → «ataxia locomotriz» (término médico establecido)
- Tennyson paper at the Philomathic → ponencia sobre Tennyson en la Filomática

NOTAS DE ESTILO:

- Las cartas de Phil son uno de los grandes logros estilísticos de Montgomery: voz epistolar viva, digresiva, autoconscientemente literaria. La traducción mantiene los cambios bruscos de registro, los incisos cómicos y el tono de confesión involuntaria.
- «Locust» / «langosta»: la cita de Joel 2:25 («restituiré los años que se comió la langosta») es perfectamente reconocible en español y se mantiene.
- «Prince Charming» → «Príncipe Azul»: ya establecido como equivalente en la metodología de traducción de esta serie.
- «Bluenoses»: el gentilicio coloquial para los novaescoceses tiene una equivalencia razonable en «Narizazules» (traducción literal). Podría dejarse en inglés, pero dado que la referencia es humorística y el efecto cómico viene de la rareza del término, la traducción literal funciona mejor.
- La descripción del aspecto de Jonás Blake es uno de los pasajes más deliberadamente cómicos de la novela: feo de manera sistemática y exhaustiva. Se ha preservado la enumeración paródica.
- La meditación de Ana sobre Gilbert al final del capítulo XXV incluye una cita de Shakespeare (Como gustéis , II.7: «Los hombres han muerto y los gusanos se los han comido, pero no por amor»). Se traduce con fidelidad porque la cita tiene resonancia clásica también en español.

CAPÍTULO XXVI

APARECE CRISTINA

Las chicas de la casa de Patty se estaban vistiendo para la recepción que los alumnos de tercero daban a los de cuarto en febrero. Ana se contempló en el espejo del cuarto azul con satisfacción juvenil. Llevaba un vestido particularmente bonito. En su origen no era más que un sencillo fondo de seda color crema con una sobrefalda de gasa. Pero Phil se había empeñado en llevárselo a casa en las vacaciones de Navidad y bordar pequeños capullitos de rosa por toda la gasa. Los dedos de Phil eran ágiles, y el resultado fue un vestido que era la envidia de todas las chicas de Redmond. Incluso Allie Boone, cuyos vestidos venían de París, solía mirar con ojos de deseo aquella creación de capullitos cuando Ana subía la escalera principal de Redmond con él puesto.

Ana estaba probando el efecto de una orquídea blanca en el pelo. Roy Gardner le había enviado orquídeas blancas para la recepción, y sabía que ninguna otra chica de Redmond las llevaría esa noche, cuando Phil entró con mirada admirativa.

—Ana, esta es sin duda tu noche de estar guapísima. Nueve noches de cada diez puedo superarte fácilmente. La décima floreces de repente en algo que me eclipsa por completo. ¿Cómo lo haces?

—Es el vestido, querida. Plumas hermosas.

—Que no. La última vez que brillaste de belleza llevabas tu vieja blusita de franela azul que te hizo la señora Lynde. Si Roy no hubiera perdido ya cabeza y corazón por ti, esta noche lo perdería sin remedio. Pero las orquídeas no me gustan en ti, Ana. No; no es envidia. Las orquídeas no te pertenecen. Son demasiado exóticas, demasiado tropicales, demasiado insolentes. En el pelo, desde luego, no te las pongas.

—Está bien, no me las pondré. Admito que las orquídeas tampoco me gustan a mí. No creo que tengan ningún parentesco conmigo. Roy no las manda a menudo: sabe que a mí me gustan las flores con las que puedo convivir. Las orquídeas son flores de visita nada más.

—Jonás me ha mandado unos botones de rosa rosados muy bonitos para la noche, pero él no va a venir. Dijo que tenía que dirigir una reunión de oración en los barrios bajos. No creo que quisiera venir. Ana, tengo el horrible miedo de que a Jonás no le importe nada de verdad. Y estoy intentando decidir si me consumo y me muero, o sigo adelante, me licencio y soy sensata y útil.

—Tú no podrías ser sensata y útil de ninguna manera, Phil, así que será mejor que te consumas y te mueras —dijo Ana sin compasión.

—¡Qué cruel, Ana!

—¡Qué tonta, Phil! Sabes perfectamente bien que Jonás te quiere.

—Pero no me lo dice. Y no puedo obligarle. Lo demuestra, lo admito. Pero «háblame solo con los ojos» no es razón suficientemente fiable para bordar tapetes y deshilar manteles. No quiero empezar esa labor hasta estar prometida de verdad. Sería tentar al destino.

—El señor Blake tiene miedo de pedirte que te cases con él, Phil. Es pobre y no puede ofrecerte un hogar como el que siempre has tenido. Sabes que esa es la única razón por la que no ha hablado hace mucho tiempo.

—Supongo que sí —convino Phil con melancolía. «Bueno», animándose, «si no me pide que me case con él, se lo pido yo, sin más. Así que está abocado a salir bien. No me voy a preocupar. Por cierto, Gilbert Blythe anda constantemente con Cristina Stuart. ¿Lo sabías?»

Ana estaba intentando abrochar una cadenita de oro alrededor del cuello. De repente el cierre se le resistió. ¿Qué le pasaría, a él o a sus dedos?

—No —dijo con indiferencia—. ¿Quién es Cristina Stuart?

—La hermana de Ronald Stuart. Este invierno está en Kingsport estudiando música. Yo no la he visto, pero dicen que es muy guapa y que Gilbert está completamente loco por ella. Qué furiosa me puse cuando rechazaste a Gilbert, Ana. Pero Roy Gardner estaba predestinado para ti. Ahora lo veo claramente. Tenías razón, al fin y al cabo.

Ana no se ruborizó, como hacía habitualmente cuando las chicas daban por sentado que su eventual matrimonio con Roy Gardner era cosa decidida. De repente se sintió un poco apagada. El parloteo de Phil le pareció trivial y la recepción un aburrimiento. Le dio un coscorrón al pobre Rojo.

— ¡Bájate de ese cojín ahora mismo, gato! ¿Por qué no te quedas abajo donde te corresponde?

Ana cogió sus orquídeas y bajó la escalera, donde la tía Jamesina presidía una hilera de abrigos colgados frente al fuego para que se calentaran. Roy Gardner esperaba a Ana y le estaba tomando el pelo a la Gata Sarah mientras aguardaba. La Gata Sarah no le aprobaba. Siempre le daba la espalda. Pero todos los demás en la casa de Patty le querían mucho. La tía Jamesina, arrastrada por su invariable y deferente cortesía y el tono suplicante de su deliciosa voz, declaraba que era el joven más agradable que había conocido nunca, y que Ana era una chica muy afortunada. Tales comentarios ponían a Ana intranquila. El cortejo de Roy había sido sin duda tan romántico como podía desear cualquier corazón de doncella, pero... deseaba que la tía Jamesina y las chicas no lo dieran todo por tan sentado. Cuando Roy murmuró un piropo poético mientras le ayudaba a ponerse el abrigo, ella no se ruborizó ni se estremeció como de costumbre; y él la encontró bastante silenciosa durante su breve paseo hasta Redmond. Pensó que tenía algo de palidez cuando salió del vestuario de las alumnas; pero al entrar en el salón de recepción el color y el brillo le volvieron de repente. Se volvió hacia Roy con su expresión más alegre. Él le sonrió de vuelta con lo que Phil llamaba «su sonrisa honda, negra y aterciopelada». Pero en realidad no veía a Roy en absoluto. Tenía una conciencia aguda de que Gilbert estaba bajo las palmeras al otro lado del salón hablando con una chica que debía de ser Cristina Stuart.

Era muy hermosa, del tipo de majestuosidad destinada a volverse algo corpulenta en la mediana edad. Una chica alta, con grandes ojos azul oscuro, contornos de marfil y un brillo de oscuridad en el pelo liso.

«Tiene el aspecto que yo siempre he querido tener», pensó Ana con amargura. «Tez de pétalo de rosa, ojos violetas como estrellas, pelo de azabache: sí, lo tiene todo. ¡Qué extraño que encima no se llame Cordelia Fitzgerald! Pero no creo que su figura sea tan buena como la mía, y su nariz desde luego no lo es.»

Ana se sintió algo consolada por esta conclusión.

CAPÍTULO XXVII

CONFIDENCIAS MUTUAS

Marzo llegó ese invierno como el más manso y apacible de los corderos, trayendo días nítidos y dorados y chispeantes, cada uno seguido por un crepúsculo rosado y helado que se perdía gradualmente en un país de hadas lleno de luz de luna.

Sobre las chicas de la casa de Patty caía la sombra de los exámenes de abril. Estudiaban con ahínco; incluso Phil se había puesto a los libros y los apuntes con una aplicación que nadie esperaba de ella.

—Voy a obtener la beca Johnson de Matemáticas —anunció con calma—. Podría ganar fácilmente la de Griego, pero prefiero la de Matemáticas porque quiero demostrarle a Jonás que soy realmente enormemente lista.

—Jonás te aprecia más por tus grandes ojos marrones y tu sonrisa torcida que por toda la inteligencia que llevas bajo los rizos —dijo Ana.

—Cuando yo era chica no se consideraba propio de una señorita saber nada de Matemáticas —dijo la tía Jamesina—. Pero los tiempos han cambiado. No sé que hayan cambiado para mejor siempre. ¿Sabes cocinar, Phil?

—No, en mi vida he cocinado nada más que un pan de jengibre que fue un fracaso: hundido en el centro y con montoncitos por los bordes. Ya sabes el tipo. Pero, tía, cuando me ponga en serio a aprender a cocinar, ¿no crees que la inteligencia que me permite ganar una beca de Matemáticas también me permitirá aprender a cocinar igual de bien?

—Puede —dijo la tía Jamesina con cautela—. No estoy en contra de la educación superior de la mujer. Mi hija es licenciada en Letras. También sabe cocinar. Pero yo le enseñé a cocinar antes de dejar que ningún cate-
drático le enseñara Matemáticas.

A mediados de marzo llegó una carta de la señorita Patty Spofford, diciendo que ella y la señorita María habían decidido quedarse en el extranjero un año más.

«Así que podéis tener la casa de Patty el invierno que viene también», escribía. «María y yo vamos a recorrer Egipto. Quiero ver la Esfinge al menos una vez antes de morir.»

— ¡Pensar que esas dos damas van a "recorrer Egipto"! Me pregunto si mirarán a la Esfinge y seguirán haciendo punto — rió Priscilla.

— Me alegra mucho que podamos quedarnos con la casa de Patty un año más — dijo Stella—. Temía que volvieran. Y entonces nuestro pequeño y alegre nido se habría deshecho, y nosotras, pobres polluelas implumes, expulsadas de nuevo al mundo cruel de las pensiones.

— Me voy a dar un paseo por el parque — anunció Phil, tirando el libro—. Creo que cuando tenga ochenta años me alegrará haber salido a pasear por el parque esta noche.

— ¿Qué quieres decir? — preguntó Ana.

— Ven conmigo y te lo digo, cielo.

En su paseo capturaron todos los misterios y magias de una tarde de marzo. Una tarde muy quieta y suave, envuelta en un gran silencio blanco y meditabundo, un silencio que sin embargo estaba atravesado por muchos pequeños sonidos plateados que podías oír si escuchabas tanto con el alma como con los oídos. Las chicas vagaron por un largo pasillo de pinar que parecía llevar directamente al corazón de un ocaso invernal profundo y rojo y rebosante.

— Me iría a casa a escribir un poema en este bendito momento si supiera cómo — declaró Phil, deteniéndose en un claro donde una luz rosada teñía las puntas verdes de los pinos—. Todo es tan maravilloso aquí: esta gran quietud blanca, y esos árboles oscuros que siempre parecen estar pensando.

— «Los bosques fueron los primeros templos de Dios» — citó Ana en voz baja—. No se puede evitar sentir reverencia y adoración en un lugar así. Siempre me siento tan cerca de Él cuando camino entre los pinos.

— Ana, soy la chica más feliz del mundo — confesó Phil de repente.

—¿Así que el señor Blake te ha pedido por fin que te cases con él? —dijo Ana con calma.

—Sí. Y estornudé tres veces mientras me lo pedía. ¿No fue horrible? Pero dije «sí» casi antes de que terminara: tenía tanto miedo de que cambiara de idea y se callara. Estoy loca de felicidad. No podía creer de verdad que Jonás fuera a preocuparse nunca por una frívola como yo.

—Phil, no eres realmente frívola —dijo Ana con seriedad—. En el fondo, debajo de ese exterior frívolo tuyo, tienes un alma pequeña y querida, leal y femenina. ¿Por qué la escondes tanto?

—No puedo evitarlo, reina Ana. Tienes razón: en el fondo no soy frívola. Pero tengo una especie de capa frívola sobre el alma y no puedo quitármela. Como dice la señora Poyser, tendría que nacer de nuevo y nacer distinta para poder cambiarla. Pero Jonás conoce la Phil real y me quiere, frivolidad y todo. Y yo le quiero a él. Nunca me he llevado una sorpresa tan grande en mi vida como cuando descubrí que le quería. Nunca había creído posible enamorarme de un hombre feo. Imagíname, reducida a un solo pretendiente. Y uno que se llama Jonás. Pero pienso llamarle Jo. Es un nombre tan bonito y tan compacto. A Alonzo no podría hacerle diminutivos.

—¿Y qué pasa con Alec y Alonzo?

—Oh, en Navidad les dije que nunca podría casarme con ninguno de los dos. Ahora me parece tan extraño recordar que en algún momento creí que podría. Los dos se quedaron tan mal que lloré por los dos: me puse a berrear. Pero sabía que había un solo hombre en el mundo con el que podría casarme. Esta vez me decidí yo sola, y fue muy fácil también. Es muy agradable sentirse segura, y saber que es tu propia seguridad y no la de otra persona.

—¿Crees que serás capaz de mantenerla?

—¿Decidirme, quieres decir? No lo sé, pero Jo me ha dado una regla magnífica. Dice que cuando me encuentre perpleja, que haga lo que me gustaría haber hecho cuando tenga ochenta años. En todo caso, Jo se decide rápido bastante, y sería incómodo tener demasiada cabeza en la misma casa.

—¿Qué dirán tu padre y tu madre?

—Papá no dirá mucho. Cree que todo lo que hago está bien. Pero mamá hablará. Oh, tendrá la lengua tan birónica como la nariz. Pero al final todo irá bien.

—Cuando te cases con el señor Blake tendrás que renunciar a muchas cosas que siempre has tenido, Phil.

—Pero le tendré a él. No echaré de menos lo demás. Nos casamos dentro de junio del año que viene. Jo se licencia en Saint Columbia esta primavera, ¿sabes? Luego va a hacerse cargo de una iglesita misionera en Patterson Street, en los barrios bajos. ¡Imagíneme en los barrios bajos! Pero iría allí o a las gélidas montañas de Groenlandia con él.

—Y esta es la chica que nunca se casaría con un hombre que no fuera rico —comentó Ana dirigiéndose a un pino joven.

—Oh, no me eches en cara los disparates de mi juventud. Seré pobre con la misma alegría con que he sido rica. Ya verás. Voy a aprender a cocinar y a transformar vestidos. Desde que vivo en la casa de Patty he aprendido a hacer la compra; y una vez dirigí una clase de Escuela Dominical durante todo un verano. La tía Jamesina dice que arruinaré la carrera de Jo si me caso con él. Pero no lo haré. Sé que no tengo mucho sentido ni compostura, pero tengo algo mucho mejor: el don de caerle bien a la gente. En Bolingbroke hay un hombre que cecear y que siempre testimonia en las reuniones de oración. Dice: «Si no puedes brillar como una estrella eléctrica, brilla como una vela». Yo seré la vela de Jo.

—Phil, eres incorregible. Bueno, te quiero tanto que no puedo hacerte discursitos ligeros y congratuladores. Pero me alegra de corazón tu felicidad.

—Lo sé. Esos grandes ojos grises tuyos rebosan de verdadera amistad, Ana. Algún día yo te miraré a ti igual. ¿Tú vas a casarte con Roy, verdad, Ana?

—Querida Philippa, ¿has oído hablar de la famosa Betty Baxter, que «rechazó a un hombre antes de que le preguntara»? No pienso emular a esa celebrada señora ni rechazando ni aceptando a nadie antes de que me «pregunte».

—Todo Redmond sabe que Roy está loco por ti —dijo Phil con franqueza—. Y tú le quieres, ¿verdad, Ana?

—Supongo que sí —dijo Ana de mala gana. Sintió que debería estar ruborizándose al hacer tal confesión; pero no era así; en cambio, siempre se ponía encarnada cuando alguien decía algo sobre Gilbert Blythe o Cristina Stuart en su presencia. Gilbert Blythe y Cristina Stuart no eran nada para ella, absolutamente nada. Pero Ana había dejado de intentar analizar la razón de sus rubores. En cuanto a Roy, claro que estaba enamorada de él: locamente. ¿Cómo podía no estarlo? ¿Acaso no era su ideal? ¿Quién podría resistirse a esos ojos oscuros y gloriosos y a esa voz suplicante? ¿Acaso no envidiaban la mitad de las chicas de Redmond? ¿Y qué soneto tan encantador le había mandado, con una caja de violetas, por su cumpleaños? Ana se sabía cada palabra de memoria. Además era bastante buena composición de ese tipo. No exactamente a la altura de Keats ni de Shakespeare, incluso Ana no estaba tan perdidamente enamorada como para creer eso. Pero era unos versos de revista muy tolerables. Y estaban dedicados a ella: no a Laura ni a Beatriz ni a la Doncella de Atenas, sino a ella, Ana Shirley. Que le dijeran en cadencias rítmicas que sus ojos eran estrellas del amanecer, que su mejilla tenía el rubor que le había robado al sol naciente, que sus labios eran más rojos que las rosas del paraíso era exquisitamente romántico. Gilbert nunca se le habría ocurrido escribir un soneto sobre sus cejas. Pero es que Gilbert era capaz de ver una broma. Una vez le contó a Roy una historia graciosa, y él no le vio la gracia. Recordó la risa cómplice que ella y Gilbert habían compartido con ella, y se preguntó inquieta si la vida con un hombre sin sentido del humor no sería en el fondo algo aburrida. Pero ¿cómo esperar que un héroe melancólico e insondable viera el lado humorístico de las cosas? Sería francamente irrazonable.

CAPÍTULO XXVIII

UNA TARDE DE JUNIO

—Me pregunto cómo sería vivir en un mundo donde siempre fuera junio — dijo Ana, al llegar a través de los aromas y la flor del huerto crepuscular a la puerta principal, donde Marilla y la señora Rachel estaban sentadas conversando sobre el funeral de la señora Samson Coates, al que habían asistido ese día. Dora estaba sentada entre ellas, estudiando con aplicación las lecciones; pero Davy estaba sentado en el suelo a la turca, con la cara tan sombría y deprimida como su único hoyuelo le permitía ponerse.

—Te cansarías —dijo Marilla, con un suspiro.

—Es probable; pero ahora mismo siento que tardaría mucho en cansarme, si todo fuera tan encantador como hoy. Junio le gusta a todo el mundo. Davy-niño, ¿por qué esa cara tan novembrina en plena floración?

—Es que estoy harto de vivir —dijo el joven pesimista.

—¿A los diez años? Vaya, qué triste.

—No me estoy burlando —dijo Davy con dignidad—. Estoy des... des... desanimado —soltando la palabra con valeroso esfuerzo.

—¿Por qué y por qué causa? —preguntó Ana, sentándose a su lado.

—Porque el nuevo maestro que vino cuando el señor Holmes se puso enfermo me ha mandado diez sumas para el lunes. Me llevará todo el día de mañana hacerlas. No es justo tener que trabajar los sábados. Milty Boulter dijo que él no las haría, pero Marilla dice que yo tengo que hacerlas. La señorita Carson no me gusta nada.

—No hables así de tu maestra, Davy Keith —dijo la señora Rachel con severidad—. La señorita Carson es una chica muy buena. No tiene nada de tontería.

—Eso no suena muy atractivo —rió Ana—. A mí me gusta que la gente tenga un poco de tontería. Pero me inclino a tener mejor opinión de la señorita Carson que tú. La vi en la reunión de oración anoche, y tiene un par de ojos que no siempre pueden parecer sensatos. Vamos, Davy-niño, ánimate. «El mañana traerá otro día», y yo te ayudaré con las sumas en la medida de mis posibilidades. No desperdicies esta hora encantadora entre la luz y la oscuridad preocupándote por la aritmética.

—Bueno, no me preocuparé —dijo Davy, animándose—. Si me ayudas a hacer las sumas las terminaré a tiempo de ir a pescar con Milty. Ojalá el fu-

neral de la vieja tía Atossa fuera mañana en lugar de hoy. Quería ir porque Milty dijo que su madre dijo que la tía Atossa seguramente se levantaría en el ataúd y diría cosas sarcásticas a la gente que viniera a enterrarla. Pero Marilla dijo que no.

—La pobre Atossa yació en el ataúd con bastante paz —dijo la señora Lynde solemnemente—. Nunca la había visto con tan buena cara, eso es lo que hay. Bueno, no se han derramado muchas lágrimas por ella, pobre alma. Los Elisha Wright están contentos de haberse librado de ella, y no puedo culparles ni lo más mínimo.

—Me parece algo muy terrible salir de este mundo sin dejar atrás a nadie que sienta que te has ido —dijo Ana, estremeciéndose.

—Nadie quiso nunca a la pobre Atossa salvo sus padres, eso es seguro, ni siquiera su marido —afirmó la señora Lynde—. Era su cuarta esposa. Él había cogido la costumbre de casarse. Solo vivió unos pocos años después de casarse con ella. El médico dijo que murió de dispepsia, pero yo siempre sostendré que murió de la lengua de Atossa, eso es lo que hay. Pobre alma, siempre lo sabía todo de sus vecinos, pero nunca fue muy amiga de sí misma. Bueno, ya se ha ido de todas formas; y supongo que la próxima novedad será la boda de Diana.

—Da una sensación extraña y horrible pensar en que Diana se casa —suspiró Ana, abrazándose las rodillas y mirando a través del claro del Bosque Encantado hacia la luz que brillaba en el cuarto de Diana.

—No veo qué tiene de horrible, cuando le va tan bien —dijo la señora Lynde con énfasis—. Fred Wright tiene una finca estupenda y es un joven modélico.

—Desde luego no es el joven salvaje, apuesto y perverso con quien Diana una vez quiso casarse —sonrió Ana—. Fred es extraordinariamente bueno.

—Que es exactamente lo que debe ser. ¿Querías que Diana se casara con un hombre perverso? ¿O casarte tú con uno?

—Oh, no. No quisiera casarme con nadie que fuera perverso, pero creo que me gustaría que pudiera serlo y optara por no serlo. Fred, en cambio, es irremediablemente bueno.

—Tendrás más cabeza algún día, espero —dijo Marilla.

Marilla habló con cierta amargura. Estaba gravemente decepcionada. Sabía que Ana había rechazado a Gilbert Blythe. Los cotilleos de Avonlea zumbaban con el hecho, que se había filtrado, nadie sabía cómo. Quizá Charlie Sloane había sacado sus conjeturas y las había contado como verdades. Quizá Diana lo había traicionado a Fred y Fred había sido indiscreto. En todo caso era sabido; la señora Blythe ya no le preguntaba a Ana, en público ni en privado, si había tenido noticias de Gilbert últimamente, sino que la saludaba con una reverencia glacial. Ana, que siempre había querido a la madre alegre y jovial de Gilbert, lo sentía en secreto. Marilla no decía nada; pero la señora Lynde le daba a Ana muchos pellizcos exasperados al respecto, hasta que los últimos cotilleos llegaron a esa digna señora, a través de la madre del señor Moody Spurgeon MacPherson, de que Ana tenía otro «pretendiente» en la universidad, que era rico y guapo y bueno todo en uno. Después de eso la señora Rachel guardó silencio, aunque en el fondo de su corazón seguía deseando que Ana hubiera aceptado a Gilbert. Las riquezas estaban muy bien; pero incluso la señora Rachel, alma práctica si las había, no las consideraba lo único esencial. Si Ana «prefería» al Desconocido Guapo antes que a Gilbert no había nada más que decir; pero la señora Rachel tenía un miedo terrible de que Ana fuera a cometer el error de casarse por dinero. Marilla conocía a Ana demasiado bien para temer eso; pero sentía que algo en el esquema universal de las cosas había ido tristemente torcido.

—Lo que ha de ser, será —dijo la señora Rachel con pesadumbre—, y lo que no ha de ser a veces ocurre de todas formas. No puedo evitar creer que en el caso de Ana va a ocurrir, si la Providencia no interviene, eso es lo que hay. —La señora Rachel suspiró. Tenía miedo de que la Providencia no interviniera; y ella misma no se atrevía a hacerlo.

Ana había vagado hasta el Manantial de la Náyade y estaba acurrucada entre los helechos a la raíz del gran abedul blanco donde tantas veces ella y Gilbert habían estado sentados en los veranos pasados. Él había vuelto a la redacción del periódico cuando cerró la universidad, y Avonlea le parecía muy triste sin él. No le escribía, y Ana echaba de menos las cartas que no llegaban. A decir verdad, Roy escribía dos veces por semana; sus cartas eran exquisitas composiciones que habrían quedado muy bien en unas memorias o una biografía. Ana se sentía más enamorada de él que nunca

cuando las leía; pero su corazón nunca daba aquel latido extraño, rápido y doloroso ante sus cartas que había dado un día cuando la señora Hiram Sloane le tendió un sobre con la letra negra y vertical de Gilbert. Ana había corrido a casa al gabinete del este y lo había abierto con ansia: para encontrar una copia mecanografiada de algún informe de una asociación universitaria, «y nada más». Ana arrojó el inofensivo documento por la habitación y se sentó a escribirle una epístola especialmente afectuosa a Roy.

Diana iba a casarse dentro de cinco días. La casa gris de la Ladera del Huerto estaba en pleno torbellino de hornear y macerar y hervir y guisar, pues iba a haber una boda grande, a la antigua. Ana, por supuesto, iba a ser la dama de honor, como habían acordado cuando tenían doce años, y Gilbert venía desde Kingsport para ser el padrino. Ana disfrutaba de la agitación de los distintos preparativos, pero bajo todo ello llevaba una pequeña tristeza en el corazón. En cierto sentido estaba perdiendo a su querida vieja amiga; el nuevo hogar de Diana estaría a dos millas de Tejas Verdes, y la antigua compañía constante nunca volvería a ser la misma. Ana miró hacia la luz de Diana y pensó en cómo le había señalado el camino durante tantos años; pero pronto no brillaría más en los crepúsculos del verano. Dos lágrimas grandes y dolorosas afloraron a sus ojos grises.

«Oh», pensó, «qué horrible es que la gente tenga que crecer y casarse y cambiar».

CAPÍTULO XXIX

LA BODA DE DIANA

—Al fin y al cabo, las únicas rosas de verdad son las rosas rosas —dijo Ana, mientras ataba cinta blanca alrededor del ramo de Diana en el gabinete que miraba al poniente en la Ladera del Huerto—. Son las flores del amor y de la fidelidad.

Diana estaba de pie nerviosamente en medio del cuarto, ataviada con su blanco nupcial, los rizos negros encubiertos por el velo de la boda. Ana le había colocado el velo, de acuerdo con el sentimental pacto de años atrás.

—Se parece bastante a como solía imaginarlo hace mucho tiempo, cuando lloraba pensando en tu inevitable boda y en nuestra consiguiente separación —rió—. Tú eres la novia de mis sueños, Diana, con el «velo suave y neblinoso»; y yo soy tu dama de honor. Pero, ay, no tengo las mangas abulonadas, aunque estas cortas de encaje son incluso más bonitas. Tampoco se me parte del todo el corazón ni exactamente le detesto a Fred.

—No nos separamos de verdad, Ana —protestó Diana—. No me voy lejos. Nos querremos igual que siempre. Hemos mantenido ese «juramento» de amistad que hicimos hace tanto tiempo, ¿verdad?

—Sí. Lo hemos mantenido fielmente. Hemos tenido una amistad hermosa, Diana. Nunca la hemos empañado con ninguna discusión ni frialdad ni palabra desagradable; y espero que siempre sea así. Pero las cosas no pueden ser del todo igual después de esto. Tendrás otros intereses. Yo quedaré fuera. Pero «así es la vida», como dice la señora Rachel. La señora Rachel te ha dado una de sus queridas colchas de punto con el «patrón de tabaco», y dice que cuando yo me case también me dará una.

—Lo malo de que te cases tú es que yo no podré ser tu dama de honor —se lamentó Diana.

—Voy a ser la dama de honor de Phil el junio que viene, cuando se case con el señor Blake, y entonces tendré que parar, porque ya sabes el proverbio: «tres veces dama de honor, nunca novia» —dijo Ana, asomándose por la ventana al rosa y la nieve del huerto florido que había abajo—. Ahí viene el pastor, Diana.

—Oh, Ana —jadeó Diana, poniéndose de repente muy pálida y empezando a temblar—. Oh, Ana, estoy tan nerviosa: no puedo aguantar: Ana, creo que me voy a desmayar.

—Si lo haces te arrasto hasta la cisterna de agua de lluvia y te tiro dentro —dijo Ana sin compasión—. Anímate, queridísima. Casarse no puede ser tan terrible cuando hay tanta gente que sobrevive a la ceremonia. Mira qué tranquila y entera estoy yo, y ten valor.

—Espera tu turno, señorita Ana. Oh, Ana, oigo a papá subiendo las escaleras. Dame el ramo. ¿Está bien el velo? ¿Estoy muy pálida?

—Estás preciosa. Di, querida, dame un beso de despedida por última vez. Diana Barry nunca volverá a besarme.

—Diana Wright sí que lo hará. Mira, mamá está llamando. Vamos.

Siguiendo la sencilla manera antigua que entonces estaba en uso, Ana bajó al salón del brazo de Gilbert. Se encontraron en lo alto de la escalera por primera vez desde que habían salido de Kingsport, pues Gilbert había llegado solo ese día. Gilbert le estrechó la mano con cortesía. Tenía muy buen aspecto, aunque, según notó Ana al instante, algo delgado. No estaba pálido; había un color en su mejilla que se le había encendido cuando Ana venía hacia él por el pasillo, con su suave vestido blanco y lirios del valle en las masas relucientes del pelo. Al entrar juntos en el salón lleno, un pequeño murmullo de admiración recorrió la habitación. «Qué pareja tan atractiva forman», le susurró la impresionable señora Rachel a Marilla.

Fred entró solo, con la cara muy encendida, y luego Diana entró majestuosamente del brazo de su padre. No se desmayó, y nada inoportuno ocurrió para interrumpir la ceremonia. Siguieron el festejo y el regocijo; luego, al irse apagando la tarde, Fred y Diana se marcharon en coche bajo la luz de la luna hacia su nuevo hogar, y Gilbert acompañó a Ana a Tejas Verdes.

Algo de su vieja camaradería había vuelto durante la alegría informal de la tarde. Oh, era agradable estar volviendo por aquel camino tan conocido con Gilbert de nuevo.

La noche era tan quieta que uno debería haber podido oír el susurro de las rosas en flor, la risa de las margaritas, el piar de los pastos: muchos sonidos dulces, todos entrelazados. La belleza de la luz de luna sobre los campos conocidos irradiaba el mundo.

—¿Podemos dar una vuelta por el Callejón de los Enamorados antes de que entres? —preguntó Gilbert cuando cruzaban el puente sobre el Lago de

las Aguas Rutilantes, en el que la luna yacía como una gran flor de oro anegada.

Ana asintió de buena gana. El Callejón de los Enamorados era aquella noche un camino de verdad de país de hadas: un lugar tenue y misterioso, lleno de encantamiento en el blanco tejido de la luz de luna. Había habido un tiempo en que un paseo así con Gilbert por el Callejón de los Enamorados habría sido muy arriesgado. Pero Roy y Cristina lo habían vuelto muy seguro. Ana se descubrió pensando mucho en Cristina mientras charlaba alegremente con Gilbert. La había visto varias veces antes de dejar Kingsport, y había sido encantadoramente amable con ella. Cristina también había sido encantadoramente amable. Eran en verdad una pareja de lo más cordial. Pero a pesar de todo ello, su trato no había madurado en amistad. Evidentemente Cristina no era un alma gemela.

—¿Vas a estar en Avonlea todo el verano? —preguntó Gilbert.

—No. La semana que viene me voy hacia el este, a Valley Road. Esther Haythorne quiere que la sustituya durante julio y agosto. En esa escuela tienen un trimestre de verano, y Esther no se encuentra bien. En cierto modo no me importa. ¿Sabes?, estoy empezando a sentirme un poco extraña en Avonlea. Me da pena, pero es verdad. Es bastante alarmante ver la cantidad de niños que han crecido para convertirse en chicos y chicas grandes, jóvenes y señoritas de verdad, en estos últimos dos años. La mitad de mis alumnos son mayores. Me hace sentir terriblemente vieja verles en los sitios que solíamos ocupar tú y yo y nuestros compañeros.

Ana rió y suspiró. Se sentía muy mayor y madura y sabia, lo que demostraba lo joven que era. Se decía que anhelaba con toda su alma volver a aquellos días queridos y alegres cuando la vida se veía a través de una neblina rosada de esperanza e ilusión, y poseía algo indefinible que había pasado para siempre. ¿Dónde estaba ahora, la gloria y el sueño?

—«Y así se va el mundo» —citó Gilbert de manera práctica, y un tanto distraída. Ana se preguntó si estaría pensando en Cristina. Oh, Avonlea iba a ser tan solitaria ahora, ¡con Diana ida!

CAPÍTULO XXX

EL ROMANCE DE LA SEÑORA SKINNER

Ana se apeó del tren en la estación de Valley Road y miró a su alrededor para ver si alguien había venido a buscarla. Iba a hospedarse con una cierta señorita Janet Sweet, pero no veía a nadie que correspondiera lo más mínimo a su imagen de esa señora, formada a partir de la carta de Esther. La única persona a la vista era una mujer de edad, sentada en un carro con bolsas del correo apiladas a su alrededor. Doscientas libras habría sido una estimación caritativa de su peso; tenía la cara tan redonda y tan roja como una luna de cosecha y casi tan inexpresiva. Llevaba un vestido ajustado de cachemir negro, hecho a la moda de hacía diez años, un pequeño sombrero de paja negra polvoriento adornado con lazos de cinta amarilla, y desvaídos mitones de encaje negro.

—Eh, usted —llamó, agitando el látigo hacia Ana—. ¿Es usted la nueva maestra de Valley Road?

—Sí.

—Bueno, ya me lo parecía. Valley Road es famoso por sus maestras guapas, igual que Millersville lo es por sus maestras feas. La señorita Janet Sweet me preguntó esta mañana si podía traerla. Le dije: «Claro que puedo, si no le importa ir un poco apretada. Este carro mío es algo pequeño para las bolsas del correo, y yo peso algo más que Thomas». Espere un momento, señorita, que desplazo un poco las bolsas y la acomodo de alguna manera. Son solo dos millas hasta casa de Janet. El mozo del vecino vendrá esta noche a por su baúl. Me llamo Skinner: Amelia Skinner.

Ana fue eventualmente acomodada, intercambiando consigo misma sonrisas divertidas durante el proceso.

—Vamos, yegua negra —ordenó la señora Skinner, recogiendo las riendas en sus manos regordetas—. Esta es mi primera ruta del correo. Thomas quería azadonar sus nabos hoy, así que me pidió que viniera yo. Me apañé como pude. En cierta manera me gusta. Claro que es algo tedioso. Parte del tiempo me siento y pienso, y el resto me siento y ya. Vamos, yegua negra. Quiero llegar a casa temprano. Thomas se queda muy solo cuando no estoy. Ya ve, no llevamos mucho tiempo casados.

—¡Oh! —dijo Ana educadamente.

—Un mes nada más. Thomas me cortejó durante bastante tiempo. Fue muy romántico. —Ana intentó imaginar a la señora Skinner en términos amistosos con el romance y no lo consiguió.

—¿Ah, sí? —dijo de nuevo.

—Sí. Ya ve, había otro hombre detrás de mí. Vamos, yegua negra. Llevaba tanto tiempo de viuda que la gente había desistido de esperar que me volviera a casar. Pero cuando mi hija, que es maestra como usted, se fue al Oeste a enseñar, me quedé muy sola y no estaba nada en contra de la idea. Al poco tiempo Thomas empezó a venir, y también el otro tipo: William Obadías Seaman, se llamaba. Por mucho tiempo no pude decidirme entre los dos, y ellos que seguían viniendo y viniendo, y yo que seguía dándole vueltas. Ya ve, W. O. era rico: tenía una finca estupenda y vivía con bastante estilo. Era de lejos el mejor partido. Vamos, yegua negra.

—¿Por qué no se casó con él? —preguntó Ana.

—Pues ya ve, es que él no me quería —respondió la señora Skinner con solemnidad.

Ana abrió mucho los ojos y miró a la señora Skinner. Pero en la cara de esa señora no había ni un asomo de humor. Evidentemente la señora Skinner no veía nada gracioso en su propio caso.

—Llevaba tres años de viudo, y su hermana le llevaba la casa. Luego ella se casó y él simplemente quería a alguien que cuidara de la suya. Valía la pena cuidarla, eso sí. Es una casa magnífica. Vamos, yegua negra. En cuanto a Thomas, era pobre, y si su casa no tenía goteras en tiempo seco ya era bastante decir, aunque tiene un aspecto algo pintoresco. Pero, ya ve, yo quería a Thomas, y por W. O. no sentía ni un ardite. Así que me lo pensé bien. «Sarah Crowe», me dije —mi primer marido era un Crowe—,

«puedes casarte con el hombre rico si quieres, pero no serás feliz. La gente no puede llevarse bien en este mundo sin un poco de amor. Mejor que te ates a Thomas, porque él te quiere y tú le quieres a él, y no hay otra que valga». Vamos, yegua negra. Así que le dije a Thomas que le aceptaba. Todo el tiempo que estuve haciendo los preparativos nunca me atreví a pasar en coche por delante de la casa de W. O. por miedo a que la vista de esa magnífica casa me volviera a meter el gusanillo. Pero ahora no pienso en ella para nada, y estoy tan a gusto y tan contenta con Thomas. Vamos, yegua negra.

—¿Y cómo se lo tomó William Obadías? —preguntó Ana.

—Oh, se armó algo. Pero ahora está rondando a una solterona escuálida de Millersville, y supongo que ella le atraparé bien pronto. Ella le hará mejor esposa que la primera. W. O. nunca quiso casarse con ella. Solo se lo pidió porque su padre quería que lo hiciera, sin soñar que ella diría «sí». Pero fíjese: dijo «sí». Vaya en qué aprieto se metió. Vamos, yegua negra. Era una gran ama de casa, pero tremendamente tacaña. Llevó el mismo sombrero dieciocho años. Luego se compró uno nuevo y W. O. la encontró en el camino y no la reconoció. Vamos, yegua negra. Siento que me libré por los pelos. Podría haberme casado con él y haber sido tremendamente desgraciada, como mi pobre prima, Jane Ann. Jane Ann se casó con un hombre rico al que no le importaba nada, y lleva la vida de un perro. Vino a verme la semana pasada y dice: «Sarah Skinner, te envidio. Preferiría vivir en una casucha al lado del camino con un hombre que me gustara, que en mi casa grande con el que tengo». El marido de Jane Ann no es tan mala persona, tampoco, aunque es tan contrario que lleva el abrigo de piel cuando el termómetro está a treinta y cinco. La única manera de conseguir que haga algo es rogarle que haga lo contrario. Pero no hay amor que suavice las cosas, y es una manera muy pobre de vivir. Vamos, yegua negra. Allí en el fondo del valle está la casa de Janet: «Junto al Camino», la llama ella. Bastante pintoresca, ¿verdad? Me imagino que estará contenta de bajarse de aquí, con todas esas bolsas de correo apretándola.

—Sí, pero he disfrutado mucho del paseo con usted —dijo Ana sinceramente.

—¡Qué va! —dijo la señora Skinner, muy halagada—. Espere a que le cuente eso a Thomas. Siempre se queda muy satisfecho cuando me hacen

un cumplido. Vamos, yegua negra. Pues ya hemos llegado. Espero que le vaya bien en la escuela, señorita. Hay un atajo que va por el pantano detrás de casa de Janet. Si va por ese camino, tenga mucho cuidado. Si se hunde una vez en ese barro negro, la succiona hacia abajo y no la vuelven a ver ni a oír hasta el día del juicio final, como la vaca de Adán Palmer. Vamos, yegua negra.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

PERSONAJES (nuevos):

- Christine Stuart → Cristina Stuart (adaptación al castellano)
- Janet Sweet → Janet Sweet (se mantiene)
- Esther Haythorne → Esther Haythorne (se mantiene)
- Mrs. Amelia Skinner / Thomas → señora Amelia Skinner / Thomas (se mantiene)
- William Obadiah Seaman → William Obadías Seaman (Obadías: nombre bíblico con equivalente castellano establecido)
- Jane Ann → Jane Ann (se mantiene)

LUGARES (nuevos):

- Valley Road → Valley Road (se mantiene como topónimo)
- Millersville → Millersville (se mantiene)
- Patterson Street → Patterson Street (se mantiene; barrio bajo de Kingsport)

NOTAS DE ESTILO:

- La señora Skinner es uno de los personajes menores más logrados de toda la novela. Su voz es un monólogo ininterrumpido con «Vamos, yegua negra» como estribillo cómico que estructura el relato. Se ha reproducido ese ritmo con exactitud.
- El relato de la señora Skinner sobre por qué no se casó con el hombre rico («es que él no me quería») es el resumen implícito de toda la línea argumental de Ana y Gilbert, y Montgomery lo coloca ahí sin señalarlo. La traducción no lo señala tampoco.

- «William Obadiah» → «William Obadías»: Obadiah es el nombre hebreo del profeta menor (Abdías en la Vulgata, Obadías en tradiciones protestantes). Se ha optado por la forma hispanizada del nombre protestante.
- «Wayside» → «Junto al Camino» (traducción descriptiva del nombre de la casa).
- «Hysterics» no aparece en este fragmento, pero la palabra «swithers» (duda o agitación en dialecto escocés-canadiense) → «el gusanillo» en el contexto de volver a tentarse con la casa lujosa.
- La cita de Poe en el capítulo XXVIII («only that and nothing more») → «y nada más»: referencia directa al estribillo de «El cuervo» («And the Raven, never flitting, still is sitting, still is sitting... Quoth the Raven, "Nevermore"»). Se usa la misma frase que se usa en las traducciones canónicas del poema.
- La descripción de la carta de Gilbert («copia mecanografiada de algún informe de una asociación universitaria») está cargada de ironía involuntaria por parte de Ana: recibir un sobre con la letra de Gilbert le da un vuelco al corazón, y lo que hay dentro es un documento burocrático. La traducción mantiene el bathos.

CAPÍTULO XXXI

ANA A PHILIPPA

«Ana Shirley a Philippa Gordon: ¡salud!

»Amadísima, ya era hora de que te escribiera. Aquí estoy yo, instalada de nuevo como "maestra rural" en Valley Road, alojada en "Junto al Camino",

el hogar de la señorita Janet Sweet. Janet es un alma querida y de aspecto muy agradable; alta, pero no demasiado; algo corpulenta, aunque con cierta contención de perfil que sugiere un alma ahorradora que no va a ser demasiado pródiga ni siquiera en la cuestión del peso. Tiene un moño de pelo castaño suave y rizado con un hilo de gris, una cara soleada con mejillas rosadas y unos ojos grandes y bondadosos tan azules como los nomeolvides. Es además una de esas deliciosas cocineras de la vieja escuela a quienes no les importa nada arruinarte la digestión con tal de darte banquetes de cosas succulentas.

»Me gusta; y yo le gusto a ella, principalmente, al parecer, porque tuvo una hermana llamada Ana que murió joven.

»"Me alegra mucho verte", dijo ella con brío, cuando llegué a su jardín. "Dios mío, no tienes nada que ver con lo que esperaba. Estaba convencida de que serías morena: mi hermana Ana era morena. ¡Y resulta que eres pelirroja!"

»Durante unos momentos pensé que Janet no me iba a gustar tanto como esperaba a primera vista. Luego me dije que de verdad tenía que ser más sensata que dejarme llevar de los prejuicios contra una persona simplemente porque llamaba rojo a mi pelo. Probablemente la palabra "castaño rojizo" no existía en el vocabulario de Janet.

»"Junto al Camino" es un rinconcito encantador. La casa es pequeña y blanca, posada en un hondonadita encantadora que cae desde el camino. Entre el camino y la casa hay un huerto y un jardín de flores mezclados. El sendero de la puerta principal está bordeado de conchas de almeja de quahog, que Janet llama "caracoles de vaca"; hay hiedra de Virginia en el porche y musgo en el tejado. Mi cuarto es una habitacioncita pulcra "fuera del salón", justo del tamaño suficiente para la cama y yo. Sobre la cabecera de la cama hay un cuadro de Robbie Burns de pie junto a la tumba de su Highland Mary, ensombrecido por un enorme sauce llorón. La cara de Robbie es tan lúgubre que no me sorprende tener malos sueños. La primera noche que estuve aquí soñé que no podía reírme.

»El salón es pequeñito y pulcro. Su única ventana está tan sombreada por un inmenso sauce que la habitación tiene un efecto de gruta de penumbra esmeralda. Hay maravillosas labores de gancho en las sillas, alegres alfombras en el suelo, libros y tarjetas cuidadosamente colocados en una mesa

redonda, y jarrones de hierba seca en la repisa de la chimenea. Entre los jarrones hay una alegre decoración de placas de ataúd preservadas: cinco en total, pertenecientes respectivamente al padre y la madre de Janet, un hermano, su hermana Ana, ¡y un mozo que murió aquí una vez! Si algún día me vuelvo loca de repente, "hacedlo saber a todos por las presentes" que han sido esas placas de ataúd las que lo han causado.

»Pero todo es delicioso y así lo dije. Janet me adoró por ello, del mismo modo que le tomó manía a la pobre Esther porque Esther había dicho que tanta sombra era antihigiénica y había puesto objeciones a dormir en un colchón de plumas. Ahora bien, yo me glorío en los colchones de plumas, y cuanto más antihigiénicos y plumosos son, más me glorío. Janet dice que es tan agradable verme comer; había temido tanto que fuera como la señorita Haythorne, que a la hora del desayuno no comía más que fruta y agua caliente e intentaba convencer a Janet de que dejara de freír cosas. Esther es en realidad una chica muy buena, pero tiene sus manías. El problema es que le falta imaginación y tiene tendencia a la indigestión.

»¡Janet me ha dicho que puedo usar el salón cuando vengan jóvenes de visita! No creo que haya muchos que vengan. Todavía no he visto a ningún joven en Valley Road, excepto al mozo de al lado: Sam Toliver, un muchacho muy alto, larguirucho y de pelo color estopa. Vino una tarde hace poco y estuvo una hora sentado en la valla del jardín, cerca del porche delantero donde Janet y yo hacíamos labores. Los únicos comentarios que hizo durante todo ese tiempo fueron: "¿Quiere un caramelo de menta, señorita? Claro, tome, que son muy buenos para el catarro", y "Hay una cantidad tremenda de saltamontes por aquí esta noche. Ajá".

»Pero hay un romance en marcha aquí. Parece ser mi destino el estar mezclada, de manera más o menos activa, en romances de personas mayores. Los señores Irving siempre dicen que fui yo quien facilitó su matrimonio. La señora Stephen Clark de Carmody insiste en estarme muy agradecida por una sugerencia que probablemente cualquier otra persona habría hecho si yo no lo hubiera hecho. Aunque sí creo que Ludovic Speed nunca habría avanzado más allá del cortejo apacible si yo no hubiera ayudado a él y a Teodora Dix.

»En el romance actual soy solo una espectadora pasiva. Intenté una vez ayudar a que las cosas avanzaran y metí la pata de mala manera. Así que no

volveré a entrometerse. Os lo cuento todo cuando nos veamos.»

CAPÍTULO XXXII

TÉ CON LA SEÑORA DOUGLAS

El primer jueves por la noche que Ana llevaba en Valley Road, Janet la invitó a la reunión de oración. Janet floreció como una rosa para asistir a esa reunión de oración. Llevaba un vestido de muselina azul pálido con manchas de pensamientos, con más volantes de los que uno hubiera podido suponer que se permitiría la económica Janet, y un sombrero blanco de paja leghorn con rosas rosas y tres plumas de avestruz. Ana quedó bastante asombrada. Más adelante descubrió el motivo de Janet para engalanarse así: un motivo tan antiguo como el Edén.

Las reuniones de oración de Valley Road parecían ser esencialmente femeninas. Había treinta y dos mujeres presentes, dos muchachos a medio crecer y un solo hombre, además del pastor. Ana se sorprendió estudiando a ese hombre. No era guapo ni joven ni ágil; tenía unas piernas extraordinariamente largas —tan largas que tenía que mantenerlas enrolladas bajo la silla para saber qué hacer con ellas— y estaba encorvado. Las manos eran grandes, el pelo necesitaba un barbero, el bigote estaba descuidado. Pero a Ana le pareció que le gustaba su cara: era bondadosa, honesta y tierna; había en ella algo más también; lo que era exactamente, Ana le costaba definirlo. Concluyó finalmente que ese hombre había sufrido y había sido fuerte, y eso se veía en su cara. Había en su expresión una especie de resistencia paciente y humorística que indicaba que iría a la hoguera si fuera

necesario, pero seguiría teniendo buena cara hasta que realmente tuviera que empezar a contorsionarse.

Cuando acabó la reunión de oración, ese hombre se acercó a Janet y dijo:

—¿Puedo acompañarla a casa, Janet?

Janet tomó su brazo, «con la misma recatada timidez de una chica de dieciséis años que recibe su primera escolta a casa», les contó Ana a las chicas de la casa de Patty más adelante.

—Señorita Shirley, permítame presentarle al señor Douglas —dijo con rigidez.

El señor Douglas asintió y dijo: «Estaba mirándola en la reunión de oración, señorita, y pensando que es usted una chica muy agradable».

Un comentario así de noventa y nueve personas de cada cien habría irritado a Ana enormemente; pero la manera en que lo dijo el señor Douglas la hizo sentir que había recibido un cumplido muy real y agradable. Le sonrió con aprecio y se rezagó obedientemente en el camino iluminado por la luna.

¡Así que Janet tenía un pretendiente! Ana estaba encantada. Janet sería una esposa modélica: jovial, ahorradora, tolerante, y una verdadera reina de los fogones. Sería un desperdicio flagrante por parte de la Naturaleza mantenerla como solterona permanente.

—John Douglas me ha pedido que la lleve a ver a su madre —le dijo Janet al día siguiente—. Lleva mucho tiempo postrada en cama y nunca sale de casa. Pero le encanta la compañía y siempre quiere ver a mis huéspedes. ¿Puede venir esta noche?

Ana asintió; pero más tarde ese mismo día el señor Douglas pasó en nombre de su madre a invitarlas a tomar el té el sábado por la tarde.

—Oh, ¿por qué no se ha puesto su bonito vestido de pensamientos? —preguntó Ana cuando salieron de casa. Era un día caluroso, y la pobre Janet, entre su emoción y su pesado vestido de cachemir negro, parecía estar siendo asada viva.

—Me temo que la anciana señora Douglas lo encontraría terriblemente frívolo e inapropiado. Aunque a John le gusta ese vestido —añadió con nostalgia.

La vieja finca de los Douglas estaba a media milla de «Junto al Camino», en lo alto de una colina ventosa. La casa en sí era grande y confortable, suficientemente antigua para ser digna, y rodeada de arboledas de arce y huertos. Detrás había graneros grandes y ordenados, y todo respiraba prosperidad. Lo que la resistencia paciente en la cara del señor Douglas hubiera podido significar, no había significado, reflexionó Ana, deudas ni aprietos.

John Douglas las recibió en la puerta y las hizo pasar a la sala de estar, donde su madre estaba entronizada en un sillón.

Ana había esperado que la anciana señora Douglas fuera alta y delgada, porque el señor Douglas lo era. En cambio, era una mujercita minúscula, con suaves mejillas rosadas, ojos azules tranquilos y una boca como la de un bebé. Vestida con un hermoso vestido de seda negro de corte de moda, con un suave chal blanco sobre los hombros y el pelo níveo coronado por un delicado gorro de encaje, podría haber posado como una muñeca abuela.

—¿Cómo está usted, querida Janet? —dijo con dulzura—. Estoy muy contenta de volver a verla, querida. —Le ofreció su bonita cara vieja para que la besara—. Y esta es nuestra nueva maestra. Es un placer conocerla. Mi hijo no para de cantar sus alabanzas hasta que casi me muero de celos, y estoy segura de que Janet debería estarlo del todo.

La pobre Janet se ruborizó, Ana dijo algo cortés y convencional, y luego todos se sentaron a hacer conversación. Era trabajo duro, incluso para Ana, pues nadie parecía sentirse a gusto excepto la anciana señora Douglas, que desde luego no encontraba ninguna dificultad en conversar. Hizo que Janet se sentara a su lado y de vez en cuando le palmeaba la mano. Janet se sentó y sonrió, con un aspecto horrible con su vestido espantoso, y John Douglas estuvo sentado sin sonreír.

En la mesa del té la señora Douglas pidió a Janet amablemente que sirviera el té. Janet se puso más colorada que nunca, pero lo hizo. Ana le escribió una descripción de aquella comida a Stella.

«Tuvimos lengua fría y pollo y conserva de fresas, tarta de limón y pastelitos y tarta de chocolate y galletas de uvas pasas y bizcocho y bizcocho de frutas, y algunas cosas más, incluyendo más tarta: tarta de caramelo, creo. Cuando ya había comido el doble de lo que me convenía, la señora Douglas suspiró y dijo que temía no tener nada que tentara mi apetito.

»"Me temo que la cocina de la querida Janet la ha malacostumbrado a todo lo demás", dijo con dulzura. "Claro que nadie en Valley Road aspira a rivalizar con ella. ¿No quiere otro trozo de tarta, señorita Shirley? No ha comido nada."

»Stella, ¡había comido una ración de lengua y otra de pollo, tres bollos, una buena cantidad de conserva, un trozo de tarta, un pastelito y un trozo de tarta de chocolate!»

Después del té, la señora Douglas sonrió benévola y le dijo a John que sacara a «la querida Janet» al jardín a buscarle unas rosas. «La señorita Shirley me hará compañía mientras estéis fuera, ¿verdad?», dijo con acento lastimero. Se acomodó en su sillón con un suspiro.

—Soy una anciana muy frágil, señorita Shirley. Llevo más de veinte años siendo una gran enferma. Durante veinte largos y agotadores años me he estado muriendo por etapas.

—¡Qué penoso! —dijo Ana, intentando ser compasiva y consiguiendo solo sentirse idiota.

—Ha habido decenas de noches en que pensaban que nunca sobreviviría para ver el amanecer —siguió la señora Douglas solemnemente—. Nadie sabe lo que he pasado: nadie puede saberlo más que yo misma. Bueno, no puede durar mucho más. Mi cansado peregrinaje pronto habrá terminado, señorita Shirley. Es para mí un gran consuelo saber que John tendrá tan buena esposa que le cuide cuando su madre se haya ido: un gran consuelo, señorita Shirley.

—Janet es una mujer encantadora —dijo Ana con calor.

—¡Encantadora! Un carácter hermoso —asintió la señora Douglas—. Y una ama de casa perfecta: algo que yo nunca he sido. Mi salud no me lo permitía, señorita Shirley. Estoy verdaderamente agradecida de que John haya hecho una elección tan sabia. Espero y creo que será feliz. Es mi único hijo, señorita Shirley, y su felicidad me llega muy cerca del corazón.

—Desde luego —dijo Ana torpemente. Era la primera vez en su vida que era torpe. Y sin embargo no podía entender por qué. Parecía no tener absolutamente nada que decirle a esa dulce, sonriente y angélica ancianita que le daba palmaditas en la mano con tanta amabilidad.

— Venga a verme pronto, querida Janet —dijo la señora Douglas con amor cuando se marcharon—. No viene ni la mitad de lo que debería. Aunque supongo que John no tardará en traerla aquí para que se quede de una vez para siempre. — Ana, al fijarse por casualidad en John Douglas mientras su madre hablaba, dio un positivo respingo de consternación. Tenía el aspecto de un hombre torturado cuando sus verdugos dan a la rueda el último giro posible. Estaba segura de que debía de estar enfermo, y se apresuró a llevarse a la pobre Janet, sofocada, de allí.

—¿Verdad que la anciana señora Douglas es una mujer encantadora? —preguntó Janet mientras bajaban el camino.

—Mmm —respondió Ana distraída. Se preguntaba por qué John Douglas había tenido esa expresión.

—Ha sido una enferma terrible —dijo Janet con sentimiento—. Le dan unos ataques terribles. John vive con el alma en vilo. Le da miedo alejarse de casa por si a su madre le da un ataque y no hay nadie más que la criada.

CAPÍTULO XXXIII

«SIGUIÓ VINIENDO Y VINIENDO»

Tres días después Ana volvió de la escuela y encontró a Janet llorando. Las lágrimas y Janet parecían tan incongruentes que Ana se alarmó de verdad.

—Oh, ¿qué pasa? —exclamó con ansia.

—Es que... es que hoy cumplo cuarenta años —sollozó Janet.

—Bueno, ayer tenías casi los mismos y no te dolió —consoló Ana, intentando no sonreír.

—Pero... pero —siguió Janet con un gran hipido—, John Douglas no me ha pedido que me case con él.

—Oh, pero lo hará —dijo Ana torpemente—. Tienes que darle tiempo, Janet.

—¿Tiempo? —dijo Janet con desprecio indescriptible—. Lleva veinte años. ¿Cuánto tiempo quiere?

—¿Me estás diciendo que John Douglas lleva veinte años viniendo a verte?

—Sí. Y nunca ha mencionado el matrimonio para nada. Y no creo que lo haga nunca ya. Nunca he dicho nada de esto a ningún alma, pero siento que tengo que hablarlo con alguien al final o volver me loca. John Douglas empezó a salir conmigo hace veinte años, antes de que muriera mamá. Pues siguió viniendo y viniendo, y al cabo de un tiempo empecé a hacer colchas y cosas; pero él nunca dijo nada de casarse, solo siguió viniendo y viniendo. Yo no podía hacer nada. Mamá murió cuando llevábamos ocho años saliendo juntos. Pensé que quizá hablaría entonces, dado que yo me quedaba sola en el mundo. Fue muy amable y cariñoso, e hizo todo lo que pudo por mí, pero no dijo casemos. Y así ha seguido desde entonces. La gente me culpa a mí. Dicen que no me quiero casar con él porque su madre está tan enferma y no quiero la molestia de cuidarla. Pues yo adoraría cuidar a la madre de John. Pero dejo que lo crean. Prefiero que me culpen a que me tengan lástima. Es tan humillante que John no me lo pida. ¿Y por qué no? Creo que si supiera la razón no me importaría tanto.

—Quizá su madre no quiera que se case con nadie —sugirió Ana.

—Oh, sí que quiere. Me ha dicho una y otra vez que le encantaría ver a John instalado antes de que le llegue su hora. Siempre le está dando indirectas: tú mismo lo oíste el otro día. Pensé que me iba a hundir en el suelo.

—No lo entiendo —dijo Ana sin salida. Pensó en Ludovic Speed. Pero los casos no eran paralelos. John Douglas no era un hombre del tipo de Ludovic.

—Deberías tener más carácter, Janet —continuó con resolución—. ¿Por qué no le mandaste a paseo hace ya mucho tiempo?

—No podía —dijo la pobre Janet con pena—. Ya ves, Ana, John siempre me ha gustado mucho. Igual me daba que siguiera viniendo, porque nunca ha habido nadie más con quien quisiera estar, así que no importaba.

—Pero podría haberle hecho hablar claro —insistió Ana.

Janet sacudió la cabeza.

—No, no creo. Tenía demasiado miedo de intentarlo, porque temía que creyera que lo decía en serio y se fuera sin más. Supongo que soy una criatura de poco carácter, pero así me siento. Y no puedo remediarlo.

—Oh, sí que puedes, Janet. No es demasiado tarde. Planta cara. Hazle saber que no piensas seguir aguantando sus vacilaciones más tiempo. Yo te apoyo.

—No sé —dijo Janet con desesperanza—. No sé si podría reunir valor suficiente. Las cosas llevan tanto tiempo siguiendo su curso. Pero le daré vueltas.

Ana sentía que se había decepcionado de John Douglas. Le había gustado tanto, y no le había parecido el tipo de hombre que jugaría con los sentimientos de una mujer durante veinte años. Desde luego habría que darle una lección, y Ana sentía con cierta maldad que disfrutaría viendo el proceso. Por eso se alegró cuando Janet le dijo, mientras iban a la reunión de oración la noche siguiente, que tenía intención de mostrar algo de «agallas».

—Que John Douglas vea que no voy a dejarme pisotear más tiempo.

—Estás en tu pleno derecho —dijo Ana con énfasis.

Cuando acabó la reunión de oración, John Douglas se acercó con su petición habitual. Janet parecía asustada pero resuelta.

—No, gracias —dijo con frialdad—. Conozco bastante bien el camino a casa yo sola. Ya lo creo, llevando cuarenta años recorriéndolo. Así que no se moleste, señor Douglas.

Ana estaba mirando a John Douglas; y, bajo aquella brillante luz de luna, vio de nuevo el último giro de la rueda. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y se alejó a zancadas por el camino.

—¡Pare! ¡Pare! —llamó Ana desesperadamente detrás de él, sin importarle lo más mínimo los demás presentes pasmados—. Señor Douglas, ¡pare! Vuelva.

John Douglas se paró, pero no volvió. Ana voló por el camino, le agarró del brazo y literalmente le arrastró de vuelta a Janet.

—Tiene que volver —dijo suplicante—. Ha sido todo un error, señor Douglas: toda mi culpa. Yo hice que Janet lo hiciera. Ella no quería, pero ahora todo está bien, ¿verdad, Janet?

Sin decir una palabra, Janet tomó su brazo y se alejó. Ana los siguió humildemente a casa y se coló por la puerta trasera.

—Sí que eres una gran ayuda —dijo Janet con sarcasmo.

—No he podido evitarlo, Janet —dijo Ana con arrepentimiento—. Sentí como si me hubiera quedado mirando cómo cometían un asesinato. Tenía que correr detrás de él.

—Oh, me alegra que lo hicieras. Cuando vi a John Douglas alejándose así por ese camino, sentí como si toda la poca alegría y felicidad que me quedaba en la vida se fuera con él. Fue una sensación horrible.

—¿Te preguntó por qué lo habías hecho? —preguntó Ana.

—No, no dijo ni una palabra del asunto —respondió Janet con opacidad.

CAPÍTULO XXXIV

JOHN DOUGLAS HABLA AL FIN

Ana no estaba del todo sin una débil esperanza de que algo saliera de aquello al fin. Pero no salió nada. John Douglas venía y llevaba a Janet a pasear en coche, y la acompañaba a casa desde la reunión de oración, tal como había venido haciendo durante veinte años, y tal como parecía dispuesto a seguir haciendo durante veinte más. El verano fue apagándose. Ana daba sus clases, escribía cartas y estudiaba un poco. Sus paseos de ida y vuelta a la escuela eran agradables. Siempre iba por el pantano: era un lugar encantador, de tierra encharcada, verde con los verdes mosaicos de los montículos de musgo; un arroyo plateado serpenteaba por él y los abetos se erguían rectos, con las ramas adornadas de colgantes de musgo gris verdoso, las raíces cubiertas de todas las bellezas del bosque.

Sin embargo, Ana encontraba la vida en Valley Road algo monótona. A decir verdad, hubo un incidente entretenido.

No había vuelto a ver al larguirucho Sam de cabello color estopa, el del caramelo de menta, desde la tarde de su visita, más que en encuentros casuales por el camino. Pero una cálida noche de agosto apareció y se sentó solemnemente en el banco rústico junto al porche. Llevaba su ropa de trabajo habitual, consistente en unos pantalones de remiendos variados, una camisa de tela de algodón azul con los codos raídos, y un sombrero de paja deshilachado. Masticaba una paja y siguió masticándola mientras miraba a Ana con solemnidad. Ana dejó el libro a un lado con un suspiro y cogió su tapete. La conversación con Sam era realmente imposible.

Tras un largo silencio, Sam habló de repente.

—Me marcho de allí —dijo de golpe, agitando la paja en dirección a la casa de al lado.

—¿Ah, sí? —dijo Ana cortésmente.

—Sí.

—¿Y adónde va ahora?

—Bueno, he estado pensando en buscarme un sitio propio. Hay uno que me conviene en Millersville. Pero si lo arriendo voy a necesitar una mujer.

—Supongo que sí —dijo Ana vagamente.

—Sí.

Hubo otro largo silencio. Finalmente Sam volvió a sacar la paja de la boca y dijo:

—¿Quieres ser mía?

—¿Qué... qué? —jadeó Ana.

—¿Quieres ser mía?

—¿Quieres decir... CASARTE conmigo? —preguntó la pobre Ana con debilidad.

—Sí.

—Pero si apenas nos conocemos —dijo Ana indignada.

—Ya te irías conociendo después de casarnos —dijo Sam.

Ana reunió su pobre dignidad.

—Desde luego que no me voy a casar contigo —dijo con altivez.

—Bueno, podría irte peor —protestó Sam—. Soy buen trabajador y tengo algo de dinero en el banco.

—No me hables de esto más. ¿Qué te ha metido semejante idea en la cabeza? —dijo Ana, con el sentido del humor venciendo a la indignación. Era una situación tan absurda.

—Eres una chica de buen ver y tienes un andar muy airoso —dijo Sam—. No quiero ninguna mujer perezosa. Piénsatelo. Por ahora no voy a cambiar de idea. Bueno, me tengo que ir. Hay que ordeñar las vacas.

Las ilusiones de Ana sobre las propuestas de matrimonio habían sufrido tanto en los últimos años que le quedaban pocas. Así que pudo reírse de todo corazón de esta, sin sentir ninguna punzada secreta. Remedó al pobre Sam ante Janet esa noche, y las dos se rieron desproporcionadamente de su zambullida en el sentimentalismo.

Una tarde, cuando la estancia de Ana en Valley Road tocaba a su fin, Alec Ward llegó al trote a «Junto al Camino» en busca de Janet.

—La quieren en la finca de los Douglas pronto —dijo—. Realmente creo que la anciana señora Douglas va a morirse por fin, después de veinte años haciéndolo a medias.

Janet corrió a buscar el sombrero. Ana preguntó si la señora Douglas estaba peor que de costumbre.

—Está mucho mejor que de costumbre —dijo Alec con solemnidad—, y eso es lo que me hace pensar que es serio. Otras veces estaba chillando y retorciéndose por todas partes. Ahora está tumbada quieta y callada. Cuando la señora Douglas se calla, es que está bastante enferma, os lo aseguro.

—¿No le cae bien la anciana señora Douglas? —dijo Ana con curiosidad.

—Me gustan los gatos que son gatos. No me gustan los gatos que son mujeres —fue la críptica respuesta de Alec.

Janet volvió al anochecer.

—La señora Douglas ha muerto —dijo con cansancio—. Murió poco después de que yo llegara. Solo me habló una vez: «Supongo que ahora te casarás con John», dijo. Me llegó al alma, Ana. ¡Pensar que la propia madre de John creyera que yo no me casaba con él por su culpa! Tampoco pude decir nada: había otras mujeres allí. Di gracias de que John hubiera salido.

Janet se puso a llorar tristemente. Pero Ana le preparó una bebida caliente de té de jengibre para reconfortarla. A decir verdad, Ana descubrió más tarde que había usado pimienta blanca en lugar de jengibre; pero Janet nunca se dio cuenta de la diferencia.

La tarde después del funeral Janet y Ana estaban sentadas en los pedaos del porche delantero al atardecer. El viento se había dormido en los pinares y lívidas cortinas de rayos de calor parpadeaban sobre los cielos del norte. Janet llevaba su feo vestido negro y tenía el peor aspecto posible, con los ojos y la nariz enrojecidos de llorar. Hablaban poco, pues Janet parecía resentir levemente los intentos de Ana de animarla. Estaba a las claras prefiriendo estar miserable.

De repente el pestillo del portón sonó y John Douglas irrumpió en el jardín. Caminó hacia ellas directamente por el macizo de geranios. Janet se levantó. Ana también. Ana era una chica alta y llevaba un vestido blanco; pero John Douglas no la vio.

—Janet —dijo—, ¿quieres casarte conmigo?

Las palabras brotaron como si hubieran estado queriendo decirse durante veinte años y tuvieran que pronunciarse ahora, antes de nada más.

La cara de Janet estaba tan encarnada de llorar que no podía ponerse más roja, así que se puso de un morado de lo más desfavorecedora.

—¿Por qué no me lo preguntaste antes? —dijo despacio.

—No podía. Ella me hizo prometérselo: mamá me hizo prometérselo. Hace diecinueve años le dio un ataque terrible. Pensamos que no lo superaría. Me imploró que le prometiera no pedirte que te casaras conmigo mientras ella viviera. Yo no quería prometer semejante cosa, aunque todos pensábamos que no le quedaba mucho tiempo: el médico solo le daba seis meses. Pero me lo rogó de rodillas, enferma y sufriendo. Tuve que prometérselo.

—¿Qué tenía tu madre en contra mía? —exclamó Janet.

—Nada: nada. Es que no quería otra mujer, ninguna mujer, allí mientras viviera. Dijo que si no prometía moriría allí mismo y que yo la habría matado. Así que prometí. Y me ha tenido sujeto a esa promesa desde entonces, aunque yo me he puesto de rodillas ante ella a mi vez para suplicarle que me dejara en paz de cumplirla.

—¿Por qué no me lo dijiste? —dijo Janet con voz ahogada—. Si solo lo hubiera sabido. ¿Por qué no me lo dijiste sin más?

—Me hizo prometer que no se lo diría a ningún alma —dijo John con voz ronca—. Me lo juró en la Biblia. Janet, nunca lo habría hecho si hubiera podido soñar que iba a ser por tanto tiempo. Janet, nunca sabrás lo que he sufrido estos diecinueve años. Sé que también a ti te he hecho sufrir, pero aun así te casarás conmigo, ¿verdad, Janet? Oh, Janet, ¿verdad? He venido en cuanto he podido a pedírtelo.

En ese momento la aturdida Ana recobró el juicio y comprendió que ella no tenía ningún asunto que hacer allí. Se escabulló y no vio a Janet hasta la mañana siguiente, cuando esta le contó el resto de la historia.

—¡Esa cruel, despiadada e hipócrita vieja! —exclamó Ana.

—Calla: ha muerto —dijo Janet con solemnidad—. Si no lo estuviera... pero lo está. Así que no debemos hablar mal de ella. Pero al fin soy feliz, Ana. Y no me habría importado nada esperar tanto tiempo si solo hubiera sabido por qué.

—¿Cuándo os casáis?

—El mes que viene. Claro que será muy discreto. Me imagino que la gente hablará terriblemente. Dirán que no perdí el tiempo en echarle el lazo a John en cuanto su pobre madre dejó el paso libre. John quería que se supiera la verdad, pero le dije: «No, John; al fin y al cabo era tu madre, y nos guardaremos el secreto entre nosotros, y no arrojaremos ninguna sombra sobre su memoria. A mí no me importa lo que diga la gente, ahora que yo sé la verdad. No importa en absoluto. Que todo quede enterrado con los muertos», le dije. Así que le convencí de que estuviera de acuerdo conmigo.

—Eres mucho más indulgente de lo que yo podría ser —dijo Ana, un tanto crispada.

—Te sentirás diferente sobre muchas cosas cuando llegues a mi edad —dijo Janet con tolerancia—. Eso es una de las cosas que aprendemos al hacernos mayores: cómo perdonar. A los cuarenta sale más fácil que a los veinte.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO:

PERSONAJES (nuevos):

- Sam Toliver → Sam Toliver (se mantiene)
- John Douglas / Mrs. Douglas madre → John Douglas / señora Douglas (se mantiene)
- Janet Sweet → Janet Sweet (se mantiene)
- Alec Ward → Alec Ward (se mantiene)

TÉRMINOS (nuevos):

- «quahog clam-shells» → «conchas de almeja de quahog» (la quahog es una almeja del Atlántico norte; no tiene nombre establecido en español pero el término es reconocible como nombre propio)
- «cow-hawks» → «caracoles de vaca» (traducción descriptiva del dialecto local)
- «coffin-plates» → «placas de ataúd» (las placas metálicas que solían fijarse en los ataúdes con el nombre del difunto; práctica victoriana)
- «peppermints» → «caramelos de menta» (ya establecido de Davy's letters)

- «jump-grasses» → «saltamontes» (dialectal; jump-grass = grasshopper)
- «leghorn hat» → «sombrero de paja leghorn» (tipo de sombrero de paja fina italiana, nombre establecido)
- «the rack» → «la rueda» (instrumento de tortura; el original usa «rack» que es el potro de tortura, pero en la frase «last turn» sugiere la rueda; se ha mantenido «rueda» por la imagen del giro)

NOTAS DE ESTILO:

- La carta de Ana a Phil en el capítulo XXXI es otra muestra de la voz epistolar, más observacional y menos confesional que las cartas de Phil. Se ha mantenido el tono de humor afectuoso y el ojo de escritora para los detalles: las placas de ataúd, el cuadro de Robbie Burns, los caramelos de menta de Sam Toliver.
- Sam Toliver es un personaje cómico que funciona por la absoluta ausencia de registro romántico en su propuesta: no hay cortejo, no hay emoción, solo economía doméstica. «¿Quieres ser mía?» («Will yeh hev me?») es deliberadamente plano en el original. La traducción mantiene esa planeza.
- La revelación de John Douglas en el capítulo XXXIV es el momento de mayor tensión melodramática de toda la novela hasta ahora. El secreto mantenido durante diecinueve años, la promesa arrancada en el lecho de enferma, la crueldad sistematizada de la anciana señora Douglas: todo ello está dicho en un registro de contención que contrasta con el peso emocional de lo que se revela. Se ha preservado esa contención.
- La última respuesta de Janet («Eso es una de las cosas que aprendemos al hacernos mayores: cómo perdonar») cierra el episodio con una sabiduría tranquila que también le habla directamente a Ana sobre su propia historia. Montgomery lo deja sin subrayar.
- «Knew all men by these presents» → «hacedlo saber a todos por las presentes»: fórmula jurídica del inglés antiguo («Know all men by these presents»), equivalente castellano establecido en documentos notariales históricos.

CAPÍTULO XXXV

COMIENZA EL ÚLTIMO AÑO EN REDMOND

—Aquí estamos, todas de vuelta, bien bronceadas y exultantes como el atleta que corre una carrera —dijo Phil, sentándose en una maleta con un suspiro de placer—. ¡Qué alegría ver de nuevo a esta querida y vieja casa de Patty, y a la tía, y a los gatos! Rojo ha perdido otro trozo de oreja, ¿verdad?

—Rojo sería el gato más bonito del mundo aunque no tuviera orejas —declaró Ana lealmente desde su baúl, mientras Rojo se retorció sobre su regazo en un frenesí de bienvenida.

—¿No se alegra de vernos de vuelta, tía? —preguntó Phil.

—Sí. Pero ojalá ordenaréis las cosas —dijo la tía Jamesina con acento lastimero, mirando el desierto de baúles y maletas en el que estaban rodeadas las cuatro chicas riéndose y charlando—. Podéis hablar igual de bien luego. Primero el trabajo y luego el descanso: ese era mi lema cuando era joven.

—Oh, nosotras hemos invertido eso en esta generación, tía. Nuestro lema es: jugar y luego hincar los codos. El trabajo sale mucho mejor si antes te has divertido de lo lindo.

—Si vas a casarte con un pastor —dijo la tía Jamesina, cogiendo a José y sus agujas y resignándose a lo inevitable con la encantadora gracia que la hacía la reina de las amas de casa—, tendrás que renunciar a expresiones como «hincar los codos».

—¿Por qué? —gimió Phil—. ¿Por qué tiene que suponerse que la esposa de un pastor no dice más que pomposidades? Yo no pienso. En Patterson Street todo el mundo usa argot, es decir, lenguaje metafórico, y si yo no lo usara pensarían que soy una presumida insoportable.

—¿Ya lo has contado a tu familia? —preguntó Priscilla, dándole a la Gata Sarah trocitos de su cesta del almuerzo.

Phil asintió.

—¿Cómo se lo tomaron?

—Oh, mamá tuvo un drama. Pero yo me quedé firme como una roca: yo, Philippa Gordon, que nunca antes me había podido mantener firme en nada. Papá fue más tranquilo. El padre del padre de papá era pastor, así que tiene un punto blando en el corazón para el clero. Llevé a Jo a la casa de Acebo del Monte después de que mamá se calmó, y a los dos les encantó. Pero mamá le fue dando a lo largo de cada conversación unas terribles indirectas sobre lo que ella había esperado para mí. Oh, el camino de mis vacaciones no ha estado exactamente sembrado de rosas, chicas queridas. Pero he salido adelante y tengo a Jo. Lo demás no importa.

—Para ti —dijo la tía Jamesina con aire sombrío.

—Ni para Jo tampoco —replicó Phil—. Seguís compadeciéndole. ¿Por qué, me permito preguntar? Yo creo que es para envidiarlo. Está obteniendo inteligencia, belleza y un corazón de oro en mí.

—Es una suerte que sepamos cómo interpretar tus discursos —dijo la tía Jamesina con paciencia—. Espero que no hables así delante de extraños. ¿Qué pensarían?

—Oh, no quiero saber qué piensan. No quiero verme como me ven los demás. Estoy segura de que la mayoría de las veces sería horrorosamente incómodo. Además, no creo que Burns fuera sincero del todo en esa plegaria.

—Todos rezamos a veces por cosas que en realidad no queremos, si somos honestos al mirarnos al corazón —admitió la tía Jamesina con franqueza—. Me inclino a pensar que esas oraciones no suben muy alto. Yo solía orar para que se me concediera perdonar a cierta persona, pero ahora sé que en realidad no quería perdonarla. Cuando llegué al punto de querer de verdad la perdoné sin necesidad de orar por ello.

—No me la imagino a usted guardando rencor mucho tiempo —dijo Stella.

—Oh, lo hacía. Pero guardar rencor no parece que valga la pena cuando uno avanza en años.

—Eso me recuerda algo —dijo Ana, y contó la historia de John y Janet.

—Y ahora cuéntenos esa escena romántica sobre la que insinuaste tan misteriosamente en una de tus cartas —exigió Phil.

Ana interpretó la propuesta de Samuel con gran vivacidad. Las chicas se destornillaron de risa y la tía Jamesina sonrió.

—No está bien burlarse de los pretendientes —dijo con severidad—; pero —añadió con calma—, yo siempre lo hacía.

—Cuéntenos sus pretendientes, tía —rogó Phil—. Debió de tener un montón.

—No están en pasado —replicó la tía Jamesina—. Todavía los tengo. Hay tres viudos en casa que llevan un tiempo haciéndome ojitos. Vosotras, criaturas, no creáis que el romance es monopolio vuestro.

—Viudos y ojitos no suenan muy románticos, tía.

—Bueno, tampoco los jóvenes son siempre románticos. Algunos de mis pretendientes desde luego no lo eran. Solía reírme de ellos de una manera escandalosa, pobres chicos. Estaba Jim Elwood: siempre estaba como en un ensueño, nunca parecía darse cuenta de lo que pasaba. Tardó un año en enterarse de que le había dicho que no desde que le dije que no. Cuando se casó al final, su mujer se cayó del trineo una noche de vuelta a casa de la iglesia y él ni la echó en falta. Luego estaba Dan Winston. Ese lo sabía todo. Todo en este mundo y la mayoría de lo que hay en el otro. Tenía respuesta para cualquier pregunta, aunque le preguntaras cuándo va a ser el Juicio Final. Milton Edwards era muy buena persona y me gustaba, pero no me casé con él. Por un lado tardaba una semana en pillar un chiste, y por el otro nunca me lo pidió. Horacio Reeve era el pretendiente más interesante que he tenido. Pero cuando contaba una historia la adornaba tanto que no la veías de volantes. Nunca podía decidir si mentía o simplemente dejaba correr la imaginación.

—¿Y los demás, tía?

—Id a desempacar —dijo la tía Jamesina, agitando a José por equivocación en lugar de una aguja—. Los demás eran demasiado buenos como

para burlarse de ellos. Voy a respetar su memoria. Ana, tienes una caja de flores en tu cuarto. Llegaron hace como una hora.

Después de la primera semana, las chicas de la casa de Patty se pusieron a trabajar a pleno rendimiento; pues este era su último año en Redmond y los honores de graduación había que conquistarlos con constancia. Ana se dedicó al Inglés, Priscilla se devanó los sesos sobre los clásicos, y Philippa se machacó con las Matemáticas. A veces se cansaban, a veces se desanimaban, a veces nada parecía valer el esfuerzo que costaba. En uno de esos momentos Stella subió al cuarto azul una lluviosa tarde de noviembre. Ana estaba sentada en el suelo en un pequeño círculo de luz proyectado por la lámpara a su lado, entre una nevada circundante de manuscritos arrugados.

—¿Qué estás haciendo?

—Revisando algunos viejos cuentos del Club de Escritoras. Necesitaba algo que me animara y me alegrara. Había estudiado tanto que el mundo me parecía de color azul. Así que subí aquí y los saqué del baúl. Están tan empapados de lágrimas y de tragedia que resultan de lo más cómico.

—Yo también estoy desanimada y triste —dijo Stella, desplomándose en el sofá—. Nada parece valer la pena. Mis propios pensamientos me parecen viejos. Ya los he tenido todos antes. ¿Para qué sirve vivir, después de todo, Ana?

—Cielo, es solo el agotamiento mental el que nos hace sentirnos así, y el tiempo. Una noche lluviosa como esta, que viene después de una jornada de trabajo agotador, hundiría a cualquiera que no fuera un Mark Tapley. Sabes perfectamente que vale la pena vivir.

—Oh, supongo que sí. Pero ahora mismo no puedo demostrármelo.

—Piensa en todas las almas grandes y nobles que han vivido y trabajado en el mundo —dijo Ana con ensimismamiento—. ¿No vale la pena venir después de ellas y heredar lo que conquistaron y enseñaron? ¿No vale la pena pensar que podemos compartir su inspiración? Y luego, todas las almas grandes que vendrán en el futuro. ¿No vale la pena trabajar un poco y prepararles el camino, hacer solo un paso en él un poco más fácil?

—Oh, mi mente te da la razón, Ana. Pero mi alma sigue dolida y sin inspiración. Siempre me siento sucia y apagada en las noches lluviosas.

—Hay noches en que a mí me gusta la lluvia: me gusta tumbarme en la cama y oírla golpeteando en el tejado y colándose entre los pinos.

—A mí me gusta cuando se queda en el tejado —dijo Stella—. No siempre se queda. Pasé una noche espantosa en una vieja granja del campo el verano pasado. El tejado goteaba y la lluvia caía golpeteando en mi cama. No había ninguna poesía en eso. Me tuve que levantar «en la oscuridad de medianoche» y maniobrar para correr la cama y sacarla de la gotera, y era una de esas camas sólidas y anticuadas que pesan una tonelada, más o menos. Y luego ese gotear, gotear, gotear siguió toda la noche hasta que me destrozó los nervios. No tienes idea del sonido tan siniestro que hace una gran gota de lluvia al caer con un golpe sordo en un suelo desnudo en la oscuridad. Suena como pasos fantasmales y todo eso. ¿De qué te ríes, Ana?

—De estos cuentos. Como diría Phil, son para morir, y en más de un sentido, porque todos morían en ellos. Qué heroínas tan deslumbrantemente hermosas teníamos, ¡y cómo las vestíamos! Sedas, satenes, terciopelos, joyas, encajes: nunca llevaban otra cosa. Aquí hay un cuento de Jane Andrews en el que describe a su heroína durmiendo con un hermoso camisón de satén blanco adornado con perlas de semilla.

—Sigue —dijo Stella—. Empiezo a sentir que la vida vale la pena vivirla mientras haya algo de qué reírse.

—Aquí hay uno que escribí yo. Mi heroína se luce en un baile «brillando de la cabeza a los pies con grandes diamantes de primera agua». Pero ¿de qué sirven la belleza y el rico atavío? «Los caminos de la gloria no llevan más que a la tumba». Tenían que morir asesinadas o de corazón partido sin remedio. No había escapatoria para ellas.

—Déjame leer alguno de tus cuentos.

—Bueno, aquí está mi obra maestra. Fíjate en su alegre título: «Mis tumbas». Derramé litros de lágrimas mientras lo escribía, y las demás chicas derramaron más todavía mientras yo lo leía. La madre de Jane Andrews la riñó terriblemente porque esa semana había demasiados pañuelos en la colada. Es un relato desgarrador de las andanzas de la esposa de un pastor metodista. La hice metodista porque era necesario que anduviera. Enterraba a un hijo en cada sitio donde vivía. Eran nueve en total y sus tumbas estaban muy dispersas, de Terranova a Vancouver. Describí a los niños, retraté

sus respectivos lechos de muerte y detallé sus lápidas y epitafios. Tenía intención de enterrar a los nueve, pero cuando había acabado con ocho se me agotó la inventiva de horrores y dejé que el noveno viviera como inválido incurable.

Mientras Stella leía *Mis tumbas*, puntuando sus trágicos párrafos con carcajadas, y Rojo dormía el sueño de un gato justo que ha estado fuera toda la noche hecho un ovillo sobre un cuento de Jane Andrews sobre una hermosa doncella de quince años que iba a trabajar de enfermera en una colonia de leprosos — muriendo por supuesto al final de la horrible enfermedad —, Ana fue hojeando los demás manuscritos y recordando los viejos días en la escuela de Avonlea cuando las miembros del Club de Escritoras, sentadas bajo los abetos o entre los helechos junto al arroyo, los habían escrito. ¡Qué divertidas habían sido! Cómo volvían el sol y la alegría de aquellos veranos lejanos mientras leía. Ni toda la gloria que fue Grecia ni la grandeza que fue Roma podrían tejer tal magia como aquellos cuentos graciosos y lacrimosos del Club de Escritoras. Entre los manuscritos Ana encontró uno escrito en hojas de papel de estraza. Una ola de risa llenó sus ojos grises al recordar el tiempo y el lugar de su nacimiento. Era el boceto que había escrito el día en que se cayó por el tejado del gallinero del señor Cobb en el Camino de los Tories.

Ana lo hojeó, y luego se puso a leerlo con atención. Era un pequeño diálogo entre ásteres y guisantes de olor, canarios silvestres en el lirero, y el espíritu guardián del jardín. Después de haberlo leído, se quedó sentada mirando el vacío; y cuando Stella se fue alisó el manuscrito arrugado.

—Creo que lo voy a hacer — dijo con resolución.

CAPÍTULO XXXVI

LA VISITA DE LOS GARDNER

—Aquí hay una carta con sello indio para ti, tía Jimsie —dijo Phil—. Aquí hay tres para Stella y dos para Pris, y una deliciosamente gorda para mí de Jo. Para ti no hay nada, Ana, salvo un prospecto.

Nadie notó el rubor de Ana cuando cogió la fina carta que Phil le lanzó con descuido. Pero unos minutos después Phil levantó la vista y vio a una Ana transfigurada.

—Cielo, ¿qué cosa buena ha pasado?

—El Amigo de los Jóvenes ha aceptado un bocetito que les mandé hace dos semanas —dijo Ana, intentando con ahínco hablar como si estuviera acostumbrada a que le aceptaran bocetos en cada correo, pero sin conseguirlo del todo.

—¡Ana Shirley! ¡Qué maravilla! ¿De qué era? ¿Cuándo lo van a publicar? ¿Te han pagado?

—Sí: me han mandado un cheque de diez dólares, y el editor escribe que le gustaría ver más trabajo mío. Buen hombre, lo verá. Era un viejo boceto que encontré en mi caja. Lo reescribí y lo mandé, pero en realidad nunca creí que pudieran aceptarlo porque no tenía argumento —dijo Ana, recordando la amarga experiencia de La expiación de Averil.

—¿Qué vas a hacer con esos diez dólares, Ana? Vamos todas al centro a corrernos una juerga —propuso Phil.

—Voy a dilapidarlo en algún festejo loco y sin alma de algún tipo —declaró Ana alegremente—. En todo caso no es dinero manchado, como el cheque que recibí por ese horrible cuento de la Levadura en Polvo Rollings Reliable. Lo gasté útilmente en ropa y la aborrecía cada vez que me la ponía.

—Pensar que tenemos a una verdadera autora de carne y hueso en la casa de Patty —dijo Priscilla.

—Es una gran responsabilidad —dijo la tía Jamesina solemnemente.

—Desde luego —coincidió Pris con igual solemnidad—. Las escritoras son animales impredecibles. Nunca sabes cuándo ni cómo van a explotar. Ana podría hacernos material para sus cuentos.

—Me refería a que la capacidad de escribir para la Prensa es una gran responsabilidad —dijo la tía Jamesina con severidad—, y espero que Ana lo tenga presente. Mi hija solía escribir cuentos antes de irse al campo de misiones, pero ahora ha orientado su atención hacia cosas más elevadas. Solía decir que su lema era: «No escribas nunca una línea de la que te avergonzarías si la leyeras en tu propio funeral». Más te vale tomarlo como el tuyo, Ana, si te embarcas en la literatura. Aunque —añadió la tía Jamesina con perplejidad—, Elizabeth siempre se reía cuando lo decía. Se reía tanto que nunca he podido entender cómo llegó a decidirse por ser misionera. Le estoy agradecida por ello, recé para que así fuera, pero... ojalá no lo hubiera hecho.

Luego la tía Jamesina se preguntó por qué se reían aquellas chicas tan alocadas.

Los ojos de Ana brillaron todo ese día; las ambiciones literarias le brotaban y retoñaban en el cerebro; su euforia la acompañó a la excursión a pie de Jennie Cooper, y ni siquiera la visión de Gilbert y Cristina caminando justo delante de ella y Roy pudo apagar del todo el destello de sus esperanzas estrelladas. Sin embargo, no estaba tan arrebatada de las cosas de este mundo como para no poder notar que el andar de Cristina era decididamente poco airoso.

«Pero supongo que Gilbert solo la mira a la cara. Típico de los hombres», pensó Ana con desdén.

—¿Estarás en casa el sábado por la tarde? —preguntó Roy.

—Sí.

—Mi madre y mis hermanas van a venir a visitarte —dijo Roy con calma.

Algo recorrió a Ana que podría describirse como un estremecimiento, pero no era precisamente agradable. Nunca había conocido a ningún miembro de la familia de Roy; comprendía el significado de lo que había dicho; y tenía, de algún modo, una irrevocabilidad que la dejó fría.

—Me alegraré verlas —dijo con desgana; y luego se preguntó si realmente se alegraría. Debería alegrarse, desde luego. Pero ¿no sería algo así como una prueba difícil? Los rumores habían llegado hasta Ana respecto a la opinión que los Gardner tenían sobre la «infatuación» del hijo y hermano. Roy debía de haber presionado en el asunto de esta visita. Ana sabía que iban a pesarla en la balanza. Del hecho de que hubieran accedido a venir entendió que, de buen grado o no, la consideraban como posible miembro de su clan.

«Seré simplemente yo misma. No intentaré causar buena impresión», pensó Ana con altivez. Pero se estaba preguntando qué vestido le convenía ponerse el sábado por la tarde, y si el nuevo estilo de peinado alto le quedaría mejor que el anterior; y el paseo le quedó más bien echado a perder. Cuando llegó la noche había decidido que el sábado se pondría el chifón marrón, pero llevaría el pelo bajo.

El viernes por la tarde ninguna de las chicas tenía clases en Redmond. Stella aprovechó la ocasión para escribir un artículo para la Sociedad Filomática, y estaba sentada a la mesa en el rincón de la sala de estar con un revoltijo desordenado de notas y manuscritos en el suelo a su alrededor. Stella siempre juraba que nunca podía escribir nada a menos que tirara cada hoja al suelo según la terminaba. Ana, con su blusa de franela y su falda de paño, el pelo algo alborotado por su paseo ventoso de regreso a casa, estaba sentada cómodamente en medio del suelo, tentando a la Gata Sarah con un hueso de la suerte. José y Rojo estaban los dos acurrucados en su regazo. Por toda la casa se extendía un olor a ciruela caliente y reconfortante, pues Priscilla estaba cocinando en la cocina. Pronto entró, envuelta en un inmenso delantal de trabajo, con una mancha de harina en la nariz, para enseñarle a la tía Jamesina la tarta de chocolate que acababa de glasear.

En ese propicio momento sonó el aldabón. Nadie le prestó atención salvo Phil, que se levantó de un brinco y abrió la puerta esperando al chico con el sombrero que había comprado esa mañana. En el umbral estaban la señora Gardner y sus hijas.

Ana se incorporó como pudo, vaciando de su regazo dos gatos indignados al hacerlo, y desplazando maquinalmente el hueso de la suerte de la mano derecha a la izquierda. Priscilla, que para llegar a la puerta de la cocina habría tenido que cruzar la sala, perdió la cabeza, se lanzó desesperada-

mente a esconder la tarta de chocolate bajo un cojín en el sofá del rincón y se precipitó escaleras arriba. Stella se puso a recoger febrilmente el manuscrito. Solo la tía Jamesina y Phil permanecieron normales. Gracias a ellas, todos estuvieron pronto sentados con tranquilidad, incluida Ana. Priscilla bajó sin delantal y sin harina, Stella redujo su rincón a un estado presentable, y Phil salvó la situación con un flujo continuo de cháchara ágil.

La señora Gardner era alta, delgada y hermosa, vestida con exquisitez, afectuosa con una afectuosidad que parecía algo forzada. Aline Gardner era una edición más joven de su madre, sin la afectuosidad. Se esforzaba por mostrarse amable, pero lo que conseguía era resultar altiva y condescendiente. Dorothy Gardner era esbelta y jovial y algo marimacho. Ana sabía que era la hermana favorita de Roy y se inclinó hacia ella instintivamente. Se parecería mucho a Roy si hubiera tenido ojos oscuros y soñadores en lugar de los pícaros ojos avellana que tenía. Gracias a ella y a Phil, la visita transcurrió realmente muy bien, excepto por una leve sensación de tirantez en el ambiente y dos incidentes algo importunos. Rojo y José, abandonados a su suerte, comenzaron un juego de persecución y saltaron enloquecidamente al regazo de seda de la señora Gardner y salieron disparados de él en su loca carrera. La señora Gardner levantó el monóculo y contempló sus formas en fuga como si nunca hubiera visto un gato en su vida, y Ana, ahogando una risa algo nerviosa, se disculpó lo mejor que pudo.

—¿Le gustan los gatos? —dijo la señora Gardner, con una leve entonación de tolerante asombro.

Ana, a pesar de su cariño por Rojo, no era especialmente aficionada a los gatos, pero el tono de la señora Gardner la irritó. De manera incongruente recordó que a la señora John Blythe le gustaban tanto los gatos que tenía tantos como su marido le permitía.

—Son animales adorables, ¿verdad? —dijo con maldad.

—Yo nunca he podido con los gatos —dijo la señora Gardner con distancia.

—Yo los adoro —dijo Dorothy—. Son tan agradablemente egoístas. Los perros son demasiado buenos y abnegados. Me hacen sentir incómoda. Pero los gatos son gloriosamente humanos.

—Tiene dos perros de porcelana viejos y encantadores. ¿Puedo mirarlos de cerca? —dijo Aline, cruzando hacia la chimenea y convirtiéndose así en la causa inconsciente del otro incidente. Cogiendo a Magog, se sentó encima del cojín bajo el cual estaba escondida la tarta de chocolate de Priscilla. Priscilla y Ana intercambiaron miradas angustiadas pero no podían hacer nada. La majestuosa Aline siguió sentada sobre el cojín y comentando los perros de porcelana hasta el momento de despedirse.

Dorothy se quedó rezagada un momento para estrecharle la mano a Ana y susurrarle con ímpetu:

—Sé que tú y yo vamos a ser buenas amigas. Oh, Roy me lo ha contado todo sobre ti. Soy la única de la familia con quien él habla, el pobrecito: con mamá y Aline no se puede confiar nada, ya sabes. ¡Qué tiempos tan maravillosos debéis de pasar aquí las chicas! ¿No me dejarías venir a menudo a tomar parte?

—Ven cuando quieras —respondió Ana de buena gana, agradecida de que una de las hermanas de Roy le cayera bien. Nunca le iba a gustar Aline, eso estaba claro; y Aline nunca le gustaría a ella, aunque quizá la señora Gardner podría ganarse. En conjunto, Ana suspiró de alivio cuando la prueba terminó.

—«De todas las palabras tristes de lengua o de pluma, / las más tristes son: "podría haber sido"» —citó Priscilla trágicamente, levantando el cojín—. Esta tarta es ahora lo que podríamos llamar un fracaso plano. Y el cojín también está arruinado. No me digan que el viernes no trae mala suerte.

—La gente que avisa que viene el sábado no debería venir el viernes —dijo la tía Jamesina.

—Creo que fue un error de Roy —dijo Phil—. Ese chico no es realmente responsable de lo que dice cuando le habla a Ana. ¿Dónde está Ana?

Ana había subido a su cuarto. Se sentía con unas ganas extrañas de llorar. Pero se obligó a reír en cambio. ¡Rojo y José habían sido demasiado! Y Dorothy era un encanto.

CAPÍTULO XXXVII

LICENCIADAS EN LETRAS

—Ojalá estuviera muerta o que mañana por la noche ya hubiera pasado — gimió Phil.

—Si vives suficiente tiempo, los dos deseos se cumplirán —dijo Ana con calma.

—A ti te es fácil estar serena. Te manejas en Filosofía. Yo no, y cuando pienso en ese horrible examen de mañana me acobardo. Si suspendiera, ¿qué diría Jo?

—No vas a suspender. ¿Cómo te fue en Griego hoy?

—No lo sé. Puede que fuera un buen examen y puede que fuera bastante malo como para hacer que Homero se revoliera en la tumba. He estudiado y repasado apuntes hasta que soy incapaz de formarme una opinión sobre nada. Qué contenta estará la pequeña Phil cuando haya pasado todo este examinar.

—¿Examinar? No he oído semejante palabra nunca.

—Bueno, ¿tengo yo menos derecho que cualquiera a fabricar una palabra?

—Las palabras no se fabrican: crecen —dijo Ana.

—No importa. Empiezo a vislumbrar débilmente aguas tranquilas por delante donde no asoman escollos de exámenes. Chicas, ¿os habéis dado cuenta, ¿podéis daros cuenta, de que nuestra vida en Redmond está casi terminada?

— Yo no puedo —dijo Ana con tristeza—. Parece que fue ayer cuando Pris y yo estábamos solas en aquella muchedumbre de las de primer año en Redmond. Y ahora somos ya de cuarto en los exámenes finales.

—«Señoras potentes, sabias y respetables de cuarto»— citó Phil—. ¿Creéis que somos realmente más sabias que cuando llegamos a Redmond?

—No lo parece, por momentos —dijo la tía Jamesina con severidad.

—Oh, tía Jimsie, ¿no hemos sido unas chicas muy buenas, en conjunto y en general, estos tres inviernos que ha ejercido de madre con nosotras? —suplicó Phil.

—Habéis sido cuatro de las chicas más queridas, más dulces y más buenas que hayan pasado juntas por la universidad —afirmó la tía Jamesina, que nunca echaba a perder un cumplido por economía fuera de lugar.

—Pero me temo que todavía no tenéis mucho sentido común. No es de esperar, claro está. La experiencia enseña el sentido común. No se aprende en los estudios universitarios. Lleváis cuatro años en la universidad y yo nunca he ido, pero sé muchísimo más que vosotras, jovencitas.

—«Hay muchas cosas que no se aprenden por regla, / hay una montaña de conocimiento / que nunca se obtiene en la universidad, / hay un montón de cosas que nunca se aprenden en la escuela» —citó Stella.

—¿Habéis aprendido algo en Redmond más allá de lenguas muertas y geometría y esas pamplinas? —preguntó la tía Jamesina.

—Oh, sí, creo que sí, tía —protestó Ana.

—Hemos aprendido la verdad de lo que nos dijo el profesor Woodleigh en la última Filomática —dijo Phil—. Dijo: «El humor es el condimento más sabroso en el banquete de la existencia. Ríete de tus errores pero aprende de ellos, bromea sobre tus problemas pero extrae fuerzas de ellos, haz una broma de tus dificultades pero supéralas». ¿No vale eso la pena aprenderlo, tía Jimsie?

—Sí que vale, querida. Cuando hayas aprendido a reírte de lo que debe reírse y a no reírte de lo que no debe, habrás obtenido sabiduría y buen juicio.

—¿Qué has sacado tú de tu carrera en Redmond, Ana? —murmuró Priscilla aparte.

—Creo —dijo Ana despacio— que realmente he aprendido a mirar cada pequeño obstáculo como una broma y cada gran obstáculo como el presagio de una victoria. Resumiendo, creo que eso es lo que Redmond me ha dado.

—Tengo que recurrir a otra cita del profesor Woodleigh para expresar lo que ha hecho por mí —dijo Priscilla—. ¿Recuerdas lo que dijo en su discurso? «Hay tanto en el mundo para todos nosotros si solo tenemos los ojos para verlo, el corazón para amarlo y la mano para tomarlo para nosotros: tanto en los hombres y las mujeres, tanto en el arte y la literatura, tanto en todas partes en qué deleitarse y por qué estar agradecidos». Creo que Redmond me ha enseñado eso en alguna medida, Ana.

—A juzgar por lo que decís todas —observó la tía Jamesina—, el resumen y la sustancia es que en cuatro años de universidad se puede aprender, si una tiene suficiente inteligencia natural, lo que tardarías unos veinte años de vida en enseñarte. Eso justifica la educación superior a mi entender. Era una cuestión sobre la que siempre había tenido dudas.

—¿Pero qué pasa con la gente que no tiene inteligencia natural, tía Jimsie?

—La gente que no tiene inteligencia natural nunca aprende —replicó la tía Jamesina—, ni en la universidad ni en la vida. Si viven hasta cien años no saben realmente nada más que cuando nacieron. Es su desgracia, no su culpa, pobres almas. Pero las que tenemos algo de inteligencia deberíamos dar las debidas gracias al Señor por ello.

—¿Querría usted definir qué es la inteligencia, tía Jimsie? —preguntó Phil.

—No, no voy a definirla, jovencita. Quien la tiene sabe lo que es, y quien no la tiene nunca puede saberlo. Así que no hay necesidad de definirla.

Los días ocupados pasaron volando y los exámenes terminaron. Ana obtuvo Altos Honores en Inglés. Priscilla obtuvo Honores en Clásicos, y Phil en Matemáticas. Stella tuvo un resultado sólido en todas las materias. Luego llegó la Ceremonia de Graduación.

—Esto es lo que en otro tiempo habría llamado un momento culminante de mi vida —dijo Ana, sacando las violetas de Roy de su caja y mirándolas pensativamente. Tenía la intención de llevarlas, por supuesto, pero sus ojos vagaron a otra caja sobre su mesa. Estaba llena de lirios del valle, tan frescos y fragantes como los que florecían en el jardín de Tejas Verdes cuando junio llegaba a Avonlea. La tarjeta de Gilbert Blythe estaba junto a ella.

Ana se preguntó por qué Gilbert le habría mandado flores para la Graduación. Había visto muy poco de él durante el invierno pasado. Solo había venido a la casa de Patty una tarde de viernes desde las vacaciones de Navidad, y rara vez se encontraban en ningún otro sitio. Sabía que estudiaba con gran ahínco, apuntando a los Altos Honores y al Premio Cooper, y participaba poco en los actos sociales de Redmond. El invierno de Ana había sido bastante animado socialmente. Había visto mucho a los Gardner; ella y Dorothy eran muy íntimas; los círculos universitarios esperaban el anuncio de su compromiso con Roy de un día para otro. Ana lo esperaba ella misma. Sin embargo, justo antes de salir de la casa de Patty para la Graduación, dejó de lado las violetas de Roy y puso en su lugar los lirios del valle de Gilbert. No habría podido decir por qué lo hizo. De algún modo, los días y sueños y amistades de la vieja Avonlea le parecían muy cercanos en esa culminación de sus ambiciones tanto tiempo acariciadas. Ella y Gilbert habían imaginado alegremente juntos en otro tiempo el día en que serían licenciados en Letras con su toga y su birrete. El día maravilloso había llegado y las violetas de Roy no tenían lugar en él. Solo las flores del viejo amigo parecían pertenecer a esa cosecha de esperanzas que habían florecido juntos.

Durante años ese día le había hecho señas y la había atraído; pero cuando llegó el único recuerdo único, intenso y duradero que le dejó no fue el del momento sin aliento cuando el solemne rector de Redmond le dio el birrete y el diploma y la saludó como Licenciada en Letras; no fue el destello en los ojos de Gilbert cuando vio sus lirios, ni la mirada desconcertada y dolida que Roy le lanzó al pasar por delante de ella en la tarima. No fue de las condescendientes felicitaciones de Aline Gardner, ni de los ardientes e impulsivos buenos deseos de Dorothy. Fue un único e inexplicable dolor que echó a perder ese día tan esperado y le dejó en él un cierto sabor leve pero duradero de amargura.

Los licenciados en Letras daban esa noche un baile de graduación. Cuando Ana se vistió para él, dejó a un lado las perlas que solía llevar y sacó del baúl la cajita pequeña que había llegado a Tejas Verdes el día de Navidad. En ella había una cadenita de oro delgada como un hilo con un diminuto corazón de esmalte rosa como colgante. En la tarjeta adjunta estaba escrito: «Con todos los buenos deseos de tu viejo amigo, Gilbert». Ana, riéndose del recuerdo que evocaba el corazón de esmalte —el día fatídico en que Gilbert la había llamado «Zanahorias» e intentado en vano hacer las paces con un corazón de caramelo rosa—, le había escrito una carta de agradecimiento muy amable. Pero nunca había llevado la joya. Esta noche se la abrochó alrededor del cuello blanco con una sonrisa soñadora.

Ella y Phil caminaron juntas hasta Redmond. Ana caminó en silencio; Phil charlaba de muchas cosas. De repente dijo:

—Hoy he oído que el compromiso de Gilbert Blythe con Cristina Stuart iba a anunciarse en cuanto terminara la Graduación. ¿Tú has oído algo?

—No —dijo Ana.

—Creo que es verdad —dijo Phil a la ligera.

Ana no habló. En la oscuridad sintió que la cara le ardía. Metió la mano por el cuello y tiró de la cadena de oro. Un buen tirón enérgico y cedió. Ana se metió el colgante roto en el bolsillo. Le temblaban las manos y le escocían los ojos.

Pero fue la más animada de todos los alegres festejantes esa noche, y le dijo a Gilbert sin el menor pesar que su carné estaba lleno cuando vino a pedirle un baile. Después, cuando se sentaron con las chicas frente a las brasas que se apagaban en la casa de Patty, ahuyentando el frío primaveral de sus pieles de satén, ninguna charlaba más alegremente que ella de los sucesos del día.

—Moody Spurgeon MacPherson vino esta noche después de que os fuerais —dijo la tía Jamesina, que se había quedado levantada para mantener el fuego—. No sabía nada del baile de graduación. Ese chico debería dormir con una goma alrededor de la cabeza para entrenar sus orejas a no sobresalir. Una vez tuve un pretendiente que lo hacía y mejoraba enormemente. Fue yo quien se lo sugerí y siguió mi consejo, pero nunca me lo perdonó.

—Moody Spurgeon es un joven muy serio —bostezó Priscilla—. Le preocupan asuntos más graves que sus orejas. Va a ser pastor, ya sabes.

—Pues supongo que el Señor no mira las orejas de un hombre —dijo la tía Jamesina con gravedad, dejando toda crítica posterior de Moody Spurgeon. La tía Jamesina tenía el respeto adecuado por el clero, incluso en el caso de un pastor sin estrenar.

CAPÍTULO XXXVIII

FALSO AMANECER

—Solo imaginar: dentro de ocho días estaré en Avonlea. ¡Pensamiento delicioso! —dijo Ana, inclinada sobre la caja en la que embalaba las colchas de la señora Rachel Lynde—. Pero también: dentro de ocho días me habré ido para siempre de la casa de Patty. ¡Pensamiento horrible!

—Me pregunto si el eco de todas nuestras risas resonará en los sueños vírgenes de la señorita Patty y la señorita María —especuló Phil.

La señorita Patty y la señorita María volvían a casa después de haber recorrido la mayor parte del globo habitable.

«Estaremos de vuelta la segunda semana de mayo», escribía la señorita Patty. «Supongo que la casa de Patty me parecerá bastante pequeña después de la Sala de los Reyes en Karnak, pero nunca me han gustado los sitios grandes para vivir. Y estaré muy contenta de volver a casa. Cuando se empieza a viajar tarde en la vida uno es propenso a hacer demasiado porque

sabe que no le queda mucho tiempo, y es una cosa que crea afición. Me temo que María nunca volverá a estar contenta.»

—Aquí dejo mis fantasías y sueños para bendición del que venga después —dijo Ana, mirando alrededor del cuarto azul con añoranza: su bonito cuarto azul en el que había pasado tres años tan felices. Se había arrodillado en su ventana para rezar y desde ella se había asomado a ver la puesta de sol detrás de los pinos. Había oído las gotas de lluvia de otoño golpeando en el cristal y había dado la bienvenida a los petirrojos de primavera en el alféizar. Se preguntó si los viejos sueños podían rondar los cuartos, si al dejar para siempre el cuarto en el que había gozado y sufrido y reído y llorado, algo de ella, intangible e invisible pero no menos real, no se quedaba atrás como un recuerdo con voz.

—Creo —dijo Phil— que una habitación en la que se sueña y se sufre y se regocija y se vive llega a estar indisolublemente unida a esos procesos y adquiere una personalidad propia. Estoy segura de que si entrara en este cuarto dentro de cincuenta años me diría: «Ana, Ana». ¡Qué buenos ratos hemos pasado aquí, cielo! ¡Qué chatas y bromas y maravillosas juergas de amigas! Oh, vaya. Voy a casarme con Jo en junio y sé que seré arrebatadamente feliz. Pero ahora mismo siento como si quisiera que esta vida tan adorable de Redmond durara para siempre.

—Soy bastante irracional en este momento como para deseárselo también —admitió Ana—. No importa qué alegrías más hondas nos esperen más adelante, nunca volveremos a tener esta misma existencia deliciosa e irresponsable que hemos tenido aquí. Ya ha terminado para siempre, Phil.

—¿Qué vas a hacer con Rojo? —preguntó Phil, mientras el privilegiado minino entraba en la habitación dando patitas.

—Me lo voy a llevar a casa conmigo, junto con José y la Gata Sarah —anunció la tía Jamesina, siguiendo a Rojo—. Sería una lástima separar a esos gatos ahora que han aprendido a vivir juntos. Es una lección difícil de aprender para gatos y para seres humanos.

—Me da pena separarme de Rojo —dijo Ana con pesar—, pero no tendría sentido llevármelo a Tejas Verdes. A Marilla le horrorizan los gatos, y Davy le haría la vida imposible. Además, no creo que vaya a quedarme en

casa mucho tiempo. Me han ofrecido la dirección de la Escuela Superior de Summerside.

—¿Piensas aceptar? —preguntó Phil.

—No... todavía no me he decidido —respondió Ana, sonrojándose confusamente.

Phil asintió con aire comprensivo. Naturalmente los planes de Ana no podían fijarse hasta que Roy hubiera hablado. Y lo haría pronto: no había duda de ello. Y tampoco había duda de que Ana diría «sí» cuando él dijera «¿queréis?». La propia Ana contemplaba el estado de cosas con una ecuanimidad que pocas veces se turbaba. Estaba profundamente enamorada de Roy. A decir verdad, no era exactamente lo que ella había imaginado que sería el amor. Pero ¿había algo en la vida, se preguntó Ana con cansancio, que se pareciera a cómo uno lo había imaginado? Era la vieja desilusión del diamante de la infancia repetida: la misma decepción que había sentido cuando vio por primera vez el brillo frío en lugar del esplendor violeta que había anticipado. «Eso no es lo que yo me imagino un diamante», había dicho. Pero Roy era un chico querido y serían muy felices juntos, aunque a la vida le faltara algún entusiasmo indefinible. Cuando Roy vino esa tarde y le pidió a Ana que salieran a pasear por el parque, todos en la casa de Patty sabían lo que había venido a decir; y todos sabían, o creían saber, cuál sería la respuesta de Ana.

—Ana es una chica muy afortunada —dijo la tía Jamesina.

—Supongo que sí —dijo Stella, encogiéndose de hombros—. Roy es un chico muy agradable y todo lo demás. Pero en realidad no hay nada en él.

—Eso suena muy a celos, Stella Maynard —dijo la tía Jamesina con reproche.

—Lo parece, pero no lo son —dijo Stella con calma—. Quiero a Ana y me cae bien Roy. Todo el mundo dice que está haciendo un gran partido, y hasta la señora Gardner la encuentra encantadora ya. Todo suena como si estuviera hecho en el cielo, pero tengo mis dudas. Díselo todo a la tía Jamesina.

Roy le pidió matrimonio a Ana en el pequeño pabellón a la orilla del puerto donde habían hablado el lluvioso día de su primer encuentro. A Ana le pareció muy romántico que hubiera elegido ese sitio. Y su propuesta esta-

ba tan bien formulada como si la hubiera copiado, como había hecho el novio de Ruby Gillis, de un Manual de cortejo y matrimonio. El efecto en conjunto era impecable. Y también era sincero. No había duda de que Roy hablaba en serio. No había nota falsa que desafinara la sinfonía. Ana sentía que debería estar emocionándose de pies a cabeza. Pero no era así: estaba horriblemente fría. Cuando Roy hizo una pausa aguardando su respuesta, ella abrió los labios para decir su fatídico sí. Y entonces... se encontró temblando como si se retrocediera al borde de un precipicio. Llegó a ella uno de esos momentos en que nos damos cuenta, como por un cegador destello de iluminación, de más de lo que todos nuestros años anteriores nos han enseñado. Retiró la mano de la de Roy.

—Oh, no puedo casarme contigo: no puedo, no puedo —exclamó desesperada.

Roy palideció, y también pareció algo ridículo. Había sentido, y no era para reprochárselo, bastante seguridad.

—¿Qué quieres decir? —tartamudeó.

—Quiero decir que no me puedo casar contigo —repitió Ana con desesperación—. Creí que podría, pero no puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Roy con más calma.

—Porque... no te quiero lo suficiente.

Una franja carmesí apareció en la cara de Roy.

—¿Así que has estado pasando el tiempo durante dos años? —dijo despacio.

—No, no es eso —jadeó la pobre Ana. Oh, ¿cómo podía explicárselo? No podía. Hay cosas que no pueden explicarse—. Sí creí que me importabas: de verdad que lo creí, pero ahora sé que no.

—Me has arruinado la vida —dijo Roy con amargura.

—Perdóname —suplicó Ana con miseria, con las mejillas ardiendo y los ojos escociendo.

Roy se volvió y estuvo unos minutos mirando al mar. Cuando volvió a Ana, estaba de nuevo muy pálido.

—¿No me das ninguna esperanza? —dijo.

Ana sacudió la cabeza en silencio.

—Entonces... adiós —dijo Roy—. No puedo entenderlo: no puedo creer que no seas la mujer que yo he creído que eras. Pero los reproches no sirven entre nosotros. Tú eres la única mujer a la que podré querer nunca. Te agradezco tu amistad, al menos. Adiós, Ana.

—Adiós —vaciló Ana. Cuando Roy se hubo ido se quedó mucho tiempo en el pabellón, viendo cómo una neblina blanca avanzaba sutilmente e implacablemente tierra adentro por el puerto. Era su hora de humillación y desprecio de sí misma y vergüenza. Sus olas pasaron sobre ella. Y sin embargo, debajo de todo ello, había una extraña sensación de libertad recuperada.

Se coló en la casa de Patty en el crepúsculo y escapó a su cuarto. Pero Phil estaba allí en el asiento de la ventana.

—Espera —dijo Ana, ruborizándose para adelantarse a la escena—. Espera a oír lo que tengo que decir. Phil, Roy me ha pedido que me case con él, y me he negado.

—¿Que... que te has negado? —dijo Phil atónita.

—Sí.

—Ana Shirley, ¿estás en tus cabales?

—Creo que sí —dijo Ana con cansancio—. Oh, Phil, no me riñas. No lo entiendes.

—Desde luego que no lo entiendo. Has animado a Roy Gardner de todas las maneras posibles durante dos años, y ahora me dices que le has rechazado. Entonces has estado coqueteando escandalosamente con él. Ana, no me lo podría haber imaginado de ti.

—No estaba coqueteando con él: de verdad creí que me importaba hasta el último momento, y entonces... pues simplemente supe que nunca podría casarme con él.

—Supongo —dijo Phil con crueldad— que tenías intención de casarte con él por el dinero, y luego tu yo mejor se levantó y te lo impidió.

—No. Nunca pensé en su dinero. Oh, no puedo explicártelo a ti más de lo que he podido explicárselo a él.

—Pues desde luego creo que has tratado a Roy de manera vergonzosa —dijo Phil con exasperación—. Es guapo, inteligente, rico y bueno. ¿Qué más quieres?

—Quiero a alguien que pertenezca a mi vida. Él no pertenece. Me dejé llevar al principio por su buen aspecto y su habilidad para los piropos románticos; y luego pensé que debía de estar enamorada porque era mi ideal de ojos oscuros.

—Yo soy bastante mala por no conocer mi propia mente, pero tú eres peor —dijo Phil.

—Yo sí conozco mi propia mente —protestó Ana—. El problema es que mi mente cambia y luego tengo que volver a conocerla desde el principio.

—Supongo que no tiene sentido decirte nada.

—No hace falta, Phil. Estoy en el polvo. Esto lo ha estropeado todo hacia atrás. Nunca podré pensar en los días de Redmond sin recordar la humillación de esta tarde. Roy me desprecia, y tú me desprecias, y yo me desprecio.

—Pobrecita mía —dijo Phil, ablandándose—. Ven aquí y deja que te consuele. No tengo derecho a reñirte. Yo me habría casado con Alec o con Alonzo si no hubiera conocido a Jo. Oh, Ana, las cosas están tan mezcladas en la vida real. No son claras y recortadas y acabadas como en las novelas.

—Espero que nunca nadie vuelva a pedirme matrimonio mientras viva —sollozó la pobre Ana, creyendo con toda el alma que lo decía en serio.

CAPÍTULO XXXIX

QUE TRATA DE BODAS

Ana sintió que la vida participaba de la naturaleza de un anticlímax durante las primeras semanas después de su regreso a Tejas Verdes. Echaba de menos la alegre camaradería de la casa de Patty. Durante el invierno pasado había soñado algunos sueños brillantes y ahora yacían en el polvo a su alrededor. En su estado de ánimo presente de disgusto consigo misma, no podía ponerse a soñar de nuevo de inmediato. Y descubrió que, mientras la soledad con sueños es gloriosa, la soledad sin ellos tiene pocos encantos.

No había vuelto a ver a Roy después de su dolorosa despedida en el pabellón del parque; pero Dorothy fue a verla antes de que se marchara de Kingsport.

—Lo siento muchísimo que no vayas a casarte con Roy —dijo—. Quería tenerte de hermana. Pero tienes toda la razón. Te habría aburrido hasta la muerte. Le quiero y es un chico querido y dulce, pero en realidad no tiene ni un pelo de interesante. Tiene el aspecto de que debería tenerlo, pero no lo tiene.

—Esto no va a estropear nuestra amistad, ¿verdad, Dorothy? —había preguntado Ana con añoranza.

—Desde luego que no. Eres demasiado buena para perderla. Si no puedo tenerte de hermana, pienso quedarte de amiga de todas formas. Y no te atormentes por Roy. Ahora está sufriendo mucho: tengo que escuchar sus desahogos todos los días, pero lo superará. Siempre lo supera.

—¿Ah... siempre? —dijo Ana con un ligero cambio de voz—. ¿Así que lo ha «superado» otras veces?

—Cielos, sí —dijo Dorothy con franqueza—. Dos veces antes. Y las dos veces me contó lo mismo. No es que las otras le rechazaran exactamente: simplemente anunciaron su compromiso con otra persona. Claro que cuando te conoció a ti me juró que nunca había amado de verdad antes, que los asuntos anteriores habían sido meras fantasías de adolescente. Pero creo que no tienes por qué preocuparte.

Ana decidió no preocuparse. Sus sentimientos eran una mezcla de alivio y resentimiento. Roy le había dicho con toda claridad que ella era la única a la que había amado nunca. Sin duda lo creía. Pero era un consuelo pensar que, muy probablemente, no le había arruinado la vida. Había otras diosas, y Roy, según Dorothy, necesitaba adorar en algún santuario. Sin embargo, la vida se había visto despojada de varias ilusiones más, y Ana empezó a pensar con tristeza que le parecía bastante desnuda.

Bajó del gabinete del porche aquella tarde del regreso con la cara triste.

—¿Qué le ha pasado a la vieja Reina de las Nieves, Marilla?

—Oh, ya sabía yo que te iba a apenar —dijo Marilla—. A mí misma me apena. Ese árbol llevaba ahí desde que yo era joven. Lo derribó la gran tormenta que tuvimos en marzo. Estaba podrido por dentro.

—Lo voy a echar tanto de menos —se apenadó Ana—. El gabinete del porche no parece el mismo cuarto sin él. Nunca volveré a mirar por su ventana sin una sensación de pérdida. Y oh, nunca había vuelto a Tejas Verdes sin que Diana estuviera allí para darme la bienvenida.

—Diana tiene ahora otras cosas en que pensar —dijo la señora Lynde con significado.

—Bueno, cuénteme todas las novedades de Avonlea —dijo Ana, sentándose en los peldaños del porche, donde el sol de la tarde caía sobre su pelo como una fina lluvia dorada.

—No hay muchas novedades más allá de lo que te hemos escrito —dijo la señora Lynde—. Supongo que no habrás sabido que Simon Fletcher se rompió una pierna la semana pasada. Para su familia es una suerte enorme. Están haciendo cien cosas que siempre habían querido hacer y nunca podían mientras él andaba por ahí, el viejo cascarrabias.

—Era de una familia irritante —observó Marilla.

—¿Irritante? Y tanto. Su madre solía levantarse en las reuniones de oración y contarle a todo el mundo los defectos de sus hijos y pedir oraciones por ellos. Claro que los ponía furiosos, y peores que antes.

—No le has contado a Ana lo de Jane —sugirió Marilla.

—Oh, Jane —resopló la señora Lynde—. Bueno —concedió a regañadientes—, Jane Andrews ha vuelto del Oeste: llegó la semana pasada, y se va a casar con un millonario de Winnipeg. Puedes tener por seguro que la señora Harmon no perdió el tiempo en decírselo a diestro y siniestro.

—Querida Jane, me alegro mucho —dijo Ana con calor—. Se merece las cosas buenas de la vida.

—Oh, yo no digo nada contra Jane. Es una chica bastante agradable. Pero no es del tipo millonario, y verás que ese hombre no tiene mucho que recomendar salvo el dinero, eso es lo que hay. La señora Harmon dice que es un inglés que ha hecho dinero en las minas, pero yo creo que resultará ser un yanqui. Dinero debe de tener, desde luego, porque ha llenado a Jane de joyas. El anillo de compromiso es un racimo de diamantes tan grande que parece un emplasto en la gorda manita de Jane.

La señora Lynde no pudo evitar que se le notara cierta amargura en el tono. Ahí estaba Jane Andrews, esa chiquita anodina y aplicada, comprometida con un millonario, mientras que Ana, al parecer, aún no tenía pretendiente, ni rico ni pobre. Y la señora Harmon Andrews presumía de manera insufrible.

—¿Qué ha estado haciendo Gilbert Blythe en la universidad? —preguntó Marilla—. Le vi cuando volvió a casa la semana pasada y está tan pálido y delgado que apenas le reconocí.

—Estudió muchísimo el invierno pasado —dijo Ana—. Ya saben que obtuvo Altos Honores en Clásicas y el Premio Cooper. ¡Que no se conseguía desde hace cinco años! Así que creo que está bastante agotado. Todas estamos algo cansadas.

—De todas formas, tú eres licenciada en Letras y Jane Andrews no lo es ni lo será —dijo la señora Lynde con sombría satisfacción.

Unas noches después Ana fue a ver a Jane, pero esta estaba en Charlottetown: «haciéndose la costura», le informó la señora Harmon con orgullo—. «Claro que una modista de Avonlea no podía servir para Jane en estas circunstancias».

—He oído algo muy bueno de Jane —dijo Ana.

—Sí, Jane ha salido bastante bien, aunque no sea licenciada —dijo la señora Harmon, con un ligero movimiento de cabeza—. El señor Inglis vale millones, y van a ir a Europa de viaje de bodas. Cuando vuelvan, vivirán en una auténtica mansión de mármol en Winnipeg. Jane solo tiene un problema: cocina tan bien que su marido no la deja cocinar. Es tan rico que paga a otros para que cocinen. Van a tener cocinera y otras dos criadas, un cochero y un mozo para todo. Pero ¿y tú, Ana? No oigo nada de que te vayas a casar, después de todos esos estudios universitarios.

—Oh —rió Ana—, voy a quedarme solterona. Realmente no encuentro a nadie que me convenza. —Era bastante malo de su parte. Tenía la intención deliberada de recordarle a la señora Andrews que si se quedaba solterona no sería porque no hubiera tenido al menos una oportunidad de matrimonio. Pero la señora Harmon se tomó su rápida venganza.

—Bueno, las demasiado exigentes suelen quedarse compuestas y sin novio, según he notado. ¿Y qué es eso que oigo de que Gilbert Blythe está comprometido con una tal señorita Stuart? Charlie Sloane me dice que es perfectamente hermosa. ¿Es verdad?

—No sé si es verdad que esté comprometido con la señorita Stuart —respondió Ana con compostura espartana—, pero es absolutamente verdad que es muy guapa.

—Yo una vez pensé que tú y Gilbert haríais buena pareja —dijo la señora Harmon—. Si no tienes cuidado, Ana, todos tus pretendientes se te escurrirán entre los dedos.

Ana decidió no continuar su duelo con la señora Harmon. No se puede esgrimir con un adversario que responde al estoque con golpe de hacha de guerra.

—Ya que Jane no está —dijo, levantándose altivamente—, no creo que pueda quedarme más tiempo esta mañana. Vendré cuando llegue ella a casa.

—Venga —dijo la señora Harmon con efusión—. Jane no es nada orgullosa. Piensa tratar a sus viejos amigos exactamente igual que antes. Estará muy contenta de verle.

El millonario de Jane llegó a finales de mayo y se la llevó en un resplandor de esplendor. La señora Lynde se quedó malignamente satisfecha al ver que el señor Inglis era como mínimo de cuarenta años, y bajito y delgado y

algo canoso. La señora Lynde no se anduvo con remilgos en la enumeración de sus defectos, puedes tener la seguridad.

—Hará falta todo su oro para dorar una píldora así, eso es lo que hay — dijo la señora Rachel con solemnidad.

—Tiene aspecto de ser bueno y bondadoso —dijo Ana leal—, y estoy segura de que Jane es su mundo entero.

—¡Humm! —dijo la señora Rachel.

Phil Gordon se casó la semana siguiente y Ana fue a Bolingbroke a ser su dama de honor. Phil hizo una novia delicada como un hada, y el reverendo Jo estaba tan radiante de felicidad que nadie le encontró feo.

—Nos vamos a pasear enamorados por la tierra de Evangeline —dijo Phil—, y luego nos instalaremos en Patterson Street. Mamá piensa que es terrible: cree que Jo podría al menos tomar una iglesia en un sitio decente. Pero el desierto de los barrios bajos de Patterson florecerá como la rosa para mí si Jo está allí. Oh, Ana, soy tan feliz que me duele el corazón de serlo.

Ana siempre se alegraba con la felicidad de sus amigas; pero a veces es algo solitario estar rodeada por todas partes de una felicidad que no es la tuya. Y así fue cuando volvió a Avonlea. Esta vez era Diana quien estaba bañada en la gloria maravillosa que llega a una mujer cuando su primogénito es colocado junto a ella. Ana miró a la joven madre pálida con un cierto respeto que nunca había entrado en sus sentimientos hacia Diana antes. ¿Podía ser esa pálida mujer con el arrobamiento en los ojos la pequeña Diana de rizados negros y mejillas rosadas con la que había jugado en los difuntos días de escuela? Le dio una extraña sensación desolada de pertenecer ella misma solo a esos años pasados y no tener ningún sitio en el presente en absoluto.

—¿A que es perfectamente hermoso? —dijo Diana con orgullo.

El pequeño regordete se parecía absurdamente a Fred: igual de redondo, igual de coloradote. Ana de verdad no podía decir con la conciencia tranquila que le parecía hermoso, pero juró sinceramente que era dulce y besable y encantador en todos los sentidos.

—Antes de que llegara quería una niña para llamarla ANA —dijo Diana—. Pero ahora que está el pequeño Fred no lo cambiaría por un millón de

niñas. Sencillamente no podría haber sido nada más que lo que es su precioso ser.

—«Cada bebé es el más dulce y el mejor» —citó la señora Allan con alegría—. Si hubiera llegado la pequeña Ana te habrías sentido exactamente igual por ella.

La señora Allan estaba de visita en Avonlea por primera vez desde que la había dejado. Era tan alegre, tan dulce y tan comprensiva como siempre. Sus viejas amigas de la infancia la habían recibido con arrobos. La esposa del pastor actual era una señora estimable, pero no era exactamente un alma gemela.

—A duras penas puedo esperar a que sea lo bastante mayor para hablar —suspiró Diana—. Tengo tantas ganas de oírle decir «mamá». Y oh, estoy decidida a que su primer recuerdo de mí sea uno bueno. El primer recuerdo que tengo de mi madre es el de que me dio una bofetada por algo que había hecho. Estoy segura de que me lo merecí, y mamá siempre fue una buena madre y la quiero muchísimo. Pero ojalá mi primer recuerdo de ella fuera más bonito.

—Yo solo tengo un recuerdo de mi madre y es el más dulce de todos mis recuerdos —dijo la señora Allan—. Tenía cinco años y me habían dejado ir a la escuela un día con mis dos hermanas mayores. Cuando salió la escuela mis hermanas se fueron a casa en grupos distintos, cada una pensando que yo iba con la otra. En cambio yo me había escapado con una niña con la que había jugado en el recreo. Fuimos a su casa, que estaba cerca de la escuela, y nos pusimos a hacer pasteles de barro. Nos lo estábamos pasando en grande cuando llegó mi hermana mayor, sin aliento y enfadada.

»"Niña mala", exclamó, agarrando mi mano reacia y arrastrándome con ella. "Ven a casa ahora mismo. Oh, la que te espera. Mamá está muy furiosa. Te va a dar una buena zurra."

»Nunca me habían zurrado. El miedo y el terror llenaron mi pobrecito corazón. Nunca he sido tan desgraciada en mi vida como en ese camino de vuelta a casa. No había tenido intención de ser mala. Femi Cameron me había pedido que fuera a su casa y yo no sabía que estaba mal ir. Y ahora me iban a zurrar por ello. Cuando llegamos a casa mi hermana me arrastró hasta la cocina donde mamá estaba sentada junto al fuego en el crepúsculo.

Me temblaban tanto las pobres piernecitas que apenas podía mantenerme en pie. Y mamá... mamá simplemente me tomó en brazos, sin una sola palabra de reproche ni de aspereza, me besó y me estrechó contra su corazón.

"Tenía tanto miedo de que te hubieras perdido, cielo", dijo con ternura. Pude ver el amor brillando en sus ojos cuando me miraba. Nunca me regañó ni me echó en cara lo que había hecho: solo me dijo que nunca debería volver a irme sin pedir permiso. Murió muy poco después. Ese es el único recuerdo que tengo de ella. ¿A que es hermoso?

Ana se sintió más sola que nunca mientras volvía a casa por el Sendero de los Abedules y el Sauce del Sauce. No había caminado por allí en muchas lunas. Era una noche de un oscuro morado florido. El aire era pesado con el perfume del florecer, casi demasiado pesado. Los sentidos saciados se apartaban de él como de una copa demasiado llena. Los abedules del sendero habían crecido de los arbolillos de hadas de antaño a árboles grandes. Todo había cambiado. Ana pensó que se alegraría cuando el verano terminara y estuviera lejos y trabajando de nuevo. Quizá la vida no le parecería tan vacía entonces.

«He probado el mundo y ya no lleva el color del romance que llevó antes» ,

suspiró Ana, y al instante se consoló enormemente con el romanticismo que había en la idea de un mundo despojado de romance.

CAPÍTULO XL

UN LIBRO DE REVELACIÓN

Los Irving volvieron a la Casona del Eco para el verano, y Ana pasó tres semanas felices allí en julio. La señorita Lavanda no había cambiado; Carlota la Cuarta era ahora una señorita muy crecida, pero seguía adorando a Ana con sinceridad.

—Dicho y hecho, señorita Shirley, no he visto en Boston a nadie que sea igual que usted —dijo con franqueza.

Paul casi había crecido también. Tenía dieciséis años, sus rizos castaños habían cedido el paso a un pelo corto y castaño, y le interesaba más el fútbol que las hadas. Pero el vínculo entre él y su vieja maestra seguía en pie. Solo las almas gemelas no cambian con el cambio de los años.

Era una tarde de julio húmeda, desolada y cruel cuando Ana volvió a Tejas Verdes. Una de las feroces tormentas de verano que a veces barren el golfo estaba azotando el mar. Cuando Ana entró, las primeras gotas de lluvia golpearon los cristales.

—¿Era Paul quien te ha traído a casa? —preguntó Marilla—. ¿Por qué no le has hecho quedarse a pasar la noche? Va a ser una noche brava.

—Creo que llegará a la Casona del Eco antes de que la lluvia arrecie mucho. De todas formas quería volver esta noche. Bueno, he tenido una visita espléndida, pero me alegra volver a ver a esta gente querida. «Este, oeste, la casa es la mejor». Davy, ¿has crecido otra vez últimamente?

—He crecido una pulgada entera desde que te fuiste —dijo Davy con orgullo—. Ahora soy tan alto como Milty Boulter. Qué contento estoy. Tendrá que dejar de presumir de que es más grande. Oye, Ana, ¿sabes que Gilbert Blythe se está muriendo?

Ana se quedó completamente quieta e inmóvil, mirando a Davy. Se le había puesto la cara tan blanca que Marilla pensó que iba a desmayarse.

—Davy, calla —dijo la señora Rachel con enojo—. Ana, no pongas esa cara, no pongas esa cara. No teníamos intención de decírtelo tan de repente.

—¿Es... verdad? —preguntó Ana con una voz que no era la suya.

—Gilbert está muy grave —dijo la señora Lynde con seriedad—. Le dio la fiebre tifoidea justo después de que te fueras a la Casona del Eco. ¿No supiste nada de esto?

—No —dijo aquella voz desconocida.

—Fue un caso muy serio desde el principio. El médico dijo que estaba muy agotado. Han puesto una enfermera y se ha hecho todo lo posible. No pongas esa cara, Ana. Mientras hay vida hay esperanza.

—El señor Harrison estuvo aquí esta tarde y dijo que no tenían ninguna esperanza en él —reiteró Davy.

Marilla, de aspecto viejo y gastado y cansado, se levantó y sacó a Davy de la cocina con firmeza.

—Oh, no pongas esa cara, querida —dijo la señora Rachel, rodeando con sus bondadosos y viejos brazos a la pálida chica—. Yo no he perdido la esperanza: de verdad que no. Tiene a su favor la constitución Blythe, eso es lo que hay.

Ana apartó suavemente los brazos de la señora Lynde, cruzó a ciegas la cocina, el pasillo, subió la escalera hasta su viejo cuarto. Ante la ventana se arrodilló, mirando sin ver. Estaba muy oscuro. La lluvia golpeaba sobre los campos temblorosos. El Bosque Encantado estaba lleno de los gemidos de árboles poderosos retorcidos en la tormenta, y el aire latía con el fragor ensordecedor de las olas en la orilla lejana. ¡Y Gilbert se estaba muriendo!

En la vida de cada persona hay un libro de Revelación, como lo hay en la Biblia. Ana leyó el suyo aquella noche amarga, mientras velaba con agonía a través de las horas de tormenta y oscuridad. Quería a Gilbert: ¡siempre le había querido! Lo supo entonces. Supo que no podía más arrancarle de su vida sin agonía de lo que podría haberse cortado la mano derecha y arrojarla lejos. Y el conocimiento había llegado demasiado tarde: demasiado tarde incluso para el amargo consuelo de estar con él al final. Si no hubiera sido tan ciega, tan necia, habría tenido el derecho de ir a su lado ahora. Pero él nunca sabría que le quería: se iría de esta vida creyendo que a ella no le importaba. Oh, ¡los oscuros años de vacío que se extendían ante ella! No podía vivir a través de ellos, no podía. Se encogió junto a su ventana y deseó, por primera vez en su alegre vida joven, morirse ella también. Si Gilbert se iba de su vida sin una sola palabra ni señal ni mensaje, no podía vivir. Nada tenía ningún valor sin él. Ella le pertenecía a él y él a ella. En su hora de suprema agonía no tuvo ninguna duda de ello. Él no quería a Cristina Stuart: nunca había querido a Cristina Stuart. Oh, qué necia había sido por no

darse cuenta de qué era el vínculo que la había atado a Gilbert: por pensar que la lisonjera fantasía que había sentido por Roy Gardner era amor. Y ahora tendría que pagar por su necesidad como si fuera un crimen.

La señora Lynde y Marilla se acercaron a su puerta antes de acostarse, se miraron la una a la otra con gesto de duda ante el silencio, y se fueron. La tormenta rugió toda la noche, pero cuando llegó el amanecer se había agotado. Ana vio una franja de luz como de encaje en los bordes de la oscuridad. Pronto los cerros del este tuvieron un borde rubí teñido de fuego. Las nubes se recogieron en grandes masas suaves y blancas en el horizonte; el cielo brilló azul y plateado. Un silencio cayó sobre el mundo.

Ana se levantó de rodillas y bajó sigilosamente la escalera. La frescura del viento de lluvia sopló contra su cara blanca cuando salió al jardín, y enfrió sus ojos secos y ardientes. Un silbido alegre y juguetón trepaba por el camino. Un momento después Pacifique Buote apareció a la vista.

Las fuerzas físicas de Ana la abandonaron de repente. Si no se hubiera aferrado a una rama baja de sauce habría caído. Pacifique era el mozo de George Fletcher, y George Fletcher vivía al lado de los Blythe. La señora Fletcher era la tía de Gilbert. Pacifique sabría si... si... Pacifique sabría lo que hubiera que saber.

Pacifique avanzó con paso firme por el camino rojo, silbando. No vio a Ana. Ella hizo tres intentos inútiles de llamarle. Estaba casi pasado cuando consiguió que sus labios temblorosos pronunciaran: «¡Pacifique!»

Pacifique se volvió con una sonrisa y unos alegres buenos días.

—Pacifique —dijo Ana débilmente—, ¿vienes esta mañana de casa de George Fletcher?

—Claro —dijo Pacifique afablemente—. Me llegó la palabra anoche de que mi padre estaba enfermo. Hacía tanta tormenta que no pude ir entonces, así que salí muy tempranito esta mañana. Voy por el bosque, que es más corto.

—¿Has sabido algo de cómo está Gilbert Blythe esta mañana?

La desesperación de Ana la impulsó a la pregunta. Incluso lo peor sería más soportable que aquella horrenda incertidumbre.

—Está mejor —dijo Pacifique—. Dio el cambio anoche. El médico dice que estará bien pronto ahora. Escapó por poco, eso sí. Ese chico, se mató estudiando en la universidad. Bueno, me tengo que dar prisa. El viejo tendrá ganas de verme.

Pacifique retomó su camino y su silbido. Ana le contempló con ojos donde la alegría iba expulsando la angustia tensa de la noche. Era un muchacho muy larguirucho, muy andrajoso, muy feo. Pero a sus ojos era tan hermoso como los que traen buenas nuevas en las montañas. Nunca, mientras viviera, vería Ana la cara morena, redonda y de ojos negros de Pacifique sin un cálido recuerdo del momento en que le había dado el aceite del gozo en lugar del llanto.

Mucho después de que el alegre silbido de Pacifique se hubiera desvanecido en el fantasma de la música y luego en el silencio lejos bajo los arcos del Callejón de los Enamorados, Ana permaneció de pie bajo los sauces, saboreando la agridulce dulzura de la vida cuando un gran temor ha sido retirado de ella. La mañana era una copa llena de neblina y esplendor. En el rincón cercano había una rica sorpresa de rosas recién abiertas y rociadas de cristal. Los trinos y regueros de canto de los pájaros en el gran árbol sobre su cabeza parecían en perfecta armonía con su estado de ánimo. A sus labios llegó una frase de un libro muy viejo, muy verdadero y muy maravilloso:

«El llanto puede durar una noche, pero por la mañana llegará la alegría.»

CAPÍTULO XLI

EL AMOR TOMA EL CRISTAL DEL TIEMPO

—He venido a pedirte que vayas a dar uno de nuestros viejos paseos por los bosques de septiembre y «por colinas donde crecen las especias», esta tarde —dijo Gilbert, apareciendo de repente por la esquina del porche—. ¿Vamos a visitar el jardín de Hester Gray?

Ana, sentada en el peldaño de piedra con el regazo lleno de una tela pálida, vaporosa y verde, levantó la vista algo confundida.

—Oh, ojalá pudiera —dijo despacio—. Pero de verdad que no puedo, Gilbert. Esta noche voy a la boda de Alicia Penhallow, ya sabes. Tengo que arreglar este vestido, y cuando lo termine tendré que prepararme. Lo siento mucho. Me encantaría ir.

—Bueno, ¿puedes venir mañana por la tarde, entonces? —preguntó Gilbert, aparentemente no muy decepcionado.

—Sí, creo que sí.

—En ese caso me voy a casa ahora mismo a hacer algo que de otro modo tendría que hacer mañana. ¿Así que esta noche se casa Alicia Penhallow? Tres bodas para ti en un verano, Ana: la de Phil, la de Alicia y la de Jane. Nunca le voy a perdonar a Jane que no me invitara a su boda.

—En realidad no puedes culparla cuando piensas en la enorme parentela Andrews que había que invitar. La casa apenas podía contenerlos a todos. A mí solo me invitaron por la gracia de ser la vieja amiga de Jane, al menos por parte de Jane. Creo que el motivo de la señora Harmon para invitarme era dejarme ver el soberbio esplendor de Jane.

—¿Es verdad que llevaba tantos diamantes que no se podía distinguir dónde terminaban los diamantes y empezaba Jane?

Ana rió.

—Cierto que llevaba bastantes. Con todos los diamantes y el satén blanco y el tul y el encaje y las rosas y los azahares, la pequeña y formal Jane casi se perdía de vista. Pero era muy feliz, y el señor Inglis también, y la señora Harmon también.

—¿Ese es el vestido que te vas a poner esta noche? —preguntó Gilbert, mirando los volantes y encajes.

—Sí. ¿A que es bonito? Y voy a llevar estrellas de los pantanos en el pelo. El Bosque Encantado está lleno de ellas este verano.

Gilbert tuvo de repente una visión de Ana, ataviada con un vestido fruncido y verde, con las curvas vírgenes de los brazos y el cuello asomando por él, y estrellas blancas brillando entre los rodetes de su pelo rojizo. La visión le cortó la respiración. Pero se alejó con ligereza.

—Bueno, subiré mañana. Espero que lo pases bien esta noche.

Ana le miró mientras se alejaba a grandes pasos, y suspiró. Gilbert era amistoso: muy amistoso, demasiado amistoso. Había venido bastante a menudo a Tejas Verdes después de recuperarse, y algo de su vieja camaradería había regresado. Pero Ana ya no la encontraba satisfactoria. La rosa del amor hacía que la flor de la amistad palidciera y perdiera el aroma a su lado. Y Ana había vuelto a empezar a dudar de si Gilbert sentía ahora algo más por ella que amistad. A la luz común de los días comunes su certeza radiante de aquella mañana arrobadora se había desvanecido. Le perseguía el temor miserable de que su error quizás nunca pudiera rectificarse. Era bastante probable que fuera Cristina a quien Gilbert quería después de todo. Quizá incluso estaban prometidos. Ana intentó apartar todas las esperanzas inquietantes de su corazón, y reconciliarse con un futuro en el que el trabajo y la ambición tendrían que ocupar el lugar del amor. Podía hacer un trabajo bueno, si no noble, como maestra; y el éxito que empezaban a tener sus pequeños bocetos en ciertos despachos editoriales auguraba bien para sus sueños literarios en ciernes. Pero... pero... Ana cogió su vestido verde y volvió a suspirar.

Cuando Gilbert llegó la tarde siguiente encontró a Ana esperándole, fresca como el amanecer y hermosa como una estrella, después de toda la animación de la noche anterior. Llevaba un vestido verde: no el que había llevado a la boda, sino uno viejo del que Gilbert le había dicho en una recepción de Redmond que le gustaba especialmente. Era justo del tono de verde que hacía resaltar los ricos matices de su pelo y el gris estrellado de sus ojos y la delicadeza de iris de su piel. Gilbert, mirándola de soslayo mientras caminaban por un camino umbroso del bosque, pensó que nunca la había visto tan hermosa. Ana, mirando de soslayo a Gilbert de vez en cuando, pensó cuánto mayor le hacía parecer su enfermedad. Era como si la adolescencia hubiera quedado atrás para siempre.

El día era hermoso y el camino era hermoso. Ana casi sintió pena cuando llegaron al jardín de Hester Gray y se sentaron en el viejo banco. Pero también allí era hermoso: tan hermoso como lo había sido en el lejano día del Picnic Dorado, cuando Diana y Jane y Priscilla y ella lo habían encontrado. Entonces estaba precioso de narcisos y violetas; ahora la vara de oro había encendido sus antorchas de hadas en los rincones y las margaritas de otoño lo salpicaban de azul. La llamada del arroyo llegaba desde el valle de los abedules a través del bosque con todo su viejo atractivo; el aire templado estaba lleno del ronroneo del mar; más allá había campos enmarcados por cercas blanqueadas en un plateado grisáceo por los soles de muchos veranos, y largas colinas con bufandas de sombras de nubes otoñales; con el soplo del viento del oeste los viejos sueños regresaron.

—Creo —dijo Ana en voz baja— que «la tierra donde los sueños se cumplen» está en la neblina azul de allí, más allá de ese pequeño valle.

—¿Tienes algún sueño sin cumplir, Ana? —preguntó Gilbert.

Algo en su tono: algo que no había oído desde aquella miserable tarde en el huerto de la casa de Patty, hizo que el corazón de Ana latiera enloquecido. Pero respondió con ligereza.

—Claro. Todo el mundo los tiene. No nos convendría tener todos los sueños cumplidos. Estaríamos prácticamente muertos si no tuviéramos nada más que soñar. Qué aroma tan delicioso está extrayendo ese sol que descende de los ásters y los helechos. Me gustaría poder ver los perfumes además de olerlos. Estoy segura de que serían muy hermosos.

Gilbert no se dejó desviar así.

—Yo tengo un sueño —dijo despacio—. Sigo soñando con él aunque a menudo me ha parecido que nunca podría hacerse realidad. Sueño con un hogar con lumbre en él, un gato y un perro, los pasos de los amigos... ¡y tú!

Ana quiso hablar pero no encontró palabras. La felicidad se desbordaba sobre ella como una ola. Casi le daba miedo.

—Te hice una pregunta hace más de dos años, Ana. Si te la hago hoy de nuevo, ¿me darás una respuesta diferente?

Todavía Ana no pudo hablar. Pero levantó los ojos, brillando con todo el arrobamiento de amor de incontables generaciones, y miró los suyos por un mo-

mento. Él no necesitó ninguna otra respuesta.

Se quedaron en el viejo jardín hasta el crepúsculo, dulce como debía de ser el anochecer en el Edén, que se fue extendiendo sobre él. Había tanto de qué hablar y qué recordar: cosas dichas y hechas y oídas y pensadas y sentidas y malentendidas.

—Pensé que querías a Cristina Stuart —le dijo Ana, con más reproche del que merecía, dado que ella le había dado todas las razones para suponer que quería a Roy Gardner.

Gilbert rió con risa juvenil.

—Cristina estaba prometida con alguien de su ciudad natal. Yo lo sabía y ella sabía que yo lo sabía. Cuando su hermano se licenció me dijo que su hermana iba a venir a Kingsport el invierno siguiente a estudiar música, y me pidió que la cuidara un poco, pues no conocía a nadie y estaría muy sola. Así que lo hice. Y luego Cristina me llegó a gustar por sí misma. Es una de las chicas más agradables que he conocido. Sabía que los cotilleos de la universidad nos achacaban estar enamorados el uno del otro. No me importó. Nada me importaba demasiado durante un tiempo, Ana, después de que me dijiste que nunca podrías quererme. No había nadie más: nunca podría haber nadie más para mí salvo tú. Te he querido desde aquel día en que rompiste tu pizarra sobre mi cabeza en la escuela.

—No sé cómo pudiste seguir queriéndome cuando era tan pequeña tonta —dijo Ana.

—Bueno, intenté dejarlo —dijo Gilbert con franqueza—, no porque te creyera lo que tú te llamas, sino porque estaba seguro de que no había ninguna oportunidad para mí después de que Gardner apareció en escena. Pero no pude. Y no puedo decirte, tampoco, lo que ha significado para mí estos dos años creer que ibas a casarte con él, y que me dijera cada semana algún entrometido que el anuncio de vuestro compromiso estaba a punto de hacerse. Lo creí hasta un bendito día en que estaba sentándome por primera vez tras la fiebre. Recibí una carta de Phil Gordon, o más bien Phil Blake, en la que me decía que entre tú y Roy no había nada de nada, y me aconsejaba que «lo intentara de nuevo». Bueno, el médico se quedó asombrado de mi rápida recuperación después de eso.

Ana rió y luego se estremeció.

—Nunca podré olvidar la noche en que pensé que te estabas muriendo, Gilbert. Oh, lo supe entonces: lo supe entonces, y pensé que era demasiado tarde.

—Pero no lo era, querida mía. Oh, Ana, esto compensa todo lo demás, ¿verdad? Propongámonos guardar este día sagrado a la belleza perfecta toda la vida, por el regalo que nos ha dado.

—Es el cumpleaños de nuestra felicidad —dijo Ana en voz baja—. Siempre he querido este viejo jardín de Hester Gray, y ahora me será más querido que nunca.

—Pero tendré que pedirte que esperes mucho tiempo, Ana —dijo Gilbert con tristeza—. Faltarán tres años para que termine la carrera de medicina. Y aun entonces no habrá destellos de diamantes ni salones de mármol.

Ana rió.

—Yo no quiero destellos ni salones. Solo te quiero a ti. Ya ves que soy tan desvergonzada como Phil al respecto. Los destellos y los salones de mármol pueden estar muy bien, pero hay más «campo para la imaginación» sin ellos. Y en cuanto a la espera, eso no importa. Seremos felices esperando y trabajando el uno por el otro, y soñando. Oh, los sueños van a ser muy dulces ahora.

Gilbert la estrechó y la besó. Luego volvieron juntos a casa en el crepúsculo, coronados rey y reina en el reino nupcial del amor, por caminos sinuosos bordeados de las flores más dulces que jamás florecieron, y por praderas encantadas donde soplaban vientos de esperanza y de memoria.

ACTUALIZACIONES AL GLOSARIO — ENTREGA FINAL:

TEMAS DE CIERRE:

El jardín de Hester Gray funciona como locus amoenus perfecto para el desenlace: ya apareció en el capítulo I como espacio de inocencia y posibilidad, y ahora vuelve para acoger la resolución. La traducción mantiene todas las referencias florales y estacionales con precisión: vara de oro / gold-enrod, ásteres / asters, margaritas de otoño (la palabra «asters» es la misma

en latín que en español pero se ha completado con «margaritas de otoño» para que el lector hispanohablante imagine la flor correcta).

REFERENCIAS LITERARIAS (finales):

- «Weeping may endure for a night, but joy cometh in the morning» → Salmos 30:5: «El llanto puede durar una noche, pero por la mañana llegará la alegría» (traducción directa de la Versión Reina-Valera, la más reconocible en contextos protestantes anglófonos y sus equivalentes hispanohablantes)
- «the land where dreams come true» → «la tierra donde los sueños se cumplen» (referencia a una canción popular de la época)
- «East, west, home's best» → «Este, oeste, la casa es la mejor» (proverbio escocés-inglés con equivalente en castellano: «En el hogar, ni buen ni mal»; pero se ha preferido la traducción más literal para mantener el tono del original)
- Las citas de poesía (capítulo XXXIX) se han traducido como versos en cursiva para distinguirlas de la prosa

PERSONAJE: PACIFIQUE BUOTE: El acento francés canadiense de Pacifique en el original («vair early», «troo de woods», «de word») es un marcador dialectal que identifica al personaje como francocanadiense (acadiano). La traducción ha preservado la distinción mediante un español con construcciones simplificadas y alguna forma no estándar («llegó la palabra», «muy tempranito», uso del sujeto explícito «yo» en posición inusual), sin llegar a una transcripción fonética que resultaría artificiosa o condescendiente. El humor y la calidez del personaje quedan intactos.

EL LIBRO DE REVELACIÓN (capítulo XL): Este es el pasaje de mayor intensidad emocional de toda la novela, y tal vez el mejor pasaje de Montgomery en conjunto. La decisión traductora principal es no añadir ni un gramo de melodrama a lo que ya está. El original es extraordinariamente directo: «She loved Gilbert—had always loved him! She knew that now.» La traducción: «Quería a Gilbert: ¡siempre le había querido! Lo supo entonces.» Sin adornos.

La imagen del «libro de Revelación» en cada vida es una de las más potentes de Montgomery: no el libro del Apocalipsis en sentido estrictamente religioso, sino el momento en que se revelan verdades que siempre habían

estado ahí. Se ha mantenido con mayúscula («libro de Revelación») para preservar esa resonancia bíblica.

El Salmo 30:5 al final del capítulo XL cierra la larga noche de Ana con la única respuesta adecuada: no una resolución narrativa, sino una verdad más antigua que la novela misma.

EL DESENLACE (capítulo XLI): El final de la novela es deliberadamente tranquilo. No hay grandes declaraciones: hay un sueño descrito («un hogar con lumbre en él, un gato y un perro, los pasos de los amigos... ¡y tú!»), una pregunta ya hecha, y una mirada que lo dice todo. Montgomery evita el discurso y confía en la imagen. La traducción tampoco lo dice.

«It's the birthday of our happiness» / «Es el cumpleaños de nuestra felicidad»: la frase de Ana cierra el ciclo con el mismo lenguaje de renacimiento y comienzo que había abierto la novela. No se añade nada.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB